

**Materials
para la
Historia
de la
Antropología
Vol.I**

Joan B. Llinares

 **libres**

Portada: Frontispicio de la carta de Américo Vespucio (1505)

3ª edición. Ampliada y corregida

© Joan B. Llinares Chover. 1993

Edita:

NAU llibres.
Periodista Badia 10
46010 Valencia
Tel. 360 33 36
Fax. 369 22 44

Imprime:

E.C.V.S.A.
Periodista Badia 10
46010 Valencia
Tel. 360 33 36
Fax. 369 22 44

Depósito legal: V-1676-1993

ISBN: 84-7642-295-4 (Volumen I)

84-7642-296-2 (Obra Completa)

Índice

Primera parte

Grecia y Roma

| | | |
|-------|---------------------------|----|
| I. | Herodoto | 19 |
| | <i>Bibliografía</i> | 24 |
| II. | Tucídides | 27 |
| | <i>Bibliografía</i> | 32 |
| III. | Platón | 33 |
| | <i>Bibliografía</i> | 40 |
| IV. | Aristóteles | 41 |
| | <i>Bibliografía</i> | 46 |
| V. | Estrabón y P. Mela | 49 |
| | <i>Bibliografía</i> | 56 |
| VI. | Julio César | 57 |
| | <i>Bibliografía</i> | 63 |
| VII. | Lucrecio | 65 |
| | <i>Bibliografía</i> | 72 |
| VIII. | Tácito | 73 |
| | <i>Bibliografía</i> | 82 |

Segunda parte

Edad Media

| | | |
|------|----------------------------|-----|
| I. | Guillermo de Rubruck | 85 |
| | <i>Bibliografía</i> | 95 |
| II. | Marco Polo | 97 |
| | <i>Bibliografía</i> | 109 |
| III. | Ibn Battuta | 111 |
| | <i>Bibliografía</i> | 121 |
| IV. | Ibn Jaldún | 123 |
| | <i>Bibliografía</i> | 141 |

Tercera parte

América y la Antropología

| | | |
|-------|-------------------------------|-----|
| I. | Cristóbal Colón | 145 |
| | <i>Bibliografía</i> | 161 |
| II. | Pigafetta | 163 |
| | <i>Bibliografía</i> | 171 |
| III. | Cabeza de Vaca | 173 |
| | <i>Bibliografía</i> | 179 |
| IV. | Hernán Cortés | 181 |
| | <i>Bibliografía</i> | 189 |
| V. | Cieza de León | 193 |
| | <i>Bibliografía</i> | 205 |
| VI. | Alfonso de Zorita | 207 |
| | <i>Bibliografía</i> | 218 |
| VII. | Bernardino de Sahagún | 219 |
| | <i>Bibliografía</i> | 241 |
| VIII. | Bartolomé de las Casas | 242 |
| | <i>Bibliografía</i> | 254 |
| IX. | Juan Ginés de Sepúlveda | 257 |
| | <i>Bibliografía</i> | 270 |
| X. | José de Acosta | 273 |
| | <i>Bibliografía</i> | 287 |
| XI. | Montaigne | 289 |
| | <i>Bibliografía</i> | 297 |

Prólogo

Prólogo a la tercera edición.

Desde aquel ya lejano curso 81-82 a este otoño marcado por los fastos del Quinto Centenario del descubrimiento de América, el tiempo no ha pasado en vano, al menos por lo que se refiere a este primer volumen de Materiales para la Historia de la Antropología y a quien tuvo la suerte de prepararlo. Afortunadamente, todas las producciones humanas tienen su fecha, y esta antología de textos también delata el momento de su gestación, el contexto al que responde y las necesidades que trataba de satisfacer en un área cultural determinada. El paso de los años ha visto un crecimiento notable de traducciones y de publicaciones en torno a los autores recogidos en el índice de este libro, unas significativas alteraciones en los planes de estudio y en el número de departamentos de las instituciones docentes, y una gran preocupación por las cuestiones antropológicas, trágicamente relevantes en la actual coyuntura mundial; con todo, el hueco general que tratábamos de paliar aún perdura y, en consecuencia, pensamos que sigue siendo útil la reedición de nuestro trabajo. Su carácter más espontáneo, sus inevitables lagunas, la brevedad de las introducciones que contiene, la elementalidad de sus sugerencias bibliográficas y hasta la poca cantidad de páginas que se antologan de los textos de cada autor, a pesar del contraste en el que sitúan a este primer volumen en relación con los dos que le siguieron, no por ello lo convierten en el tomo más discutible de nuestra serie -si nos situamos, claro está, en una perspectiva estrictamente académica- sino, al revés, en el que mejor parece que está cumpliendo -desde un punto de vista cosmopolita, para seguir hablando con Kant- una tarea orientativa, informativa y formativa, entre los alumnos que inician el estudio de la Antropología. El número de sus ediciones y el uso que de sus páginas están haciendo varios compañeros en el bachillerato y en las facultades universitarias, en la enseñanza a distancia y en los seminarios, en los comentarios de texto y en las clases magistrales, son signos nada ambiguos que señalan que este producto condensado paulatino de nuestra propia experiencia docente, respondía y responde a una nece-

sidad que, por esta vía, entre muchas otras que también son posibles, halla, en cierto modo, una especie de cumplimiento satisfactorio.

Si redactásemos el libro ahora, como es obvio, ya no vendría a ser el mismo. Su elaboración sería más especializada, la redacción de las presentaciones tendría más homogeneidad y, en el conjunto, imperaría un tono más prudente, mejor informado, mas distante y elusivo. El resultado cambiaría, ciertamente, como ha cambiado el contexto, han cambiado las existencias de nuestras bibliotecas y hemos cambiado nosotros mismos y nuestro horizonte de intereses y preocupaciones. Es seguro, pues, que ahora no lo escribiríamos como lo hicimos sino de forma bastante diferente y, en ocasiones, hasta irreconocible. Tal vez, incluso es probable que desistiésemos en el intento y todo se redujese, en fin de cuentas, a algún artículo o conferencia. Por ese motivo a menudo hemos pensado si lo más sensato acaso fuese dejarlo en lo que fue, un libro de la pasada década que está agotado y que ya no podemos, de hecho, ni siquiera reescribir. De ahí nuestra insistencia en su fecha de composición. No obstante, el libro se publicó y existe, hay personas que lo reclaman y, por otra parte, ha demostrado una y otra vez que cumple su función. Tras meses de vacilaciones e insistencias, al final nos hemos decidido a reeditarlo prácticamente tal y como apareció en 1982, con algunas intervenciones y ampliaciones que se reducen a lo siguiente: se ha añadido un apartado completo, el dedicado a Juan Ginés de Sepúlveda, con el objetivo de profundizar la vertiente de la antropología filosófica y de los problemas éticos en el debate que siguió a la conquista del Nuevo Mundo, aspecto este que en el volumen original quedaba excesivamente sintetizado, reducido tan solo a la figura del Padre Las Casas. En segundo lugar, hemos variado el texto antologado de otro autor, concretamente el del Itinerario de Guillermo de Rubruck, para que la fidelidad a la redacción original fuese mayor, más rigurosa. Y, como es natural, hemos tratado de que las indicaciones bibliográficas sigan siendo útiles; para lograrlo, hemos procurado poner al día las edicio-

nes recomendadas, tanto en lo que atañe a las fuentes como en lo relativo a los estudios, los comentarios y la bibliografía secundaria. En esta tarea, tal y como planteamos nuestro trabajo original, no pretendemos ser exhaustivos sino útiles, y por eso no hemos insistido en ediciones y artículos no redactados en castellano ni tampoco traducidos al mismo, aunque esta tendencia demasiado general es empobrecedora, peligrosa y merece criticarse. Hay publicaciones valiosas que se nos escapan, sobre todo las editadas en Latinoamérica y poco distribuidas por nuestro país; con todo, creemos que hay suficientes motivos para afirmar que esta nueva edición mejora y amplía las dos anteriores, por lo que esperamos que siga desempeñando su papel con similar eficacia.

Queremos seguir dando las gracias a los viejos amigos de NAU llibres por su confianza de siempre, a los compañeros de la Unidad Docente de Antropología de la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación de la Universitat de València por sus permanentes colaboraciones directas e indirectas, y a los alumnos de todos estos años por mantener viva la llama de la comunicación.

Joan B. Llinares
(Universitat de València)
Diciembre de 1992.



Introducción

1. Este Libro -si es que merece ser llamado con tal memorable nombre- sale a la luz pública con unas exigencias y unas pretensiones muy concretas, podríamos decir que incluso elementales, a saber, servir a los alumnos del curso de Antropología de guía de lecturas y de incitante de las mismas para una parte muy determinada del temario general. Si la suerte le acompaña y acaso también puede satisfacer otras necesidades y cumplir otras funciones, ya que día a día crece el número de interesados por esta apasionante materia en exceso descuidada, todo eso le vendrá por añadidura.

En el difuso y esporádico mercado bibliográfico que aquí y ahora nos rodea, si la información de que disponemos no va muy errada, pensamos que es imposible, por desgracia, encontrar una obra de objetivos y características similares a la que el lector tiene entre sus manos. Esta comprobada y comprobable carencia exige y justifica, a nuestros ojos, el sentido y la necesidad pedagógicos de la presente recopilación comentada de textos antropológicos. Sin embargo, ni siempre se estuvo así ni hemos tenido que partir de cero. En el área cultural de la que formamos parte no es ésta la primera vez que se realiza un proyecto histórico-antropológico con tales motivaciones y metas. Por ejemplo, el Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México publicó en 1974 el primer volumen de una serie, todavía incompleta por ahora según el programa inicial entonces expuesto, que tenía finalidades en gran medida coincidentes con las nuestras. Era su autor el conocido profesor hispanoamericano Angel Palerm. Si los resultados de su investigación y de sus cursos estuvieran al alcance de los estudiantes de nuestras secciones, quizá podría considerarse redundante la publicación que en estos momentos emprendemos, pero puesto que dentro de nuestras fronteras desconocemos otras posibilidades de suplir esa laguna, quisiéramos que esta antología estuviera en condiciones suficientes de hacerlo con plena dignidad y con aportaciones autónomas. En todo caso, ése ha sido nuestro propósito básico.

2. *No es casual que quien se interese por la historia de la antropología y busque estudiar directamente aquellos autores y obras que debieran ser considerados como sus genuinas fuentes se encuentre con la aludida deficiencia bibliográfica, incluso en estos años en que la denominada "narrativa de viajes" ha alcanzado cotas de estrellato en las ferias de libros y en las listas de superventas. Desde el mismo título de nuestro trabajo -Materiales para la historia de la antropología- nosotros hemos querido resaltar este grave problema, el escaso cultivo que, incluso a nivel internacional, ha tenido y tiene nuestra disciplina de su propia historia. El estudio bibliométrico de esta rama especializada de la antropología no ha hecho sino demostrar que tan sólo en las dos últimas décadas, es decir, desde los años sesenta de este siglo en el que estamos, se ha tomado conciencia de esta necesaria investigación que sólo en equipo es posible abordar en serio, porque exige complejos requisitos, difíciles de hacer coincidir en una sola cabeza, por ejemplo: conocimientos de la teoría antropológica, de su desarrollo y de las diferentes posiciones actuales, con sus logros, sus vacíos y sus interrogantes respectivos; profunda preparación en historia universal, sobre todo en especialidades como historia de las ciencias y de las técnicas, de las rutas comerciales, los descubrimientos geográficos, los contactos entre pueblos, las variaciones demográficas y las migraciones, etc., etc.; formación filosófica, especialmente epistemológica y antropológica, pues muy a menudo se pasa por alto el innegable y casi imperceptible pilotaje profundo que la filosófica construcción de la idea de "hombre" ejerce en todo momento sobre las más diversas actividades y opiniones, etc.*

Como botón de muestra del deplorable estado de cosas que denunciábamos vale la pena indicar que casi hasta nuestros días era inencontrable en el mundo entero un manual universitario de historia de la antropología que mereciera crédito, esto es, que aportara información más allá de las chovinistas y petulantés tradiciones nacionales en la materia o, de modo más restringido, que reconstruyera los prolegómenos históricos de la escuela de pensamiento o corriente de investi-

gación de sus respectivos autores, con plena conciencia de su parcialidad y de sus excesivos límites. Parece como si se hubiera compartido el presupuesto de que el verdadero antropólogo se hubiese tenido que dedicar con exclusiva preferencia al trabajo de campo, al suyo propio y a conocer el de los demás, sin procurar salirse de la personal opción estratégica ni del área lingüística a la que se pertenecía académicamente. A veces, en la madurez, algunos tenían la rara veleidad de interesarse por la historia, movidos por la limitada intención de autoformarse su propia tradición manipulando la genealogía y el inmediato pasado de la línea que abanderaban o en la que militaban. Los resultados obtenidos mediante este poco objetivo procedimiento, en los casos más afortunados eran clarificadores de algún aspecto de la obra de ciertos autores pretéritos, pero con alarmante frecuencia nada aportaban y solían caer en la triste enfermedad, por lo visto contagiosa, de la "precursoritis". El lamentable resultado final es que, como hemos dicho, la historia de la antropología todavía está muy en mantillas, a merced de intereses diversos -nacionales, lingüísticos, de escuela, de ideología política, etc.- y no contamos con abundantes publicaciones rigurosas que nos faciliten el estudio antropológico, por ejemplo, de esa enorme porción de tiempo que va del siglo de Pericles a la Ilustración. En este trabajo, pues, nosotros hemos querido subrayar el problema y ofrecer un conjunto de materiales para que, por lo menos, se pueda plantear. Nos alegra saber que eminentes antropólogos están investigando actualmente en este mismo frente, como, por ejemplo, Julio Caro Baroja, de cuyas óptimas condiciones es lícito esperar significativos frutos.

3. Decíamos que no es casual la inmadurez en la que permanece la historia de la antropología y lo decíamos también porque todavía carecemos de respuestas firmemente establecidas que aclaren cuestiones tan elementales como la siguiente: ¿cuándo comienza esa práctica llamada antropología? Ha habido quienes sitúan sus orígenes en los mitos elaborados en el paleolítico; para otros los inicios están en las

epopeyas y libros sagrados; se ha hablado de los primeros filósofos, de los fundadores de esa forma de prosa a la que se le ha dado el nombre de "historia", de los geógrafos y antiguos autores de libros de viajes; el trabajo de cronistas críticos que algunos hispanos realizaron en el XVI también ha servido de hito fundacional, si bien la fecha puede oscilar, atrás o adelante, prefiriendo entonces a los árabes o a los franceses y anglosajones para tal cometido; la importancia excepcional de las Ilustraciones francesa y escocesa se va consolidando con potentes argumentos; otros reclaman a Darwin, a Spencer, a Morgan y Tylor, o a Marx y Engels; por fin, hasta se ha dicho que sólo gracias a Malinowski pudo nacer la antropología hacia los años veinte de este siglo. Esta caótica Babel de las múltiples opiniones encontradas pinta expresivamente la minoría de edad en la que aún está la historia de la antropología y nos coloca sobre una adecuada pista que nos puede conducir a las causas de su raquitismo: es el mismo concepto de antropología el que no está firmemente delimitado y fundamentado, o, dicho con otras palabras, la historia de la antropología va ciega porque todavía no la guía una epistemología madura que haya obtenido consenso. Ambas prácticas antropológicas se condicionan recíprocamente y mutuamente se necesitan. Por otra parte, no es ninguna sorpresa extraña reconocer la incómoda y polémica situación en la que se encuentran las denominadas ciencias sociales o humanas y, en su seno, y por peculiares y agravantes motivos -el colonialismo, los etnocidios, la occidentalización del planeta, la caída en modelos teóricos externos, la confusión epistemológica, etc.-, la propia antropología. No es éste el momento oportuno ni el lugar adecuado para trazar la cartografía pertinente, por mínima que fuese, de esa compleja problemática crucial. No obstante, era obligatorio referirse al estado crítico de la situación presente de nuestra disciplina para colocar en su justa posición la serie de argumentos que creemos que avalan la tarea que con este libro hemos esbozado.

4. En principio, y para comenzar por lo obvio, los autores incluidos en la siguiente recopilación gozan de un indiscutible

mérito documental, informativo y descriptivo, o, con un adjetivo más técnico y preciso, etnográfico. De entre ellos los hay que hasta soportan los más exigentes criterios comparativos en relación con célebres autores de nuestra centuria. En sus obras perdura una vívida presentación palpitante de varias culturas del pasado que, en virtud de su ineludible y radical historicidad, hoy son inobservables porque ya perecieron o, en cualquier caso, se transformaron y se alteraron, las más de las veces cambiando su fisonomía y su estructura en grados muy elevados, drásticos incluso. Sin los textos que antologizamos, puestos en la tesitura de querer reconstruir esas culturas pasadas, únicamente contaríamos con el laborioso auxilio de las excavaciones arqueológicas o con prudentes analogías. En consecuencia, con la presente selección de fragmentos estamos brindando una especie de rápido viaje alrededor del mundo para que el lector conozca de primera mano un puñado de sociedades que tienen el hermoso aliciente de no poder ser fotografiadas por las cámaras de la televisión ni de figurar en el programa de ninguna agencia de viajes, esto es, que sólo permanecen abordables y vivas, en gran medida, en los testimonios escritos que estos autores del pasado nos dejaron. Sus documentos, al margen de sus valores literarios y filosóficos que no son en absoluto desdeñables, constituyen los signos que en nosotros van formando los trazos interrogativos que originan y dan razón de ser a la antropología en cuanto experiencia humana susceptible de trocarse en práctica científica. Esos interrogantes son: ¿Qué culturas han ido formando los hombres? ¿Por qué tienen rasgos similares y rasgos asombrosamente diferentes? ¿Cómo es que las culturas cambian y evolucionan? ¿A qué imperativos responden las creaciones culturales, qué relaciones guardan entre sí sus diversos componentes, dónde radican los factores predominantemente decisivos? ¿Qué sucede cuando entran en contacto dos culturas diferentes? ¿De qué modo podemos estudiar, comprender y explicar a quienes viven en el seno de otras tradiciones culturales? Etc. etc. Puesto que tal vez no tengamos la oportunidad de trasladarnos en el espacio para encontrarnos cara a cara con

quienes son y viven distintos a nosotros, es decir, con los genuinamente "otros", este viaje a través del tiempo y desde la biblioteca también puede servir para vivir tenue e inicialmente esa experiencia matriz y originadora a la que es ya habitual denominar la "diferencia antropológica".

Varios de los textos que citamos tienen que ver no con lo exótico y extraño sino con nosotros mismos, es decir, con la cultura occidental en otro momento del tiempo, en etapas anteriores de su desarrollo. Reunir un conjunto de elementos para que el lector se asombre de lo que él mismo fue -culturalmente hablando, claro está- quizá posibilite la sorpresa crítica ante nuestras creaciones culturales y nuestras formas de organización social actuales, y hasta puede que sirva para asumir desde dentro los delicados contornos que configuran ese importante nudo llamado "relativismo cultural", que tan complejos papeles ha jugado y juega en la antropología.

5. Desde los inicios de la modernidad se ha tendido a menospreciar los prejuicios y a desmitificar lo antiguo, la idolatrada autoridad de los clásicos por antonomasia. Muchos de los escritores aquí seleccionados a menudo han sido catalogados desde esta óptica como antiguallas, como materiales inservibles -a no ser para colocarlos dentro de una urna en alguna sala de museo o de biblioteca oficial-. Esta actitud general que en tiempos no demasiado lejanos fue predominante, en especial en el modo de considerar el pasado los científicos naturales, es insostenible después de haberse deshinchado las ideologías del progresismo y de constatar reiteradamente las oscilaciones que, sobre todo en las ciencias sociales, han marcado y continúan marcando el sucederse de teorías, estrategias de investigación y hasta de paradigmas alternativos. Nuestro movedizo presente está en condiciones de captar que los aciertos y las conquistas etnográficas de los autores de siglos anteriores bien pueden encerrar la aplicación de conscientes y pertinentes métodos y técnicas de observación y de obtención de datos, de acopio de informaciones y de estructuración de lo descubierto. Una atenta lectura de los textos aquí antologizados, en consecuencia, también podrá

proporcionarle a nuestra sensibilidad zarandeada nuevas reflexiones críticas acerca de las modalidades de conocimiento e investigación y acerca de las teorías antropológicas de nuestros predecesores, las cuales, si no consiguen servirnos de archivo instrumental y de arsenal teórico para que elaboremos nosotros otras nuevas y mejores, por lo menos nos descorrerán las cortinas de nuestros propios supuestos y prejuicios y, gracias en parte a la distancia temporal que las separa de nosotros, por su misma lejanía lograrán que ganemos nueva claridad hermenéutica sobre nuestra forma presente de teorizar. Pensamos que esta oferta no es en absoluto despreciable aunque se quede en un nivel predominantemente lingüístico y teórico, y todavía lo es menos en una facultad y en un país que no brillan precisamente por los abundantes y sugestivos trabajos de campo que brindan al alumnado.

6. *El método de trabajo que hemos seguido para efectuar la antología siguiente es muy sencillo: en primer lugar, hemos escogido una serie de obras capitales, prefiriendo que sus representaciones apareciesen con espacio y calidad suficientes antes que aumentar en exceso el número de autores, con el riesgo de caer en un inútil enciclopedismo atomizado; de cada una de las obras hemos extraído fragmentos selectos que, organizados en conjunto, aportaran temas y reflexiones complementarios, referentes a problemas significativos de otras partes del programa global de la asignatura; en cada uno de los casos los textos han ido precedidos de una mínima presentación sobre la personalidad de su autor, las características de la obra de la que proceden y del tiempo en que ésta se redactó. A diferencia del intento del profesor Palerm que, como confiesa en la introducción a su libro, no incluye fichas bibliográficas ni precisa en qué ocasiones ofrece traducción propia y directa de los originales o se limita a retraducir al castellano versiones existentes en idiomas intermediarios -procedimiento poco recomendable, y todavía menos dejándole al lector en ignorancia total acerca de qué versiones-puente se han utilizado- nosotros hacemos constar siempre la procedencia exacta del fragmento que citamos y le damos a conocer al lector no sólo*

la ficha bibliográfica completa de la traducción que hemos preferido sino que también le informamos, en la medida de nuestros conocimientos y de los medios de que disponemos, tanto de la existencia de otras versiones utilizables como de bibliografía secundaria conveniente para ampliar las perspectivas de lectura y el aprovechamiento de los textos. En este punto concreto hemos deseado que las páginas que siguen fueran de verdadera utilidad para el alumnado y que pudieran servirles de guía, de orientación bibliográfica, convencidos como estamos de que el estudio universitario está excesivamente esclavizado por sistemas adecuados a exámenes masivos y pierde así, a velocidades insospechadas, el personal diálogo con los clásicos, la lectura constante y prioritaria de las fuentes, que eso es estudiar y no sólo la rápida memorización estratégica del manual de turno, especie de prontuario para presentarse en sociedad o para tomar parte en concursos radiotelevisivos que confunden la cultura y la inteligencia con sartas de citas, acertijos y adivinanzas.

Los años de experiencia docente, en especial estos últimos cuatro, están a la base de la selección de autores, obras y fragmentos que hemos efectuado, pues gran parte de lo que antologizamos ya ha sufrido la prueba de fuego de mantener la atención de numerosos oyentes y de provocarles a muchos la posterior lectura de los originales. Quede aquí constancia expresa de mi gratitud. Sin la sostenida amistad de varios estudiantes y sin el constante interés por la materia que repetidamente me han demostrado, este texto jamás hubiera ido más allá de mi propio cuaderno de notas preparatorias de clases.

S E C C I Ó N

P R I M E R A

Grecia y Roma

Herodoto - Tucídides - Platón - Aristóteles - Estrabón - P. Mela - Julio César - Lucrecio - Tácito

Herodoto

Nació hacia el año 526 antes de nuestra era en la ciudad griega de Halicarnaso, en la costa suroeste del Asia Menor. Tuvo que exiliarse muy joven por haberse visto comprometido en una revuelta contra el tirano Ligdamis. Buscó asilo en la vecina isla de Samos. Después pasó a Atenas. Acabó sus días en la colonia panhelénica de Turios, fundada por Pericles en la Italia meridional, en la que residió desde el 444 y en la que escribió su Historia.

Nacido como súbdito persa se supo aprovechar de esa circunstancia para visitar el Oriente. No hay acuerdo unánime sobre los detalles, pero suele admitirse que visitó Egipto -el Bajo y el Alto-, Así Menor, Babilonia, partes de Escitia (Olbia, Crimea), Cirene, Creta y las islas del Egeo, casi todo el continente griego (sobre todo Delfos y Atenas) y la Magna Grecia. Las circunstancias de su azarosa vida le obligaron a conocer a fondo a dorios y jonios, griegos y persas. Frente a muchos de sus compatriotas, Herodoto destaca por su enorme capacidad de asombro, de respeto y de admiración por los "otros", esto es, por los "bárbaros". En su atractivo libro estudia con fresca curiosidad las instituciones de los diferentes pueblos orientales y hasta consigue ver en alguno de ellos -en Egipto sobre todo- un modelo de sabiduría más añejo que el de los propios griegos. Su obra conserva una de las más clarividentes confesiones de "relativismo cultural" que es posible encontrar en la Antigüedad. "Si alguien propusiera a todos los hombres, mandando elegir de entre todas las costumbres las costumbres más hermosas, habiendo analizado, escogerían, cada uno las propias; tanto considera cada uno ser las propias costumbres mucho más hermosas. Es, pues, natural que no otro, sino un hombre maniático ponga tales cosas como irrisión. Y que así han juzgado todos los hombres lo que se refiere a las costumbres, es posible calcularse por muchas otras pruebas y además también en ésta: Darío en tiempo de su propio reinado, habiendo llamado a quienes de los griegos estaban junto a él, preguntaba por cuánto dinero querían devorar a sus padres al morir; y ellos dijeron que por nada harían eso. Darío, después de eso, habiendo llamado de los

indios a los llamados calatíes, los cuales se comen a sus progenitores, preguntaba, estando presentes los griegos y enterándose, mediante un intérprete, de lo que se deán, a qué precio aceptaban consumir al fuego a sus finados padres; pero ellos, exclamando fuertemente, reclamaban que él pronunciara buenos augurios. Por tanto, así se han acostumbrado esas cosas. Y Píndaro me parece haber poetizado rectamente diciendo que la costumbre es reina de todas las cosas. (Libro III (Talia), capítulo 38. Versión literal de Arturo Ramírez Trejo. México, 1976, UNAM, vol. II, págs. 24 y 25.) De esta actitud da buena cuenta el texto que hemos seleccionado. En él se habla de las costumbres de los persas, el pueblo frente al cual los griegos tuvieron que enzarzarse en las guerras que Herodoto narra, como tema vertebral, en su libro. A pesar de tratarse de los "enemigos", sus costumbres y su modo de vida aparecen observados con simpatía, con aprobación y con pertinentes notas comparativas que subrayan las diferencias que guardan con los griegos. Es digna de notarse, por otra parte, su amplitud de miras. Atiende a múltiples fenómenos culturales: religiosos, culturales, míticos, artísticos, educativos, sexuales, lingüísticos, comerciales, sociopolíticos, técnicos, etc. No olvida tampoco el marco ecológico en el que un pueblo vive: su clima, su flora, fauna, orografía, hidrografía, etc., le interesan vivamente y los describe con pormenores -el libro II, dedicado a Egipto, o, si se prefiere, a la vida en torno al Nilo, es la mejor prueba-. Por último, Herodoto es sensible a los diversos modos de organización sociopolítica y a las realidades infraestructurales que los condicionan. Como ejemplo de ello citamos también un impresionante fragmento sobre las obras hidráulicas en los antiguos imperios del Oriente Medio.

La riqueza etnográfica de esta magnífica obra maestra, texto fundacional de la escritura en prosa, hace que sólo podamos renunciar a la presentación de nuevos fragmentos obligándonos a expresar inequívocamente nuestra recomendación explícita en favor de su apasionante "investigación".

Costumbres de los persas

Por cierto que he averiguado que los persas observan las siguientes costumbres: no tienen por norma erigir estatuas, templos ni altares; al contrario, tachan de locos a quienes lo hacen; y ello, porque, en mi opinión, no han llegado a pensar, como los griegos, que los dioses sean de naturaleza humana. En cambio, suelen subir a las cimas de las montañas para ofrecer sacrificios a Zeus, cuyo nombre aplican a toda la bóveda celeste. También ofrecen sacrificios al sol, a la luna, a la tierra, al fuego, al agua y a los vientos. Primitivamente sólo ofrecían sacrificios a esas divinidades, pero después han aprendido de: los asirios y los árabes a ofrecer también sacrificios a Urania, si bien los asirios, a Afrodita, la llaman Milita, los árabes, Alilat y los persas, Mitra. En los sacrificios a los dioses citados, los persas observan el siguiente ritual. Cuando se disponen a ofrecer un sacrificio, no levantan altares ni encienden fuego; tampoco se valen de libaciones, ni de flautas, cintas y granos de cebada. Y cuando alguien quiere ofrecer un sacrificio a uno de sus dioses, conduce la víctima a un lugar puro e invoca a la divinidad llevando en la tiara una corona, generalmente de mirto. Ahora bien, el que sacrifica no puede impetrar el favor de la divinidad para él solo exclusivamente, sino que ruega por la ventura de todos los persas y del rey, pues, como es natural, entre la totalidad de los persas está incluido el propio oferente. Después de hervir la carne, una vez descuartizada la víctima en trozos menudos, esparce en el suelo la yerba más tierna posible, generalmente trébol, y sobre ella coloca, por lo regular, todos los trozos de carne. Una vez que los ha depositado, un mago, presente al efecto,

entona una teogonía (al menos ese es, según ellos, el contenido del canto en cuestión), pues ocurre que sin un mago no tienen por norma hacer sacrificios. Y, tras un breve instante de espera, el celebrante se lleva los trozos de carne y hace con ellos lo que le viene en gana.

De todos los días el que más suelen celebrar es el del aniversario de su nacimiento. En ese día consideran apropiado hacerse servir una comida más abundante que la de los demás días; en ella los persas ricos se hacen servir un buey, un caballo, un camello y un asno enteros, asados al horno, y los pobres se hacen servir animales menores. Toman pocos platos fuertes, pero muchos postres, y no todos a la vez; por esta razón los persas dicen que los griegos terminan de comer con hambre, ya que, tras la comida propiamente dicha, no se les sirve nada que merezca la pena, pues, si se les sirviera algo exquisito, no dejarían de comer. Son, además, muy dados al vino, pero no les está permitido vomitar ni orinar en presencia de otro. Esta regla, por cierto, es rígidamente observada. Por otra parte, suelen discutir los asuntos más importantes cuando están embriagados; y las decisiones que resultan de sus discusiones las plantea al día siguiente, cuando están sobrios, el dueño de la casa en que estén discutiendo. Y si, cuando están sobrios, les sigue pareciendo acertado, lo ponen en práctica; y si no les parece acertado, renuncian a ello. Asimismo, lo que hayan podido decidir provisionalmente cuando están sobrios, lo vuelven a tratar en estado de embriaguez.

Cuando dos se encuentran por las calles, por lo que voy a decir se puede distinguir si los que se encuentran son de la misma condición: en lugar de dirigirse de palabra mutuos saludos se besan en la boca; en cambio, si uno es de

rango algo inferior, se besan en las mejillas; y si uno es de condición mucho más humilde, saluda al otro postrándose de hinojos. A quienes más aprecian de entre todos, después de sí mismos, es a los que viven más cerca de ellos; en segundo término, a los que vienen a continuación y, después, van apreciando a los demás en proporción a la distancia; así, tienen en el menor aprecio a quienes viven más distantes de ellos, pues consideran que, en todos los aspectos, ellos son, con mucho, los hombres más rectos del mundo, que los demás practican la virtud en la mencionada proporción y que quienes viven más distantes de ellos son los peores. Y por cierto que, durante la dominación media, también unos pueblos ejercían su dominio sobre otros de modo gradual: los medios imperaban sobre todos, especialmente sobre sus inmediatos vecinos; éstos, a su vez, sobre los pueblos limítrofes y éstos, por su parte, sobre los más cercanos a ellos, con arreglo a la misma proporción en que los persas dispensan su aprecio; ocurría, pues, que cada pueblo ejercía gradualmente la soberanía y la administración.

Los persas son los hombres que más aceptan las costumbres extranjeras. Y, así, llevan el traje medio, por considerarlo más distinguido que el suyo propio, y, para la guerra, los petos egipcios. Además, cuando tienen noticias de cualquier tipo de placer, se entregan a él; por ejemplo, mantienen relaciones con muchachos, cosa que aprendieron de los griegos. Por otra parte, cada uno se casa con varias esposas legítimas y se procura, además, un número muy superior de concubinas. Entre ellos demuestra hombría de bien quien, además del valor en la guerra, puede mostrar muchos hijos; y al que puede mostrar más, el

rey, todos los años, le envía regalos, pues consideran que el número hace la fuerza. Desde los cinco, hasta los veinte años, sólo enseñan a sus hijos tres cosas: a montar a caballo, a disparar el arco y a decir la verdad. Y hasta que un niño no tiene cinco años, no comparece en presencia de su padre, sino que hace su vida con las mujeres. Esto se hace así con el fin de que, si muere durante su crianza, no cause a su padre pesar alguno. Apruebo, desde luego, esta costumbre y apruebo también esta otra: por una sola falta ni el propio rey puede castigar a nadie con la muerte; y tampoco otro persona cualquiera puede, por una sola falta, infligir a ninguno de sus siervos la última pena; ahora bien, si, tras considerar el caso, llega a la conclusión de que los delitos del culpable son más numerosos y más importantes que sus servicios, entonces puede dar rienda suelta a su ira. Cuentan que, hasta la fecha, nadie ha matado a su padre o a su madre y pretenden que, en cuántas ocasiones anteriores ha tenido lugar algo semejante, una investigación descubriría indefectiblemente que los autores eran hijos ilegítimos o adulterinos, pues sostienen que es realmente inadmisibles que un padre verdadero muera a manos de su propio hijo.

Por otra parte, de todo aquello que la ley les impide hacer, de esos temas también les impide hablar. Asimismo, consideran que mentir constituye la mayor deshonra y, en segundo lugar, contraer deudas; y ello por varias razones, pero principalmente porque dicen que es inevitable que el que tiene deudas diga también mentiras. Si un ciudadano tiene lepra o albarazo, no puede entrar en una ciudad ni relacionarse con los demás persas; y aseguran que padece esas enfermedades por haber incurrido en algún delito contra el sol. Por su

parte, a todo extranjero afectado por esos males lo echan del país; y muchos expulsan también a las palomas blancas, alegando el mismo motivo. No orinan ni escupen en los ríos; tampoco se lavan las manos en ellos, ni permiten que lo hagan otros; al contrario, tienen por ellos una especial veneración.

He aquí también otra particularidad que viene a darse entre ellos -particularidad que pasa inadvertida para los propios persas, pero no para nosotros-: sus nombres, que responden a la prestancia física o al porte, terminan, todos, por la misma letra, esa que los dorios llaman san y los jonios sigma. Si analizas la cuestión, descubrirás que los nombres de los persas terminan por dicha letra; y no unos si y otros no, sino todos sin excepción.

Esto es lo que, merced a mis conocimientos, puedo decir a ciencia cierta sobre los persas. En cambio, tengo que hablar como de algo oscuro y sin seguridad en lo que a los muertos se refiere; es decir, respecto a que el cadáver de un persa no recibe sepultura, mientras no haya sido desfigurado por un ave de rapiña o un perro. Desde luego, los magos sé positivamente que lo hacen así, pues lo hacen públicamente. En cualquier caso, los persas impregnan con cera el cadáver y, después, lo entierran. Por su parte, los magos se diferencian notablemente del resto de los hombres, en especial de los sacerdotes de Egipto; pues, mientras éstos estiman como un deber de su clase no dar muerte a ningún animal, a excepción de los que sacrifican, los magos, por el contrario, matan con sus propias manos toda clase de seres vivos, excepción hecha del perro y el hombre, y lo consideran una gran hazaña, pues matan indistintamente hormigas, serpientes y todo tipo de reptiles y volátiles. En fin,

en lo que a esta costumbre respecta, que siga como se estableció desde su origen; ya vuelvo a lo que decía antes.

...

A su regreso a Egipto, y tras vengarse de su hermano, Sesostris empleó la masa de prisioneros que se había traído de los pueblos cuyos territorios había sometido, en las siguientes tareas: fueron ellos quienes, por orden suya, arrastraron las piedras -unas piedras de enormes dimensiones- que, durante su reinado, fueron llevadas al santuario de Hefesto, y quienes se vieron obligados a excavar todos los canales que hay, en la actualidad, en Egipto; así, sin proponérselo, hicieron que Egipto, que antes era, en toda su extensión, apto para el tránsito de caballos y carros, dejase de serlo. En efecto, a partir de esa época, Egipto, pese a que es totalmente llano, se ha hecho impracticable para caballos y carros; y la causa de ello reside en los canales, que son numerosos y que están orientados en todas direcciones. La razón por la que el rey parceló el país fue la siguiente: todos los egipcios que no tenían sus ciudades a la orilla del río, sino tierra adentro, siempre que el río se retiraba, se veían faltos de agua y recurrían a unos brebajes bastante salobres que sacaban de pozos. Esa es, pues, la razón de que Egipto fuera parcelado.

Los sacerdotes también me dijeron que este rey repartió el suelo entre todos los egipcios, concediendo a cada habitante un lote cuadrangular de extensión uniforme; y, con arreglo a esta distribución, fijó sus ingresos, al imponer el pago de un tributo anual. Ahora bien, si el río se le llevaba a alguien parte de su lote, el damnificado acudía al rey y le explicaba lo sucedido; entonces el monarca enviaba a algunas personas a inspeccionar y medir la

disminución que había sufrido el terreno para que, en lo sucesivo, pagara una parte proporcional del tributo impuesto. Y, a mi juicio, para este menester se inventó la geometría.

Bibliografía

A) Los fragmentos citados corresponden a las páginas 200-207 y 394-395 del primer volumen de la traducción de Carlos Schrader, enriquecida con muchísimas notas, publicada por la Editorial Gredos en Madrid, en 1977, en la Biblioteca Clásica Gredos nº3. Es una versión completa y muy recomendable. Consta de tres volúmenes.

La Biblioteca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana de la Universidad Nacional Autónoma de México publicó en 1976 la única edición completa crítica y bilingüe (griego-castellano) de que se supone, a cargo de Arturo Ramírez Trejo, con amplia introducción, notas y comentarios. Tiene 3 volúmenes.

La Colección Hispánica de autores Griegos y Latinos ha publicado los libros I (Barcelona, 1960) y II (Barcelona, 1971) de las *Historias* de HERODOTO en edición crítica bilingüe del profesor Jaime Berenguer Amenós en la editorial Alma Mater, S.A.

La versión castellana completa de María Rosa Lida de Malkiel apareció como volumen XXI de los Clásicos de la Editorial Exito de Barcelona en 1960 como volumen XXII de la colección Clásicos de la Editorial W. M. Jackson de México en 1963. Recientemente ha sido reeditada en dos volúmenes por la Editorial Lumen de Barcelona.

Todavía está en el mercado (editada, por ejemplo, por la editorial Porrúa de México en su colección "Sepan cuanto..." N.º 176) la versión del jesuita Bartolomé Pou publicada por vez primera en 1846.

Aunque se trata de traducciones indirectas e incompletas, también son localizables en nuestras librerías las dos obras siguientes: LACARRIERE, J. *Herodoto y el descubrimiento*

de la tierra. Traduc. V. Peral. Madrid, Espasa-Calpe, S.A. 1973.

KELLER, W. *El asombro de Herodoto*. Traducc. H. Dauer. Barcelona, Bruguera, Libro Amigo N.º 334, 1975.

B) *Sobre Herodoto puede leerse con provecho lo siguiente:*

Las "Introducciones" de ARTURO RAMIREZ TREJO, JAIME BERENGUER AMENOS y MARÍA ROSA LIDA DE MALKIEL a sus respectivas traducciones y las de FRANCISCO R. ADRADOS y EDMUNDO O'GORMAN a las traducciones de Carlos Schrader y de Bartolomé Pou respectivamente.

El apartado "Herodoto le précurseur" en AUZIAS, J. M. *L'anthropologie contemporaine. Expérience et système*. Paris, Presses Universitaires de France, 1976. (Existe traducción castellana en la Editorial Monte Avila de Venezuela.)

El capítulo primero de CHATELET, F. *La naissance de l'histoire. La formation de la pensée historienne en Grèce*. Paris, les éditions de Minuit, 1962. (Existe versión castellana en la Editorial Siglo XXI.)

El estudio "La objetividad del historiador en Herodoto" en LASSO DE LA VEGA, JOSE S. *De Safo a Platon*. Barcelona, Editorial Planeta, Colec. Ensayos N.º 19, 1976.

ROMERO, JOSE LUIS. *De Herodoto a Polibio*. Buenos aires, Espasa-Calpe, S.A., Colec. Austral, 1952.

SCHÄDEWALDT, W. *Die Anfänge der Geschichtsschreibung bei den Criechen. Herodot. Thukydides*. Tübinger Vorlesungen Band 2. Frankfurt am Main, Suhrkamp, stw N.º 389, 1982.

HARTOG, F. *Le miroir d'Herodote. Essai sur la représentation de l'autre*. Paris, Gallimard, 1981.

Para todos los autores de esta primera parte es informativo el libro de CARO BAROJA, JULIO. *La aurora del pensamiento antropológico*.

La antropología en los clásicos griegos y latinos. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1983.

BALLABRIGA, A. *Le soleil et le Tartar. L'image mythique du monde en Grèce archaïque.* Paris, P.U.F., 1986.

AAVV. *Grecs et Barbares.* Ginebra, F.Hardt, 1961.

DARBO-PESCHANSKI, C. *Le discours du particulier. Essai sur l'enquête hérodotéenne.* Paris, Du Senil, 1987.

SCHRADER, C. "Herodoto", en *Historia de la Literatura Griega.* Madrid, Cátedra, 1988, pp. 503-536.



Tucídides

Habiendo nacido antes del 454, Tucídides pertenecía a la más elevada aristocracia ateniense y por tradición familiar conocía bien el funcionamiento de la "cosa pública" de su ciudad. Su niñez y primera juventud transcurrieron en la época dichosa en que Atenas, en paz con Esparta y Persia y a la cabeza de un poderoso imperio, llegó a la cumbre de su prosperidad comercial, de su fuerza militar, de su grandeza artístico-literaria y de su libertad política. Su linaje aristocrático y su admiración por el político demócrata Pericles le condicionaron esa amplitud de visión, notoriamente distante y objetiva, que le liberó de los estrechos márgenes del partidismo.

El tema de su obra es, como indica su título, la Guerra del Peloponeso, en la que él mismo tomó parte activa como general ateniense y de la que sufrió los desastres más notorios: la peste del año 430 y el destierro por responsabilidades militares, que le duró veinte años, esto es, hasta que la guerra acabó. Entonces redactó su extraordinario libro. No se sabe exactamente dónde, cómo ni cuándo murió.

Para nuestro enfoque antropológico su Historia de la Guerra del Peloponeso es importante, en primer lugar, por su clara conciencia metodológica, es decir, por la serie de reflexiones que contiene acerca de la adquisición de la verdad de los fenómenos socio-históricos y de las dificultades que obstaculizan esta labor. Tucídides se separa tajantemente de las fabulaciones míticas, investiga con trabajo el conjunto de factores responsables de lo que aconteció, y desea que su obra perdure para siempre puesto que en ella se expone la historia según la ley que rige los sucesos humanos. Esta pretensión nomotética continúa viva en los intentos de varias de las escuelas antropológicas de nuestros días.

El segundo punto que nos interesa de Tucídides -prescindiendo por economía de espacio de sus precisas presentaciones de los dos principales sistemas políticos griegos- es la universalidad evolutiva de su perspectiva: los griegos vivieron antes como ahora viven los bárbaros. Por lo tanto, éstos pueden desarrollarse y llegar a vivir como los griegos. No hay causas

raciales que lo imposibiliten. La unidad psíquica del género humano está, pues, presupuesta. El papel del medio ambiente -concretamente, de la calidad del subsuelo-, del comercio, del excedente de producción, del aumento de la demografía, de las guerras, de los medios de transporte, etc. en el proceso evolutivo está estructurado con perspicacia atendiendo al caso griego, a sus orígenes y a su situación presente, a saber, el enfrentamiento bélico entre atenienses y espartanos.

Esto es lo que he averiguado sobre los acontecimientos del tiempo antiguo, para cuya aceptación son difíciles de hallar pruebas terminantes, pues los hombres aceptan unos de otros sin pruebas e indistintamente las tradiciones de los sucesos antiguos, aunque sean de su propio país. La mayoría de los atenienses, por ejemplo, cree que Hiparco fue muerto siendo tirano por Harmodio y Aristogitón, y no saben que Hippias, que era el mayor de los hijos de Pisistrato, ostentaba el mando, que Hiparco y Tésalo eran sus hermanos, y que sospechando Harmodio y Aristogitón en aquel mismo día e instante que algo había sido delatado a Hippias por sus propios conjurados, le respetaron, dándole ya por enterado; pero queriendo antes de ser presos realizar una hazaña y luego ya correr el peligro que les amenazaba, mataron a Hiparco, al que encontraron junto al llamado Leocorion, organizando la procesión Panatenaica. Otras muchas cosas de hoy día y no olvidadas por el tiempo las creen también erróneamente los demás griegos, como que los reyes de los lacedemonios no depositan cada uno un voto, sino dos, y que tienen una “compañía de Pitana”, que no existió jamás. Tan carente de molestias es para los más la búsqueda de la verdad y con tanta preferencia se vuelven hacia lo primero que se presenta.

Sin embargo, no se equivocaría el que creyese que las cosas que conté, a juzgar por las pruebas citadas, eran así poco más o menos, y no diese fe más bien a lo que han cantado acerca de ellas los poetas, adornándolas para engrandecerlas, ni a lo que los logógrafos escribieron, tendiendo más a lo agradable de oír que a la verdad; cosas sin pruebas y las más Invadas al terreno de la fábula de una forma increíble por el mucho tiempo que hace que

sucedieron; ni se equivocaría pensando que han sido descubiertas por mí, a partir de los indicios más claros, de una manera satisfactoria para ser antiguas. Y esta guerra, aunque los hombres mientras luchan creen siempre que la presente es la mayor, y cuando dejan de hacerlo admiran más las antiguas, si se la considera a partir de los hechos mismos, mostrará, a pesar de todo, que fue mayor que aquéllas.

En cuanto a las cosas que dijeron los de cada bando en sus discursos cuando iban a emprender la guerra o estaban ya en ella, resultaba difícil recordar la literalidad de lo que se dijo, tanto a mí mismo de lo que oí, como a los que me comunicaron tomándolo de alguna otra fuente; en mi obra están redactados del modo que cada orador me parecía me diría lo más apropiado sobre su tema respectivo, manteniéndome lo más cerca posible del espíritu de lo que verdaderamente se dijo; y en cuanto a los acontecimientos que tuvieron lugar en la guerra, no creí oportuno escribirlos enterándome por cualquiera ni guiándome por mi opinión, sino que relaté cosas en las que yo estuve presente o sobre las que interrogué a los otros con toda la exactitud posible. La verdad fue hallada con trabajo, porque los testigos de cada suceso no decían lo mismo acerca de las mismas cosas, sino de acuerdo con las simpatías o la memoria de cada uno. Para una lectura pública, la falta de color mítico de esta historia parecerá un tanto desagradable; pero me conformaría con que cuantos quieran enterarse de la verdad de lo sucedido y de la de las cosas que alguna otra vez hayan de ser iguales o semejantes según la ley de los sucesos humanos, la juzguen útil. Pues es una adquisición para siempre y no una obra de concurso que se destina a un instante.

...

“La que ahora se llama Grecia no está habitada de modo estable hace mucho tiempo, sino que antes ha habido migraciones, y todos los pueblos abandonaban con facilidad su territorio ante la invasión de gentes cada vez más numerosas. Como no había comercio y no tenían relaciones libremente unos con otros ni por tierra ni por mar, y, por otra parte, cada pueblo cultivaba su tierra sólo en la medida indispensable para vivir de ello, y no tenía sobra de recursos ni plantaba vides y olivos (ya que no se sabía cuándo vendría otro a quitarles lo suyo, y más que no tenían murallas), y, por último, como estimaban que en cualquier parte conseguirían la comida diaria indispensable, emigraban sin dificultad, y debido a ello no eran poderosos ni por el tamaño de sus ciudades ni por sus recursos en general. Y precisamente la tierra mejor sufrió continuamente cambios de habitantes, a saber: la que ahora se llama Tesalia y Beocia, la mayor parte del Peloponeso, excepto Arcadia, y de la restante, las regiones mejores; pues a causa de la bondad de la tierra el poder de alguno se hacía mayor, y ocasionaba luchas internas por las cuales eran destrozados los pueblos, y al tiempo quedaban más expuestos a los ataques de las tribus extrañas. El Atica al menos, que permanecía sin discordias desde muy antiguo por la pobreza de su pueblo, la habitaron siempre los mismos hombres. Y he aquí una prueba decisiva de mi opinión de que las otras regiones no crecieron tanto a causa de las migraciones; los hombres más poderosos de aquéllos que eran expulsados del resto de Grecia por la guerra o los disturbios civiles se refugiaban junto a los atenienses, por considerarlos firmemente establecidos, y haciéndose ciudadanos, ya desde

antiguo hicieron aumentar la población de la ciudad, hasta el punto de que los atenienses enviaron más tarde colonias a Jonia pensando que el Atica no era suficiente para ellos.

Es para mí otra prueba importante de la debilidad de los antiguos, lo que sigue: antes de la guerra de Troya, es claro que Grecia no hizo nada en común; y me parece que ni siquiera recibía ella entera ese nombre, sino que antes de Helen, el hijo de Deucalión, no existía en absoluto, y asimismo, que los griegos recibían el nombre de los diferentes pueblos en que estaban divididos (el más extenso, el Pelásgico); mientras que cuando Helen y sus hijos se hicieron poderosos en la Ftiótide y los demás los llamaban a las otras ciudades en su auxilio, comenzaron todos a llamarse griegos debido a estas relaciones; pero, sin embargo, no pudo este nombre imponerse en mucho tiempo en todas partes. Es Homero sobre todo quien lo prueba, pues aunque vivió mucho después de la guerra de Troya, en ninguna parte denominó así a la totalidad ni a ningunos otros que a los ftiotas de Aquiles, que fueron los primeros “helenos”, sino que los llama en sus epopeyas dánaos, argivos y aqueos. Ni siquiera dijo “bárbaros”, ya que los griegos, a mi parecer, aún no estaban diferenciados en un solo nombre opuesto a aquél. Así pues, aquellos griegos desunidos, esto es, los repartidos en ciudades y que comprendían los unos el lenguaje de los otros, que más tarde fueron así llamados todos juntos, no hicieron nada en común antes de la guerra de Troya debido a su debilidad y falta de relaciones entre sí. Y en esta expedición la hicieron juntos porque ya eran más navegantes.

Minos fue el más antiguo de los que conservamos recuerdo que se hizo con una

escuadra y, dominando la mayor parte del mar de Grecia, ejerció su poder en las Cíclades y fue el primer colonizador de las más de ellas, expulsando a los carios y estableciendo como jefes a sus propios hijos. Y, como es lógico, limpió el mar de piratas en la medida que pudo para que le llegaran mejor los tributos.

La explicación está en que antiguamente los griegos y los bárbaros del moral y las islas, una vez que empezaron a relacionarse por mar unos con otros, se dedicaron a la piratería bajo el mando de los hombres más poderosos, que buscaban su propio provecho y medios de vida para los más débiles; y cayendo sobre comunidades que carecían de murallas y vivían distribuidas en aldeas, las saqueaban y sacaban de allí los más de sus recursos, pues esta manera de proceder no producía aún vergüenza, sino que más bien procuraba un poco de gloria; esto se puede ver todavía hoy por algunas gentes del continente, que se glorian de hacerlo bien, así como por los poetas antiguos, que preguntan siempre de igual modo a los navegantes que llegan a tierra si son piratas, con lo que se supone que ni aquéllos a quien se pregunta niegan la profesión, ni los que quieren enterarse la reprueban. También por tierra hacían rapiñas unos contra otros. Hasta hoy día, en una gran parte de Grecia se vive a la manera antigua, a saber: entre los locros ozolas, los etolios, acarnanios y aquella parte del continente. Y a estos continentales les ha quedado como señal de aquella antigua vida de rapiña, el llevar armas continuamente.

De igual forma, todos los griegos llevaban armas a causa de que vivían en lugares sin protección y de que los viajes de unas comunidades a otras no eran seguros, y se acostumbraron a la vida con armas como los bárbaros.

Estas partes de Grecia que viven todavía así son una prueba de costumbres semejantes de antaño que se extendían a todos. Entre aquellos griegos primitivos, fueron los atenienses los primeros que dejaron las armas y llegaron a una mayor suavidad de costumbres y un género de vida más muelle. E incluso no hace mucho tiempo que los más viejos entre los ricos de Atenas dejaron de usar, como muestra de este refinamiento, quitones de lino y de llevar un bucle de pelo de la cabeza levantado con sujetadores de oro de forma de cigarras; por lo mismo también a los ancianos jonios, a causa del parentesco, les duró mucho tiempo este atavío. Los lacedemonios fueron los primeros que usaron vestidos sencillos y de la moda actual, y fue entre ellos donde los ricos primero adoptaron en todo lo demás un género de vida casi igual al de la multitud. Fueron también los primeros en practicar ejercicios físicos y en frotarse con grasa al tiempo de la gimnasia, desnudándose en público. Antiguamente, en cambio, los atletas luchaban incluso en los juegos olímpicos con taparrabos, y no han pasado muchos años desde que dejaron de hacerlo; y aún hay algunos bárbaros, sobre todo asiáticos, entre los cuales hay competiciones de pugilato y lucha y lo hacen con taparrabos. Se podría mostrar que los antiguos griegos tenían otras muchas costumbres semejantes a las de los actuales bárbaros.

Por otra parte, las ciudades que fueron fundadas recientemente, y, por ser mejores ya las circunstancias de la navegación, tuvieron mayor abundancia de dinero, eran construidas en la misma costa, y cerraban los istmos con murallas con el fin de facilitar el comercio y de tener protección contra los vecinos; mientras que las antiguas, tanto las continentales como

las insulares, fueron fundadas más bien lejos del mar a causa de la piratería, que duró mucho tiempo (pues se robaban no sólo los unos a los otros, sino también a los que, no siendo marinos, vivían en la costa), y hasta hoy día están construidas en el interior.

Y no eran menos piratas los isleños, que eran carios y fenicios, pueblos que colonizaron las más de las islas. Una prueba de ello: cuando durante la guerra del Peloponeso Delos fue purificada por los atenienses y fueron abiertas las tumbas de los muertos que había enterrados en la isla, más de la mitad resultaron ser carios, reconocidos por el tipo de armas enterradas con ellos y por la manera que aún tienen de enterrar. Mas cuando fue creada la escuadra de Minos, hubo más facilidad de navegar de una ciudad a otra (pues los malhechores de las islas fueron expulsados por él cuando colonizó la mayoría de ellas), y los que habitaban junto al mar, al adquirir más riquezas, comenzaron a vivir con más seguridad e incluso algunos construyeron murallas, como gentes que se hacían más ricas de lo que eran antes; pues por el deseo de ganancias los menos fuertes toleraban el imperio de los que lo eran más, y los más poderosos, sobrados de recursos, convertían en vasallas las ciudades más pequeñas. Posteriormente, hallándose ya los griegos en estas circunstancias, hicieron la expedición contra Troya.

Bibliografía

A) Los dos fragmentos citados corresponden a la traducción de Francisco Rodríguez Adrados de *Historia de la guerra del Peloponeso*, Madrid, librería y casa editorial Hernando, S.A., Biblioteca Clásica Hernando, Volumen Primero, Segunda Edición, 1967, págs. 104-107 y 88-93. Consta de 3 volúmenes.

En la Colección Punto Omega de la editorial Guadarrama hay una edición parcial del libro de TUCIDIDES.

B) "Introducción" de FRANCISCO R. ADRADOS a la traducción suya del texto arriba citada.

El capítulo titulado "Tucidides como pensador político" en el libro de JAEGER, W. *Paideia: los ideales de la cultura griega*. Traduc. de J. Xirau y W. Roces. México, Fondo de Cultura. Segunda Edición, segunda reimpresión, 1971. Págs. 345-372.

RODRIGUEZ ADRADOS, F. *Ilustración y política en la Grecia clásica*. Madrid. Revista de Occidente, 1966. Este libro ha sido parcialmente reeditado con el título *La Democracia ateniense*, Madrid, Alianza Universidad n.º 107, 1975.

Habría que citar de nuevo las obras de CHATELET, ROMERO y SCHADEWALDT cuya ficha bibliográfica ya expusimos con motivo de la obra de Herodoto.

Platón

Este singular escritor ateniense, cuya vida transcurrió del 427 al 347 antes de nuestro tiempo, aunque también fue un respetable viajero y cuenta en su haber con notorias experiencias sociopolíticas, tanto en su propia ciudad como en otros contornos (Mégara, Egipto, Cirene, Tarento, Siracusa), no nos va a testimoniar costumbres etnográficas, si bien su amplia obra es un tesoro inagotable, sino que lo vamos a antologizar como uno de los primeros y mayores pensadores del cambio sociocultural y de las necesidades que la sociedad ha de satisfacer.

Platón reconoce la pluralidad de culturas que existen en el universo del que los griegos tienen noticia y ya en cierto modo reclama la conveniencia de un estudio pormenorizado y meticuloso de cada una de ellas: a la pregunta del joven Sócrates, “¿y qué es lo que supones que no hemos hecho correctamente ahora, al efectuar la división”, el extranjero que interviene en el diálogo responde: “Lo mismo que si, al ponerse uno a dividir el género humano en dos puntos, hiciera la división como la mayoría de los de acá suelen hacerla: tomando de un lado a la raza de los Helenos como unidad independiente, la aislan aparte de todas las otras razas, y al conjunto de los demás pueblos, aunque son innumerables y no se mezclan ni se entienden entre sí, los designan con el único nombre de “bárbaros”, y así, por esa única denominación, ya se figuran que forma un solo pueblo.” (El Político. Traduc. de Antonio González Laso. Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1955, pág. 11). No obstante, aquí y ahora queremos insistir sobre otra faceta de la poderosa obra platónica, faceta que en nuestro siglo ha subrayado uno de sus máximos detractores, Karl Popper, del modo siguiente: “la grandeza de Platón como sociólogo no reside en sus especulaciones generales y abstractas acerca de la ley de la decadencia social, sino más bien en la riqueza y detalle de sus observaciones y en la asombrosa agudeza de su intuición sociológica. Platón vio cosas que nadie había advertido con anterioridad y que sólo en nuestra época fueron redescubiertas. Puede mencionarse como ejemplo su teoría de los comienzos primitivos de la sociedad del

patriarcado tribal y, en general, su tentativa de discriminar los períodos típicos en el desarrollo de la vida social. Otro ejemplo lo constituye el historicismo sociológico y económico de Platón, es decir, su insistencia en el marco económico de la vida política y del desarrollo histórico (...). Un tercer ejemplo se encuentra en la ley platónica de las revoluciones políticas, según la cual todas las revoluciones suponen la existencia de una clase gobernante (o "élite") desunida." (Karl R. Popper. La sociedad abierta y sus enemigos. Trad. Eduardo Loedel. Barcelona, Paidós, 1ª reimpresión, 1981, pág. 51) "Platón logró suministrarnos una reconstrucción sorprendentemente auténtica -si bien, naturalmente, algo idealizada- de una primitiva sociedad griega, tribal y colectivista, semejante a la de Esparta. El análisis de las fuerzas, especialmente económicas, que amenazan la estabilidad de este tipo de sociedad, le permite describir la política general, como así también las instituciones sociales necesarias para conservarla. Y proporciona, además, una reconstrucción racional del desarrollo económico e histórico de las ciudades-estados griegas". (ibid., pág. 91.)

En el largo fragmento de su célebre diálogo la República que a continuación transcribimos podrá encontrar el lector la platónica versión del origen de la sociedad y del Estado, del ejército y de la guerra, así como también su pensamiento acerca de la división social del trabajo y acerca de la especialización.

La investigación que emprendemos no es de poca monta; antes bien, requiere, a mi entender, una persona de visión penetrante. Pero como nosotros carecemos de ella, me parece -dije- que lo mejor es seguir en esta indagación el método de aquel que, no gozando de muy buena vista, recibe orden de leer desde lejos unas letras pequeñas y se da cuenta entonces de que en algún otro lugar están reproducidas las mismas letras en tamaño mayor y sobre fondo mayor también. Este hombre consideraría una feliz circunstancia, creo yo, la que le permitía leer primero estas últimas y comprobar luego si las más pequeñas eran realmente las mismas.

- Desde luego -dijo Adimanto-. Pero qué semejanza adviertes, Sócrates, entre ese ejemplo y la investigación acerca de lo justo?

- Yo te lo diré -respondí-. ¿No afirmamos que existe una justicia propia del hombre particular, pero otra también, según creo yo, propia de una ciudad entera?

- Ciertamente -dijo.

- ¿Y no es la ciudad mayor que el hombre?

- Mayor -dijo.

- Entonces es posible que haya más justicia en el objeto mayor y que resulte más fácil llegaría a conocer en él. De modo que, si os parece examinemos ante todo la naturaleza de la justicia en las ciudades, y después pasaremos a estudiarla también en los distintos individuos, intentando descubrir en los rasgos del menor objeto la similitud con el mayor.

- Me parece bien dicho -afirmó él.

- Entonces -seguí-, si contempláramos en espíritu cómo nace una ciudad, ¿podríamos observar también cómo se desarrollan con ella la justicia e injusticia?

- Tal vez -dijo.

- ¿Y no es de esperar que después de esto nos sea más fácil ver claro en lo que investigamos?

- Mucho más fácil.

- ¿Os parece, pues, que intentemos continuar? Porque creo que no va a ser labor de poca monta. Pensando, pues.

- Ya está pensado -dijo Adimanto-. No dejes, pues, de hacerlo.

- Pues bien -comencé yo-, la ciudad nace, en mi opinión, por darse la circunstancia de que ninguno de nosotros se basta a si mismo, sino que necesita de muchas cosas. ¿O crees otra la razón por la cual se fundan las ciudades?

- Ninguna otra -contestó.

- Así, pues, cada uno va tomando consi- go a tal hombre para satisfacer esta necesidad y a tal otro para aquella; de este modo, al necesitar todos de muchas cosas, vamos reuniendo en una sola vivienda a multitud de personas en calidad de asociados y auxiliares, y a esta cohabitación le damos el nombre de ciudad. ¿No es así?

- Así.

- Y cuando uno da a otro algo, o lo toma de él, ¿lo hace por considerar que ello redundará en su beneficio?

- Desde luego.

- ¡Ea, pues! -continué-. Edifiquemos con palabras una ciudad desde sus cimientos. La construirán, por lo visto, nuestras necesidades.

- ¿Cómo no?

- Pues bien, la primera y mayor de ellas es la provisión de alimentos para mantener existencia y vida.

- Naturalmente.

La segunda, la habitación; y la tercera, el vestido y cosas similares.

- Así es.
 - Bueno -dije yo-. ¿Y cómo atenderá la ciudad a la provisión de tantas cosas? ¿No habrá uno que sea labrador, otro albañil y otro tejedor? ¿No será menester añadir a éstos un zapatero y algún otro de los que atienden a las necesidades materiales?

- Efectivamente.

- Entonces, una ciudad constará, como mínimo indispensable, de cuatro o cinco hombres.

- Tal parece.

- ¿Y qué? ¿Es preciso que cada uno de ellos dedique su actividad a la comunidad entera, por ejemplo, que el labrador, siendo uno solo, suministre víveres a los otros cuatro y destine un tiempo y trabajo cuatro veces mayor a la elaboración de los alimentos de que ha de hacer partícipes a los demás? ¿O bien que se desentienda de los otros y dedique la cuarta parte del tiempo a disponer para él sólo la cuarta parte del alimento común, y pase las tres cuartas partes restantes ocupándose respectivamente de su casa, sus vestidos y su calzado, sin molestarse en compartirlos con los demás, sino cuidándose él sólo y por sí solo de sus cosas?

Y Adimanto contestó:

- Tal vez, Sócrates, resultará más fácil el primer procedimiento que el segundo.

- No me extraña, por Zeus -dije yo-. Porque al hablar tú me doy cuenta de que, por de pronto, no hay dos personas exactamente iguales por naturaleza, sino que en todas hay diferencias innatas que hacen apta a cada una para una ocupación. ¿No lo crees así?

- Sí.

- ¿Pues qué? ¿Trabajaría mejor una sola persona dedicada a muchos oficios, o a uno solamente?

- A uno solo -dijo.

- Además es evidente, creo yo, que, si se deja pasar el momento oportuno para realizar un trabajo, éste no sale bien.

- Evidente.

- En efecto, la obra no suele, según creo, esperar el momento en que esté desocupado el artesano; antes bien, hace falta que éste atienda a su trabajo sin considerarlo como algo accesorio.

- Eso hace falta.

- Por consiguiente, cuando más, mejor y más fácilmente se produce es cuando cada persona realiza un solo trabajo de acuerdo con sus aptitudes, en el momento oportuno y sin ocuparse de nada más que de él.

- En efecto.

- Entonces, Adimanto, serán necesarios más de cuatro ciudadanos para la provisión de los artículos de que hablábamos. Porque es de suponer que el labriego no se fabricará por sí mismo el arado, si quiere que éste sea bueno ni el azadón, ni los demás aperos que requiere la labranza. Ni tampoco el albañil, que también necesita muchas herramientas. Y lo mismo sucederá con el tejedor y el zapatero, ¿sino?

- Cierto.

- Por consiguiente, irán entrando a formar parte de nuestra pequeña ciudad y acrecentando su población los carpinteros, herreros y otros muchos artesanos de parecida índole.

- Efectivamente.

- Sin embargo, no llegará todavía a ser muy grande ni aunque les agreguemos boyeros, ovejeros y pastores de otra especie, con el fin de que los labradores tengan bueyes para arar, los albarules y campesinos puedan emplear bestias para los transportes y los tejedores y zapateros dispongan de cueros y plata.

- Pues ya no será una ciudad tan pequeña -dijo- si ha de tener todo lo que dices.

- Ahora bien -continuó-, establecer esta ciudad en un lugar tal que no sean necesarias importaciones, es algo casi imposible.

- Imposible, en efecto.

- Necesitarán, pues, todavía más personas que traigan desde otras ciudades cuanto sea preciso.

- Las necesitarán.

- Pero si el que hace este servicio va con las manos vacías, sin llevar nada de lo que les falta a aquellos de quienes se recibe lo que necesitan los ciudadanos, volverá también de vacío. ¿No es así?

- Así me lo parece.

- Será preciso, por tanto, que las producciones del país no sólo sean suficientes para ellos mismos, sino también adecuadas, por su calidad y cantidad, a aquellos de quienes se necesita.

- Sí.

- Entonces nuestra ciudad requiere más labradores y artesanos.

- Más, ciertamente.

- Y también, digo yo, más servidores encargados de importar y exportar cada cosa. Ahora bien, éstos son los comerciantes, ¿no?

- Sí.

- Necesitamos, pues, comerciantes.

- En efecto.

- Y en el caso de que el comercio se realice por mar, serán precisos otros muchos expertos en asuntos marítimos.

- Muchos, sí.

- ¿Y qué? En el interior de la ciudad, ¿cómo cambiarán entre sí los géneros que cada cual produzca? Pues éste ha sido precisamente el fin con el que hemos establecido una comunidad y un Estado.

- Está claro -contestó- que comprando y vendiendo.

- Luego esto nos traerá consigo un mercado y una moneda como signo que facilite el cambio.

- Naturalmente.

- Y si el campesino que lleva al mercado alguno de sus productos, o cualquier otro de los artesanos, no llega al mismo tiempo que los que necesitan comerciar con él, ¿habrá de permanecer inactivo en el mercado desatendiendo su labor?

- En modo alguno -respondió-, pues hay quienes, dándose cuenta de esto, se dedican a prestar ese servicio. En las ciudades bien organizadas suelen ser por lo regular las personas de constitución menos vigorosas e imposibilitadas, por tanto, para desempeñar cualquier otro oficio. Estos tienen que permanecer allí en la plaza y entregar dinero por mercancías a quienes desean vender algo, y mercancías, en cambio, por dinero a cuantos quieren comprar.

- He aquí, pues -dijo-, la necesidad que da origen a la aparición de mercaderes en nuestra ciudad. ¿O no llamamos así a los que se dedican a la compra y venta establecidos en la plaza, y traficantes a los que viajan de ciudad en ciudad?

- Exactamente.

- Pues bien, falta todavía, en mi opinión, otra especie de auxiliares cuya cooperación no resulta ciertamente muy estimable en lo que toca a la inteligencia, pero que gozan de suficiente fuerza física para realizar trabajos penosos. Venden, pues, el empleo de su fuerza y, como llaman salario al precio que se les paga, reciben, según creo, el nombre de asalariados. ¿No es así?

- Así es.

- Estos asalariados son, pues, una especie de complemento de la ciudad, al menos en mi opinión.

- Tal creo yo.

- Bien, Adimanto; ¿tenemos ya una ciudad lo suficientemente grande para ser perfecta?

- Es posible.

- Pues bien, ¿dónde podríamos hallar en ella la justicia y la injusticia? ¿De cuál de los elementos considerados han tomado su origen?

- Por mi parte -contestó-, no lo veo claro, ¡oh Sócrates! Tal vez, pienso, de las mutuas relaciones entre estos mismos elementos.

- Puede ser -dije yo- que tengas razón. Mas hay que examinar la cuestión y no dejarla.

Ante todo, consideremos, pues, cómo vivirán los ciudadanos así organizados. ¿Qué otra cosa harán sino producir trigo, vino, vestidos y zapatos? Se construirán viviendas; en verano trabajarán generalmente en cueros y descalzos, y en invierno convenientemente abrigados y calzados. Se alimentarán con harina de cebada o trigo, que cocerán o amasarán para comérsela, servida sobre juncos u hojas limpias, en forma de hermosas tortas y panes, con los cuales se banquetearán, recostados en lechos naturales de nueza y mirto, en compañía de sus hijos; beberán vino, coronados todos de flores, y cantarán laudes de los dioses, satisfechos con su mutua compañía; y por temor de la pobreza o la guerra no procrearán más descendencia que aquella que les permitan sus recursos.

Entonces, Glaucón interrumpió, diciendo:

- Pero me parece que invitas a esas gentes a un banquete sin companaje alguno.

- Es verdad -contesté-. Se me olvidaba que también tendrán companaje: sal, desde luego; aceitunas, queso, y podrán asimismo hervir cebollas y verduras, que son alimentos del campo. De postre le serviremos higos, guisantes y habas, y tostarán al fuego murtones y bellotas, que acompañarán con moderadas libaciones. De este modo, después de haber pasado en paz y con salud su vida, morirán, como es natural, a edad muy avanzada y dejarán en herencia a sus descendientes otra vida similar a la de ellos.

Pero él repuso:

- Y si estuvieras organizando, ¡oh Sócrates!, una ciudad de cerdos, ¿con qué otros alimentos los cebarías sino con estos mismos?

- ¿Pues qué hace falta, Glaucón? -pregunté.

- Lo que es costumbre -respondió-. Es necesario, me parece a mí, que si no queremos que lleven una vida miserable, coman recostados en lechos y puedan tomar de una mesa viandas y postres como los que tienen los hombres de hoy día.

- ¡Ah! -exclamé-. Ya me doy cuenta. No tratamos sólo, por lo visto, de investigar el origen de una ciudad, sino el de una ciudad de lujo. Pues bien, quizá no esté mal eso. Pues examinando una tal ciudad puede ser que lleguemos a comprender bien de qué modo nacen justicia e injusticia en las ciudades. Con todo, yo creo que la verdadera ciudad es la que acabamos de describir: una ciudad sana, por así decirlo. Pero, si queréis, contemplemos también otra ciudad atacada de una infección, nada hay que nos lo impida. Pues bien, habrá evidentemente algunos que no se contentarán con esa alimentación y género de vida; impor-

tarán lechos, mesas, mobiliario de toda especie, manjares, perfumes, sahumenios, cortesanos, golosinas y todo ello de muchas clases distintas. Entonces ya no se contará entre las cosas necesarias solamente lo que antes enumerábamos: la habitación, el vestido y el calzado; sino que habrá que dedicarse a la pintura y el bordado, y será preciso procurarse oro, marfil y todos los materiales semejantes. ¿No es así?

- Sí -dijo.

- Entonces hay que volver a agrandar la ciudad. Porque aquella, que era la sana, ya no nos basta; será necesario que aumente en extensión y adquiera nuevos habitantes, que ya no estarán allí para desempeñar oficios indispensables; por ejemplo, cazadores de todas clases y una plétora de imitadores, aplicados unos a la reproducción de colores y formas y cultivadores otros de la música, esto es, poetas y sus auxiliares, tales como rapsodos, actores, danzantes y empresarios. También habrá fabricantes de artículos de toda índole, particularmente de aquellos que se relacionan con el tocado femenino. Precisaremos también de más servidores. ¿O no crees que hagan falta preceptores, nodrizas, ayas, camareras, peluqueros, cocineros y maestros de cocina? Y también necesitaremos porquerizos. Estos no los teníamos en la primera ciudad, porque en ella no hacían ninguna falta, pero en ésta también serán necesarios. Y asimismo requeriremos grandes cantidades de animales de todas clases, si es que la gente se los ha de comer. ¿No?

- ¿Cómo no?

- Con ese régimen de vida, ¿tendremos, pues, mucha más necesidad de médicos que antes?

- Mucha más.

- Y también el país, que entonces bastaba para sustentar a sus habitantes, resultará pequeño y no ya suficiente. ¿No lo crees?

- Así lo creo -dijo.

- ¿Habremos, pues, de recortar en nuestro provecho el territorio vecino, si queremos tener suficientes pastos y tierra cultivable, y harán ellos lo mismo con el nuestro si, traspasando los límites de lo necesario, se abandonan también a un deseo de ilimitada adquisición de riquezas?

- Es muy forzoso, Sócrates -dije.

- ¿Tendremos, pues, que guerrear como consecuencia de esto? ¿O qué otra cosa sucederá, Claucón?

- Lo que tú dices -respondió.

- No digamos aún -seguí- si la guerra produce males o bienes, sino solamente que, en cambio, hemos descubierto el origen de la guerra en aquello de lo cual nacen las mayores catástrofes públicas y privadas que recaen sobre las ciudades.

- Exactamente.

- Además será preciso, querido amigo, hacer la ciudad todavía mayor, pero no un poco mayor, sino tal que pueda dar cabida a todo un ejército capaz de salir a campaña para combatir contra los invasores en defensa de cuanto poseen y de aquellos a que hace poco nos referíamos.

- ¿Pues qué? -arguyó él-. ¿Ellos no pueden hacerlo por sí?

- No -repliqué-, al menos si tenía valor la consecuencia a que llegaste con todos nosotros cuando dábamos forma a la ciudad; pues convenimos, no sé si lo recuerdas, en la imposibilidad de que una sola persona desempeñara bien muchos oficios.

- Tienes razón -dijo.
- ¿Y qué -continuó-. ¿No te parece un oficio el del que combate en guerra?
- Desde luego -dijo.
- ¿Merece acaso mayor atención el oficio del zapatero que el del militar?
- En modo alguno.
- Pues bien, recuerda que no dejábamos al zapatero que intentara ser al mismo tiempo labrador, tejedor o albañil; tenía que ser únicamente zapatero para que nos realizara bien las labores propias de su oficio; y a cada uno de los demás artesanos les asignábamos del mismo modo una sola tarea, la que les dictase sus aptitudes naturales y aquella en que fuesen a trabajar bien durante toda su vida.

- B) Puesto que la bibliografía sobre la obra de Platón es inmensa y está muy especializada, nos limitamos a recordar las obras de JAEGER, RODRIGUEZ ADRADOS y POPPER que hemos citado anteriormente y a recomendar tanto el estudio introductorio de JOSE MANUEL PABON y MANUEL FERNANDEZ CALIANO en su edición bilingüe de *La República* como la magnífica "Introducción general" del profesor EMILIO LLEDO en el volumen I de PLATON, *Diálogos*. Editorial Gredos. Biblioteca Clásica Gredos, n.º 37. Madrid, 1981, págs. 1-135. Allí encontrará también el lector una adecuada orientación bibliográfica. Pueden ser de utilidad:

CALVOMARTINEZ, T. *De los sofistas a Platón: Política y Pensamiento*. Madrid, Cincel, 1986.

MELLING, D.J. *Introducción a Platón*. Madrid, Alianza, 1991.

Bibliografía

- A) Hemos citado la traducción de José Manuel Pabón y Manuel Fernández Galiano que esta editada por el Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1969, 2.ª edición, tomo 1, págs. 74-85. La edición es bilingüe, con amplio estudio preliminar y muchas notas, y consta de 3 volúmenes. La Biblioteca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana también cuenta con una edición bilingüe completa de *La República* debida a Antonio Gómez Robledo. Universidad Nacional Autónoma de México, 1971.
- En el volumen de PLATON, *Obras Completas* de Aguilar, Colección Tolle, Lege, Madrid, 1969, 2.ª edición, se encuentra la versión castellana de este diálogo, con preámbulo y notas, por José Antonio Míguez.
- La decimonónica traducción de Patricio de Azcárate, basada en la versión latina del humanista Marsilio Ficino, todavía se puede encontrar en la edición mexicana de *Los Diálogos* de PLATON. México, Ed. Porrúa, Colec. "Sepan cuantos...".

Aristóteles

Esta figura capital del pensamiento humano vivió del 384 al 322 a.C. y organizó uno de los equipos de trabajo científico más impresionantes que la historia nos permite contemplar. Sus resultados, en especial en lo que atañe a la antropología, se han perdido en su casi totalidad. Por ejemplo, el extraordinario intento de recopilar 158 constituciones de diferentes ciudades-estados sólo ha podido legar a la posteridad La construcción de Atenas. El resto, por desgracia, no se ha conservado, y la antropología social y política no ha podido contar con una serie de materiales que le hubieran sido de grandísima utilidad. Tampoco ha llegado a nuestras manos, aunque tenemos noticia de ellos, el trabajo propiamente etnográfico de los colaboradores del Liceo llamado Costumbres bárbaras ni la investigación sociopolítica que llevaba por título Juicios de las ciudades. Prescindiendo de las grandes aportaciones de antropología filosófica que han perdurado (los fragmentos del diálogo Eudemo, el formidable Acerca del alma), nos limitaremos a la Política, el máximo análisis de la estructura sociológica de los estados existentes entonces que el corpus aristotelicum conserva. De esta obra de la madurez del gran filósofo estaríamos obligados a ofrecer varios fragmentos porque, en efecto, muchos son los temas ineludibles que estudia, por ejemplo, la esclavitud (libro I, capítulos II y s.). El realismo político de Aristóteles le obliga a tener que tratar extensamente de este tipo de relaciones de mando-obediencia (amo-esclavo), que tan esencial papel jugaban en el orden doméstico de las ciudades griegas, y a desvelar en ellas el nivel económico -el esclavo es una posesión animada, un "instrumento" que realiza su trabajo con instrumentos, ya que todavía no existen autómatas o robots- y el político -el esclavo es aquel que, por naturaleza, tiene que ser mandado-. Este último nivel implica tesis ideológicas evidentes, que serán utilizadas a lo largo de la historia para justificar la esclavización, en ocasiones de etnias enteras.

Otro tema es el análisis de la economía y la crematística; de los tipos de alimentación; de los tipos de vida de ellos derivados (pastoreo, agricultura, piratería, pesca y caza); de

las formas de intercambio y los usos de la moneda; del comercio, de las formas de la propiedad, etc. etc. Baste aquí su mera enumeración.

El fragmento que hemos escogido permite que el lector, en primer lugar, descubra las objeciones críticas que Aristóteles le hacía a la teoría política de su maestro, constatando la triple función legislativa, ejecutiva y judicial de toda sociedad. En segundo lugar, ofrece una paradigmática utilización explícita de una de las analogías teóricas más relevantes de la sociología y la antropología de nuestro siglo, la comparación entre la sociedad y sus instituciones y el cuerpo de un organismo vivo y sus diferentes órganos, metáfora predilecta, como es sabido, de la escuela funcionalista. Y, por último, este fragmento ejemplifica con gran realismo uno de los máximos logros de la Política, a saber, la construcción de una tipología básica que facilite el estudio de las diversas formas de gobierno, haciendo frente a las dificultades que conlleva una rigurosa definición y una correcta comprensión de los múltiples matices concretos que la realidad, esto es, los distintos contextos histórico-demográfico-socio-ecológicos encierran. En ese caso se recogen los problemas y las formas de la democracia y la oligarquía.

No se debe considerar democracia, como hoy día suelen hacer algunos, simplemente donde tiene la autoridad la masa (pues también en las oligarquías y en todas partes el partido más numeroso es el que ejerce la autoridad), ni oligarquía donde unos pocos tienen el control del régimen. Pues si hubiera en total mil trescientas personas y de ellas mil ricos y no dieran participación en el poder a los trescientos pobres a pesar de ser libres e iguales en los demás aspectos, nadie diría que éstos se gobiernan democráticamente. Y lo mismo, si pobres hubiera unos pocos, pero más poderosos que los ricos a pesar de ser más, nadie llamaría tampoco oligarquía a tal sistema en caso de que los demás, siendo ricos, no tuvieran acceso a los puestos de honor. Por tanto, más bien hay que decir que una democracia existe cuando los libres ejercen la autoridad, y una oligarquía cuando los ricos, si además aquéllos son muchos y éstos pocos, ya que libres hay muchos, pero ricos pocos.

Y si por estatura se repartieran las magistraturas, como en Etiopía según algunos autores, o por la belleza, tendríamos una oligarquía; pues poco es el número de los hermosos y de los altos. Ahora bien, no bastan esos rasgos aisladamente para definir estos regímenes, sino que como varios son los elementos de la democracia y de la oligarquía, se ha de especificar además que ni aunque los libres, siendo pocos, manden sobre muchos y no libres, tendremos democracia, como por ejemplo en Apolonia la del mar Jonto y en Tera (pues en cada una de estas ciudades ocupaban los puestos de honor los que sobresalían por su nobleza y los primeros que llegaron a las colonias, siendo pocos sobre muchos), ni aunque los ricos por sobresalir cuantitativamente, oli-

garquía, como antiguamente en Colofón (pues allí habían hecho una gran fortuna casi todos antes de declararse la guerra contra los Lidios), sino que tendremos democracia cuando los libres y pobres, siendo muchos, tengan el control del poder, y oligarquía cuando los ricos y más nobles, siendo pocos.

Así pues, que existen varios sistemas políticos, y la causa de ello ya se ha explicado; pero puesto que hay más sistemas de los citados, cuáles y por qué razón, digámoslo partiendo del principio anteriormente expuesto.

Estamos de acuerdo en que no un solo partido, sino varios, tiene toda ciudad. Ahora bien, así como si nos propusiéramos averiguar las especies de un animal, primer delimitaríamos lo que obligatoriamente debe tener cualquier animal (por ejemplo, ciertos órganos sensoriales, el aparato encargado de digerir el alimento y el de recibirlo, o sea la boca y la panza, y además de éstos, los miembros con los que se mueve cada uno de estos animales), y si en total fueran esos elementos y entre ellos existieran diferencias (como, por ejemplo, varios tipos de boca, de panza, de órganos sensoriales y también de miembros locomotores), el número de combinaciones de éstos necesariamente determinará distintos tipos de animales (pues no puede tener el mismo animal varias bocas diferentes e igualmente tampoco oídos), de tal forma que cuando se tomen de éstos todas las combinaciones posibles darán como resultado las especies de un animal y tantas especies de ese animal como sean precisamente las combinaciones de las partes básicas, asimismo también en el caso de los sistemas políticos ya mencionados, pues también las ciudades, no de una sola, sino de muchas partes se componen, como se ha dicho reiteradamente.

En efecto, una de esas partes es la clase encargada de la alimentación, los llamados campesinos; la segunda, la llamada obrera (ésta es la que se encarga de los oficios, sin los que una ciudad no puede ser habitada; y de estos oficios unos tienen que existir necesariamente y otros se refieren al lujo y al buen vivir); la tercera es la de los comerciantes (y me refiero por comerciantes a los que se dedican a las ventas, a las compras y al comercio al por mayor y al por menor); la cuarta es la de los jornaleros, y la quinta la clase preparada para la guerra, si no quieren convertirse en esclavos de sus atacantes; y me temo que sea un imposible que merezca llamarse ciudad la que por naturaleza es esclava, ya que independiente es la ciudad y lo esclavo no es independiente.

De aquí que en la República esto se ha expresado con sutileza pero no satisfactoriamente. Pues dice Sócrates que una ciudad está compuesta por cuatro elementos esencialmente físicos, a saber, el tejedor, el campesino, el zapatero y el albañil; y añade, además, pensando que no son suficientes éstos, el herrero y los encargados del ganado más imprescindible, y además el comerciante al por mayor y al por menor; todos ellos constituyen la dotación de la primera ciudad, como si toda ciudad estuviera constituida en función de las necesidades pero no del bien ante todo, y necesitara por igual zapateros y campesinos. En cuanto al sector encargado de la guerra, no lo concede antes de que por la ampliación del territorio y el contacto con los vecinos se vean en peligro de guerra. Sin embargo, también entre los cuatro o los que quiera que participen tiene que haber uno para hacer cumplir y determinar lo justo. En efecto, si cualquiera consideraría en un animal el espíritu más importante que el cuerpo, también en

las ciudades habrá que considerar mis importantes que los que persiguen la utilidad necesaria, tales elementos, el guerrero, el que administra la justicia procesal, y además de éstos, el consultivo, lo que precisamente es asunto de inteligencia política. Y estas funciones, si corresponden a algunos ciudadanos por separado o a los mismos, nada importa para nuestro razonamiento, pues también el combatir y labrar compete a los mismos en muchas ocasiones. Por consiguiente, si hay que suponer que éstos y aquéllos son partes de la ciudad, evidentemente el militar será necesariamente un elemento de la ciudad.

La séptima clase es la que presta servicio con sus fortunas, a la que llamamos ricos; la octava, la de los artesanos y la que presta servicio en las magistraturas, ya que sin magistrados no puede existir una ciudad. Por consiguiente, habrá algunas personas con condiciones para gobernar y que presten conjunta o alternativamente este servicio a la ciudad. Las restantes, a las que acabamos de definir hace un momento, son la consultiva y la que juzga a los que discuten sobre sus derechos.

Pues bien, si en las ciudades deben existir esos elementos, y existir digna y justamente, es indispensable que algunos ciudadanos participen de la virtud de los políticos. En efecto, en cuanto a las demás capacidades, muchos están de acuerdo en que pueden tenerlas los mismos, como, por ejemplo, que los mismos sean los guerreros, campesinos y artesanos, y también los consejeros y los jueces. Todos rivalizan en virtud y se creen con condiciones para desempeñar la mayoría de las magistraturas; pero es imposible que los mismos sean pobres y sean ricos. Por tanto, éstos parece que son los principales de la ciudad, los ricos y los pobres.

Además, como por lo general unos son pocos y otros son muchos, éstos aparecen como partidos contrarios entre los elementos de la ciudad, de tal forma que los regímenes se establecen de acuerdo con la supremacía de éstos, y dos sistemas parece que hay, la democracia y la oligarquía.

Así pues, que existen varios regímenes y por qué causas ya se ha explicado antes. Pero que hay diversas formas de democracia y de oligarquía vamos a decirlo ahora. Está claro esto a juzgar por lo ya explicado. Pues hay varias clases de pueblo y de los que llamamos "principales", por ejemplo, clases de pueblo son una los campesinos, otra la de los oficios, otra la de los comerciantes que se dedican a la venta y a la compra, otra la que vive del mar, y dentro de ésta, unos son guerreros, otros comerciantes, otros transbordadores y otros pescadores (y en cada lugar domina la población de una especialidad distinta, como los pescadores en Tarento y Bizancio, la tripulación de las trirremes en Atenas, los comerciantes en Egina y Quios y los transbordadores en Ténedos), y además de estas clases, la de los jornaleros y la que cuenta con tan poca hacienda que no se puede permitir descanso, los que sin ser de ambos padres ciudadanos son libres y cualquier otra clase de gente similar. Y en cuanto a las clases de principales, la riqueza, la nobleza, la virtud, la educación y lo que se relaciona con esto según el mismo tipo de distinción.

Pues bien, la primera democracia es la que se funda sobre todo en la igualdad, e igualdad según la ley de dicha democracia consiste en no sobresalir mis los pobres que los ricos, ni tener la autoridad unos u otros, sino ser iguales ambos. Pues si la libertad se encuentra principalmente en la democracia como piensan

algunos y también la igualdad, esto se puede lograr en especial, si en especial todos participan por igual en el gobierno. Y puesto que el pueblo es mayoría, y prevalece la opinión de la mayoría, necesariamente ésta es una democracia.

Una forma de democracia es ésta, y otra que se establezcan las magistraturas a partir de las rentas, siendo éstas pequeñas, y debe existir la posibilidad para el que la tenga de intervenir en el gobierno y para quien carezca de ella de no intervenir. Otra forma de democracia consiste en que participan todos los ciudadanos no desacreditados, pero gobierna la ley.

Otra forma de democracia consiste en dar acceso a las magistraturas a todo el mundo con la única condición de ser ciudadano, pero que gobierne la ley; y otra forma de democracia es en lo demás idéntica, pero ejerce la autoridad la masa y no la ley. Esta ocurre cuando lo que prevalece son los decretos y no la ley, y se da esa situación por culpa de los demagogos. En efecto, en las ciudades que se gobiernan, democráticamente según la ley no tiene lugar el demagogo, sino que los mejores ciudadanos ocupan la presidencia; pero donde las leyes no son soberanas allí aparecen los demagogos, pues el pueblo se erige en dirigente único, único formado de muchos, ya que muchos ejercen el poder, no individualmente, sino colectivamente. ¿Y Homero a qué tipo se refiere al decir que no es buena la soberanía de muchos? Acaso a éste, o a cuando muchos son los gobernantes, pero cada cual por su lado, es oscuro. Pues bien, dicho pueblo, igual que si se tratara de un monarca, pretende reinar solo, sin regirse por la ley, y se hace despótico de forma que los aduladores son honrados. Tal democracia se corresponde con la tiranía entre las

monarquías y por eso sus características son idénticas: ambos tratan despóticamente a los mejores, los decretos son como allí los edictos y el demagogo y el adulador son los mismos y se corresponden. Unos y otros adquieren mucho poder en ambos regímenes respectivamente, los aduladores entre los tiranos y los demagogos entre los pueblos de esa índole. Ellos son los responsables de que prevalezcan los decretos y no las leyes, llevándolo todo ante el pueblo, pues se engrandecen porque el pueblo controla todos los asuntos y ellos la opinión del pueblo, ya que el pueblo les obedece. Además, los que acusan a los magistrados dicen que el pueblo debe juzgar, y éste acepta encantado la invitación, de forma que todas las magistraturas acaban por desaparecer. Y sin duda sería razonable la crítica de quien dijera que tal democracia no es un sistema político. Pues donde no gobiernan las leyes no hay sistema, ya que la ley debe gobernarlo todo, aunque los aspectos concretos los magistrados, y consideran régimen a éste. En consecuencia, si la democracia es uno de los sistemas políticos, está claro que tal situación, en la que todo se rige con decretos, ni siquiera es propiamente una democracia, pues ningún decreto puede tener un valor universal. Así pues, las formas de democracia queden establecidas de esta forma.

En cuanto a las formas de oligarquía, una consiste en que las magistraturas dependen de rentas tan altas que no tiene acceso a ellas los pobres siendo mayoría, y que es posible a quien las tiene acceder; otra, cuando las magistraturas dependen de elevadas rentas y ellos mismos eligen a los que se necesitan (ahora bien, si entre todos ellos hacen esto, parece que se trata más bien de un régimen aristocrático, y si

entre algunos determinados, oligárquico); otra clase de oligarquía es cuando el hijo sucede al padre; la cuarta, cuando ocurre lo que ahora se dijo y gobierna, no la ley, sino los magistrados. También se corresponde ésta entre las oligarquías con la tiranía entre las monarquías y con la última forma de democracia a la que nos referimos entre las democracias; a dicha oligarquía la llaman dinastía.

Así, pues, éstas son las formas de oligarquía y de democracia; pero no debe olvidarse que en muchas partes se ha llegado a situaciones tales que el régimen legalmente no es democrático, pero por sus características y por su orientación se gobierna democráticamente, e igualmente, es más democrático, pero por su orientación y por sus características es más bien oligárquico. Se da esta situación, sobre todo, después de los cambios de régimen, pues no hacen el cambio inmediatamente, sino que al principio se conforman con pequeñas ventajas mutuas, de manera que conservan las leyes vigentes anteriormente, pero van adquiriendo poder los que provocan el cambio del sistema.

Bibliografía

A) Hemos citado la versión de Carlos García Gual y Aurelio Pérez García, editada por la Editora Nacional en la Biblioteca de la literatura y el pensamiento universales, n.º14, Madrid, 1977, págs: 172-179.

Muy recomendable es la edición bilingüe preparada por Julián Marías y María Araujo para el Instituto de Estudios Políticos, Colección Clásicos Políticos, Madrid, 1970, 2.ª edición.

En la Biblioteca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana también existe una edición bilingüe a cargo de A. Gómez Robledo, UNAM, México, 1963.

La colección Libro Clásico de la editorial Bruguera

ha publicado la traducción de J. Palli Bonet. Barcelona, 1974.

Menos recomendables son las versiones de F. Gallach Palés (Espasa-Calpe, S.A., colección Austral) y de F. de P. Samaranch (Aguilar, colección Tolle, Lege, volumen de *Obras de Aristóteles*, Madrid, 1964).

- B) Sobre Aristóteles también existe una bibliografía extensísima. Nosotros vamos a limitarnos de nuevo a recomendar las introducciones de CARLOS GARCÍA GUAL, JULIAN MARIAS, ANTONIO GOMEZ ROBLEDO y J. PALLIBONET en las ediciones de sus respectivas versiones arriba citadas.

Si tuviéramos que indicar una breve presentación global de la vida y la obra de Aristóteles optaríamos por el capítulo "Aristóteles y el liceo" de PIERRE AUBENQUE en la *Historia de la Filosofía. Siglo XXI*. Volumen 2, Madrid, 1972, págs. 184-244 y por la "Introducción general" de TOMAS CALVO en su traducción de *Acerca del alma*, Gredos, biblioteca clásica Gredos n.º14, Madrid, 1978, págs. 7-93.

DE LA CAMPAGNE, CH. *L'invention du racisme. Antiquité et moyen-Age*. Paris. Fayard, 1893. (Hay traduc. castellana, Madrid, Argos-Vergara).

HANKE, L. *Aristotle and the American Indians: A Study in Race Prejudice in the Modern World*. Bloomington, Indiana University, 1970.

FINDLEY, M.I. *Ancient Slavery and Modern Ideology*; Londres, Chatto-Windus, 1980 (Hay traduc. castellana, Madrid, Akal).

V. Estrabón / P. Mela

Para nosotros es tan habitual considerarnos un exponente más de la cultura y la civilización occidentales que difícilmente nos paramos a pensar en nuestro propio proceso de aculturación, es decir, en ese largo momento de contacto o choque culturales, que suele comenzar en los viajes y el comercio inicial y que, a través de guerras más o menos prolongadas, aboca paulatinamente a la adopción de la cultura dominante, no sin introducirse adaptaciones y reintegraciones de diversa índole. Este complejo proceso, que se puede documentar perfectamente, por ejemplo, en varios países de América, también tiene testimonios de nuestra propia occidentalización, esto es, nuestra romanización. Darlos a conocer es lo que nos proponemos en este apartado. Aunque solemos olvidarlo y quizá hasta reprimirlo, bueno es que recordemos que, antes de ser ciudadanos romanos y de expresarnos en latín, éramos "bárbaros", "indios", tribus ibéricas que sufrieron una profunda alteración cultural, pero de las que todavía nuestras costumbres delatan la procedencia. En ellas aún nos reconocemos.

Como explicó el profesor Antonio García y Bellido, a seis núcleos se puede reducir el conjunto más importante de noticias referentes a la geografía y a la etnología -a la antropogeografía, si se quiere- de la península ibérica y sus pueblos.

1.º Avieno (Avienus), poeta latino del siglo IV de nuestra era que escribió una descripción en verso de las costas mediterráneas de Europa (Ora maritima). De esta obra sólo ha llegado a nosotros la parte referente a la Península Ibérica y poco más. Sin darse cuenta exacta, utilizó para su redacción un viejo periplo o rotero griego (o púnico) datable en el Siglo VI antes de C., que constituyó la base de su escrito. Por él conocemos la más vieja nomenclatura de las costas peninsulares y algo de los pueblos que habitaban en ellas.

2.º Estrabón (Strábon). Geógrafo griego que escribió en tiempos de Augusto (siglo I antes de C.) una monumental geografía (Geographiká) en 17 libros, el tercero de los cuales trata de Iberia. Aunque Estrabón no estuvo aquí, se sirvió de obras geográfico-histórico-etnográficas de tres de sus predece-

sores que sí estuvieron, pero cuyos escritos no se nos han conservado. Esos sabios fueron Polibio, Posidonio y Artemíodoro. El primero visitó la península hacia el 133, los otros hacia el 100 a.C. La obra de Estrabón es la de mayor riqueza etnográfica de todas las enumeradas en estos seis núcleos.

3.º Mela (Pomponius Mela), de origen hispano, escribió una obrita, llamada *Chorographia* hacia mediados del siglo I.

4.º Plinio el Viejo (C. Plinius), autor de 37 libros de *historia natural* (*Naturalis Historia*), también en el siglo I de nuestra era. Los libros III y IV tratan de Hispania, aunque hay otras noticias dispersas en los restantes. Contienen muchos nombres de ciudades y de accidentes geográficos. Son una recopilación enciclopédica, pero poco crítica.

5.º Ptolomeo (Ptolomaíos). A mediados del siglo II d.C. escribió sus *Tablas-Geographiké Hyphégesis* o Indicadorio geográfico-, especie de nomenclátor de unas 8.000 ciudades, agrupadas en circunscripciones administrativas, de las que sólo se dice su nombre y el lugar que ocupan en el planisferio, indicándolo en grados y minutos.

Y 6.º los itinerarios, el *itinerarium Antonianum*, de hacia el año 300, y los 4 vasos argénteos hallados en 1852 en las termas de Vicarello, los *Vascula Apollinaria*, quizá exvotos, con las diversas estaciones de la vía que llevaba de Cádiz a Roma y las distancias entre ellas.

Del libro de Estrabón damos a continuación 3 fragmentos. Los dos primeros recogen la descripción de las costumbres de varios pueblos hispánicos, alguna de ellas -la herencia por línea materna, la "covada"-, que aparecen en los manuales de etnología, rara vez habríamos sospechado que también las compartíamos. El último texto confirma la presencia creciente de la "latinización".

De Pomponio Mela transcribimos fragmentos sobre África y las Islas Canarias. En ellos perdura el difuminado recuerdo de las expediciones de Hannón y de Eudoxo bordeando el continente hasta, por ejemplo, Sierra Leona. De su veraz informe sobre gorilas o sobre negros con labios deformados

por platillos, etc., se generó todo un conjunto de leyendas que ya no abandonarán a los europeos en sus fantasías acerca de los "otros". En este sentido, ya no es sólo el miedo o el ansia de oro el que mediatizará los futuros encuentros sino también el universo mítico que ambos favorecerán y multiplicarán.

Dicen que los lysitanoí son diestros en emboscadas y persecuciones, ágiles, listos y disimulados. Su escudo es pequeño, de dos pies de diámetro, y cóncavo por su lado anterior; lo llevan suspendido por delante con correas, y no tiene, al parecer, abrazaderas ni asas. Van armados también de un puñal o cuchillo; la mayor parte llevan corazas de lino, y pocos cota de malla y cascos de tres cimbras. Otros se cubren con cascos tejidos de nervios; los infantes usan «knemides» y llevan varias jabalinas; algunos sírvense de lanzas con puntas de bronce. Entre los pueblos que habitan sobre el río Doúrzos dicen que hay algunos que viven al modo lacónico, y usan de aceite (?), calientan sus recipientes con piedras enrojadas al fuego, se bañan en agua fría y no hacen más que una comida, mesurada y sencilla. Los lysitanoí hacen sacrificios y examinan las vísceras sin separarlas del cuerpo; observan asimismo las venas del pecho y adivinan palpando. También auscultan las vísceras de los prisioneros, cubriéndolas con «ságoi». Cuando la víctima cae por mano del «hieroskópo», hacen una primera predicción por la caída del cadáver. Amputan las manos derechas de los cautivos y las consagran a los dioses.

Todos estos habitantes de la montaña son sobrios: no beben sino agua, duermen en el suelo, y llevan cabellos largos al modo femenino, aunque para combatir se ciñen la frente con una banda. Comen principalmente carne de carbón; a Ares sacrifican cabrones, y también cautivos y caballos; suelen hacer hecatombes de cada especie de víctima, al uso griego, y por decirlo al modo de Píndaros, «inmolan todo un centenar». Practican luchas gímnicas, hoplíticas e hípicas, ejercitándose para el pugilato, la carrera, las escaramuzas y las batallas camp-

les. En las tres cuartas partes del año los montañeses no se nutren sino de bellotas, que, secas, y trituradas, se muelen para hacer pan, el cual puede guardarse durante mucho tiempo. Beben «zythos», y el vino, que escasea, cuando lo obtienen se consume en seguida en los grandes festines familiares. En lugar de aceite usan manteca. Comen sentados sobre bancos contruidos alrededor de las paredes, alineándose en ellos según sus edades y dignidades; los alimentos se hacen circular de mano en mano; mientras beben, danzan los hombres al son de flautas y trompetas, saltando en alto y cayendo en genuflexión. En Bastetanía las mujeres bailan también mezcladas con los hombres, unidos unos y otros por las manos. Los hombres van vestidos de negro, llevando la mayoría el «ságos», con el cual duermen en sus lechos de paja. Usan de vasos labrados en madera, como los kekoi. Las mujeres llevan vestidos con adornos florales. En el interior, en lugar de moneda practican el intercambio de especies o dan pequeñas láminas de plata recortadas. A los criminales se les despeña, y a los parricidas se les lapida, sacándolos fuera de los límites de su patria o de su ciudad. Se casan al modo griego. Los enfermos, como se hacía en la Antigüedad entre los assyriori, se exponen en los caminos para ser curados por los que han sufrido la misma enfermedad. Antes de la expedición de Broútos, no tenían más que barcas de cuero para navegar por los estuarios y lagunas del país; pero hoy usan ya bajeles hechos de un tronco de árbol, aunque su uso aún es raro. Su sal es purpúrea, pero se hace blanca al molerla. Así viven estos montañeses, que, como dije, son los que habitan en el lado septentrional de Iberia; es decir, los kallaikof, ástoures y kántabroi, hasta los ouáskones y el

Pyréne, todos los cuales tienen el mismo modo de vivir. Podría hacer la lista de estos pueblos más larga; pero renuncio a una descripción aburrida, pues a nadie le agradaría oír hablar de los pleútauroi, bardyétai, allótriges, y otros nombres menos bellos y más ignorados.

Su rudeza y salvajismo no se deben sólo a sus costumbres guerreras, sino también a su alejamiento, pues los caminos marítimos y terrestres que conducen a estas tierras son largos, y esta dificultad de comunicaciones les ha hecho perder toda sociabilidad y toda humanidad. Sin embargo, hoy el mal es menor gracias a la paz y a la llegada de los rhomaioi. Allí donde estas dos ventajas no han penetrado, conservan un carácter más feroz y brutal, sin tener en cuenta que esta disposición natural entre la mayoría de ellos ha podido aumentarse por causa de la aspereza del país y el rigor del clima. Mas, repito, todas estas guerras están hoy día acabadas; los mismos kántabroi, que de todos estos pueblos eran los más aferrados a sus hábitos de bandidaje, así como las tribus vecinas, han sido reducidos por Sebastós Kaisar; y ahora, en lugar de devastar, como antes, las tierras de los aliados del pueblo romano, llevan sus armas al servicio de los mismos rhomaioi, como acaece precisamente con los konzakoi y con los plentouisol, que habitan hacia las fuentes del Iber. Tibénios, además, por indicación de Sebastós Kaisar, su predesor, ha enviado a estas tierras un cuerpo de tres legiones, cuya presencia ya ha hecho mucho no sólo pacificando, sino también civilizando una parte de estos pueblos.

...

Las raíces tintóreas abundan; el olivo, la vid, la higuera y otras plantas semejantes crecen cuantiosas en las costas ibéricas que bor-

dean Nuestro Mar, y también en las del Exterior. En cambio, las costas septentrionales ribereñas del Océano carecen de ellas a causa del frío; en el resto del litoral faltan más que por negligencia de los hombres, que viven sin preocupaciones, porque dejan transcurrir su vida sin más apetencia que lo imprescindible y la satisfacción de sus instintos brutales. Si no se quiere interpretar como un régimen confortante de vida el que se laven con los orines guardados durante algún tiempo en cisternas, y que tanto los hombres como las mujeres de estos pueblos se froten los dientes con ellos, como hacen, según dicen, los kántabroi y sus vecinos. Esto, y el dormir en el suelo, en común, es propio de los íberes y de los keltóí. Según ciertos autores, los kallaikoí son ateos; más no así los keltíberes y los otros pueblos que andan con ellos por el Norte, todos los cuales tienen cierta divinidad innominada, a la que, en las noches de Luna llena, las familias rinden culto danzando, hasta el amanecer, ante las puertas de sus casas. Los ouéttones, que fueron los primeros que compartieron con los rhomafoi la vida de campamento, viendo una vez a ciertos centuriones ir y venir en la guardia, como paseándose, creyeron que se habían vuelto locos y quisieron llevárselos a sus tiendas, pues no concebían otra actitud que la de estar tranquilamente sentados o la de combatir.

También podrían tenerse como formas bárbaras los ornamentos de algunas mujeres, ornamentos que describe Artemídoros. En ciertas regiones -dice- llevan collares de hierro con garfios que se doblan sobre la cabeza, saliendo mucho por delante de la frente; en estos garfios pueden, a voluntad, bajar el velo, que al desplegarlo por delante sombrea el rostro, lo que tienen por cosa de adorno. En otros lugares se

tocan con un “tymphánion” redondeado por la parte de la nuca y ceñido a la cabeza por la parte de las orejas, el cual disminuye poco a poco de altura y anchura. Otras se depilan la parte alta de la cabeza, de modo que resulta más brillante que la frente. Finalmente, otras se ciñen a la cabeza una pequeña columnilla de un pie de altura, alrededor de la cual enrollan sus cabellos, que luego cubren con un manto negro. Junto a estas extrañas costumbres, se han visto y se han dicho muchas cosas acerca de todos los pueblos ibéncos en general, y en particular de los septentrionales, y no sólo sobre su bravura, sino también sobre su dureza y su rabia bestial. Se cuenta, por ejemplo, que en las guerras de los kántabroi; las madres mataron a sus hijos antes de permitir cayesen en manos de sus enemigos. Un muchacho cuyos padres y hermanos habían sido hechos prisioneros y estaban atados, mató a todos por orden de su padre con un hierro del que se había apoderado. Una mujer mató a sus compañeras de prisión. Un prisionero que estaba entre guardianes embriagados, precipitose en la hoguera. Todos estos rasgos se cuentan también de los pueblos keltikoí, thrákioi y shythai; como es cosa común entre ellos, la valentía, no sólo en los hombres, sino también en las mujeres. Estas cultivan la tierra; apenas han dado a luz, ceden el lecho a sus manidos y los cuidan. Con frecuencia paren en plena labor, y lavan al recién nacido inclinándose sobre la corriente de un arroyo, envolviéndole luego. Dice Poseidónios que en la nación ligura oyó referir a un cierto Charmóleos, ciudadano massalliota, huésped suyo, que habiendo tomado para cavar un campo a hombres y mujeres a jornal, una de éstas, que había sentido los anuncios del parto, por no perder el salario, se apartó cerca

del lugar donde trabajaba, dio a luz y se volvió al punto de su tarea. (Charmóleos) se dio cuenta de que trabajaba con dificultad; pero no sospechaba la causa, hasta que lo supo luego de la jornada, y entonces la pagó y la despidió. Ella llevó al niño a la fuente, lo lavó, lo envolvió en lo que tenía y lo llevó a su casa salvo.

No es costumbre privativa de los íberes la de montar dos en un mismo caballo, de los cuales uno, llegado el momento del combate, lucha como peón. Ni tampoco es cosa exclusiva de ellos la plaga de ratas y las enfermedades epidémicas que por lo regular las siguen. Esto fue lo que advino a los rhomaíoi en Kantabría; hasta tal punto, que hubieron de dar a aquellos que las capturasen una prima a tenor del número de ratas presentadas, y aun así escaparon del peligro difícilmente. Ocurrióles también escasez de otras cosas, principalmente de trigo, teniendo que proveerse del de la Akyttanía, lo que se hacía penosamente por las dificultades del terreno. Se cuenta también de los kvontabroi este rasgo de loco heroísmo: que habiendo sido crucificados ciertos prisioneros, murieron entonando himnos de victoria. Tales rasgos denotan cierto salvajismo en sus costumbres; mas otros, sin ser propiamente civilizados, no son, sin embargo, salvajes. Así, entre los kántabroi es el hombre quien dota a la mujer, y son las mujeres las que heredan y las que se preocupan de casar a sus hermanos; esto constituye una especie de “gynaikokratía”, régimen que no es ciertamente civilizado. Costumbre ibérica es también la de llevar un veneno obtenido de cierta planta parecida al apio y que mata sin dolor, con lo que tienen un remedio siempre listo para acontecimientos imprevistos; igualmente es costumbre suya el de consagrarse a aquellos a quienes se unen, hasta sufrir la muerte por ellos.

...

Tienen los tourdetanoí, además de una tierra rica, costumbres dulces y cultivadas, debidas a su vecindad con los keltikoí, o como ha dicho Polybios, a su parentesco, menor, no obstante, para aquéllos, pues la mayor parte viven en aldeas. Sin embargo, los tourdetanoí, sobre todo los que viven en las riberas del Baitis, han adquirido enteramente la manera de vivir de los rhomaíoi, hasta olvidar su idioma propio; además, la mayoría de ellos se han hecho "latinoí", han tomado colonos rhomaíoi, y falta poco para que todos se hagan rhomaíoi. Las ciudades ahora colonizadas, como Paxaugousta, entre los keltikoí; Augousta Emérita, entre los tourdoúloi; Kaisaraugousta, entre los keltíberes, y otras semejantes, muestran bien claro el cambio que se ha operado en su constitución política. Llámense "togátoi" a los íberes que han adoptado este régimen de vida; los keltíberes mismos son hoy día entre ellos, aunque hayan tenido fama en otro tiempo de ser más feroces. Tal es lo que tenía que decir de éstos.

...

Durante algún tiempo se dudó si del otro lado (de Africa) había un océano, si daba la vuelta a la tierra y si Africa se prolongaba sin límite entre las olas exhaustas; mal desde que el carthaginés Hannon, enviado por los suyos a explorar nuevas regiones, penetró por el Estrecho en el Océano, costó una gran parte del Africa y se volvió, según cuenta, no por falta de mar que navegar, sino por carencia de víveres; y desde que un cierto Eudoxus, en tiempos de nuestros abuelos, librándose de la ira de Lathyrus, rey de Alexandría, partió del Arabicus Sinus, cruzó el Océano y regresó, como asegura Nepos, por Gades, se tienen algunas noticias

sobre estas costas. Más allá de las desiertas playas de que hemos hablado viven pueblos mudos que no pueden expresarse sino por gestos, unos con una lengua que no produce sonidos, otros sin lengua, otros con labios adhendos provistos sólo de un orificio bajo la nariz, a través del cual beben por medio de una cana; cuando tienen ganas de comer, se dice también que absorben uno a uno granos de frutos que nacen silvestres, al acaso. Antes de la llegada de Eudoxus, el fuego les era hasta tal punto desconocido, que algunos de estos pueblos, maravillados de él, estrechaban a las llamas entre sus brazos y ocultaban en su pecho las ardientes brasas, hasta que el fuego, que tanto encanto les producía, les causaba dolor. Más allá forma la costa un amplio seno, en el cual hay una gran isla, que se dice está poblada tan sólo por mujeres de cuerpo cubierto de pelos y que se fecundan por sí mismas, sin intervención de hombre alguno; además, son de una condición tan salvaje y feroz, que apenas bastan para sujetarlas los vínculos más fuertes. Esto lo cuenta Hannon y ello está certificado por las pieles de algunas de ellas que mató y llevó consigo.

Las Gorgades Insulae, en las que se dice estuvo antaño la mansión de las Gorgones, se alzan frente a esta tierra, que acaba en el promontorio llamado "Hespérou Kéras".

Más allá comienza la costa, que se vuelve hacia el Occidente, bañada por el Mare Atlanticum. La primera parte la habitan los aethiopes; la media, nadie, pues es una región con zonas abrasadas, otras cubiertas de arenas y otras pobladas de reptiles. Enfrente de la zona abrasada están las islas en las que se recuerda haber morado las Hesperides. En la región arenosa, el Atlas...

Frente a él, las Fortunatae Insulae, cuyo suelo produce espontáneamente una gran cantidad de frutos, que crecen sin cesar y sirven de alimento a sus tranquilos habitantes, más dichosos que los que viven en suntuosas ciudades. Hay en una de las islas dos fuentes que poseen particularidades extraordinarias: las aguas de una de ellas dan al que las bebe una risa que se resuelve en la muerte; las de la otra curan esta enfermedad. Más allá, a partir de la región infestada de serpientes, se hallan, en primer lugar, los himantopodes, cuyas flexibles y curvadas piernas les sirven, según dicen, más para reptar que para andar, después, los pharusii, gentes que cuando la expedición de Hércules a las Hesperides eran ricos; pero ahora son incultos y no tienen sino rebaños, de los que viven. Más adelante se abren campos alegres y bosques amenos de limoneros y terebinthos, donde pululan los elefantes. El litoral de los nigntae y de los gaetult; pueblos de vida nómada, tampoco estéril, ya que cría los múrices, que dan una púrpura excelentes, tinte preciadísimo en todas partes...

Bibliografía

- A) Los textos transcritos se hallan en los libros preparados por GARCIA y BELLIDO, ANTONIO, titulados, respectivamente, *España y los españoles hace dos mil años según la "Geografía" de Strábon*, Madrid, Espasa-Calpe, S.A., Colección Austral n.º 515, sexta edición, 1978 y *La España del siglo primero de nuestra era (según P. Mela y C. Plinio)*, Espasa-Calpe, S.A., colección Austral n.º 744, segunda edición, 1977. Hemos citado, del primero, las págs. 118-124; 154-162 y 106. Del segundo las págs. 39-42.
- B) Sobre el proceso de romanización y sobre los pueblos hispanos -iberos, celtíberos, cántabros, lusitanos, etc.- hay que acudir a las obras de los

especialistas en ese momento histórico. Sigue siendo informativo el libro de JULIO CARO BAROJA, *Los pueblos de España*, Barcelona, editorial Barna, 1946, reeditado por Ediciones Itsmo.

GUSDORF, GEORGES, "L'homme et le monde dans la culture antique" en *Les origines des sciences humaines* (antiquité, moyen age, renaissance). Paris, Payot, 1967, págs. 17-114.

MOMIGLIANO, A. *Sagesses Barbares. Les limites de l'hellénisation*. Paris, Maspero, 1979.

Julio César

Cayo Julio César nació en Roma el 102 a.C. y murió, como todos sabemos, el 15 de marzo del año 44 a.C., apuñalado en el Senado por un grupo de conjurados entre los que también se encontraba su hijo adoptivo, Bruto. De todos los rasgos de su densa personalidad quizá sobresalgan sus extraordinarias dotes militares. Siguiendo el oficio de las armas y, con él, ocupando diferentes cargos políticos, a lo largo de su vida estuvo en los más diversos frentes del orbe romano, en Grecia, Asia, la isla de Rodas -estancia que aprovechó para perfeccionar su oratoria-, el norte de Africa, la península ibérica, y, sobre todo, en las Galias, Inglaterra y Germania, dirigiendo célebres campañas de conquista desde el año 58 a. C. Deseando imponer su propio punto de vista sobre esas controvertidas actividades bélicas redactó hacia el año 52 a.C. sus clásicos comentarios de la guerra de las Galias (Commentarii de Bello Gallico). Este texto, que se ha convertido en modélico para quienes aprenden a traducir el latín de los romanos de la época de esplendor, tiene méritos suficientes para figurar en nuestra antología. Es posible desconfiar del enfoque histórico de lo que se nos narra porque es obvia la intencionalidad política que lo engendró. Tampoco interesan sus comprobados errores geográficos ni sus contradicciones sobre las oscilantes cantidades de los soldados que componían las huestes del César. Pero no hay más remedio que reconocer que, como sucederá más tarde en México con el caso de Cortés, estamos ante un general inteligente que sabe servirse estratégicamente de la información para mejor aprovecharse de los puntos débiles de los otros. En este sentido, César llevó a cabo notorias investigaciones etnográficas sobre la vida, las costumbres, el clima, la alimentación, la política, la religión, las clases sociales, los medios de subsistencia, etc. etc., de los pueblos "bárbaros", que amenazaban la expansión romana, y en las páginas de su libro perduran todavía los ecos de sus informes y de sus exactos conocimientos. Su obra ejemplifica paradigmáticamente una de las fuentes más reales e inconfesables de la antropología, la conquista militar y el colonialismo. El conocimiento sociocultural también está marcado por el interés, y no precisamente de forma inocente.

De La guerra de las Galias reproducimos a continuación un extenso fragmento del libro VI en el que se nos habla de las costumbres de los galos y de los germanos. Pequeños detalles insinúan la autopropaganda de César y su artera utilización de los datos socioculturales para crearse aliados y debilitar a los enemigos más peligrosos.

XI. Costumbres de los galos

Ya que se ha llegado a este punto en la narración, me parece que no está fuera de lugar que describa las costumbres de la Galia y de la Germania y en qué difieren entre sí estas dos naciones. En la Galia, no sólo en todas las ciudades, en los cantones y divisiones de cantones, sino también en casi todas las familias, hay facciones, y los jefes de esas facciones son a los que se les concede la mayor autoridad en sus apreciaciones; a ellos se les concede el arbitraje y fallo de toda controversia y de toda decisión que deba tomarse. Y por esto parece que hay una institución antigua, para que ningún hombre del pueblo carezca de protección contra uno más poderoso; pues cada uno de estos jefes de facción no permite que los suyos sean oprimidos o víctimas de la astucia, y, si sucede de modo distinto, pierde toda autoridad entre los suyos. Este sistema rige en toda la Galia; pues todas las ciudades se hallan agrupadas en dos grandes partes.

XII. Rivalidad entre heduos y secuanos

Cuando César llegó a la Galia, los heduos eran los jefes de una facción, y los secuanos, de la otra. Estos, al ser inferiores por contar sólo con sus propias fuerzas, porque los heduos desde tiempo inmemorial poseían más influencia y una gran clientela, se habían unido a los germanos y Aniovisto se los había atraído con grandes dispendios y promesas. Mas después de victoriosos combates y de que se dio muerte a toda la nobleza de los heduos, los habían superado en poder en tal grado que gran parte de los clientes de los heduos pasaron a su lado y se hicieron entregar como rehenes a los hijos de los jefes y les obligaron a jurar que no tomarían ninguna decisión contra los secuanos y que se anexionaban una parte del territorio

contiguo al suyo, que ellos habían conquistado, y que obtendrían la hegemonía de toda la Galia. Y obligado a esta situación, Diviciaco, marchando a Roma ante el Senado, para pedir protección, había regresado sin lograr su deseo. A la llegada de César cambió la situación: se devolvieron los rehenes a los heduos, se les restituyeron sus antiguos clientes, adquirieron otros nuevos gracias a César, porque los que se unían a su amistad veían que eran más dichosos y estaban mejor gobernados, y se engrandeció su poder y dignidad. Los secuanos habían perdido su hegemonía. El sitio de éstos vinieron a ocuparlo los remos; porque se comprendía que éstos se habían equiparado en amistad con César, los pueblos que por viejas enemistades no tenían posibilidad de unirse a los heduos, se hacían clientes de los remos. Estos los protegían con celo; y así lograban una nueva autoridad que les había llegado de repente. La situación en esta época era que los heduos tenían la hegemonía y el segundo rango lo poseían los remos.

XIII. Las clases sociales

En toda la Galia existen dos clases de hombres que tienen alguna consideración y respeto. Pues en cuanto a la gente del pueblo, se les trata casi como a esclavos, quienes no toman por sí iniciativa alguna, ni se les consulta nada. La mayoría, cuando se ven agobiados por las deudas o por la magnitud de los tributos o las vejaciones de los poderosos, pasan a depender de los nobles, y éstos tienen sobre ellos los mismos derechos que los dueños con sus esclavos. Pero de esas dos clases de hombres, una es la de los druidas y la otra la de los caballeros. Los primeros se ocupan de los asuntos religiosos, presiden los sacrificios públicos y privados y explican las cosas reli-

gias; acuden a ellos gran número de adolescentes para instruirse, y éstos les tienen gran respeto. Casi en todas las disputas del Estado y las particulares intervienen y, si se ha cometido un crimen, una muerte violenta, si se ha suscitado una disputa sobre una herencia o delimitación, ellos son los que juzgan, los que dictaminan las indemnizaciones que deben darse o recibir; si algún particular o un poblado no acepta esa decisión, se les prohíben los sacrificios. Este castigo es el más grande entre ellos. Así, a aquellos a quienes se les prohíbe, éstos están entre el número de los impíos y malvados, todos se apartan de ellos, huyen de su encuentro y conversación, para no recibir daño alguno con su contacto impuro; no se les da derecho a reclamación de alguna injusticia, ni se les permite tomar parte en ningún honor. Todos estos druidas obedecen a un solo jefe, el cual goza entre ellos de gran autoridad. Muerto éste, o le sucede aquel que por su dignidad aventaja a los demás, o, si hay varios en iguales condiciones, se disputan la jefatura, bien por sufragio de los druidas y también alguna vez por las armas. Estos, en cierta estación del año señalada, residen en un lugar consagrado en territorio de los carnutos, que es considerado como el centro de toda la Galia. Allí acuden de todas partes todos los que tienen diferencias, y obedecen sus decisiones y sus sentencias. Se cree que su disciplina, aprendida en Britania, fue trasladada desde allí a la Galia, y en la actualidad los que la quieren conocer más a fondo parten hacia allí para aprender.

XIV. Otras cosas sobre los druidas

Los druidas acostumbran no ir a la guerra y no pagar los tributos como los demás; no hacen el servicio militar y tienen inmunidad en todo. Atraídos por tan grandes ventajas, acu-

den muchos voluntariamente a sus lecciones y son enviados por los padres y familiares. Se dice que allí aprenden gran número de versos. Y así, algunos permanecen en la enseñanza hasta veinte años. Ellos creen que no se debe la religión confiar a la escritura y hacen uso del alfabeto griego. Me parece que han establecido ese sistema por dos razones: porque no quieren que su doctrina sea del dominio del vulgo ni que aquellos que aprenden, confiados en la escritura, hagan ejercitar menos la memoria; porque casi sucede a la mayoría que con el auxilio de las cosas escritas se abandona el estímulo en aprender y la memoria. En primer lugar quieren convencer que las almas no mueren, sino que, al morir, las almas de unos pasan a otros, y creen que esto les estimula en grado sumo al valor, despreciando el miedo a la muerte. Además, tratan numerosas cuestiones sobre los astros y sus movimientos, de las dimensiones del mundo y de la tierra, sobre la naturaleza de las cosas, sobre el poder de los dioses y de sus facultades, y todo ello lo transmiten a la juventud.

XV. Los caballeros

La otra clase es la de los caballeros. Estos, cuando hay necesidad y sobreviene alguna guerra (lo cual, antes de la llegada de César solía suceder cada año, para efectuar una acción ofensiva o bien una defensiva), todos toman parte en la guerra, y cuando cada uno goza de mas nobleza y fortuna, tanto mayor número de esclavos y vasallos tiene. Tan sólo han conocido esta clase de influencia y poderío.

XVI. La religión

Toda la nación de los galos está entregada en gran manera a las cosas de la religión, y por esa razón los que están afectados de enferme-

dades graves y los que arriesgan su vida en las batallas y acciones peligrosas, o bien inmolan o prometen inmolar víctimas humanas, y se sirven para esos sacrificios del ministerio de los druidas; porque creen que, si no se cambia la vida de un hombre por la de otro, no se puede aplacar el poder de los dioses inmortales, y tienen instituidos sacrificios de esta índole de manera pública. Ciertos pueblos tienen maniqués de colosales dimensiones tejidos de mimbres, en cuyo interior colocan hombres vivos y, puestos sobre hogueras, los hombres son pasto de las llamas. Se cree que es muy grato a los dioses inmortales los suplicios de los que han sido apresados por robo, vandalismo o alguna clase de crimen; pero cuando faltan víctimas de esa clase, llegan a dar suplicio a los inocentes.

XVII. Los dioses de los galos

El dios de más culto es Mercurio; de este dios son las imágenes que abundan más; a éste lo consideran como inventor de todas las artes; éste es para ellos el guía de rutas y caminos, al que consideran que tiene el máximo poder para ganar dinero y proteger el comercio. Después de él adoran a Apolo, Marte, Júpiter y Minerva. Sobre estos dioses tienen casi la misma opinión que los demás pueblos: que Apolo cura las enfermedades; que Minerva inicia en los trabajos manuales; que Júpiter es el soberano de los dioses y que Marte preside las guerras. La mayoría de las veces, cuando han decidido librar una batalla, le ofrecen el botín que capturen; cuando han vencido, le sacrifican los animales capturados y lo demás lo depositan todo en un solo lugar. Pueden verse en muchas ciudades túmulos con estos despojos, erigidos en lugares consagrados; y no sucede sino raramente que uno, con desprecio de la reli-

gión, o que oculte en su casa parte de lo que cogió, o se atreva a tocar lo ya depositado; se ha establecido una muerte terrible con tormentos para esta clase de delitos.

XVIII. La tradición

Los galos dicen que todos ellos son descendientes de Plutón Padre y afirman que esto se les ha ido transmitiendo por los druidas. Por esta razón, todas las cosas se miden no según el número de días, sino de noches; los aniversarios de nacimientos y los principios de los meses y de los años se cuentan como que el día sigue a la noche. En los otros usos de la vida, la principal diferencia que los separa de los demás pueblos es que sus hijos, antes de que estén en la edad de tomar las armas, no se consiente que se presenten ante ellos en público y tienen como vergonzoso que un hijo todavía en edad pueril asista a un lugar público ante los ojos del padre.

XIX. Derechos de la familia. Los funerales

Los hombres, en proporción al dinero que recibieron de sus esposas en concepto de dote, ponen en común otro tanto de sus bienes, tras la debida tasación. De todo ese capital se forma una sola cuenta, y sus ganancias se conservan aparte; y cuando uno de los dos sobrevive al otro, recibe entonces las dos partes del capital, más las ganancias de tiempos pasados en el matrimonio. Los hombres tienen el derecho de la vida y de la muerte de sus esposas y de sus hijos; y cuando muere un cabeza de familia de alto rango, se reúnen los familiares suyos y, si hay sospechas sobre las causas de su muerte, se interroga a las esposas como si fueran esclavas, y si se las encuentra culpables, se las entrega al fuego y se las mata en medio de terribles tormentos. Los funerales son, en vista

de la civilización de los galos, magníficos y suntuosos; y cuanto consideran que mientras vivían tenían en gran aprecio, lo arrojan al fuego, incluso los animales, y, todavía no nace mucho tiempo, y para una más completa honra fúnebre, se quemaban junto con él a los esclavos y clientes que constaba que le eran muy queridos.

XX. Los secretos de Estado

Las ciudades que se juzga que gobiernan mejor la administración pública tienen por ley como sagrado que, si alguno llegara a conocer alguna cosa de los territorios vecinos que fuera interesante para su pueblo, lo comunique al magistrado, sin darlo a conocer a ningún otro, porque a menudo los hombres impulsivos e ignorantes se espantan por falsos rumores y son impelidos a excesos y se sabe que toman decisiones sobre asuntos graves. Los magistrados guardan secreto sobre lo que les parece que se debe ocultar y exponen a la multitud cualquier cosa que han juzgado ser de utilidad. No se permite hablar sobre los asuntos públicos si no es en una asamblea.

XXI. Costumbres de los germanos

Los germanos difieren mucho en sus costumbres de los galos. Pues ni tienen druidas que presidan el culto de los dioses, ni tienen sacrificios sino raramente. Tienen tan sólo como divinidades a las cosas que ven y que de ellas reciben ayuda manifiesta: el Sol, Vulcano y la Luna; de los demás dioses, ni siquiera han oído hablar. Toda su vida consiste en cazar y entregarse a la milicia; desde pequeños se dedican al trabajo y al endurecimiento. Los que por más tiempo permanecen en estado de pubertad reciben entre los suyos la mayor consideración; creen que favorecen su desarrollo, sus fuerzas y fortalecen sus músculos. Pero se

tiene como la cosa más vergonzosa el conocer a una mujer dentro de la edad de veinte años; y de esta relación de hombre y mujer no hay ocultación alguna, porque se bañan en promiscuidad en los rezos y usan tan sólo como vestidos pieles y pequeñas zamarras, dejando al desnudo la mayor parte del cuerpo.

XXII. La agricultura germana

No se preocupan de la agricultura, y la mayor parte de su alimentación consiste en leche, queso y carne. Y nadie posee en propiedad una extensión fija del terreno, sino que los magistrados y los jefes de distritos, cada año, a las familias, con todos los allegados que han convivido juntos, les asignan la extensión y lugar del campo que les parece y al año siguiente los obligan a trasladarse. Aluden muchas razones para este modo de obrar: para que, atraídos por la asidua costumbre, cambien por la agricultura la afición de hacer la guerra; que no deseen ensanchar sus posesiones ni que los más poderosos despojen de sus posesiones a los más débiles; que no edifiquen con más cuidado para protegerse del frío y del calor; para que no nazca el deseo de poseer dinero, de lo que se originan divisiones y querellas; para contener al pueblo en un estado de ecuanimidad al ver que los bienes de cada uno se equiparan a los de los más poderosos.

XXIII. La guerra, el pillaje y la hospitalidad

Las ciudades tienen como la mayor gloria el que alrededor de ellas haya las más amplias zonas deshabitadas. Esto lo consideran como propio de su valor, el que los vecinos suyos, al ser rechazados de sus campos, se retiren y ninguno se atreva a permanecer cerca de ellos; al mismo tiempo, creen que esto les hará sentirse más seguros, quitado el temor de una

invasión repentina. Cuando una ciudad se ve forzada a defenderse o emprende una ofensiva, se eligen los magistrados para conducir esa guerra con potestad de vida y muerte. En tiempo de paz no hay un magistrado común a todos, sino que los jefes de las regiones y de los cantones administran justicia entre los suyos y dinimen sus querellas. No tienen como una infamia el pillaje que se hace fuera del territorio de cada ciudad y afirman que es un medio de que se ejercite la juventud y de que disminuya la desidia. Y cuando alguno de los jefes dice en una asamblea que va a llevar a cabo una empresa y declaren los que quieran seguirle, se levantan los que aprueban la causa y al hombre y prometen su colaboración, recibiendo felicitaciones de todos los asistentes; los que de entre éstos no siguen, se les considera como desertores y traidores, y para siempre se les niega la confianza. El violar la hospitalidad lo juzgan como un sacrilegio; a todo el que, por cualquier motivo, llega a sus casas, lo protegen, lo consideran como cosa sagrada y se le abren todas las casas y se le sienta a todas las mesas.

XXIV. Los galos y los germanos

Hubo un tiempo en que, antes, los galos superaban en valor a los germanos cuando aquéllos combatían a éstos en Germania, porque contaban con muchos efectivos humanos y enviaban colonias al otro lado del Rin por falta de tierras. Y así aquellos lugares más fértiles de la Germania en la proximidad de la selva Herciniana, la cual veo que ya había sido famosa y conocida de Eratóstenes y de algunos griegos, a la que éstos llaman Orcinia, fueron ocupados por los volcos tectosages y allí se establecieron; y ese pueblo se encuentra ocupando hasta el presente ese país y tiene la

mayor fama de justicia y de valor guerrero. Mas hoy en día, mientras que los germanos permanecen en la escasez, necesidad y paciencia de sus privaciones y usan la misma alimentación y vestidos, los galos, gracias a la proximidad de nuestras provincias y comercio marítimo, han aprendido a conocer la abundancia y su utilidad y poco a poco, acostumbrados a verse más débiles y vencidos en muchos combates, no se comparan ellos mismos a los germanos en la bravura en las batallas.

Bibliografía

A) El texto ha sido tomado de la versión directa y literal del profesor Vicente López Soto. Barcelona, Juventud, colección Z n.º 190, 1971, págs. 152-161.

Una edición bilingüe preparada para la enseñanza es la existente en la colección Gredos Bilingüe, en tres volúmenes, a cargo de Valentín García Yebra e Hipólito Escolar Sobrino. Madrid, Gredos, 1980, 2.ª edición. Esta misma traducción también se encuentra, sin el texto latino, en la editorial Bruguera, colección Libro Clásico n.º 25, Barcelona, 1968. Es una versión recomendable, mientras que las existentes en Clásicos Iberia o en Austral ya han quedado superadas.

B) Tanto los libros de historia de Roma como los que estudian la historia de la literatura latina dedican un capítulo a César. No conocemos estudios o ensayos específicos sobre sus informes etnográficos en lengua castellana. En la citada edición de *La guerra de las Galias* de la editorial Bruguera puede consultarse la bibliografía y la nota preliminar elaboradas por Julio Pallí Bonet y Eudaldo Sola Farres.

BALSDON, J.P. *Romans and Aliens*. Londres, Duckworth, 1981.

Lucrecio

Tito Lucrecio Caro, el atormentado poeta latino de cuya vida apenas nada sabemos, nació el año 94 a.C. y murió, quizá suicidándose, cuando tenía 43 años cumplidos, esto es, en el año 51 ó 50 a.C. Su gran obra es un extenso poema que, como los de los filósofos presocráticos, se titula De rerum natura (De la naturaleza). En él expone la física de su maestro por excelencia, el filósofo materialista Epicuro, a lo largo de 6 libros contruidos simétricamente y con rigor sistemático. En los dos primeros habla de la materia y el vacío, de la naturaleza y propiedades de los átomos, de su movimiento y de la formación de los cuerpos compuestos. Luego, la concepción epicúrea del alma y de la sensación le guía en sendos libros dedicados a problemas psicológicos y gnoseológicos. Los dos últimos libros de su poema tratan del mundo, de los cuerpos celestes, los seres orgánicos y la humanidad, de diversos fenómenos atmosféricos y telúricos y, por último, de la causa de las enfermedades. Como aquí se interrumpe el manuscrito, se ha sugerido que su proyectado final versaba sobre los dioses, una vez más de acuerdo con las tesis que Epicuro defendía al respecto.

La obra de Lucrecio tiene suficiente calidad poética y filosófica como para constituir un necesario punto de referencia en la historia del pensamiento. No obstante, nosotros tenemos especial interés en subrayar sus extraordinarios méritos antropológicos puesto que, como ha demostrado el profesor Ronald L. Meek, Lucrecio es el único autor grecorromano cuya obra contiene una prefiguración real de la teoría de los cuatro estadios, teoría que en el siglo XVIII originó el nacimiento de las ciencias sociales. Quizá haya que recordar también a Dicearco, un filósofo peripatético del siglo IV a.C. que parece haber tenido una gran influencia. Varrón nos ha transmitido este resumen de sus tesis: "Si no está en la naturaleza de las cosas que haya habido siempre hombres y rebaños, debe ser cierto que, paso a paso, la vida humana ha llegado a esta época desde el período más remoto tal y como escribe Dicearco, y que el primer estadio fue un estado salvaje, en el que el hombre vivía de las cosas que nacen de la tierra

virgen; de este modo de vida se pasó a un segundo modo de vida, pastoral, y al igual que cogían de los árboles silvestres y sin podar y de los arbustos bellotas, madroños, moras y manzanas y los juntaban para utilizarlos, atrapaban también los animales salvajes que podían, los encerraban y los domesticaban. Es razonable pensar que de éstos los primeros en ser capturados fueron las ovejas, debido a su utilidad y a su mansedumbre, puesto que son por naturaleza especialmente dóciles y sumamente útiles para la vida humana. Proporcionan como alimento leche y queso, y para vestir el cuerpo dan sus pieles. Finalmente, en el último estadio, los hombres pasaron del modo de vida pastoral al agrícola, en el que se seguían teniendo muchos de los rasgos de los dos periodos anteriores y en el que continuaron durante un largo periodo en la situación a que habían llegado hasta que se alcanzó ésta en la que vivimos ahora.” (Citado por Meek, Ronald L., Los orígenes de la ciencia social. El desarrollo de la teoría de los cuatro estadios. Traduc. Eulalia Pérez Sedeño. Madrid, Siglo XXI, 1981, págs. 10-11).

Comparado con Dicearco el texto de Lucrecio es mucho más florido, lleno de interpelaciones muy instructivas acerca del origen del lenguaje, la familia, la sociedad, el fuego, la ciudad, el derecho, la religión, los metales, la guerra, el tejido, la agricultura, etc. Su poética y materialista versión del desarrollo evolutivo de la humanidad tendrá resonancias durante muchos siglos y su recuerdo, comparado críticamente con las insospechadas realidades socioculturales del Nuevo Mundo, servirá de serio acicate teórico en la moderna gestación de la antropología. Advierta el lector que Lucrecio, apoyándose en creencias de su época, se atreve a elucubrar sobre la evolución sociocultural sin acudir a mitos religiosos ni a libros sagrados. Únicamente reconstruye lo que imagina que fue el camino progresivo de la humanidad mediante la aguda observación de lo que percibe en el presente, en su presente sociocultural.

Y aquella raza de hombres que vivía en los campos fue mucho más dura, y con motivo, pues la dura tierra los creara, y los cimentaba una mayor y más sólida osamenta, trabadas las vísceras por nervios forzudos, para que no sucumbiesen fácilmente ni al frío, ni al calor, ni al cambio de alimentos, ni a ningún achaque corporal. Durante numerosas revoluciones del sol a través del espacio, arrastraban la vida, vagabundos, a modo de alimañas. El robusto conductor del curvo arado no existía, ni nadie sabía ablandar con el hierro las tierras, ni enterrar en el suelo los renuevos, ni de los altos árboles podar con la hoz las viejas ramas. Lo que dieran el sol y las lluvias, lo que espontáneamente la tierra creara, era don suficiente para contentar sus corazones. Las más veces tomaban su sustento de las encinas cargadas de bellotas, y los madroños que ves en el invierno madurar y teñirse de púrpura, producíalos la tierra más abundantes y mayores que ahora. Muchos otros pastos creaba la entonces florida juventud del mundo, groseros, pero suficientes a los míseros mortales.

A aplacar la sed convidaban arroyos y fuentes, como ahora el torrente bajando de los altos montes invita de lejos con su claro ruido a los sedientos rebaños de fieras. Finalmente, ocupaban las silvestres grutas de las ninfas, descubiertas en su vagar; sabían que de ellas se escurrían arroyuelos que con amplia corriente bañaban las húmedas rocas, goteantes de musgo brillante, y conocían las fuentes que brotan y surgen en el campo llano.

No sabían aún servirse del fuego, ni aprovechar las pieles, ni cubrirse el cuerpo con despojos de fieras; su morada eran los bosques, las cavernas de los montes, las selvas; abrigan entre el ramaje sus miembros escúa-

lidos, cuando el azote del viento y la lluvia les forzaba a resguardarse.

Incapaces de regirse por el bien común, no sabían gobernarse entre ellos por ninguna ley ni costumbre. Cada cual se llevaba la presa que el azar le ofrecía, instruido en valerse y vivir por si mismo a su antojo. Venus, en las selvas, ayuntaba a los amantes, pues la mujer cedía al mutuo deseo, o a la violencia del varón y a su pasión imperiosa, o al precio -bellotas y madroños o peras escogidas-. Fiados en el prodigioso vigor de sus manos y pies, perseguían los rebaños de bestias selváticas, arrojándoles piedras y manejando la maza pesada; a muchas cazaban así; de algunas se guardaban, ocultos en sus escondrijos.

Parecidos a cerdosos jabalíes, tendían al suelo sus desnudos miembros salvajes cuando los sorprendía la noche, envolviéndose en ramas y hojarasca. Pero en la obscuridad de la noche no vagaban por los campos, presa de pánico, llamando a gritos al día y al sol; antes bien aguardaban, silenciosos y sepultos en el sueño, a que con su faz rosada el sol llevara la luz al firmamento; pues avezados de pequeños a ver siempre renacer alternadas tinieblas y luz, no tenían motivo para extrañarse nunca de ello, ni temer que una eterna noche ocupase la tierra y les robara para siempre la luz del sol. La inquietud mayor de estos infelices eran más bien los ataques de las fieras, que hacían a menudo peligroso su sueño: echados de su vivienda, huían a las rocosas cuevas si llegaba un jabalí espumeante o un forzudo león, y a mitad de la noche cedían, despavoridos, sus lechos de follaje a estos huéspedes crueles.

Ni entonces más que ahora los mortales dejaban entre lamentos la dulce luz de la vida. Es cierto que con mayor frecuencia alguno de

ellos, presa de las fieras, les ofrecía un pasto vivo, devorado bajo sus mandíbulas, y llenaba de gemidos bosques y montes y selvas, sintiendo sus vivas entrañas sepultarse en viviente sepulcro. Y a los que salvara la fuga, con el cuerpo medio devorado, después, aplicando sus trémulas manos a las horribles úlceras, con horrisonas voces llamaban al Orco, hasta que los feroces tormentos les quitaban la vida, sin auxilio, ignorando el remedio que pedían sus heridas.

Pero, en cambio, un solo día no entregaba a la muerte muchos millares de hombres, llevados bajo banderas, ni las turbulentas aguas del mar estrellaban contra los escollos a naves y a hombres, sino que las olas se enfurecían sin objeto, en vano, agitadas inútilmente, y poco a poco deponían sus vacías amenazas; y el traidor halago del plácido mar no podía atraer a nadie al engaño de sus ondas rientes; el arte funesto de la navegación yacía ignorado.

Entonces era la escasez de alimento lo que daba a la muerte los miembros languidecientes; ahora, en cambio, la abundancia los sumerge. A menudo, por ignorancia, se escanciaban a sí mismos un veneno; ahora, mejor instruidos, se lo dan a otros.

Después, cuando supieron hacer chozas y servirse de pieles y del fuego, y la mujer, compañera del hombre, pasó a ser propiedad de un solo manido, y conociéndose las leyes del matrimonio, y los padres vieron a la prole nacida de su sangre, entonces empezó la raza humana a suavizar sus costumbres. Pues el fuego hizo que sus cuerpos frioleros no pudiesen ya sufrir el frío bajo la bóveda celeste; Venus amenguó sus fuerzas, y a los hijos, con sus canchas, les fue fácil doblegar el natural altivo de los padres.

Entonces también, vecinos unos de otros, empezaron a unirse en amistad, deseosos de no sufrir ni hacerse mutuamente violencias; y entre sí se recomendaron a sus niños y mujeres, indicando torpemente con sus voces y gestos ser de justicia que todos se apiadarán de los débiles. Así y todo, no podía ser general esta concordia; pero una buena parte de ellos observaba los pactos con escrúpulo; si no, ya entonces, el género humano hubiera perecido por entero y su descendencia no hubiera podido propagarse hasta nosotros.

Pero los variados sonidos de la lengua, la Naturaleza impulsó al hombre a emitirlos, y la necesidad formó los nombres de las cosas, por un instinto no muy diferente al que vemos que induce al niño, incapaz de hablar, a servirse del gesto y señalar con el dedo los objetos presentes. Pues cada ser tiene consciencia del uso que puede hacer de sus fuerzas: antes de que al novillo le apunten en la frente las astas, ataca con ellas airado y acomete con encono; los cachorros de panteras y leones se defienden ya con zarpazos y mordiscos antes casi de haberles nacido garras y colmillos. Vemos, además, a las aves de toda especie fiarse de sus alas y pedir a las plumas una ayuda aún vacilante.

Así, pensar que un hombre asignó, en un momento dado, nombres a las cosas y que de él los demás aprendieron los primeros vocablos, es puro desvarío. Pues si uno fue capaz de designar con voces todos los objetos y emitir los vanados sonidos de la lengua, ¿por qué no pensar que en el mismo tiempo pudieran hacer otros lo mismo? Además, si otros no hubieran usado entre sí también de las voces, ¿de dónde les hubiera venido la noción de su utilidad, y de dónde hubiera el primero sacado la facultad de saber lo que quería hacer y preverlo en su

mente? Tampoco podía uno solo reducir a tantos y, venciendo su resistencia, forzarlos a querer aprender los nombres de las cosas; ni es fácil hallar un medio persuasivo de enseñar lo que conviene, cuando los hombres son sordos; pues no lo sufrirían, ni en manera alguna aguantarían que les machacasen las orejas por más tiempo con los vanos ruidos de una voz jamás oída.

En fin, ¿es acaso muy grande maravilla que el género humano, dotado de voz y de lengua, designe las cosas con sonidos variados, según sus vanados sentimientos? Los mudos rebaños y hasta las especies salvajes suelen emitir voces varias y distintas, según les afecte el miedo o el dolor, o el placer los penetre, y esto es fácil de reconocer en hecho manifiestos.

...

El rayo -no fueras a hacerte calladamente esta pregunta- hizo descender a la tierra el primer fuego para los mortales; partiendo de él se extendió todo el ardor de las llamas. Muchos cuerpos vemos, en efecto, inflamarse al contacto de las llamas celestes, cuando el rayo del cielo les comunicó su calor. Sin embargo, cuando un árbol frondoso, balanceándose al impulso del viento, se agita y se recuesta contra las ramas de otro, la violencia del choque exprime el fuego de dentro, a veces estalla el férvido fulgor de la llama, mientras se frotan unos con otros troncos y ramas. Cualquiera de estas dos causas puede haber dado el fuego a los hombres. Después aprendieron del sol a cocer la comida y ablandaría al calor de la llama, al observar cómo muchos frutos del campo maduraban, vencidos por el azote de los rayos y la ardencia del sol.

Y así, gracias al fuego, y a nuevos inventos, los que sobresalían en ingenio y prudencia mostraban día tras día cómo podía mejorarse

su vida anterior. Los reyes empezaron a fundar ciudades y a emplazar ciudadelas que les sirvieran de defensa y refugio; y procedieron después al reparto de ganados y tierras, según la belleza, fuerzas y talento de cada uno; pues mucho valía la belleza, y la fuerza tenía un gran prestigio. Se introdujo después la propiedad y se descubrió el oro, que fácilmente arrebató a la hermosura y la fuerza el honor de que gozaban; pues, por lo común, los más valientes y hermosos de cuerpo van a engrosar el séquito del más rico. Que si los hombres se rigieran por la verdadera doctrina, la mayor riqueza del hombre está en vivir parcamente, con ánimo sereno; pues de lo poco jamás hay penuria.

...

Con esto, después de asesinados los reyes, derribada yacía la primitiva majestad de los solios y los cetros soberbios, y la insignia brillante de la testa soberana lloraba de ver su gran honor bajo los pies del vulgo; pues la gente es ávida de pisotear lo que una vez temió demasiado. Así el poder cayó en manos de la hez del pueblo turbulento, y cada uno pretendía para sí el mando y el puesto más alto.

Entonces hubo quienes enseñaron a elegir magistrados y fundar los principios del derecho, para inducirles a usar de las leyes. Pues el género humano, fatigado de vivir entre violencias, languidecía por efecto de las disensiones; razón de más para que se sometiera de buen grado a las leyes y al derecho estricto. En efecto, cada hombre, en su enojo, se preparaba a llevar su venganza más lejos de lo que ahora permiten las leyes equitativas, y he aquí por qué se hastiaron de pasar la vida en violencias.

Desde entonces el temor al castigo envenena los goces de la vida. Pues la violencia y el

desafuero cogen entre sus mallas al que los comete, y por lo común rebotan sobre aquel de quien han partido; y no le es fácil vivir con placidez y sosiego al que con actos viola el pacto de la paz social. Pues aunque escape a la vista de los dioses y los hombres, debe en secreto desconfiar de que así sea siempre; y de muchos se cuenta que hablando en sueños o en el delirio de una enfermedad han revelado y hecho patentes delitos que tuvieron ocultos.

No es difícil ahora explicar la causa de que entre las grandes naciones se divulgara la idea de la divinidad, de que las ciudades se llenaran de altares y se establecieran los solemnes ritos que ahora florecen en las grandes ocasiones y en lugares famosos; de donde aún hoy un religioso terror está enraizado en los hombres, el cual les hace levantar por todo el orbe de la tierra nuevos santuarios a los dioses y les impulsa a llenarlos en los días festivos.

En efecto, ya en aquella época los mortales veían en su imaginación, aún estando despiertos, egregias figuras de dioses, dotadas, sobre todo en sueños de un cuerpo gigantesco. A estas figuras les atribuían sentimiento, pues parecían mover sus miembros y pronunciar palabras altivas, adecuadas a su hermoso semblante y fuerzas desmedidas. Y les suponían una vida eterna, porque sin interrupción se sucedían las visiones, cuya figura subsistía siempre la misma; y, sobre todo, porque, dotados de fuerzas tan grandes, no los creían fácilmente dominables por ningún otro poder. Por esto los creían muy superiores en dicha a los demás, porque el temor de la muerte no turbaba a ninguno de ellos, y también porque en sueños les veían hacer muchos de prodigios sin que les costara fatiga alguna.

...

Por otra parte, se observaban el sistema del cielo y su orden preciso y la sucesión de las vanas estaciones del año, sin poder averiguar por qué causas se hacia. Así, no tenían otro recurso que remitirlo todo a la acción de los dioses y hacer que todo girara a una señal suya. Pusieron en el cielo las sedes y palacios divinos, porque en el cielo vemos girar el sol y la luna -la luna, el día, la noche y sus signos solemnes, las teas errabundas del cielo nocturno y las llamas volantes, nubes, sol, lluvias, nieve, vientos, rayos, granizo, los súbitos rugidos y amenazantes murmullos del trueno.

Por lo demás, el bronce, el oro y el hierro, así como la pesada plata y las propiedades del plomo, fueron descubiertos cuando el fuego devoró selvas inmensas en las grandes montañas, bien por la caída de un rayo, bien porque los hombres, peleando entre los bosques, arrojaran fuego al enemigo para infundirle pavor, bien porque, seducidos por la bondad del suelo, quisieran roturar fértiles campos y convertir la tierra en praderías, o matar fieras y enriquecerse con su presa: pues la caza con trampas y fuego se usó antes que las redes para cercar un bosque y las jaurías de perros. Como sea, cualquiera que fuese la causa del incendio, cuando su ardor hubo devorado las selvas hasta sus más profundas raíces con horrendo fragor, y cuando el fuego hubo recocado la tierra, un torrente de plata y de oro, de bronce y de plomo manaba de las venas ardientes y venia a depositarse en las concavidades del suelo. Después los hombres, viendo cómo al solidificarse aquel metal resplandecía con un brillante color, lo recogían prendados de su nitidez y su tersura, y observaban que estaba moldeado en la misma figura que los hoyos en donde se había posado; ocurrióseles entonces

que aquellos metales, derretidos al fuego, podía tomar cualquier forma y figura y que era posible, forjándolos, aguzarlos y adelgazarlos a su gusto, y hacerlos terminar en puntas agudas, y así procurarse armas para talar los bosques, desbastar madera, raer y alisar tablas, taladrar, vaciar, perforar. Al principio quisieron emplear en estos servicios tanto el oro y la plata como el fuerte bronce, tan resistente, pero sin éxito, pues la fuerza de aquéllos cedía, incapaz de aguantar, como el bronce, un trabajo tan duro. Pues el bronce fue más apreciado, y el oro se desdénaba como inútil, con su punta embotada y aplastada. Ahora, en cambio, el bronce es apreciado, y el oro ha escalado el honor supremo.

...

Ahora, cómo se descubrió la naturaleza del hierro, te será fácil Memmio, conocerlo por ti mismo. Las armas primeras fueron las manos, las unas y los dientes, las piedras y también las ramas arrancadas de los árboles, y las llamas y el fuego, desde que fueron conocidos. Más tarde se descubrieron las propiedades del hierro y el bronce; el uso del bronce fue anterior al del hierro, por ser de natural más manejable y haber mayor copia de él. Trabajaban el suelo con bronce, con bronce revolvían los oleajes de la guerra y sembraban heridas devastadoras y se apropiaban de ganados y campos; pues los desnudos e inermes fácilmente lo cedían todo a los armados. Después apareció poco a poco la espada de hierro, y la hoz de bronce cayó en el desprecio, y empezaron a romper con el hierro el suelo de la tierra, y se igualó la suerte de la guerra azarosa.

El uso de montar a caballo con armas, gobernarlo con el freno y combatir con la diestra fue anterior al de tentar los riesgos de la

guerra en carro de dos caballos. Y el tiro de dos caballos precedió a la cuadriga y al guerrero montado en carro guarnecido de hoces. Más tarde los cartagineses enseñaron a los elefantes, con torres en el dorso, monstruosos, de mano culebrina, a soportar las heridas de la guerra y a turbar las grandes catervas de Marte. Así, la triste discordia fue engendrando un invento tras otro, que fuera horrible en la batalla a las gentes humanas, y cada día añadió algo nuevo al horror de la guerra.

...

El uso de ropas trenzadas precedió al de coberturas tejidas; los tejidos siguen al hierro, porque los telares se hacen con hierro, y no hay otra manera de fabricar instrumentos tan delicados como lizos, husos, lanzaderas y enjuelos sonoros.

Y la naturaleza indujo a los hombres a trabajar la lana antes que a las mujeres, pues el sexo viril es, en general, muy superior en destreza y mucho más hábil, hasta que los austeros labradores lo tomaron a desdoro y lo pasaron gustosos a mano de mujeres, para que los tejedores participaran con ellos en el rudo trabajo y endurecieran en estas duras faenas sus miembros y manos.

Pero fue la misma Naturaleza, creadora de las cosas, la que dio el primer ejemplo de sembrar e injertar, puesto que las semillas y las bellotas caducas daban a un tiempo un enjambre de retoños al pie mismo del árbol; de allí les vino la idea de injertar renuevos en las ramas y plantar estacas recientes por los campos. Después fueron ensayando nuevos cultivos en el pequeño campo que amaban, y veían cómo se suavizaban en la tierra los frutos silvestres a fuerza de prodigar tiernos cuidados. Día a día obligaban a las selvas a retirarse más hacia el

monte y dejar la llanura a los cultivos, para que los prados, estanques, acequias, mieses y alegres viñedos ocupasen campos y collados, y las filas de olivos, destacando su color gris verdoso, pudiesen derramarse por cerros, valles y llanos, como ahora ves la agradable variedad que ofrecen las campiñas; las embellecen dividiéndose con filas de dulces frutales y cercándolas con setos de fértiles arbustos.

El hombre imitó con la voz el fluido trino de las aves mucho antes que aprendiera el arte de los cantos armoniosos para regalo del oído; y el silbo del céfiro a través de las huecas canas fue el primero que enseñó a los hombres silvestres a soplar el hueco caramillo; de aquí, paso a paso, aprendieron las dulces querellas que esparce la flauta tocada por los dedos de los cantores: la flauta, descubierta en el retiro de bosques y selvas, en las soledades de los pastores y en su ocio divino. Estos placeres cautivaban y deleitaban el espíritu de aquellos hombres cuando habían saciado su hambre, pues entonces cualquier cosa es gozosa.

Pero estos centinelas del mundo, el sol y la luna, que esparcen por todas partes su luz, recorriendo la inmensa bóveda que gira sobre nosotros, enseñaron a los hombres la sucesión de estaciones y el orden regular con que todo se hace.

Ya pasaban la vida al amparo de fuertes torres, y la tierra se hallaba dividida y distribuida para el cultivo, ya el alta mar florecía en naves de velas volantes, ya se tenían aliados y amigos gracias a tratados y pactos, cuando empezaron los poetas a conmemorar en cantos las hazañas cumplidas; y no mucho antes se inventó la escritura. Por esta razón nuestra edad no puede saber nada de lo que sucedió anteriormente, salvo por los vestigios que des-

cubre la razón.

Navegación, cultivo de los campos, fortificaciones, leyes, armas, calzados, vestidos y otras invenciones de este género, así como los goces de la vida y los refinamientos del lujo, poemas, pinturas y las estatuas pulidas con arte, aprendiéndolos el hombre, paso a paso y por avances paulatinos, del uso y las experiencias del espíritu siempre activo. Así el tiempo, poco a poco, va trayendo ante nosotros cada descubrimiento, y la razón lo hace entrar en el recinto de la luz. Pues los hombres vieron cómo en su espíritu se iluminaba una cosa tras otra, hasta que con sus artes llegaron a la última cima.

Bibliografía

A) El texto citado procede de la hermosa versión del profesor Eduardo Valentí, que también ha revisado el texto latino de la edición bilingüe de LUCRECIO CARO. *De la naturaleza*. Colección Hispánica de autores griegos y latinos. Ediciones Alma Mater, S.A. Barcelona, 1961. Volumen 11, págs. 107126. Esta misma versión, sin el original latino, ha sido reeditada recientemente en la Biblioteca Clásica Gredos.

La castiza versión del abate Marchena ha sido reeditada por la editorial Ciencia Nueva, Madrid, en 1968.

La Biblioteca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana también tiene una edición bilingüe del poema de Lucrecio en dos volúmenes.

B) Sobre Lucrecio, además del citado libro de Ronald L. Meek y de las introducciones existentes en las ediciones bilingües de que disponemos, merece leerse el libro de WINSPEAR, ALBANDEWES. *Qué ha sido verdaderamente Lucrecio (original: Lucretius and scientific thought)*. Traduc. Natalia Calamai. Madrid, Doncel, Colección Qué ha sido verdaderamente nº 2, 1971.

Tácito

Publio Cornelio Tácito nació hacia el 55 de nuestra era. De su vida, coetánea de la del emperador Trajano, se saben pocas cosas. Estudió retórica en Roma. Se casó con la hija del general Julio Agrícola. Fue pretor en el año 88, cónsul en el 97. Murió al comienzo del mandato del emperador Adriano, alrededor del año 120. Estos datos poco seductores encierran los extremos de la vida de un hombre de estado que hizo carrera y que ha pasado a la posteridad por su producción literaria e histórica. Sus obras como historiador son los Anales y las Historias, que no se nos han conservado en su totalidad. Están dedicadas a su tiempo y a los años inmediatamente anteriores, es decir, condensan el turbulento siglo I de nuestra era en Roma, con los cambios de dinastías y de emperadores observados bajo el punto de vista políticomoral del aristócrata republicano. Sus escritos literarios son tres obras menores, el Diálogo de los oradores, la Vida de Julio Agrícola y el que retendrá nuestra atención, Germania (De origine et situ Germanorum liber).

El título completo de esta obra según otros códices ya nos dice el enorme interés que tiene para nosotros: Libro sobre el origen, la situación, las costumbres y los pueblos de los germanos. En efecto, aunque su extensión es breve -unas 30 páginas en total-, la concisión estilística y el rigor informativo de Tácito le permiten sintetizar un conjunto asombroso de datos y obtener, quizá, el más acabado logro etnográfico de la antigüedad grecorromana. Desde la antropología física, pasando por la ecológica, la económica, la social, la política, la religiosa, la jurídica, etc., hasta el arte, el juego y la bebida, estas páginas son un tesoro que documenta la vida de una sociedad preestatal en un muy preciso marco geográfico y climático. La calidad de esta "monografía etnográfica" sorprende tanto que los filósofos no saben si su autor la escribió para demostrar el lujo, la molicie y la promiscuidad de sus compatriotas o para advertirles indirectamente del grave peligro que sus vecinos entrañaban y obligarles a enmendar sus poco "guerreras" costumbres. Tampoco se sabe muy bien si la concibió como texto independiente o como apéndice para

sus obras históricas. Sea de esto lo que se quiera, nosotros deseamos que el lector conozca con amplitud esta magnífica descripción, de la que más jugo extraerá cuanto más introducido esté en los problemas actuales de la antropología.

Me sumo a la opinión de los que creen que los pueblos de Germania, por no estar contaminados mediante uniones matrimoniales con otras gentes, constituyen una raza peculiar, pura y sólo semejante a sí misma. De ahí que su constitución física, en cuanto es posible en tan gran muchedumbre, sea igual: ojos azules, de mirar amenazador, cabellera rubia; son corpulentos, vigorosos únicamente para el esfuerzo impulsivo, pero no sufren en igual grado el trabajo y la fatiga, y no soportan nada la sed ni el calor; en cambio, por los rigores de su clima y suelo, están habituados al frío y al hambre.

La tierra, aunque un tanto varía de aspecto, está en general erizada de bosques o infestada por lagunas; muy húmeda por la parte de las Galias; muy ventosa por la de Nórico y Panonia; bastante fértil, pero pobre en frutales. El ganado menor abunda, aunque, por lo común, de poca alzada; el ganado mayor no tiene la bella estampa que le es propia, ni hermosa cornamenta. Gustan de poseer muchas reses; ésta es su única y más precisa riqueza. Los dioses (no sabría decir si airados o propicios) les han negado el oro y la plata; con todo, no me atrevería a asegurar que la Germania no contiene yacimiento alguno de estos metales, porque quién lo ha investigado? No estiman, como otros, su posesión o su uso. Asombra ver cómo vasijas de plata, regaladas a sus embajadores o jefes, se tienen en igual menoscabo que si fueran de barro. No obstante, las tribus fronterizas, por la práctica del comercio, saben apreciar el oro y la plata y conocer y preferir algunas especies de nuestra moneda. Los del interior, en cambio, limitan a la permuta su vida comercial, sumamente sencilla y anticuada. Tienen por buenas monedas antiguas y de largo tiem-

po conocidas, como nuestros denarios de plata dentados, y aquellos otros que ostentan una biga. Y estiman más la moneda de plata que la de oro, no por razón de gusto, sino porque su abundancia la hace más cómoda para comprar las cosas corrientes y de escaso valor.

Tampoco el hierro abunda, como se ve por la traza de sus armas ofensivas. Son pocos los que se sirven de espadas o de grandes lanzas. Llevan unas picas que ellos denominan frameas, con moharra de hierro corta y estrecha, pero tan agudas y manejables que sirven igual, según la ocasión, para luchar cuerpo a cuerpo o para emplearlas como armas arrojadizas. El armamento del jinete se limita a la framea y el escudo. Los infantes, desnudos o ligeramente vestidos con un manto corto, lanzan, además, pequeños proyectiles, varios cada uno, y alcanzan con ellos enormes distancias. No se cuidan del ornato de las armas, salvo el decorar los escudos con colores muy vivos. Pocos tienen cotas, y sólo alguno que otro posee casco, bien de metal bien de cuero. Sus caballos no se distinguen por la hermosura ni por la rapidez, ni los adiestran, como entre nosotros, para ejecutar caprichosos giros; los guían en línea recta, o bien les hacen ejecutar una simple variación a la derecha, describiendo un círculo en formación tan bien unida, que ninguno se queda atrás. En general, los infantes son más fuertes; por ello pelean mezclados con los jinetes, pues su agilidad los hace aptos para intervenir en los combates de caballería. Van en vanguardia jóvenes selectos, cuyo número se fija en un centenar por distrito; llámense los Ciento, y lo que primero fue mera expresión de número, se ha convertido en designación honorífica. Su formación de combate se compone de otras menores en forma de cuña. No juzgan

cobardía, sino prudencia, el retroceder en la batalla, siempre que después se vuelva al ataque. Aun en las batallas de dudoso éxito, retiran los cadáveres de los suyos. Abandonar el escudo o es la mayor afrenta, y el que incurrió en ella no puede participar en las ceremonias del culto ni intervenir en las asambleas. Muchos supervivientes de la guerra se ahorcaron para poner fin a su deshonra.

Para elegir los reyes se atienden a la nobleza, y al valor para designar a los caudillos. El poder de los reyes no es ilimitado ni arbitrario. Los capitanes ejercen el mando más con su ejemplo que con su autoridad, merced a la admiración que suscitan si son decididos, si se dejan ver, si marchan delante de su tropa. Por otra parte, no se permite, salvo a los sacerdotes, castigar con pena capital, privar de libertad, ni siquiera azotar, y aun a éstos no como sanción penal ni como ejecución de órdenes del jefe, sino como decreto de la divinidad, a quien creen presente entre los combatientes. Llevan a las batallas imágenes insignias que sacan de los bosques. Escuadrones y pelotones no se agrupan al azar, sino por razón de familia y parentesco, y éste es el principal estímulo de su valor. Tienen cerca los seres más queridos, y puede oír las lamentaciones de las mujeres y el llanto de los niños. Estos son, para ellos, sus más fieles testigos y sus mejores panegiristas. Acuden con sus heridas a sus madres y esposas; ellas no se espantan de contarlas y examinarlas, y abastecen y alientan a los que combaten.

Es fama que ejércitos medio vencidos y a punto de darse a la fuga se rehicieron merced a las mujeres, quienes, tenaces en sus súplicas, descubrían sus pechos y hacían ver la inminencia del cautiverio, mucho más temido

por la suerte de ellas que por la de los propios varones, hasta tal punto que las obligaciones que sus pueblos contraen tienen mucha más fuerza si entre los rehenes figuran algunas muchachas de la nobleza. Más aún: creen que hay en la mujer algo sagrado y profético, y no desprecian su parecer ni tienen en menos sus respuestas. Hemos visto que en el reinado del divino Vespasiano una mujer, llamada Veleda, fue considerada por muchos durante largo tiempo como un ser sobrenatural, y en otras épocas veneraron a Aunnia y a otras vanas, no por mera adulación, ni tampoco como si quisieran hacerlas diosas.

Mercurio es el dios a quien más veneran, y consideran lícito sacrificarle en determinados días incluso víctimas humanas. Con los sacrificios de animales, comúnmente admitidos, aplacan a Hércules y a Marte. Parte de los suebos hacen también sacrificios a Isis. No he podido averiguar el origen de este culto extranjero, salvo el hecho de que tienen una representación a modo de nave liburna, como indicando que esta religión fue importada. Por otra parte, consideran indigno de la majestad de los seres celestiales encerrarlos entre paredes o representarlos en figura humana. Consagran a los dioses las selvas y los claros de los bosques, y dan nombres de divinidad a aquel numen misterioso que sólo ven con los ojos de su ánimo reverente.

Respetan como el que más los auspicios y la adivinación. El procedimiento de ésta se sencillo. Cortan en pequeños trozos una rama de árbol frutal, y señalados con ciertos signos, los esparcen al azar sobre una ropa blanca. Al punto el sacerdote del pueblo, si la consulta es oficial, o el padre de familia, si es privada, después de dirigir una súplica a los dioses

mirando al cielo, toma de uno en uno, tres fragmentos, y los interpreta según la señal que en ellos se grabó. Si la respuesta es negativa, no cabe en aquel día nueva consulta sobre el mismo asunto. Si es afirmativa, todavía se requiere el testimonio de los auspicios. Y también aquí se conoce el interrogar el canto y el vuelo de las aves.

Pero es peculiar de aquella raza el obtener presagios y avisos de los caballos. Críansen éstos a expensas de la comunidad, en las mismas selvas y claros de bosques sagrados. Son blancos y limpios de todo contacto con ser mortal; uncidos estos caballos a un carro sagrado, el sacerdote y el rey o príncipe del pueblo caminan a su lado y observan sus relinchos y resoplidos. No hay auspicio al que se dé mayor crédito, no ya por el pueblo sino por las personas principales y por los sacerdotes, pues así como éstos se estiman a sí propios ministros de los dioses, juzgan a los caballos conocedores de la voluntad divina. Hay otro género de auspicios, con el que tratan de adivinar el éxito de las guerras más importantes: consiste en hacer luchar a un hombre del país con quien se hallan en guerra, capturado por cualquier procedimiento, con otro elegido entre los de su propio pueblo, cada cual con sus armas patrias; la victoria de uno u otro se estima que prejuzga el resultado de la guerra.

Sobre los asuntos de menor importancia deciden los jefes; sobre los más graves, el pueblo entero, aunque con la condición de que estas materias, que son de competencia de la plebe, deben ser previamente tratadas por los príncipes. Salvo caso repentino o imprevistos se reúnen en asamblea en días determinados, que coinciden con el novilunio o con el plenilunio, pues creen que éstos son los momentos de

mejor alguno para dar comienzo a sus empresas. No cuentan los días, como nosotros, sino las noches; fijan las fechas y establecen los términos de modo tal que parece que es la noche la que precede al día. Existe entre ellos un vicio, consecuencia de su libertad, que es no acudir todos al mismo tiempo, ni cuando se les convoca; con este retraso, la asamblea tarda dos o tres días en reunirse. Cuando el pueblo quiere se congregan, provistos de sus armas. Los sacerdotes, que entonces tienen poder coercitivo, imponen silencio. Después cada rey o príncipe, según aconseja su edad, nobleza, gloria militar o elocuencia, deja oír su voz, más bien con autoridad para convencer que con poder para obligar. Si no gusta lo que dicen, protestan a gritos; si agradan, dan golpes con las frámeas, pues la manera más honrosa de asentir es manifestar la aprobación con las armas.

Ante la asamblea pueden promoverse acusaciones y substanciarse juicios de delitos capitales. La pena varía según la infracción. A los traidores y desertores los cuelgan de los árboles; los cobardes, los malos guerreros y los que cometieron deshonestidades nefandas son sumergidos en una laguna cenagosa y tapados con zarzos. La variedad del suplicio responde a la idea de que los crímenes deben ser castigados con publicidad, y en cambio ciertos actos vergonzosos deben ocultarse. Las faltas más leves se sancionan en proporción a su importancia con una multa, consistente en cierta cantidad de caballos o cabeza de ganado. Una parte de esta multa es para el rey o para el pueblo; otra, para el reclamante o para sus parientes. En las mismas asambleas se eligen ciertos magnates que administran justicia por los cantones y las aldeas; a cada uno le asisten

con su consejo y autoridad cien hombres del pueblo.

No emprenden negocio alguno público ni privado sin estar armados. Mas no es costumbre que nadie tome las armas, sino cuando el Estado le ha declarado capaz de llevarlas. Entonces, en la misma asamblea, bien alguno de los jefes, bien el padre o los parientes, arman al joven con el escudo y la frámea. Esto equivale entre ellos a la toga viril, y es el más alto honor de su juventud; hasta este momento se consideran como parte de la familia; en adelante, como parte del Estado. El sobresalir en nobleza de sangre o los grandes méritos de los padres, concilian el favor del príncipe aun a muchachos extremadamente jóvenes. Agrúpanse en torno de otros de más edad y fuerza y ya largamente experimentados, sin que se tenga por vergonzoso que les vean formando parte de su séquito. En esta condición se dan también grados, que dependen del juicio de aquel a quien siguen. Afánanse y rivalizan grandemente para obtener el primer lugar junto a un príncipe, y los príncipes, a su vez, por tener muchos y esforzados secuaces. En esto estriba su dignidad y su fuerza: en rodearse de una nutrida escolta de jóvenes elegidos, que es honor en la paz y seguridad en la guerra. Y este hecho de sobresalir en el número y valor de su corte no sólo les da fama y gloria en su propio pueblo, sino también entre los vecinos, de suerte que son preferidos para embajadas y cargos públicos, y a veces, con sola su fama, deciden las guerras.

Cuando entran en combate, es deshonoroso para el jefe dejarse superar en valor, y para su séquito no igualarle. Mas, sobre todo, es causa de infamia y oprobio para toda la vida sobrevivir al jefe, caído en el campo de batalla.

Defenderlo, protegerlo, hacer que los hechos heroicos de cada uno redunden en gloria de aquél, es la más sagrada obligación. El jefe lucha por la victoria; sus compañeros luchan por él. Si el pueblo languidece en prolongada paz y sosiego, la mayor parte de los jóvenes nobles se va voluntariamente a otros países que entonces se hallan en guerra, pues es gente a la que desagrada la tranquilidad, y los peligros les dan más fácil ocasión de distinguirse. Por otra parte, una corte numerosa no puede sostenerse sino en la violencia y en la guerra, pues de la generosidad del príncipe el uno obtiene en recompensa aquel famoso caballo de guerra, el otro aquella flámea ensangrentada y vencedora. Las comidas y festines, toscamente aderezados, pero copiosos, se estiman ordinaria soldada. La guerra y la rapiña les da con qué mostrarse generosos. Es más difícil convencerles para que labren la tierra o aguarden la cosecha anual, que para que provoquen al enemigo o afronten las heridas. Antes bien, les parece cobardía y flojedad adquirir con sudor lo que puede lograrse con sangre.

Cuando no están en guerra se ejercían algo en la caza, pero la mayor parte del tiempo la pasan en el ocio, dedicados a dormir y a comer. Los más valientes y belicosos dejan el cuidado de la casa, de el hogar y de los campos a las mujeres, a los ancianos y a los más débiles de la familia, mientras ellos vegetan. ¡Extraño contraste de la naturaleza, que sean tan dados a la ociosidad hombres tan enemigos de la paz!

Es costumbre de estos pueblos que cada individuo obsequie espontáneamente a los jefes con algo de su ganado o con parte de su cosecha, y esto, que se recibe en señal de homenaje, sirve al propio tiempo para ayudar a su subsistencia. Les causan especial alegría los

regalos de las naciones vecinas, que no sólo se envían por los particulares, sino también por la comunidad, y que consisten en caballos escogidos, magníficas armas, placas y collares. En la actualidad han aprendido de nosotros a aceptar también dinero.

Es bien sabido que los pueblos germanos no habitan en ciudades ni toleran que sus domicilios se hallen agrupados. Viven separados y dispersos en donde les agrada, bien junto a una fuente, bien en una llanura, bien en un bosque. No construyen sus aldeas como nosotros, con los edificios juntos y en grupo, sino que cada uno rodea su casa de un espacio libre, sea para evitar la propagación de los incendios, sea por su ignorancia del arte de la edificación. No usan sillares ni tejos; sólo madera tosca, sin preocuparse de la estética ni del aspecto agradable. Cubren algunos lugares con un estuco tan fino y brillante que semeja pintura o dibujos coloreados. Suelen abrir cuevas subterráneas, que cubren con una gran capa de estiércol, y les sirven de abrigo en el invierno y para almacenar las cosechas. Así atenúan el rigor del frío, y si llega el enemigo saquea lo que está al descubierto, pero lo que se halla escondido o enterrado pasa inadvertido, o la misma necesidad de buscarlo despista al invasor.

Consiste la indumentaria de todos ellos en un manto, sujeto con un alfiler o, en su defecto, con una espina; sin otro abrigo pasan días enteros junto al fuego del hogar. Los más ricos se distinguen por el uso de una túnica, no flotante, como la de los sármatas y partos, sino ceñida, de manera que permite distinguir todos los miembros. También llevan pieles de animales salvajes; los de la ribera, con descuido; los del interior, como gente más primitiva, por su falta de relación con otros pueblos, con

mayor afectación y cuidado. Eligen determinados animales, los despojan de la piel y la adornan con aplicaciones de varios colores de pieles de otros animales que se crían en el Océano remoto y desconocido. El atavío de las mujeres no difiere del de los hombres, salvo en que aquéllas, con mayor frecuencia, llevan túnicas exteriores de lino, adornadas con púrpura; lo alto del vestido no se prolonga en forma de mangas, sino que deja desnudo el antebrazo, el brazo y la parte próxima del pecho.

No obstante, el matrimonio se respeta con vigor, y esto es lo más laudable de sus costumbres, pues son casi los únicos bárbaros que se limitan a una sola mujer, salvo muy pocos, que, no por sensualidad, sino por su condición de nobles, son solicitados para unirse con vanas. No es la mujer quien ofrece la dote al marido, sino éste a la mujer; los padres y parientes intervienen en el acto y dan su beneplácito a los bienes dotales, que no consisten en objetos adecuados para halagar el gusto femenino o para el adorno personal de la novia, sino en bueyes, un caballo embriado y un escudo con una flámea y una espada. Mediante estos dones es aceptada la mujer, y en compensación regala al marido algunas armas. A juicio de ellos, esto constituye el vínculo más grande, los misterios sagrados, los dioses protectores del matrimonio. Para que la mujer no se crea ajena a la idea del valor militar o a los riesgos de la guerra en los mismos auspicios que se toman al contraer matrimonio se le advierte que se hace participe de los trabajos y peligros del varón; que, en paz y en guerra, ha de padecer lo que él padezca, y atreverse a lo que él se atreva: esto simbolizan los bueyes uncidos, el caballo embriado y las armas que se le

entregan; tal ha de ser su norma en la vida y en la maternidad; lo que recibe ha de entregarlo a sus hijos inmaculado y digno de que lo reciban sus nueras o lo transmitan a los nietos.

...

En todas las casas, desnudos y sucios, se desarrollan, corpulentos y membrudos en grado que nos causa admiración. Sus mismas madres los lactan, y no fian este menester a esclavas o a nodrizas. El señor no se diferencia del siervo por criarse con mayor regalo; igual viven entre bestias; lo mismo se acuestan en el suelo, hasta que la edad separa y el valor distingue a los hombres libres. En los jóvenes el apetito sexual se presenta tarde, y por ello conservan todo el vigor de la virilidad. Tampoco las doncellas son precoces; su lozanía juvenil es como la del varón y análogo su desarrollo corporal. Igualan en fortaleza al hombre con quien se unen, y en los hijos se reproduce el vigor de los progenitores. Los hijos de la hermana son honrados por el tío tanto como por su propio padre. Hay quienes juzgan este vínculo de consanguinidad más santo y estrecho, y lo prefieren cuando exigen rehenes, considerando que ata con más fuerza el ánimo y afecta a más personas de la familia. No obstante, los herederos y sucesores son siempre hijos. No existe el testamento. A falta de hijos son llamados a suceder los hermanos, los tíos paternos y maternos. Los ancianos son tanto más estimados cuanto mayor es el número de sus parientes, así consanguíneos como afines, y el caer de descendencia no proporciona ninguna ventaja.

Es fuerza que hagan suyas las enemistades, como las amistades, de su padre o deudo, mas no para siempre. Aun el homicidio se purga con determinado número de cabezas de gana-

do mayor y menor, y toda la familia se da por satisfecha, con provecho de la comunidad, ya que entre ellos las enemistades son más peligrosas, por la libertad de que disfrutan.

No hay nación más amiga de convites y huéspedes. Tiénese por impiedad negar albergue a cualquiera. Cada uno, según su posición, acoge y obsequia al huésped; terminado el agasajo, el que le había albergado le acompaña y muestra otro hospedaje. Se presentan en casa del vecino sin ser invitados, no hace falta, pues son acogidos con igual cortesía. No hay diferencia, en orden a la hospitalidad, entre el conocido y el desconocido. Si el huésped, al marcharse, pide alguna cosa, es costumbre concedérsela, e igual facilidad existe para pedirle lo que parece oportuno. Les agradan los regalos, pero ni llevan cuenta de los que dan, ni se estiman obligados por los que reciben. La convivencia con los huéspedes se basa en la cortesía.

Inmediatamente después del sueño, que muchas veces se prolonga hasta entrado el día, se lavan, por lo común con agua caliente, ya que entre ellos el invierno es muy largo. Luego de aseados comen, en mesas y asientos independientes. Después van, armados, a sus negocios, como también, con gran frecuencia, a los banquetes. No tienen a mengua pasar día y noche bebiendo. Como es corriente entre los dados a la bebida, surgen entre ellos frecuentes querellas que no suelen quedar en voces e insultos, sino que acaban las más veces en lesiones y homicidios. No obstante, en los convites es donde suelen reconciliarse los enemigos, concertase los matrimonios, elegirse los jefes y tratarse de la guerra y de la paz, como si fuera la ocasión en que la mente está más despejada para los pensamientos sinceros, o

más enardecida para las grandes empresas. Aquella gente, nada fingida ni astuta, con la libertad que da el ambiente, descubre hasta lo más recóndito de sus sentimientos, y así el parecer de todos se expone francamente y sin reservas. Al día siguiente vuelven a deliberar sobre lo mismo, y cada momento tiene su razón de ser: discuten cuando no saben fingir; deciden cuando no pueden equivocarse.

Beben un líquido que extraen de la cebada o del trigo, y que por estar fermentado se parece algo al vino. Los de la ribera compran vino también. Su alimentación es sencilla: frutas silvestres, carne fresca y requesón. Aplaca el hambre sin refinamiento ni complicaciones. No son tan sobrios para calmar la sed. Si se fomentara su embriaguez, suministrándoles cuanto desean, tan fácil sería vencerlos con el vicio como con las armas.

...

De los esclavos no se sirven como nosotros, que dentro de la servidumbre de la casa los adscribimos a diversas funciones. Cada uno tiene su residencia y gobierna su hogar. El dueño exige del siervo, como si fuera un colono, cierta cantidad de trigo, de ganado o de tela, y el siervo limita a esto su prestación. El resto del servicio de la casa lo hacen la mujer y los hijos. Es raro el azotar al siervo, encadenarlo o someterlo a trabajos forzados. No lo es el matarlo, pero no como acto de rigor disciplinar, sino por impulso de ira, como si se tratase de un enemigo cualquiera, salvo que este homicidio no está penado. La condición de los libertos no es mucho mejor que la de los esclavos. Raras veces tienen alguna prerrogativa en la vida doméstica, y nunca en el orden político, salvo en las naciones constituidas en monarquía, pues allí se elevan por encima de los ingenuos

y de los nobles. En los otros pueblos, la condición inferior de los libertos es signo de libertad política.

Desconocen el explotar el dinero y darlo a interés, y ello impide la usura más que una prohibición legal. De las tierras de cultivo, la comunidad ocupa cada vez una extensión proporcionada al número de cultivadores; después se distribuye entre éstos, según su respectiva categoría. Las dilatadas llanuras facilitan la división en lotes. Anualmente dejan de labrar unos campos para labrar otros, y así les sobra tierra, pues su aplicación al trabajo no está a la altura de la fertilidad y extensión de su campiña; no se esmeran en plantar frutales, ni en reservar espacio para dehesas, ni en regar huertos, lo único que se exige de la tierra son los cereales. De ahí que no dividan el año en tantas partes como nosotros; conocen el invierno, la primavera y el verano, y sus nombres respectivos, pero ignoran los beneficios y el nombre del otoño.

Los funerales no se celebran con aparato: el único rito fúnebre que se guarda es la cremación con determinada especie de leña, de los cadáveres de los hombres ilustres. No amontonan en la pira vestidos ni sustancias aromáticas. Arrojan al fuego las armas del difunto, y a veces su caballo. Un montón de tierra constituye el sepulcro. Rechazan, como perjudicial a los muertos, el honrarles con sepulturas de difícil y laboriosa construcción. Los lamentos y las lágrimas cesan pronto, pero el dolor y la tristeza duran largo tiempo. Al decoro de las mujeres conviene el llanto; al de los hombres, el recuerdo.

Esto es lo que sabemos acerca del origen y costumbres de los germanos en general. Ahora voy a tratar de los usos y prácticas de cada uno de sus pueblos en particular, y de las gentes que de la Germania emigraron a las Galias.

Bibliografía

A) Esta extensa cita abarca en su casi totalidad la primera mitad de la obra, esto es, la parte dedicada a los pueblos germanos en general. Se halla en las páginas 115-129 de la nueva traducción de Manuel Martín Peña de TACITO, *Diálogo de los oradores. Agrícola. Germania*. Librería y Casa Editorial Hernando S.A., Biblioteca Clásica Hernando, Madrid, 1950.

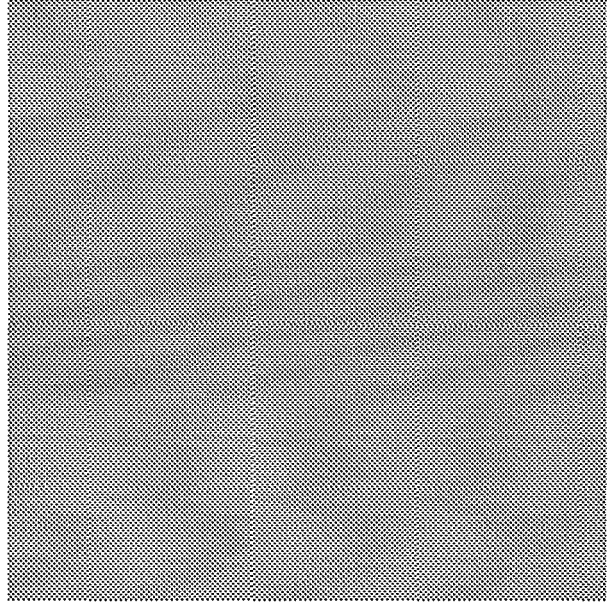
B) Es informativa la "nota preliminar" que acompaña a la versión de *Germania* en la edición citada, págs. 105-112.

Como es obvio, son los filólogos germanos quienes más se han esforzado por editar, traducir y comentar este texto de su propio pasado. Muy interesantes son, por ejemplo, las notas y el epílogo de Manfred Fuhrmann en su edición bilingüe latín-alemán publicada en Stuttgart por Philipp Reclam, en 1972, en su célebre Universal-Bibliothek Nr. 9391, págs. 71-112.

DAUGE, Y.A. *Le Barbere. Recherches sur la conception romaine de la barbarie et la civilisation*. Bruselas, Latomus, 1981.

HERRMANN, J y MUELLER, R. *Die Antike und Europa-Zentrum und Peripherie in der antiken Welt*. Berlin, Akademie V., 1989.

S E C C I Ó N



S E G U N D A

Edad Media

Guillermo de Rubruck - Marco Polo - Ibn Batuta - Ibn Jaldún

G. de Rubruck

La invasión de los bárbaros y la caída del imperio romano de Occidente dieron paso a una época oscura y atomizada en la que se paralizó la adquisición de nuevos datos etnográficos y la creación de sugestivos modelos evolutivos de la humanidad. Este freno se refiere a la cultura occidental europea y seríamos incorrectos si lo atribuyésemos a todo Occidente porque, de hecho, la gran expansión musulmana vertebró a muchos pueblos y no sólo por evidentes motivos político-militares. El mandamiento religioso de visitar La Meca por lo menos una vez en la vida provocó una serie de viajes y peregrinaciones que dejarán importantes huellas etnográficas, como luego veremos. Por el momento vamos a limitarnos al despertar etnográfico de Occidente que, de modo curioso, se orientó hacia el interior de Asia.

La Europa de las cruzadas, ante el continuo retroceso de sus caballeros en el Oriente Próximo frente a los musulmanes creyó descubrir un aliado natural en el recientemente formado imperio mongol, ilusionada en parte por la leyenda de que éste estaba gobernado por un personaje de fe cristiana. Por lo demás, y teniendo en cuenta que a mediados del XIII los pueblos europeos todavía proseguían sus reconquistas, sus cruzadas y sus querellas internas, ese nuevo imperio les suponía una grave amenaza de invasión. Para ganarse su alianza y para precaverse de sus ataques una cosa era urgente e indispensable: conocerle, saber exactamente la dimensión de sus fuerzas y la posible estrategia adecuada que impidiese su avance sobre el Occidente europeo. Con ese objetivo el papa Inocencio IV, cuyos estados también estaban amenazados, envió a un maduro franciscano, misionero experto en zonas del este y un buen conocedor de teutones, polacos, prusianos y rusos, a la corte del Gran Kan. Su misión era doble: solicitar la paz para los pueblos cristianos y cristianizar a los belicosos mongoles, pero también obtener información de primera mano de sus hábitos guerreros, de sus proyectos, armas, ejércitos, tácticas y estrategias. Como era de esperar, su visita a la capital del imperio, Karakorum, fue un rotundo fracaso diplomático, pero no cruzó en balde la estepa euroasiática el

intrépido hermano Juan. Giovanni Pian del Carpine merece ser recordado en la historia de la antropología porque escribió una excelente relación de su viaje, la Historia mongalorum, documento magnífico para conocer las costumbres de los pueblos asiáticos por aquellos años (1245-1247).

La política que el papa comenzó con esa embajada fue proseguida por el rey Luis IX de Francia. Una de sus tentativas consistió en enviar a otro franciscano, Guillermo de Rubruck, a la Corte del emperador mongol. Su viaje, que también duró tres años (1253-1255), tiene especial interés para el conocimiento perfeccionado que los europeos fueron adquiriendo de Asia. Rubruck navegó desde Constantinopla hasta Crimea, cruzó el sur de Rusia y llegó a Karakorum. Sus negociaciones fracasaron y ni siquiera consiguió permiso para establecerse como sacerdote de los ya cristianos. Regresó por San Juan de Acre y escribió una relación del viaje en la que por vez primera un europeo describe el mar Caspio como interior, da la verdadera posición del lago Balkash y anota una serie de hechos físicos y etnográficos de relevancia. Alude a las varias religiones que conviven en Mongolia, distingue entre tártaros y mongoles, observa la fauna del Asia Central, el tipo de comida y bebida de sus pueblos, etc. etc. He aquí un fragmento significativo de su impresionante aventura.

Tras haber salido de Soldaya, después de tres días, encontramos a los tártaros, y al entrar en su casa tuve la clara impresión de que entraba en otro mundo. Os describiré su vida y sus costumbres todo lo que me sea posible.

De la morada de los tártaros

Jamás tienen una residencia fija, e ignoran cuál será la del futuro. Se reparten la Escitia,³¹⁰ que se extiende desde el Danubio hasta el sol naciente;³¹¹ y cada capitán, según tenga más o menos hombres bajo su mando, conoce los límites de sus pastos y dónde debe hacer pacer en invierno, en verano, en primavera y en otoño. En efecto, en invierno descienden a las regiones más cálidas, hacia el mediodía; en verano, ascienden a las más frías, hacia el norte. En invierno hacen pacer en prados sin agua cuando hay nieve, porque la nieve sustituye al agua.

Construyen sobre ruedas la casa en la que duermen. Está hecha de junquillos entrelazados, que convergen en la parte superior en un pequeño orificio redondo de donde se eleva un cuello parecido a una chimenea. La recubren con fieltro blanco, y untan a menudo este fieltro con tierra blanca y polvo de huesos, para que la blancura sea más visible y deslumbrante; algunas veces también emplean el color negro. Decoran el fieltro alrededor del cuello superior con pinturas de hermosa variedad. Delante de la puerta cuelgan asimismo un fieltro artísticamente elaborado. Tienen costumbre de pintar sobre este fieltro de color viñas, pájaros, árbo-

les y animales. Construyen estas moradas con tanta extensión que a veces tienen treinta pies de ancho. He medido una que tenía por lo menos veinte pies entre las huellas de las ruedas, y cuya casa, que estaba colocada sobre el carro, sobrepasaba a las ruedas por lo menos otros cinco pies por cada lado. He contado, para un solo carro, veintidós bueyes arrastrando una sola casa; once en una sola fila, en el sentido de la anchura del carro, y los otros once delante de éstos. El eje del carro era tan grande como el mástil de un navío, y había un solo hombre ante la puerta de la casa para dirigir a los bueyes.

Hacen, además, unos cestos cuadrados de mimbre trenzado, que tienen la forma de una gran arca, y que de una extremidad a otra tienen una tapadera del mismo material y dejan una pequeña abertura en la parte de delante; recubren luego este cofre o casita con fieltro negro untado de sebo o de leche de oveja para que la lluvia no pueda penetrar. Lo decoran de forma parecida con labores artísticas, o lo pintan de colores. Colocan en estos cofres todos sus utensilios y sus tesoros, y los atan fuertemente a estos altos carros arrastrados por camellos, con el fin de que puedan atravesar los ríos. Jamás son bajados estos cofres de los carros.

Cuando detienen su casa en una etapa, sitúan siempre la puerta hacia el mediodía, cuidando que los carros en que transportan los cofres queden a medio tiro de piedra de la casa, de forma que ésta se encuentre entre dos hileras de carros como entre dos muros. Las mujeres construyen para sí mismas bellísimos carros, que tan sólo podría describíroslos con la pintura, lo cual haría si supiera pintar.

310. La Escitia, según el sistema geográfico de los antiguos, comprendía todo el norte de Europa y de Asia; en suma, la tierra desconocida.

311. La Edad Media, como los antiguos, creía que el mundo terminaba por la parte este, al final del Asia

Un rico moal³¹² o tártaro posee de cien a doscientos de estos carros para cofres. Batu tiene veintiséis mujeres, de las cuales cada una tiene una gran casa, sin contar otras más pequeñas que se colocan al lado de la grande, que son una especie de habitación en la cual habitan los sirvientes; y de cada una de estas casas dependen doscientos carros. Y cuando se detienen las casas, la primera mujer coloca la suya hacia la parte oeste, y las demás a continuación, según su rango, de forma que la última mujer tendrá su morada en el extremo este, y a la distancia de la primera de un tiro de piedra. La corte de un moal rico tendrá, pues, la apariencia de una gran ciudad, y, sin embargo, tendrá pocos habitantes. La más insignificante de sus mujeres conducirá de unos veinte a treinta carros, ya que el terreno es llano. Se atan los carros, uno tras otro, con sus bueyes y sus camellos; una mujer se sienta en el primero para conducir a los bueyes, y los otros le siguen al mismo paso. Si se encuentra un pasaje dificultoso, se desatan los carros y cada uno de ellos pasa por separado. Se camina, pues, a un paso muy lento, como puede caminar un cordeiro o un buey.

Cuando las casas están situadas después de haber hecho un alto, la puerta dirigida hacia el mediodía, se instala el lecho del amo dirigido hacia el norte. El lugar destinado a las mujeres está siempre frente a oriente, es decir, a la izquierda de la casa del amo cuando éste está acostado en su lecho, la cara dirigida hacia el mediodía. El lugar de los hombres es el lado de occidente, es decir, a la derecha. Los hombres que entran en la casa del amo no pueden, bajo

ningún concepto, colgar su aljaba del lado donde están las mujeres. Sobre la cabeza del amo hay siempre una imagen de fieltro, como si fuese un mufieco o estatuilla, a la que se le da el nombre de hermano del dueño; otra parecida, que se llama el hermano de la dama, está colgada en el muro, sobre la cabeza de la mujer, y encima de cada una de las cabezas de las mujeres hay una figurilla que es como la guardiana de toda la casa. La dueña de la casa coloca, a su derecha, al pie de la cama, que es un lugar elevado, una piel de cabra rellena de lana o de otra materia, y cerca de ésta una pequeña estatuilla que tiene los ojos dirigidos hacia las sirvientes y los domésticos. Cerca de la puerta del lado donde están las mujeres todavía se encuentra una imagen con una ubre de vaca, para las mujeres que ordeñan las vacas, ya que es oficio de las mujeres ordeñar las vacas. En el otro lado de la puerta, en el lado de los hombres, hay otra estatua con la ubre de una yegua, para los hombres que ordeñan, y cuando se reúnen para beber, ante todo, rocían con su bebida estas imágenes que están sobre la cabeza del amo y luego las demás, por orden de categorías. Luego, un intendente sale de la casa con una copa de bebida y la vierte en tres veces en dirección al mediodía, flexionando la rodilla otras tantas veces, lo cual hacen para honrar el fuego; después hacia oriente, para venerar el aire, y luego hacia occidente, para venerar el agua; y, por último, hacia el norte, para honrar a los muertos.

Cuando el amo sostiene su copa en la mano y se dispone a beber, antes de hacerlo, derrama una parte sobre la tierra. Si bebe estando a caballo, derrama un poco sobre el cuello y la crin del caballo. Y cuando el intendente ha rociado así las cuatro partes del

312. Es así como que Rubruk llama a los mongoles, que Carpino llama mongales. De hecho, moal es el nombre primitivo de los mongoles.

mundo, penetra en la casa, donde los servidores están preparados con copas y patenas para dar de beber al amo y a su mujer, que está sentada cerca de éste sobre el lecho. Y cuando tiene varias, la que ha dormido con él durante la noche, se sienta cerca suyo y allí permanece durante todo el día, y las otras deben acudir a la casa a lo largo del día para beber y allí estará también la corte, y todos los presentes que se hagan durante aquel día quedarán incorporados al tesoro de esta dama. Un banco con un recipiente de leche u otra bebida y copas, es colocado delante de la entrada.

De las bebidas de los tártaros

En invierno componen una excelente bebida con arroz, trigo, mijo y miel, tan clara como el vino, ya que el vino les llega de regiones lejanas. En verano no beben más que cosmos.³¹³ Siempre hay cosmos cerca de la casa, ante la puerta de entrada, y a su lado hay un músico con su pequeño laúd. No he visto allí nuestros laúdes, ni nuestras gaitas, sino muchos otros instrumentos que nosotros no tenemos. Y cuando el amo empieza a beber, uno de sus intendentes grita: “¡Ha!”, y entonces el tocador de laúd hace sonar un instrumento; y cuando hacen una gran fiesta dan palmadas y bailan al son del laúd, los hombres ante el amo y las mujeres ante la dueña; y cuando el señor ha bebido, el intendente grita de nuevo y el músico de laúd deja de tocar. Entonces, todos los hombres y mujeres beben por turno, y algunas veces beben hasta el máximo, sucia y ansiosamente. Y cuando quieren provocar a alguien para que beba, lo agarran por las orejas y se las estiran fuertemente para dilatarle el

gaznate y dan palmadas y bailan ante él. Lo mismo ocurre cuando quieren hacer una gran fiesta para agasajar a alguien: uno de ellos toma una copa llena, mientras otros dos se colocan a su izquierda y a su derecha y los tres van hacia él, cantando y bailando, tendiéndole la copa, y cantan y bailan ante él; y cuando extiende la mano para tomar la copa, entonces se la retiran bruscamente; luego vuelven de nuevo como la primera vez, y así lo engañan tres o cuatro veces, retirándole la copa, hasta que esté bien excitado y tenga grandes ganas de beber. Entonces le dan la copa y cantan, aplauden y patean el suelo mientras el otro bebe.

De lo que comen los tártaros

Respecto a los alimentos y vituallas, sabréis que comen indistintamente todos sus animales muertos, ya que, entre tanto ganado y tantos rebaños, forzosamente tienen que morir muchos animales. Sin embargo, en verano, mientras tienen cosmos o leche de yegua no desean otro alimento. Si en este momento ocurre que un buey o un caballo muere, cortan la carne en finas lonjas y las hacen secar exponiéndolas al sol y al viento, con lo cual no tardan en secarse, sin necesidad de sal y sin que produzcan ningún mal olor. Con las tripas de los caballos hacen morcillas mejores que las que se hacen con carne de cerdo y que se comen inmediatamente. Reservan para el invierno las carnes puestas a secar.

Hacen pellejos de las pieles de bueyes, que secan maravillosamente en el humo. Con la parte posterior de la piel del caballo hacen hermosas sandalias. Con la carne de un solo cordero dan de comer a cincuenta y hasta cien hombres, ya que la cortan en trocitos pequeños y la colocan en un recipiente con agua y sal: no hacen otro tipo de salsa. Después, con la punta

313. Leche de yegua. Su preparación está descrita en el capítulo V. Su nombre mongol es kumiz.

de un cuchillo o de tenedor, hechos especialmente para este menester, iguales que los que usamos nosotros para comer peras y manzanas cocidas con vino, presentan a cada uno de los comensales un pedazo o dos, según el número de invitados. El amo, a quien le ha sido presentada antes que a nadie la carne de cordero, toma lo que le conviene, y si le ofrece a alguien un pedazo especial, el que lo recibe debe comérselo solo, ya que no le está permitido compartirlo con nadie; y si no puede comérselo todo, se lo lleva o se lo da a su servidor si está presente, que lo guardará para que termine de comérselo su dueño; si no, lo coloca en su *captargac*, que consiste en una bolsa cuadrada que los tártaros llevan consigo para guardar todas estas cosas y en la que ponen los huesos que no han podido roer hasta el final, para que puedan roerlos más tarde y no pierdan nada de la sustancia.

Como preparan la leche de yegua y la leche de vaca

El cosmos, que es leche de yegua, se prepara de esta forma: tienden una larga cuerda sobre el suelo, entre dos postes hincados en la tierra, y atan a esta cuerda, durante unas tres horas, a los potros de las yeguas que quieren ordeñar. Entonces, las madres son llevadas cerca de sus potros y se dejan ordeñar apaciblemente; y si una de ellas se muestra rebelde, un hombre toma un potro y le permite mamar un poco, retirándolo luego, y entonces el ordeñador lo reemplaza. Cuando han recogido una gran cantidad de esta leche, que es tan dulce como la de vaca, sobre todo cuando es fresca, la vierten sobre un gran pellejo o en otro recipiente, y empiezan a batirlo con un trozo de madera preparado para este efecto, abultado como la cabeza de un hombre en la parte

inferior y hueco en el interior. En cuanto la baten comienza a hervir como el vino nuevo, a agriarse o a fermentar, y continúan batiendo hasta sacar de ella la mantequilla. Entonces la prueban, y cuando está un poco picante, se la beben. En efecto, pica en la lengua como el vino de uva desgranada, y cuando se cesa de beberla deja en la lengua un sabor de leche de almendra; proporciona a los hombres mucha alegría interior, e incluso embriaga las cabezas poco sólidas; también hace orinar mucho.

También hacen caracosmos, que es el cosmos negro, para el uso de los grandes señores. Para esto es necesaria leche de yegua que no esté cuajada. En efecto, lo normal es que la leche no se cuaje si el animal no tiene un feto en el vientre. Por lo tanto, si la yegua no lleva una cría en el vientre, la leche no se cuajará. Baten, pues, la leche hasta que todo lo que tiene de más sólido quede depositado en el fondo, como ocurre con la hez del vino, y lo que tiene de puro queda encima y parece suero o mosto blanco. El poso, que es también muy blanco, se da a los servidores y hace dormir mucho. Los amos beben la parte clara, y es cierto que es una bebida muy agradable y de excelentes resultados.

Batu tiene en los alrededores de su residencia, a un día de distancia, a treinta hombres, cada uno de los cuales le abastece diariamente dicha leche de cien yeguas, lo que representa por día una cantidad de leche de tres mil yeguas, sin contar la leche blanca que se abastece a otros. En efecto, como en Siria, los campesinos dan el tercio de sus producciones; deben, pues, llevar cada tres días a la residencia de su amo la leche de sus yeguas.

De la primera leche de sus vacas sacan la mantequilla y la hacen hervir hasta que está

perfectamente cocida; la ponen luego en pieles de cordero para conservarla; no ponen sal en la mantequilla porque puede estropearse a causa de su larga cocción y la guardan para el invierno. Lo que queda de la leche, después de la obtención de la mantequilla, lo dejan agriar todo lo más posible, y la hacen hervir hasta que se cuaja, y, cuando está cuajada, la ponen a secar al sol y se endurece como la escoria de hierro; después la guardan en sacos para el invierno. Cuando llega el invierno y les falta la leche, colocan esta mantequilla coagulada en un recipiente al que llaman griut; vierten encima agua caliente y la baten fuertemente hasta que se convierte en líquido y ha perdido toda su acritud; y beben este líquido en vez de leche. Se guardan, por encima de todo, de beber agua pura.

De lo que comen los pobres

Los principales tienen sus granjas hacia el mediodía, de donde sacan el mijo y la harina para el invierno. Los pobres se la procuran cambiándola por corderos y pieles. Los esclavos se llenan el estómago de agua grasa y se contentan con ello. Cogen también ratones, de los que abundan muchas especies en el país. No comen ratones de cola larga, pero se los dan a comer a los pájaros. Comen lirones y toda especie de ratones de cola corta. Hay también muchas marmotas, que aquí se llaman *sogur*, que se reúnen de veinte a treinta en una misma madriguera durante el invierno, y duermen durante seis meses; las cogen en gran cantidad. Hay también conejos que tienen una cola larga como los gatos, con pelos negros y blancos en la punta de la cola. Tienen además muchos animalitos comestibles que distinguen muy bien. No he visto ciervos; he visto pocas liebres y muchas gacelas; asnos salvajes en gran can-

tidad, casi tanto como las mulas. He visto también otro tipo de animal llamado *arcad*, que tiene completamente el cuerpo de un carnero y los cuernos retorcidos asimismo como los de un carnero, pero pesan de tal manera que apenas podía levantar dos con una sola mano. Con estos cuernos hacen grandes copas para beber. Tienen halcones, gerifaltes y milanos en gran cantidad, que suelen llevar posados sobre la mano derecha; y ponen alrededor del cuello de los halcones una pequeña correa que les cuelga hasta la mitad del pecho, por medio de la cual, cuando lanzan el animal hacia la presa, inclinan con la mano izquierda la cabeza y el pecho del halcón para que éste no sea tumbado o llevado por el viento. Sacan, pues, de la caza una gran parte de lo que necesitan para su subsistencia.

De los vestidos de los tártaros

Respecto a sus vestidos y a sus trajes, sabréis que les llegan de Kata³¹⁵ y de otras regiones de Oriente, como también de Persia y otras regiones del Mediodía, telas de seda y oro, telas de algodón con las que se visten durante el verano. De Rusia de Moxel,³¹⁶ de la Gran Bulgaria de Pascatir, que es la Gran Hungría, y de Kerkis, que son todas las regiones del norte y pobladas de bosques, y de otras muchas regiones de la parte del norte, les mandan pieles preciosas de muchas especies, que no he visto jamás en nuestras regiones, con las que se cubren en invierno. En esta temporada llevan siempre por lo menos dos pieles, una de ellas con el pelo rozando el cuerpo y otra hacia fuera, para protegerse del viento y la nieve; todas son piel de lobo, de zorro o de

315. China del Norte.

316. Región de Moscú.

papiones,³¹⁸ pero cuando permanecen en casa tienen otra más delicada. Los pobres también llevan estas pieles para el exterior, pero de perro o de cabra. Cuando quieren apresar a estos animales, se reúnen en gran multitud y rodean la zona en la que saben que se encuentran, y se acercan a ellos poco a poco, hasta que los encierran en medio de ellos, como en un círculo, y entonces les lanzan flechas. También hacen calzones con esas pieles.

Los ricos forran sus trajes con una estopa de seda que es flexible, ligera y caliente; los pobres los forran de lino, algodón, de lana, la más fina que puedan sacar de la lana en bruto. De esta lana en bruto hacen fieltro para cubrir sus casas y sus cofres, y también para sus colchones. De la lana mezclada con un tercio de crin de caballo hacen también cuerdas. Con el fieltro confeccionan abrigos, bajeros de sillitas de montar y capas contra la lluvia; por lo tanto, obtienen muchas aplicaciones con la lana.

Habéis visto, pues, cómo son los vestidos de los hombres.

Se afeitan lo alto de la cabeza, en cuadrado y partiendo de los ángulos de delante; hacen lo mismo en los lados de la cabeza hasta las sienes. Se afeitan también las sienes y el cuello hasta lo alto del hueco de la nuca y la parte delantera de la frente hasta la prominencia frontal, donde se dejan un mechón de cabellos que descende hasta las cejas. Sobre los lados del occipucio se dejan los cabellos con los que hacen unas trenzas que remontan luego, atándolas, hasta las orejas.

Los trajes de las jóvenes no difieren de los de los hombres, a no ser que son un poco más largos. Pero al día siguiente de su boda se afeitan el cráneo desde la mitad de la cabeza hasta la frente y llevan una larga túnica como la cogulla monacal, pero un poco más ancha y más larga, abierta por delante y que sujetan por el lado derecho. En esto, los tártaros difieren de los turcos, que sujetan su túnica en la parte izquierda.

Además, las mujeres tienen un adorno para la cabeza llamado *bocca*, que está hecho de corteza de árbol o de otra materia lo más ligera posible. Es grueso y redondo de manera que cabe entre las dos manos, largo de un codo y más cuadrado en lo alto, como el capitel de una columna. Cubren este *bocca*, que es hueco en el interior, con un precioso tejido de seda y plantan en el centro del capitel un ramo de cañones de plumas o de cañas muy finas, igualmente de un codo o más de longitud. Adornan lo alto de este ramo con plumas de pavo real, y todo su alrededor y a lo largo, con plumas pequeñas de pato y también con piedras preciosas. Las damas ricas llevan este adorno en lo alto de la cabeza y lo atan sólidamente a una cofia, que tiene hecho un agujero en lo alto; hacen pasar sus cabellos, que recogen detrás hacia lo alto del cráneo, en una especie de nudo que encierran dentro del *bocca*, que atan luego fuertemente bajo la barbilla. De manera que, cuando se ve de lejos a varias de estas damas cabalgando juntas, se dirían guerreros con cascos en las cabezas y lanzas en ristre, ya que el *bocca* se parece a un casco y el penacho a una lanza. Todas las mujeres montan a caballo, una pierna a cada lado, como los hombres. Se atan la túnica sobre los riñones

318. Mono cinocéfalos del Asia: *Cynocephalus sphinx* (Desmoulins).

con un pañuelo de seda color de aire;³¹⁹ se sujetan los senos con otras bandas de tejido y se atan bajo los ojos un velo blanco que les llega al pecho.

En qué se ocupan las mujeres y los hombres

Las mujeres son extraordinariamente gordas. La que tiene menos nariz es considerada como la más bella. Se desfiguran feamente pintándose la cara. Jamás se meten en la cama para dar a luz.

El oficio de las mujeres es conducir los carros, colocar y bajar de ellos las casas; ordeñar las vacas, hacer mantequilla y griut, preparar las pieles y coserlas, lo que hacen con un hilo hecho de nervios de animal: dividen los nervios en hilos muy delgados y los retuercen formando un solo y largo hilo. Cosen los zapatos, zuecos y otros vestidos. No lavan jamás sus trajes, porque dicen que Dios se enfadaría y que haría caer el trueno si los colgaran para secarlos. Todavía más: pegan a las que lavan sus trajes y se los arrancan de las manos. Temen, por encima de todo, el trueno; cuando truena, sacan de sus casas a todos los extraños y se envuelven en fieltros negros en los que permanecen escondidas hasta que ha terminado de tronar. Tampoco lavan jamás sus escudillas; por el contrario, cuando la carne está cocida, enjuagan el recipiente donde deben ponerla con el caldo de la marmita, y vuelven a colocar luego este caldo en la marmita. Hacen también fieltro y recubren con él las casas.

Los hombres hacen arcos y flechas, fabrican los bocados, las bridas y las sillas, construyen las casas y los carros, guardan los caballos y ordeñan las yeguas, baten el cosmos, que es

leche de yegua, y hacen recipientes para guardarla. También guardan los camellos y los cargan. Tanto los hombres como las mujeres guardan los corderos y las cabras y los ordeñan. Preparan las pieles de cordero con leche cuajada y salada. Cuando , quieren lavarse las manos o la cabeza, se llenan la boca de agua y van derramándola poco a poco, de la boca a las manos, y de la misma forma se mojan los cabellos y se lavan la cabeza.

Sabréis. respecto a sus bodas, que nadie tiene mujer que no haya comprado, de forma que muchas jóvenes se convierten en adultas antes de casarse, ya que sus padres las guardan hasta que pueden venderlas. Los tártaros observan el primero y segundo grado de consanguinidad, pero ningún grado de afinidad; en efecto, pueden desposar al mismo tiempo o sucesivamente dos hermanas. Entre ellos ninguna viuda vuelve a casarse, por la razón de que creen que todas las mujeres que les han servido en esta vida les servirán en la otra, y que la viuda, después de su muerte volverá junto a su primer marido; de aquí viene esta vergonzosa costumbre de que el hijo despose algunas veces a todas las mujeres de su padre, excepto a su madre.³²⁰ En efecto, la familia del padre y de la madre recae siempre sobre el hijo más joven; de aquí viene el hecho que deba ocuparse de todas las mujeres de su padre, que le pertenecen junto a la familia paterna; y en este caso, si quiere, puede usar de ellas como esposas, ya que no se considerará como una injuria si se las devuelve después de la muerte.

Cuando alguien se ha puesto de acuerdo con otro para recibir la hija de éste, el padre de

319. Sin duda, azul celeste.

320. Aquí parece existir una contradicción con lo que precede. De hecho, estas viudas no volvían a casarse, sino que, al pasar a los hijos, continúan siendo las esposas del padre muerto.

la joven organiza un banquete y ésta huye a casa de sus padres, o bien se esconde. Entonces el padre dice: “¡Aquí tienes a mi hija, que te pertenece; tómalas en todas partes donde la encuentres!” Entonces la busca con amigos hasta que la encuentra, y debe apoderarse de ella a la fuerza y casi hacerle violencia para conducirla a su casa.

Como practican la justicia

Sabréis, respecto a su justicia, que nadie osa intervenir cuando dos hombres se pelean; ni siquiera el padre se atrevería a ayudar a su hijo; pero el que ha perdido apela a la corte del señor, y si otro se atreve a tocarlo tras esta apelación, es condenado a muerte. Pero es necesario que esto sea hecho enseguida y sin demora, y que el que ha sufrido la injuria se lleve a otro casi como cautivo. Nadie es castigado con la pena capital si no ha sido cogido en el delito o si no lo ha confesado; pero si es acusado por varios, lo torturan para que confiese. Castigan con la pena capital el homicidio, así como el coito con una mujer que no sea de la propiedad del culpable, quiero decir, que no sea esposa o una sirvienta, ya que está permitido hacer lo que se quiere con el esclavo. También castigan con pena de muerte un robo considerable. Respecto a un pequeño robo, por ejemplo el de un cordero, siempre y cuando el ladrón no haya sido atrapado varias veces sobre el mismo hecho, lo golpean cruelmente, y si le dan cien golpes tiene que haber cien bastones: me refiero a los que son azotados por sentencia de la corte. Igualmente condenan a muerte a los falsos embajadores, es decir, a los que se hacen pasar por embajadores y no lo son. Lo mismo para los que empleen sortilegios, de los que os hablaré con largueza seguidamente, porque los consideran nocivos.

De los funerales y de los enfermos

Cuando uno de ellos muere, lo lloran gritando con vehemencia, y entonces se convierten en libres, es decir, que no pagan impuesto durante un año, y si alguien asiste a la muerte de un adulto no podrá entrar durante un año en la morada de Manguchan.³²¹ Si el muerto fuera un niño, no podrá entrar hasta el cambio de luna.

Si el difunto es de raza noble, es decir, de la familia de los Chingis, que fue el primer padre y señor de los tártaros, se coloca una de sus casas sobre su tumba. Se ignora dónde se encuentra la sepultura de dicho Chingis. Cerca de los lugares en donde se entierra a los nobles, hay siempre una habitación para los guardianes de las tumbas. No he podido saber si entierran los tesoros junto a los muertos. Los comanes levantan unos montículos sobre los difuntos y erigen una estatua con la cara dirigida hacia oriente, que sostiene una copa en la mano delante de su ombligo. Para los ricos construyen también pirámides o pequeños edificios terminados en punta, y he visto en algún lado grandes torres de ladrillos cocidos, y en otras partes casas de piedra, a pesar de no encontrarse piedras en el país. He visto recientemente una tumba alrededor de la cual habían colgado entre dos perchas muy altas dieciséis pieles de caballo, o sea, cuatro en cada uno de los puntos (cardinales) del mundo y habían depositado cosmos, con el fin de que el muerto pudiera beber, y carne para que pudiera comer; y, sin embargo, se decía de él que había sido bautizado. He visto otras sepulturas orientadas

321. Mongka-Khan, en aquella época emperador de los mongoles, y que había sucedido a Ogoday en agosto de 1252, después de un golpe de Estado. Lo hallaremos más adelante

en dirección a oriente grandes superficies pavimentadas con piedras, unas redondas y otras cuadradas, y alrededor cuatro piedras altas erigidas a las cuatro partes del mundo.

Cuando alguien está enfermo, se acuesta y se coloca sobre su cama una señal para indicar que hay alguien enfermo y que nadie entre. Por lo tanto, nadie visita a un enfermo si no es el que le sirve. Cuando alguno de los grandes de la corte está enfermo, se colocan guardianes alrededor de su morada, y no permiten a nadie franquear estos límites. En efecto, temen que un mal espíritu o el viento penetre con los visitantes. Dan el mismo nombre a sus adivinos que a sus sacerdotes.

Prosigue nuestro viaje hasta la corte de Scacatay

Cuando hemos entrado en el país de estos bárbaros, me ha parecido, tal como he dicho más arriba, que entrábamos en otro mundo. Nos rodearon montados en sus caballos, tras habernos hecho esperar mucho tiempo sentados a la sombra bajo nuestros carros. Su primera pregunta fue si habíamos estado anteriormente en su país. Habiéndoles respondido negativamente, comenzaron a pedirnos impudicamente nuestras provisiones. Les dimos bizcochos y vino que nos habíamos traído de la ciudad, y, tras haber bebido una botella de vino, nos pidieron otra, diciendo que un hombre no entra en una casa sobre un solo pie, pero no se la dimos, excusándonos con que teníamos poca cosa. Nos preguntaron entonces de dónde veníamos y a dónde íbamos. Les dije lo que ya he contado más arriba: que habíamos oído decir que Sarcath era cristiano y que queríamos llegar hasta él porque teníamos que entregarle vuestras cartas. Me preguntaron minuciosamente si iba por mi propia voluntad

o si había sido enviado. Les respondí que nadie me obligaba a ello, que tan sólo iba por mi propia voluntad, y también la de mis superiores, pero me guardé muy bien de decir que era vuestro mensajero. Entonces me preguntaron lo que había dentro de los carros, si era oro, plata o vestidos preciosos que le llevaba a Sarcath. Les respondí que Sarcath ya vería lo que llevábamos cuando llegáramos hasta él, y que no tenían por qué ocuparse de estas cosas, pero que me llevaran hacia su capitán, y que, si accedían a ello, me acompañaran hasta Sarcath, y que, de lo contrario regresaría.

Bibliografía

- A) El fragmento citado pertenece al *Itinerario* de Fray Guillermo de Rubruck. Su traducción se halla en el libro del profesor T'SERSTEVENS, A. *Los precursores de Marco Polo*. Traducción de Carmen Alcalde y M^a Rosa Prats. Barcelona, Orbis, 1986. Este libro, además de un ensayo sobre la geografía de Asia antes de Marco Polo, redactado con gran información, contiene las traducciones del viaje de Juan del Plano Carpino y del itinerario de Fray Guillermo de Rubruck.
 - B) Sobre los libros de viajes en la Edad Media, tanto los realizados por cristianos como por judíos y musulmanes, se puede consultar con provecho el capítulo redactado por el profesor Juan Vernet en el libro confeccionado por varios colaboradores *La conquista de la tierra*. Salvat Editores S.A., Biblioteca Básica N.º 56, Estella, 1970.
- ROUX, J.P. *Les explorateurs au Moyen Age*. Paris, du Seuil, 1967.

Marco Polo

La paz mongólica, al garantizar la seguridad de los caminos de Asia y al no hacer diferencias entre los viajeros según sus creencias religiosas, permitió que cristianos, judíos y musulmanes compitieran comercialmente en su interior sin discriminaciones. Por vez primera penetraron éstos en la hasta entonces hermética China, cuyos avanzados logros técnicos comenzaron a difundirse por Occidente: la pólvora, los cohetes, los relojes de agua con regulador, los pozos artesianos, los cometas, etc.

Se iniciaron por entonces una serie de viajes privados de índole comercial que contribuyeron de forma definitiva a la formación de la idea del Extremo Oriente que habría de perdurar entre nosotros casi hasta el siglo veinte. De estos viajes el más famoso y también el que aporta datos etnográficos más interesantes es el de la familia veneciana de los Polo. Los hermanos Nicolo y Matteo, especializados en el comercio oriental, tenían una factoría en Crimea. Enterados de la avidez que los Khanes mongoles sentían por los objetos de poco peso y mucho valor, fueron a visitarlos en 1261. Tras realizar buenos beneficios en la Horda de Oro continuaron por Bujara y Samarkanda hasta Kandaluc (Pekín), que había sustituido a Karakorum en la capitalidad del Imperio. Recibidos favorablemente por el gran Khan Kubilai, regresaron a Europa en 1269 con la misión de conseguir que el Papa enviara a China cien misioneros. No se trata de un especial interés religioso por parte del emperador, pues ya hemos dicho que en tales cuestiones era tolerante e indiferente, sino de su inteligente deseo de rodearse de misioneros de distintas confesiones con el fin de aprovechar sus conocimientos científico-técnicos y de emplearlos en la compleja administración de su enorme imperio. Otra vez en Europa y satisfechos de su lucrativa actividad comercial en el Oriente, los hermanos Polo esperaron la elección del nuevo Pontífice para regresar a China con una respuesta a la petición de Kubilai. Su nuevo viaje nos es bien conocido porque en él participó el joven Marco, hijo de Nicolo, el cual se lo dictó con toda suerte de detalles a maese Rustichello de Pisa, compañero suyo en la prisión genovesa en la que

estuvo encerrado como consecuencia de un desgraciado incidente bélico, típico de la rivalidad comercial entre Venecia y Génova, en el año 1298. Esa obra, escrita en un extraño francés con aditamentos italianos, lengua bastante común entre los medievales que se dedicaban a las obras científicas y literarias, pero sin poseer la suficiente cultura que les permitiese expresarse en latín, tuvo una rapidísima difusión. Titulada Libro de las maravillas del mundo (o también Libro de la división del mundo) pronto fue más conocida como Milione (El millón), curioso nombre sobre cuya etimología se han hecho varias hipótesis.

Como acertadamente resume el profesor Juan Vernet, Marco Polo marchó hacia Oriente en compañía de su padre y de su tío en 1271, con dieciséis o diecisiete años de edad. Partieron del puerto de Laias (golfo de Alejandretta), cruzaron Armenia, vieron el monte Ararat, bordearon el mar Caspio y, a través de Persia, llegaron al puerto de Ormuz. Desde aquí, dirigiéndose hacia el norte, llegaron a Balj, cruzaron el Sinkiang y el desierto de Gobi y, por último, encontraron a Kubilai en Chengtu, su capital de verano, a unos doscientos kilómetros de Pekín. El gran Khan les recibió con afecto y empleó al inteligente Marco en la administración del estado. Gobernador de Hangchon y embajador en Birmania, los Polo jamás hubieran regresado a Europa de no darse una fortuita misión especial: acompañar a una de las hijas del emperador hasta la corte de su prometido, el rey de Persia. De esa forma partieron del mar de la China en 1292 con una flota de catorce juncos. Pasaron por la ruta habitual, por Java, Sumatra, Ceilán y el Indico, y llegaron a Ormuz, en Persia. Como había fallecido el rey, tuvieron que atravesar el país hacia el norte con el objetivo de entregarle al heredero del trono la princesa mongol. Por fin, llegaron de regreso a Venecia el año 1295.

Este viaje, que es casi una vida, posibilitó a un joven veneciano el conocimiento directo y prolongado del mundo chino, desde sus costumbres y su vida cotidiana hasta su lengua y su diplomacia. Marco Polo fue un mercader de inteligencia despierta y hábil memoria, un joven con sensibilidad para lo

diferente y un gran admirador del emperador mongol. De su apasionante libro entresacamos su "etnografía" sobre los tártaros y su detenida presentación de la corte imperial, modelo de administración estatal centralizada.

Más cosas os contaré de los tártaros: los tártaros viven en invierno en llanuras fértiles y regiones templadas, en donde hay buenos pastizales para su ganado. En verano viven en lugares frescos de la montaña y en el valle, en donde encuentran agua, bosques y pastos para las majadas. Tienen casas de madera, que recubren de fieltro, de forma cilíndrica, y que transportan con ellos adonde van. Atan las vigas con tanto orden, que son fácilmente transportables. Y cuando arman y tienden sus casas colocan la puerta hacia el Mediodía. Tienen carretas cubiertas de fieltro oscuro, así que cuando llueve no se estropea nada en su interior. Estos carros son uncidos por bueyes o tirados por camellos, sobre ellos llevan a sus mujeres e hijos. La mujer es en el hogar la que compra, vende o fabrica todo lo necesario al amo de la casa y a la familia, pues los hombres no se ocupan más que de caza, guerra y cetrería.

Viven de carne, leche y caz. Comen ratas de faraón, de las que abundan en las llanuras y por doquier. Comen indistintamente carne de caballo y de perro, es decir, toda clase de carne, y beben de leche de yegua. Se guardan muy bien de tocar a la mujer del prójimo, pues esto lo tienen por gran villanía. Las damas son buenas y leales con sus barones y son sumamente habilidosas en los quehaceres de la casa. Los matrimonios se hacen del siguiente modo: cada hombre tiene derecho a tener hasta cien mujeres si le place y tiene con qué mantenerlas. Los maridos pagan la dote a la suegra y la mujer no da nada al marido. Pero tienen a la primer mujer por la mejor y la más venerable. Tienen más hijos que los demás hombres por el número de mujeres que poseen. Toman por esposas a sus primas y a sus madrastras. Se

casan también con sus cuñadas, siempre que haya muerto el hermano, y cuando se casan, celebran las bodas con mucho boato.

Esta es la ley. creen en un solo dios, que llaman Nacygaz; le dicen el rey terrestre que cuida de sus hijos, su trigo y su ganado. Sienten por él el más profundo respeto y cada cual tiene uno de estos dioses en sus casas. Lo representan en general moldeado con fieltros y trapos, y también a su mujer e hijos. Le sientan a la mujer a la izquierda y los hijos delante. Cuando comen, como acto de veneración, le untan la boca al dios con carne gorda, y a su mujer e hijos, y siembran pan ante la puerta de su casa. Hecho esto, dicen que el dios y su familia han tenido su parte. Luego se ponen ellos mismos a comer y a hacer sus libaciones. Beben leche de yegua, pero la preparan de tal suerte que parece vino blanco y que es riquísimo. A éste le llaman chemis.

Sus avíos son los siguientes: los ricos visten con paño de oro y brocatel de seda y grodetures, sombreros de cebelinas, armiño y zorro; todo su indumento es magnífico y de gran precio.

Sus armas son el arco, la espada y la maza. Pero se sirven más del arco que de otra arma, porque son excelentes arqueros. En la espalda llevan una armadura de cuero de búfalo u otras pieles muy bien curtidas.

Son magníficos hombres de armas y valientes guerreros, y pueden resistir más que otros mortales. Muchas veces, cuando están en campana, resisten hasta un mes sin comer, y se sustentan tan sólo con leche de yegua y algo de carne de perdiz. Su caballo pastará lo que halle, pues no está acostumbrado ni a la cebada ni la paja. Son pues muy disciplinados y obedientes a su señor, y cuando están en campaña pasan la

noche a caballo, armados de pies a cabeza; el caballo paca las hierbas que encuentra al paso. Son aguerridos, curtidos, incansables en la faena y la gente mejor preparada para conquistar reinos e imperios.

Se dividen jerárquicamente en la siguiente forma: cuando un señor de los tártaros va a la guerra lleva 100.000 jinetes y los distribuyen en el siguiente orden: cada 10 hombres tienen un jefe, un grupo de un centenar tienen otro jefe, otro manda a 1.000 hombres y otro a 10.000, de suerte que el general no necesita reunir en consejo más que a 10 hombres. El que tiene a su cargo a 10.000 no tiene que hacerlo más que con 10 y el de cien con otros tantos, y así cada uno, respectivamente, obedece a su jefe inmediato. Cuando el señor de 100.000 hombres quiere mandar sólo a un ala de su ejército, manda venir al jefe de los 10.000 hombres, que le entrega 1.000, y el jefe de los 10.000 manda al jefe de 1.000 que le proporcione 10 hombres, y el jefe de 100 manda al de 10, y cada uno lleva contingente a la parte de 1.000 hombres y saben cuánto le pueden dar, y obedecen ciegamente al mandato más que a nadie en el mundo. Al conjunto de 100.000 hombres le llaman «Tut» y a los 10.000 un «Toman», y los «Tomanes» se pueden contar por millares, por centenas y por docenas. Y cuando el ejército va a una acción, sea en la montaña o en el llano, manda 200 hombres de baga, llamados «vigía», así detrás como delante. Y esto lo hacen para evitar una sorpresa. Cuando van muy lejos a guerrerar no llevan armamento: llevan dos botellas de cuero, en donde ponen la leche para beber, y una pequeña cacerola para los víveres, y la tienda de campana para guarecerse en tiempo de lluvia. Os diré que cuando es menester cabalgan hasta

diez días sin víveres y sin encender fogatas; viven de la sangre de sus caballos, a los cuales les pinchan una vena y chupan esa sangre sin desmontar de ellos. También llevan la leche congelada como una especie de pasta seca, de modo que al mojarla se derrite en el agua y les sirve de bebida sustanciosa.

Cuando se batan con sus enemigos los vencen de la siguiente manera. simulan la huida y de pronto se vuelven y asaltan al enemigo. Tienen amaestrados a sus caballos de modo que se vuelven al enemigo como si fueran perros. Así que cuando el enemigo los cree vencidos y en huida, es él el que está perdido. Y cuando los tártaros ven que han conseguido matar algunos hombres y caballos, presos de nuevo ardor, combaten tan valientemente que vencen al enemigo.

Todo lo que os he contado se refiere a las usanzas y costumbres de los tártaros antiguos; pero al presente se han envilecido. Las costumbres de Catai son las de las idólatras; las que se practican hacia Levante son, en cambio, a la manera sarracena.

Administran la justicia del siguiente modo: cuando algún hombre roba algún objeto insignificante, pero que con ello perjudica a otro, se le dan siete bastonazos, ó 37, ó 47, hasta 107, según valga la cosa robada, y a algunos les suele costar la vida. Si roban un caballo les condenan a ser cortados por medio de una espada. Si el ladrón tiene con qué pagar, paga nueve veces el valor del objeto robado, y entonces es dejado en libertad.

Cada señor y los propietarios de cierta cantidad de ganado lo hacen marcar con un sello o una cifra: así hacen con los caballos, las yeguas, los camellos, las vacas, los toros y otros animales. Luego los sueltan para que

pasten, sin el cuidado de ningún pastor; si por casualidad se mezclan los rebaños, cada uno devuelve la pieza, según la marca que lleva, al propietario. Los corderos, carneros y cabras están al cuidado de un pastor. Todo este ganado es grande y gordo y presenta hermosos ejemplares.

Os diré otra curiosa usanza que tienen, y que se me olvidó contaros: cuando entre dos vecinos hay uno que ha perdido un hito de cuatro años o más y al otro se le ha muerto una hija, los casan juntos. Dan la muchacha muerta al hijo difunto por esposa y hacen levantar acta de ello. Luego queman el documento, y el humo que se levanta en los aires dicen que va hacia el hijo, al otro mundo, a atestiguar que se tengan por marido y mujer. Luego celebran un gran festín y desparraman las viandas por aquí y por acullá, diciendo que de ello participan sus hijos en el cielo. También hacen pintar en un papel el retrato del hijo y caballos y gualdrapas y monedas, que queman igualmente, y dicen que todas estas cosas que hicieron quemar serán propiedad de sus hijos en el otro mundo. Y hecho esto, se consideran parientes y se tratan con cariño, como si sus hijos vivieran en realidad.

Os he contado extensamente las costumbres de los tártaros; pero aún queda que contaros las gestas del Gran Khan, que es el gran señor de todos los tártaros de su poderosa corte imperial; pero os lo contaré en este libro en su tiempo y lugar, pues son narraciones interesantes de contar.

...

El señor de los señores, llamado Cublai Khan, es de buena estatura, ni grande ni pequeño, sino mediano. Es proporcionado, de miembros ágiles; la cara, blanca y bermeja como una

rosa; los ojos, negros; la nariz, recta y bien delineada.

Tiene cuatro mujeres legítimas, y el mayor de los hijos de estas mujeres tiene derecho a ser dueño del Imperio cuando deje de existir el Gran Khan. Las mujeres llevan el título de emperatriz, y cada uno le añade su nombre propio para distinguirlas. Estas damas tienen su corte aparte, con 300 doncellas, hermosas y bien parecidas, a su servicio. Luego criados, escuderos y otros hombres y mujeres, de modo que cada séquito alcanza a 10.000 personas. Cada vez que el señor quiere acostarse con una de sus mujeres la hace venir a su alcoba, y a veces va también al cuarto de ellas.

Tiene, además, muchas amigas, y os diré en qué forma. Hay una raza de tártaras que son muy hermosas; cada año eligen cien doncellas de las más agraciadas que hay en el reino, y son traídas al Gran Khan. Las hace guardar por las mujeres de sus barones, manda que con ellas se acuesten para saber si tienen buen aliento, si son vírgenes y sanas en todos sus miembros. Y las más hermosas, buenas y sanas las dedican al servicio del señor. Cada tres días y tres noches, seis de estas doncellas sirven al señor en su aposento, en su lecho y en todo cuanto necesitare. El Gran Khan hace de ellas lo que quiere, y ellas lo tienen en gran honor. Al cabo de tres días y tres noches estas damiselas se dan el cambio y son reemplazadas por otras seis.

El Gran Khan vive en la ciudad principal del Catai, llamada Cambaluc, durante tres meses del año: diciembre, enero y febrero; en esta ciudad tiene su palacio, del cual os quiero contar.

Hay ante todo un gran muro cuadrado, que por cada costado mide una milla, es decir que en su totalidad es de cuatro millas. Este

muro es grueso y tiene por lo menos 10 pasos de elevación; es blanco y almenado. En cada esquina de la muralla hay un grande y magnífico palacio, en el cual guardan los arreos, las armas, las sillas y frenos de los caballos, cuerdas de arco, ballestas y todo lo necesario al ejército. En medio de cada muro hay un palacio semejante al del Gran Khan, de modo que en el recinto hay ocho palacios. Todos ellos contienen las colecciones de armas del Gran Khan, y es que uno lo dedica a las sillas, otro a los arreos únicamente y otro a coches y palanquines.

Esta muralla tiene cinco puertas al sur; en el centro hay una puerta mayor, que no se abre más que para dar paso al Gran Khan; a los lados de esta puerta hay otras dos más pequeñas, por donde pasa la demás gente, y más allá hay otras dos grandes puertas, por donde pasan todos los que van a palacio.

Dentro de este recinto hay otro muro, más largo que ancho, dispuesto de la misma manera, con ocho pabellones y cinco puertas al Sur, idéntico al primero, sólo que por los costados no tiene más que una sola puerta. En medio de todos estos muros está el palacio del Gran Khan, que os describiré. Es inmenso, rodeado de un gran foso; no tiene entresuelo, pero el piso se eleva a 10 palmos del suelo. El techo es altísimo. Los muros de los salones y estancias están recubiertos de oro y plata y hay en ellos bellísimas pinturas de dragones, animales, pájaros, caballeros y damas y figuras de toda especie. La sala central es tan grande, que 6.000 hombres pueden comer en ella. Tiene tantos aposentos y habitaciones, por lo demás, que no hay mortal que supiera hacer otro mayor ni mejor ordenado.

El techo exterior está pintado de rojo, gualdo, azul y otros colores, tan bien barniza-

dos, que relucen como cristales, y es tan sólido el barniz, que durará para muchos siglos.

Entre las dos murallas hay ricas praderas y alamedas de árboles preciosísimos, en los cuales corren y se solazan toda clase de animales: ciervos, llamas, gacelas, gamos y cebellinas, pero en recintos apartados y no por donde deben pasar los hombres. Hacia la diestra hay un lago que contiene toda clase de peces, pues el gran señor hizo que le llenaran de peces de toda especie, para tenerlos a su voluntad cada vez que los pidiera. Un gran río atraviesa el lago; pero todo está tan ingeniosamente dispuesto para que los peces no puedan escaparse, pues la embocadura del lado está protegida por un enrejado de alambre de cobre.

Hacia Poniente, lejos del palacio y en una colina, ha hecho levantar una explanada a más de cien pasos de altura y de un perímetro de una milla. Esta colina está cubierta de árboles que no pierden jamás su verdor y están perennemente lozanos. Cuando se mienta ante el Gran Khan un árbol curioso o bello, que se haya visto por alguna parte, lo hace traer por medio de los elefantes, con todas sus raíces y mucha tierra, para plantarle en esta colina. (Y por grande que fuera el árbol lo traería de esta manera). De modo que posee los mejores árboles del mundo. Las paredes que suben a la colina son de mármoles verdes y malaquita, y así, entre el verde de los árboles y las piedras del mismo tono, todo aparece verde de color esmeralda, y por eso le llaman el Monte Verde.

Remata a este monte un soberbio palacio, verde también, y monte, palacio y árboles son tan bellos, que hacen las delicias de la vista. Y el gran señor los hizo construir para regalarse en ellos y complacerse.

...

El Gran Khan se hace guardar por 12.000 hombres a caballo, que llaman quesican, o sea caballeros fieles al señor, y esto no lo hace por temor, sino para demostrar su grandeza. Los 12.000 hombres son mandados por cuatro capitanes, tocándole 3.000 a cada uno. Estos montan por turno la guardia cada tres días y tres noches, y allí están a mesa y mantel. Así turnan los 3.000 continuamente durante todo el año.

Cuando el Gran Khan se sienta a comer en cualquiera de sus cortes, tiene mesa aparte en un estrado más elevado que los demás y colocado mirando hacia Mediodía. Su primera mujer se sienta a la izquierda, un poco más abajo; un escalón más abajo se sientan sus hijos, nietos, sobrinos y parientes, personajes del linaje imperial, pero siempre de modo que sus cabezas lleguen a los pies del señor. Los demás dignatarios de la corte se sientan en otras mesas y aun algunos más abajo (sobre tapetes) que los príncipes de sangre imperial, y así de las mujeres. Todas las mujeres del hijo del gran señor y de sus hijos y parientes se sientan a la izquierda y más abajo, y así las mujeres de los dignatarios, y cada uno sabe el puesto que le corresponde según dispuso el gran señor. Las mesas están colocadas de modo que el gran señor las abarca todas con la vista, aunque son numerosísimas. Aparte de esto, comen en la corte otros 40.000 hombres más, pues acuden forasteros con grandes presentes y de países lejanos y son gente de consideración; estos magnates vienen, por lo general, cuando el Gran Khi celebra sus ceremonias de corte.

En el centro de la sala donde el gran señor se sienta a la mesa, hay un gran recipiente de oro en forma de barril, con vasos más pequeños a los costados. Del guadamanil se saca el vino

u otro brebaje para llenar una vasija de oro como para satisfacer a ocho o diez hombres. Esta es llevada por dos coperos, de los cuales uno sirve y el otro tiene la copa de oro; así sirven a los caballeros y a las damas.

Todas estas vasijas, jarros y copas son de grandísimo valor, pues el Gran Khan posee una tal cantidad de vajilla de oro y plata que aun viéndolo no se puede creer.

Los que sirven los manjares y brebajes al Gran Khan son nobles barones y llevan la boca y nariz tapadas con servilletas recamadas de seda y oro para que con sus alientos no desfloren las comidas y brebajes del Gran Khan.

Cuando el Gran Khan bebe, todos los instrumentos se ponen a tocar, y los hay a fe en gran cantidad. Cuando el señor alza su copa en la mano, todos los barones y los circunstantes se arrodillan y prosternan ante él. En el banquete imperial los platos se sirven en gran abundancia y son innumerables.

Las damas acompañan siempre a sus barones a la corte. Una vez concluida la comida se reúnen en la gran sala central delante del gran señor, donde juglares, bufones y truhanes hacen toda clase de juegos y farsas y divierten a la corte, y todos hacen fiesta al gran señor.

...

Hay una multitud de casas entre el centro, la villa y los arrabales de esta ciudad; hay tantos arrabales como puertas, y en éstos vive tanta gente como en la ciudad. En ellos se hospedan los mercaderes que vienen a sus negocios, y acuden en gran número a causa del Gran Khan, que hace que la ciudad sea un espléndido mercado.

Los palacios en los arrabales y en la ciudad son también muy hermosos, pero no llegan al del Gran Khan.

En la ciudad no se entierra a ningún hombre. Y a los idólatras los van a incinerar más allá de los arrabales; allí también dan enterramiento a los demás muertos.

En el recinto de la ciudad no puede vivir ninguna pecadora o mujer de malas costumbres; son las damas del gran mundo quienes sirven a los hombres por dinero, y aun éstas viven en los arrabales. Eso sí, allí las hallaréis en gran número: hay 20.000 cortesanas que mercan sus favores. Y son muy necesarias por el tráfico inmenso de la ciudad. Podréis daros cuenta de la cantidad de gente que reside en Cambaluc y pasa por ella, por el número crecido de sus meretrices.

En Cambaluc se mercan los objetos más raros y de más valor. Primeramente, de las Indias vienen cargamentos de athaites, piedras preciosas, perlas finas, joyas y preseas; son traídas a esta ciudad.

De la provincia de Catai y de los demás reinos afluyen todas las mercaderías. Naturalmente que esto sucede por la gran cantidad de compradores y de gente allí reunida en la corte del Gran Khan, por los huéspedes ilustres, las damas, sus barones y dignatarios y por lo que compra el gran señor.

Cada día entran más de 1.000 carretas de sederías o de ingredientes para fabricarlas, porque en Cambaluc se teje el paño de oro, las bayetas de seda, los grodetures y tafetanes. En los alrededores de la ciudad hay otras pequeñas villas que viven todas de lo que compra la capital.

Y ahora os hablaré de la «Ceca» y de la moneda que se acuna en esta misma ciudad y veréis las riquezas del gran señor y cómo puede gastar cuanto se le ocurra y más de lo que os dije.

También es Cambaluc la Ceca del gran señor. Arreglólo de tal manera que el Gran Khan posee el secreto del alquimista más avisado. Hace acunar monedas del modo siguiente: toman la corteza de los árboles (moreras por lo general, de las que el gusano de seda devora la copa), y de la membrana que hay entre la corteza y el tronco suelen hacer una pasta como la del papiro, de color muy moreno, casi negro. A estos papeles o tarjetas las hace cortar de varios tamaños, por lo general como tarjetas largas y estrechas. Una pequeña, a la cual le da el valor de la mitad de un sueldo; otra mayor, que vale un sueldo; otra de medio ducado de Venecia, y otra de dos ducados, y otra de cinco, y otra de diez. Otra hay que vale un bizancio, y otra de tres bizancios, y así hasta diez bizancios. Todos estos papeles o tarjetas son sellados con el signo del Gran Khan. Hace fabricar tal número de ellos, que puede comprar fácilmente todos los tesoros de la tierra. Y una vez están pillados, los hace repartir por todas las provincias, reinos y señoríos y paga con ellos todas sus cuentas. Nadie puede desechar esta moneda, so pena de muerte. Y todos los mercaderes toman esos papeles en pago de sus mercancías y con ellos se pagan las perlas, las joyas, el oro y la plata. Y el papel que vale diez bizancios no pesa ni uno. Y mientras varias veces al año llegan los mercaderes con perlas, piedras finas, oro y plata, el gran señor llama a 12 sabios que son los elegidos para estas cosas, y son muy duchos en la materia, les manda que examinen las cosas que traen los mercaderes y que las justiprecien y les paguen lo que valen. Y estos 12 barones les pagan el precio en esa moneda de papel.

Los comerciantes lo aceptan con gran placer, porque con ellas pueden a su vez com-

prar cuanto quieran. Y así el Gran Khan hace pagar con esas tarjetas mercancías que valen sus 400.000 bizancios.

Y una vez al año se publica un bando diciendo que todos los que posean oro, piedras y plata lo lleven a la Ceca y le serán trocados por ese papel moneda. De esta manera el gran señor acumula tesoros incalculables de plata, oro y piedras finas.

Cuando estos papeles se rompen, o ensucian, o deterioran, se los llevan a la Ceca, donde los cambian por nuevos con una disminución del 3 por 100. Y cuando un hombre quiere adquirir un cinturón de oro, una vajilla de plata o joyas y preseas se va a la Ceca del Gran Khan y le lleva los papeles en pago del oro y plata que compra al barón que dirige la Ceca.

Y ya veis cómo el gran señor puede tener, y tiene, los mayores tesoros del mundo.

Os he contado de las cosas referentes a la moneda, y ahora os contaré de la nobleza y señorío.

El gran señor escogió a 12 hombres de los más principales de su reino entendidos en todos los negocios que conciernen las 33 provincias. Os diré su ordenamiento y facultades.

En primer lugar habéis de saber que los 12 barones viven en un palacio espacioso, con inmensas salas, en la ciudad de Cambaluc; cada provincia tiene un juez, un notario y un escribano, que viven en este mismo palacio, pero cada cual en su departamento. Y este juez y escribano deciden de todos los negocios que conciernen a las provincias de las que son diutados, pero están a su vez sometidos al mando de los 12 barones. Estos 12 barones son poderosos: ellos eligen a los señores y gobernadores de las provincias. Las señalan según sus méritos al Gran Khan, que los ratifica en

sus cargos, dándoles una tableta de oro, tal como conviene a su señorío. Y estos barones deben también reunir y formar las huestes para la guerra, siempre con la venia del gran señor.

Al Consejo le llaman "Scieng", es decir, la Suprema Corte, y nadie hay más poderoso que ellos, salvo el Gran Khan. El palacio en que viven se llama también ...Sciengli, y ésta es la mayor dignidad que hay en la corte del gran señor, pues tienen derecho de hacer cuanto les place. No os hablaré del gobierno de las provincias, porque lo dejo para más adelante con más pormenores. Y dejemos esto para contaros cómo el Gran Khan envía a sus estafetas y de qué modo aparejan sus caballos.

De la ciudad de Cambaluc parten varias carreteras, que van por determinadas provincias, y cada una se llama con el nombre de la provincia adonde lleva. Y es cosa hecha con muy buen juicio y muy bien ordenada. Cuando un correo parte de Cambaluc y ha recorrido 25 millas, encuentra un puesto llamado «iant» en su lengua, y en la nuestra posta. Y en cada posta encuentra un palacio muy grande, en donde los embajadores y emisarios del Gran Khan pueden alojarse. En estas ventas tienen camas con colchas de seda y demasquinos y todo lo que conviene para hospedar a personas de importancia. Y si un rey bajara en ellas quedaría satisfecho. Cada posta cuenta con 400 caballos de repuesto, según lo ha establecido el gran señor, siempre prontos a continuar la Tuta. A cada 25 ó 30 millas hay las tales postas (en las carreteras principales se entiende). Y esto en todo el Imperio del Gran Khan.

Hasta en parajes alejados, donde escasea el poblado y no hay hospedería ni albergues, ha dispuesto el Gran Khan que haya estas postas, con sus casas cómodas y caballerías y arneses.

Así es que los embajadores, heraldos y estafetas del Gran Khan encuentran en todas partes donde cobijarse y caballos de repuesto.

Esto no hay emperador, ni rey, ni ningún otro hombre que lo disfrute con tanta largueza.

De modo que hay más de 200.000 caballos dedicados a las postas para los correos y estafetas, y más de 10.000 palacios amueblados a este objeto.

Hay en las pequeñas aldeas, de tres en tres millas, un hombre con un relevo. Lleva una gran cintura llena de monedas o colgantes de hierro, para que suenen de lejos cuando galopa. Estos van como el viento, pero nunca más allá de tres millas, y el que le oye venir se apronta a relevarle. Se entregan de uno a otro por medio del escriba, que tiene obligación de reseñarlo, una pequeña tarjeta, y por medio de estas estafetas tiene el Gran Khan las nuevas de diez jornadas de distancia en un día y una noche (pues no emplean más estos hombres en hacer el recorrido de cinco jornadas). Y en dos días y dos noches llegan las noticias de veinte jornadas, y en diez días y sus noches las que vienen de cien días de distancia. De modo que estos hombres rinden en un día el fruto de diez jornadas. Estos están exentos de toda alcabala, y el Gran Khan les remunera con largueza.

Y para los caballos que esperan el relevo se arregla el gran señor del modo siguiente, y pregunta: "Cuál es la ciudad más próxima a la posta.?" Averigua con qué cantidad de caballos puede contar como tributo en esa ciudad, y así provee la posta. De modo que no le cuesta nada al gran señor, a menos de que no se trate de lugares apartados y distancias en los cuales esté obligado a proveer las postas con sus propios caballos.

Cuando es menester que un heraldo llegue pronto para traer la noticia de la rebelión de una provincia, corren 200 millas en un día y hasta 250. Cuando quieren correr la posta tan rápidamente y hacer tantas millas en un día, les entregan la tabla del gerifalte con la expresa nota que tienen algo importante que comunicar y es menester lleguen como el rayo. Si son dos, se ponen en camino con dos buenos caballos fuertes y resistentes. Se vendan el vientre y atan la cabeza y corren hasta llegar al puesto o a la posta de 25 millas, y allí encuentran el relevo de caballos frescos y aparejados. Montan en la silla y continúan a todo correr hasta la posta siguiente, en donde encuentran otro relevo pronto, y así hasta la noche. Y de este modo estas estafetas hacen 250 millas para traer las noticias al gran señor.

Dejemos esto de las postas, que os hemos relatado minuciosamente, y os contaré una gracia que el gran señor concede dos veces al año.

Tiene el Gran Khan por costumbre mandar emisarios para enterarse del estado de las cosechas en sus provincias, y si han sido perjudicados los labradores por el granizo, pedrisco u otra calamidad, y si hay gente que ha sufrido de estos males les perdona por ese año el pagar el tributo, les hace dar grano para la siembra, para que coman, y esto por bondad de corazón. Esto en el estío; en invierno hace la misma cosa para el ganado. Si un hombre ha perdido sus animales o sus bestias por una epidemia o por accidente, les hace dar el suyo propio y les perdona el pecho por este año.

Ha ordenado que por las carreteras por donde pasa la posta, los mercaderes y los peregrinos, se planten árboles, de dos en dos, a los lados del camino. Estos árboles son tan grandes, que se ven de lejos. Y esto para que

nadie pierda de vista la carretera y no se aparte de ella. Y los encontraréis en regiones desiertas, muy útiles para los viandantes, que no pierden el camino, y los hay en todas las provincias y en todos los reinos.

Los habitantes de Catai beben un vino que preparan del modo siguiente: Hacen una bebida con arroz fermentado y otras especies, y lo elaboran de tal manera que es mejor que cualquier otro reno, porque es muy ardiente.

Y ahora os contaré de unas extrañas piedras, que ellos logran quemar como la madera.

Hay en toda la provincia de Catai una clase de piedras negras, que sacan de la montaña, como los minerales, y queman como si fueran zoquetes de madera. Es decir, que el fuego es más intenso y resistente que el de la madera, y si las encendéis por la noche y prenden bien, os durará la candela hasta la mañana siguiente. Y en toda la provincia de Catai queman de esas piedras. No faltan, sin embargo, bosques para quemar madera; pero esas piedras cuestan menos y duran más.

También os contaré de cómo el Gran Khan se ocupa de que el trigo se abarate.

Cuando llega un buen año y cosecha abundante, y el gran señor ve que hay mucho en el mercado, hace recoger una buena cantidad y llenar bien los graneros y arreglarlos de modo que puedan durar tres o cuatro años. Con esto quiero decir que hace almacenar toda clase de cereales: trigo, cebada, alpiste, arroz y demás, y de todo esto recogen en gran cantidad.

Cuando el trigo llega a faltar o sube mucho de precio, saca él de sus graneros, y si la fanega cuesta un bizancio, hace distribuir cuatro fanegas a cada hombre. Y así todos tienen trigo en abundancia. De este modo, el gran señor provee para que en tiempo de ham-

bre sus súbditos no padezcan. Y lo mismo ordena que se haga en sus tierras y señoríos.

Y os contaré cómo hace la caridad a los pobres en la ciudad de Cambaluc. Se preocupa de las familias pobres de seis, de ocho y de diez miembros, y si no tienen que comer les hace dar trigo y toda clase de vituallas. También los que van por pan a la corte o a palacio nunca vuelven con las manos vacías, y eso que van más de 30.000 personas diarias durante todo el año. Y es gran bondad del señor hacia su pueblo, que así le quiere y le venera como a un dios.

Bibliografía

- A) Los fragmentos citados pertenecen al libro MARCO POLO. *Viajes*. Traducción de María de Cardona y Suzanne Dobleman. Espasa-Calpe S.A., Colección Austral N.º 1052, sexta edición, Madrid, 1979.

Muy recomendable es la edición de la profesora Annamaria Gallina de una versión catalana del siglo XIV, con magníficos comentarios, mapas e introducción. Se llama *Viatges de Marco Polo*. Barcelona, editorial Barcino, Colec. *Els nostres classics*, vol. 85, 1958.

La mejor edición actual en bolsillo es la francesa, titulada, *Le Devisement du monde. Le livre des merveilles*. Texte intégral établi par A. C. Moule et Paul Pelliot. Introduction et notes de Stéphane Yerasimos. Paris, François Maspero, Col. La Découverte, Vols. 21 y 22, 1980.

- B) Además de las introducciones de Annamaria Gallina y Stéphane Yerasimos, puede consultarse el libro de COLLIS, M. *Marco Polo*. México, Fondo de Cultura Económica, Colecc. Breviarios N.º 105.

Un texto de gran utilidad, tanto para este capítulo como para los otros apartados dedicados a la antropología en la Edad Media, es el redactado por el profesor Albert Hanf como *introducción* a su edición crítica de la traducción catalana me-

dieval de otra importante fuente etnográfica, a saber: AITÓ DE GORIGOS *La flor de les històries d'Orient*. Barcelona, Centre d'Estudis Medievals de Catalunya, 1989.

Ibn Battuta

Judíos y musulmanes también tiene excepcionales viajeros durante la Edad Media. Por ejemplo, el rabino Benjamín ben Zona, más conocido como Benjamín de Tudela, realizó ya en el siglo XII (de 1166 a 1173, probablemente) un respetable periplo, movido en parte por intereses étnico-religiosos: reallizar el censo de las comunidades judías en diáspora. Salió de Zaragoza y recorrió Cataluña, el sur de Francia, Italia, Grecia, el norte de Africa, Tierra Santa, el actual Iraqy, quizá, Persia, Afganistán y la India. Posiblemente los datos que consignó en su libro respecto a estos últimos países se deban a informaciones orales transmitidas por comerciantes judíos a los que pudo conocer durante su estancia en Bagdad o en Basora. No obstante, sus descripciones tienen gran viveza y a veces aporta detalles, como la célebre descripción de las ruinas de Babilonia, que mantienen su valor histórico. Su relato, conocido bajo el nombre de Itinerario, se publicó en hebreo; lo tradujo al castellano el humanista Arias Montano.

Los musulmanes, en parte por el móvil religioso de tener que peregrinar a la Meca y, en especial, por su predominio militar, que les brindaba el control de las más importantes rutas comerciales con el Oriente, fueron los que consiguieron las máximas proezas viajeras y las más lejanas informaciones etnográficas. Otro hispano del siglo XII, Abu Hamid de Granada, llegó, por ejemplo, al corazón de Rusia, en un viaje memorable: de su ciudad natal pasó a Marruecos, visitó Túnez y, por mar, bordeando Sicilia, desembarcó en Alejandría. Desde el Cairo remontó el Nilo, luego pasó a Damasco y a Bagdad. Como explica el profesor Vernet, a partir de este momento empieza de hecho su viaje de descubrimiento: por Abhar (Persia) pasó a Derbend. Al cruzar el Cáucaso reunió información sobre la industria siderúrgica de la región y, a bordo de un barquichuelo del Caspio, llegó a Saysin, en la desembocadura del Volga, río que remontó hasta Bulgar, capital de los búlgaros plateados y último centro comercial accesible a los mercaderes musulmanes. Luego visitó Kiev, cruzó los Cárpatos y llegó a Hungría. En ruta hacia la ciudad santa de su fe, regresó a Saysin, volvió a cruzar el Caspio y

pasando por Bujara, Merv, Nisapur, Rayy, Isfahan y Basora, llegó a La Meca. Desde aquí retornó a Bagdad y a Damasco, ciudad en la que falleció en 1169. Su gran viaje ya había sido realizado, en cierto modo, por dos predecesores: Ibn Fadlán, en 921, también pisó el interior de Rusia, y el judío Ibrahim de Tortosa, asimismo en el siglo X, llegó al corazón de Alemania y dio noticias fidedignas de Polonia y Bohemia. No obstante, los escritos de Abu Hamid sobresalen por la calidad de sus descripciones, como esta magnífica presentación de los esquís que tenían los yura, un grupo étnico de Siberia: "El camino que conduce hasta ellos está siempre cubierto de nieve; por consiguiente, los yura, para andar, se colocan en los pies unas tablas especialmente preparadas. Cada una de ellas tiene la longitud de una braza y la anchura de un palmo, y la parte de delante y de detrás están curvadas hacia arriba. En el centro de la tabla hay un lugar hueco en el cual el caminante coloca el pie y lo fija con unas correas muy fuertes. Los dos esquís se mantienen próximos entre sí mediante una larga correa que se parece a las riendas de los caballos y que se sostiene con la mano izquierda. La mano derecha sujeta un bastón de la altura de un hombre que tiene en la parte inferior una especie de bola de trapo muy ligera rellena con mucha lana y del tamaño de una cabeza humana. El caminante apoya el bastón sobre la nieve y lo impulsa hacia atrás del mismo modo como hace el remero en la barca. Así avanza rápidamente sobre la nieve. Si no fuera por este ingenio, allí nadie podría andar jamás, ya que la nieve sobre la tierra es semejante a la arena y nunca se solidifica. Cualquier animal que se arriesga encima se hunde en ella y muere, excepción hecha de los perros y bichos ligeros, como la zorra y la liebre, que marchan suave y velozmente." (Citado en el libro La conquista de la tierra. Varios colaboradores. Estella, Salvat Editores, S.A., 1970, pág. 33).

Este texto de Abu Hamid pertenece a su obra Tuhfat al-albab (Regalo de corazones). En opinión de los especialistas, todavía de mayor relevancia es el valenciano Ibn Yubayr (1145-1217), oriundo de Játiva, cuyo relato de viajes (rihla) no sólo reviste interés etnográfico e histórico sino que constituye

también una joya literaria. Como explican los profesores Serafín Fanjul y Federico Arbós, Ibn Yubayr empezó su primer viaje a Oriente en 1183 y después de visitar Egipto, La Meca, Iraq, Siria, Palestina y Sicilia regresó a Granada en 1185. Una vez Saladino hubo tomado Jerusalén, emprendió un segundo viaje a Oriente de dos años de duración. Su tercer desplazamiento a La Meca tuvo lugar el año 1217, sorprendiéndole la muerte en Alejandría.

El máximo viajero de la Edad Media es, sin lugar a dudas, otro musulmán, Ibn Battuta el Tangerino, a quien a veces se ha llamado "el viajero del Islam" por antonomasia. Parece un dato legendario, pero el total de sus andanzas supera los 140.000 kilómetros. Su libro, el exponente máximo del género rihla (relato de viajes), recoge las narraciones del gran viajero compiladas y redactadas por el granadino Ibn Yuzayy de acuerdo con los cánones literarios de la época. El título original es Regalo de curiosos sobre peregrinas cosas de ciudades y viajes maravillosos. Fue escrito en 1356.

Ibn Battuta comenzó su portentoso viaje desde su ciudad natal en el año 1325 con el propósito de cumplir la peregrinación preceptiva. De Tánger, por el norte de Africa, llegó a Alejandría. Visita Egipto ascendiendo hasta Aydab, en el mar Rojo para luego regresar a El Cairo. Continúa a Palestina y Siria, y desde Damasco emprende finalmente la peregrinación a La Meca. Antes de residir tres años en la ciudad santa recorrió Iraq, Yuzistán, Fars, Tabriz, Kurdistán, y Bagdad. Tras esa pausa se encaminó hacia el sur visitando Yemen, Aden y la costa africana oriental hasta Kilwa. Desde allí regresó por Omán y el Golfo a La Meca, cumpliendo así una nueva peregrinación. Otra vez en ruta viajó a Egipto, Siria, Anatolia, Rusia meridional y Constantinopla. Habiendo residido breve tiempo en ella regresó al sur de Rusia pasando a Transoxiana, Afganistán y el valle del Indo. Casi diez años vivió en la India y uno y medio en las islas Maldivas. Luego visitó Ceilán, Bengala, Assam y Sumatra, prosiguiendo entonces su recorrido por el Extremo Oriente, quizá hasta Cantón y Pekín, aunque es improbable. Regresó de China por Malabar, el golfo Pérsico,

Irán, Iraq, Siria, Palestina y Egipto, cumpliendo una cuarta peregrinación a La Meca. De nuevo en Alejandria embarcó hasta Túnez, donde un navío catalán lo trasladó a Cerdeña. Después de retornar a Africa en el occidente argelino, llegó a Fez en el año 1349, casi veinticuatro años después de su partida. Dos grandes viajes -pequeños en comparación con el anterior- le llevaron posteriormente al reino de Granada y al Africa Central, al reino de Mali y las orillas del Niger. Murió en Marruecos, quizá en el año 1377. De su gigantesco panorama hemos seleccionado lo que quizá constituya su más valiosa información etnográfica, el relato de su última incursión en el interior de Africa, zona de la que apenas hay fuentes documentales fidedignas que nos hagan saber lo que ocurría en la época (siglo XIV).

Así arribé a Ceuta, cuyo gobernador por entonces era el jeque Abu Mahdi Isà b. Sulayman b. Mansur y su juez el alfaquí Abu M. az-Zayandari. Luego marché a Acila, donde pasé varios meses, para continuar hasta la ciudad de Salé y desde aquí a Marrakech.

Marrakech es una de las más hermosas ciudades, extensísima y vasta, bien dotada de todo género de productos. Hay grandiosas mezquitas, como su aljama, la conocida por Kutubyyin («de los librereros»), que tiene un tremendo y colosal alminar, al que subí, mostrándoseme a la vista la totalidad de la población, de la que se va adueñando la ruina y en ello sólo es comparable a Bagdad, pero esta última dispone de mejores zocos. En Marrakech se halla la maravillosa madrada, que se distingue por su buena situación y ejecución perfecta, edificada por nuestro señor el Príncipe de los Creyentes Abu I-Hasan.

Dice Ibn Yuzayy: «Acerca de Marrakech compuso su juez, el irnin e historiador Abu Abdallah M. B. Abd al-Malik al-Awsi, los siguientes versos: (Basit)

Guarde Dios a Marrakech, la preclara.
Gran mérito el de sus noble pobladores.
Al forastero alejado de los suyos
con su buen trato hacen olvidar familia y patria.

Por lo que de ella se ve y se cuenta
Nacen los celos entre ojos y oídos.»

Vuelta al relato.

Salí de Marrakech acompañando al venerado estribo, el estribo de nuestro señor (es decir, en la comitiva del sultán Abu Inan), a quien Dios auxilie, y llegamos a Salé, luego a Mequínez, la maravillosa, verde y floreciente, rodeada por todos lados de huertos, vergeles y

olivares. A continuación rendimos viaje en Fez, la capital a la que Dios el Altísimo guarde. Allí pedí licencia a nuestro señor y me puse en camino con el designio de trasladarme al país de los negros (Sudán), así llegué a la ciudad de Siylmasa, que es una de las más hermosas y abundante en excelentes dátiles, en lo cual se le asemeja la ciudad de Basora, pero los de Siylmasa son mejores. La clase denominada Irar no tiene parejo en parte alguna. En Siyilmasa me hospedó el alfaquí Abu M. al-Busri; aquel cuyo hermano yo encontrara en la ciudad de Qanyanfu, en China: ¡qué distancia les separaba! Este al-Busri me obsequió con los más distinguidos agasajos.

Adquirí camellos, a los que estuve alimentando bien durante cuatro meses, luego me puse en viaje a principios del mes del Señor, Muharram, del año 53 (753, H - 18 febrero de 1352 de J. C.), en una caravana mandada por Abu M. Yandakan al-Massufi -Dios se apiade de él- y en la que viajaban muchos mercaderes de Siylmasa Styilmasa y de otros lugares. Tras veinticinco días, llegamos a Tagazà, una aldea sin cultivos y cuya singularidad consiste en que sus casas y mezquita estén edificadas con pedruscos de salgema, mientras los techos son cueros de camello. El suelo es arenoso, sin árboles. Hay allá una mina de sal, en la que se encuentra, excavando, enormes placas de sal superpuestas, como si hubieran sido labradas y luego amontonadas bajo tierra. Un camello sólo alcanza a transportar dos de estas placas.

En el lugar no habitan más que los esclavos de los Massufa, que trabajan en la mina de sal y se alimentan con dátiles traídos del Draa (Dara) y Szyilmasa, de la carne de los camellos y del anli (mijo) proveniente del Sudán. Los negros, procedentes de su país, llegan hasta

aquí para trocar mijo por sal y una carga de este producto, en Iwalatan, se vende entre ocho y diez meticales de oro, pero en la ciudad de Malli (Mali) sube a veinte, treinta y hasta cuarenta meticales. Los negros se sirven de la sal como moneda, igual que si fuera oro o plata, la cortan en pedazos y con ella negocian. Pese a su escasa importancia, en Tagazà se cierran tratos por muchísimos quintales de oro en polvo. Allí pasamos diez días entre grandes rigores, porque su agua es salobre y es el lugar con más moscas que he visto. En él se hace acopio de agua para entrar en el desierto que hay a continuación y que se extiende a lo largo de diez jornadas de marcha, sin aguadas, a no ser raramente. Sin embargo, nosotros encontramos agua en abundancia en charcas que las lluvias formaran. Cierta día dimos con un estanque natural, entre dos colinas rocosas, cuya agua era dulce y con la que nos hartamos y lavamos nuestras copas. En este desierto abundan las trufas y los piojos hasta el punto de que la gente se coloca en el cuello hilos con azogue que los matan.

Por aquellos días solíamos adelantarnos a la caravana, y cuando encontrábamos un paraje adecuado para que pastasen las acémilas, nos deteníamos. Así seguimos haciendo hasta que se extravió en el desierto un hombre conocido por Ibn Ziri. Desde entonces no volví a adelantarme a la caravana, ni a retrasarme. Entre este Ibn Ziri y un primo suyo, por el lado materno, llamado Ibn Adi, se había producido una disputa llegando a insultarse, a consecuencia de lo cual se rezagó de la caravana, perdiéndose. Al acampar los viajero no se halló traza alguna de él. Yo indiqué a su primo que contratara los servicios de un massufi para que buscara sus huellas y quizá lo encontraría, pero se

negó. Al día siguiente, uno de los massufies se avino de buen grado y sin cobrar salario alguno a ir a su búsqueda. Y, efectivamente, dio con el rastro, que unas veces seguía el camino y otras lo perdía, pero sin hallar al extraviado. Acabábamos de encontrar una caravana en nuestra ruta, cuyos viajeros informaron de que algunos hombres se les habían separado y así encontramos a uno de ellos muerto bajo un arbusto de los que hay en los arenales: tenía sus ropas encima y en la mano un rebenque. El agua sólo estaba a una milla de distancia de donde cayera.

Llegamos a Tasarhla, donde hay pozos de agua y es lugar de acampada de las caravanas. Se reposa durante tres días, se reparan y llenan los odres, que son envueltos en costales bastos para evitar la evaporación, y desde este punto se envía al explorador (taksi).

Se llama taksif a cualquier hombre de los Massufa a quien la caravana alquila para que la preceda hasta Iwalatan, llevando las cartas de los viajeros a sus amigos allí residentes, a fin de que les alquilen viviendas y salgan a esperarles con agua a una distancia de cuatro jornadas. Quien carece de conocidos en Iwalatan escribe a algún mercader de allí bien conocido por sus buenas obras, para que le atienda del mismo modo, y así lo hace. En ocasiones, el explorador sucumbe en este desierto, y al no saber de la caravana los habitantes de Iwalatan, mueren los viajeros o buena parte de ellos. En este desierto hay numerosísimos genios malignos, y si el taksif está solo, juegan con él y le cautivan la atención hasta que olvida su propósito y perece, puesto que no hay camino visible ni señal alguna, sólo arenas que el viento arrastra: puedes ver dunas en un sitio luego trasladadas a otro. Allí, el guía es quien haya repetido el viaje muchas veces y tenga mente des-

pierta. Me asombró que el nuestro, tuerto y con el otro ojo avertado, era el mejor conocedor de la ruta. El explorador que contratamos en aquel viaje para adelantarse cobró cien meticales de oro y era un Massufa. A la noche del séptimo día, tras su marcha, divisamos las hogueras de quienes salieran a nuestro encuentro, con lo que nos llenamos de contento.

Este desierto figura resplandeciente, el pecho se ensancha, el espíritu se apacigua y es lugar a cubierto de salteadores. Abundan allí las vacas salvajes (addax) y se acercan en rebaños a la caravana hasta el punto de que los viajeros pueden cazarlas con perros y flechas, pero su carne da sed y por eso las gentes se guardan de comerla. Es curioso que cuando se mata a estas vacas en sus tripas se halla agua. Yo he visto a algunos Massufa exprimiéndoles para beber el agua que tuvieran. También las serpientes abundan en este desierto.

Suceso

Había con nosotros en la caravana un comerciante de Tremecén conocido por el Hayy Zayyan que acostumbraba a atrapar culebras y entretenerse con ellas. Yo le había indicado que cesara en tal hábito, pero hizo caso omiso. Cierta día metió la mano en la madriguera de un lagarto, para sacarlo y en su lugar encontró una serpiente, la cogió y al ir a montar a caballo le picó en el dedo índice de la mano derecha, produciéndole un fuerte dolor. Se le cauterizó, pero las punzadas iban en aumento a la tarde, entonces el hombre degolló un camello e introdujo su mano en el vientre, manteniéndola en tal lugar a lo largo de toda la noche. El dedo se fue descarnando y se lo cortó de raíz. Los Massufa nos contaron que la culebra habría bebido agua antes de morderlo, pues de no ser así le hubiera matado.

Cuando nos juntamos con quienes salieron a recibirnos con agua dimos de beber a nuestros caballos y penetramos en un desierto calurosísimo y diferente de los parajes anteriores. Nos poníamos en marcha después de la oración de al-asr y caminábamos toda la noche para acampar a la mañana. Hombres de las tribus Massufa, Bardama y otras acudían con cargas de agua para vendernos. Finalmente, entramos en la ciudad de Iwalatan, el primer día del mes Rabi 1, tras un viaje de dos meses completos desde Styilmasa. Iwalatan, es el primer dominio del país de los negros (Sudán occidental). Allí el gobernador en nombre del sultán es Farba iusayn. Farba significa “delegado”.

En llegando, los comerciantes colocaron sus bagajes en una explanada y encomendaron a los negros guardarlos, a continuación se dirigieron al farba, que estaba sentado en una alfombra bajo un techado, con su escolta ante él, armados con lanzas y arcos. Los principales de los Massufa se hallaban detrás. Los mercaderes se detuvieron frente al farba y éste les habló por medio de un truchimin, pese a estar muy próximos a él, como muestra de desprecio. En ese instante me arrepentí de haber ido a tal país, por los malos hábitos de comportamiento de sus habitantes y su desdén para con los blancos. Yo me encaminé a casa de Ibn Badda, hombre distinguido de Salé, a quien yo escribiera para que me alquilase una casa, como así lo hizo. Después, el intendente de Iwalatan, llamado Mansa Yu, invitó a los viajeros de la caravana a un banquete. Yo me negué a asistir, pero mis amigos porfiaron de tal manera que fui en compañía de los otros. Trajeron la comida consistente en mijo molido y mezclado con un poco de miel y leche cuajada.

Venía en una media calabaza a la que habían dado apariencia de escudilla. Los presentes bebieron y marcharon. Entonces dije a mis acompañantes: «¡Para esto nos ha invitado el negro!». Y me respondieron: «Sí, es la mejor muestra de hospitalidad entre ellos». En ese momento tuve la certidumbre de que nada bueno se podía esperar de tal gente y quise regresar con los peregrinos de Iwalatan, pero luego me vino a las mientes la idea de ir a conocer la capital de su rey. Mi estancia en Iwalatan duró unos cincuenta días y las gentes de allí me honraron, así, por ejemplo, me dieron su hospitalidad el cadí M. b. Abdallah b. Yanumar y su hermano el alfaquí y maestro Yahvâ.

En el poblado de Iwalatan el calor es tórrido, hay algunas palmeritas a cuya sombra cultivan melones. El agua la extraen de bolsas que hay bajo la arena. La carne de cordero abunda y la gente viste buenas ropas egipcias. La mayor parte de los habitantes son Massufa, sus mujeres muy hermosas y más consideradas que los hombres.

Los massufies que habitan en Iwalatan

Asombra la condición de esta etnia por sus raras costumbres. Los hombres nunca tienen celos de sus mujeres, ni toman el nombre de su padre sino el de su tío materno. La herencia recae en los sobrinos (hijos de la hermana) y no en los hijos propios, cosa que jamás vi en el mundo, excepto entre los paganos hindúes del país de Malabar. Sin embargo, los massufies son musulmanes y cuidadosos de practicar las oraciones, aprender la ley religiosa y estudiar el Corán, pero sus mujeres no tiene recato alguno ante los hombres, ni se velan pese a cumplir fielmente con los rezos. Quien quiera puede desposarlas pero ellas no

viajan con su esposo y si alguna lo pretendiera sus familiares se lo impedirían. Allí las mujeres tienen amigos y compañeros extraños y del mismo modo los varones mantiene amistades con mujeres ajenas a la familia, así, por ejemplo, un hombre entra en su casa y encuentra a su esposa en compañía de un amigo y no desaprueba tal conducta.

Incidente

Cierto día entré a casa del cadí de Iwalatan tras haberme él autorizado y le encontré en compañía de una mujer muy joven y de belleza maravillosa. Al verla quedé dudando y quise volver atrás. Ella se rió de mí sin que le afectara rubor alguno. El juez me dijo: «¿Por qué te vas a ir? Es amiga mía. Tal comportamiento me dejó perplejo, porque este hombre es un alfaquí y ha peregrinado a La Meca. Incluso me contaron que este año pidió licencia al sultán para hacer la peregrinación de nuevo acompañado de una amiga -no se si aquélla u otra- pero no se la concedió.

Cierto día fui a ver a Abu M. Yandakan al-Massufi con el que llegáramos a la ciudad y le hallé acucillado en una alfombra. En el medio de la casa había una cama con dosel en la que una mujer descansaba con un hombre sentado a su vera charlando entre sí. Pregunté al dueño de la casa: «¿Quién es esta mujer?». Y me respondió: «Es mi esposa». A esto dije: «¿Y qué relación tiene con ella el hombre que la acompaña?». «Es un amigo», contestó. Y yo: «¿Y estás satisfecho con tal cosa, tú que has vivido en nuestros países y que conoces la ley de Dios?». Y repuso: «La amistad de hombres y mujeres entre nosotros está bien vista y no tiene nada de sospechoso. Además, nuestras mujeres no son como las vuestras». Quedé espantado de su necedad, salí de la casa y me

negué a volver más, aunque me invitó varias veces.

Una vez resuelto a marchar a Malli; que está a una distancia de veinticuatro jornadas de Iwalatan a buen paso, contraté a un guía massufi -pues no hay necesidad de marchar en grupo por lo seguro del camino- y salí con tres compañeros míos. La ruta es muy frondosa, con árboles enormes, centenarios, uno solo de los cuales puede dar sombra a una caravana entera. Otros aún sin hojas ni ramas, pueden, sólo con el tronco, dar cobijo a un hombre; y los hay que, carcomidos, recogen el agua de lluvia a modo de estanque y los caminantes la beben; y en otros anidan abejas cuya miel recolecta la gente. En cierta ocasión pasé junto a uno de estos árboles y me topé en su interior trabajando a un tejedor que lo había adoptado por taller.

Dice Ibn Yuzayy: «En el país de al-Andalus existen dos castaños en cuyas cavidades trabajan sendos tejedores fabricando telas, uno está en Cuadix y el otro en Alpujarras de Granada.»

Vuelta al relato.

En los árboles de la algaba que se extiende entre Iwalatan y Malli hay frutos semejantes a las peras, manzanas, melocotones y albaricques, pero distintos. Hay otros que dan una fruta parecida a un pepino alargado, pero al entrar en sazón se hiende y segrega algo como harina que gustan y comen vendiéndose en los mercados. También se extraen de la tierra unas pepitas similares a las habas que los habitantes fríen y comen, siendo su sabor como el del garbanzo frito. A veces las muelen y hacen una especie de pastel esponjoso, frito con garti que es una fruta comparable a la pera, dulcísima, pero dañosa para los blancos que la coman y de cuyos gúitos machacados se obtiene un aceite

de varios usos, por ejemplo cocinar, prender lámparas, freír esta «esponja», utilizarlo como unguento, o mezclarlo con una tierra que allí existe para enjalbegar las casas como si fuera cal. Este fruto es muy abundante en la región transportándose de poblado a poblado en enormes calabazas cuya capacidad alcanza la de los cántaros en nuestras tierras. Las calabazas en Sudán son inmensas, de ellas fabrican cuencos, cortándolas en dos y así sale de cada mitad una escudilla que decoran muy bellamente. Cuando alguien se pone en viaje le siguen sus siervos y esclavas portando sus cobertores y vasijas para comer y beber, hechas de calabaza. El viajero en esas regiones no lleva provisiones, ni viandas, ni monedas de oro o plata, sino pedazos de sal, cuentas de vidrio que llaman nazm y algunos perfumes. De estos últimos los que más le gustan son el clavo, la almáciga y el tasargant (falso incienso), que es, entre ellos, el incienso. Al llegar a una aldea acuden al viajero las mujeres de los negros con mijo, leche agria, gallinas, harina de loto, arroz, funi -parecido a los granos de mostaza y con el que se preparan el alcuzcuz y la asida -así como harina de alubia. De esto se compra lo que se quiere, pero comer de aquel arroz perjudica a los blancos en tanto que el funi es mejor.

A una distancia de diez jornadas de Iwalatan llegamos al poblado de Zagari, que es grande y en el cual habitan mercaderes negros llamados Wanyarata y con ellos una comunidad de blancos pertenecientes a la secta ibadi, de los jariyies, denominados saganagu.

A los ortodoxos blancos sunnies malikies llaman turi. Desde esta aldea se lleva el mijo a Iwalatan. Desde Zagani seguimos viaje hasta el gran río, que es el Nilo (como es sabido, las fuentes del Nilo no se descubrieron hasta muy

avanzado el siglo XIX. Aquí el error de I.B., aunque comprensible, es de bulto: propiamente se trata del río Níger. La confusión se va a repetir a lo largo de todo el viaje de I. B. por el Sudán occidental) a cuyas orillas está el poblado de iarsaju. El Nilo (sic) baja hacia Kabara y luego hasta Zaga. En estas dos poblaciones hay sendos rregulos sometidos a la obediencia del rey de Malli. Los habitantes de Zaga son musulmanes desde antiguo, su piedad les hace interesarse por las ciencias religiosas. Después el Nilo (sic) sigue su curso por Tombuctú (tunbuktu) y Kaw-Kaw, a las que mencionaremos y a continuación pasa por la población de Muli, en el país de los limiyyin, que es el último dominio de Malli. Luego pasa por Yufi, uno de los mayores territorios del Sudán, cuyo soberano es un gran rey. Los blancos no pueden penetrar en Yufi porque los matarían antes de llegar allí. El río desciende a continuación hacia el país de Nubia cuyos habitantes son cristianos y a Dunqula, que es la mayor de sus ciudades. El sultán de ese lugar, llamado Kanz ad-Din, abrazó el Islam durante el reinado de al-Malik an Nasir. Más adelante el río baja hacia Yanadil (cataratas del Nilo) que es el confín del país de los negros y el comienzo del territorio de Asuán, en el Alto Egipto.

En este punto (Karsaju) del río vi un cocodrilo, cerca de la orilla, que era como una barquichuela. Cierta día bajé al Nilo para cumplir una necesidad y he aquí que un negro vino y se plantó entre el cauce y yo. Quedé espantado de su mala educación y desvergüenza y referí el asunto a algunas personas que me dijeron: «Hizo eso porque temía por tí, para protegerte del cocodrilo se situó entre tú y él». Desde Karsaju proseguimos hasta el río Sansara (¿Sankarani?), que está a unas diez millas de

Malli; ciudad en la cual no se puede penetrar sino con licencia para ello. Con anterioridad yo había escrito a la comunidad de blancos -cuyos principales eran M., hijo del Alfaqui al-Yuzuli y Sams ad-Din b. an-Naqwis al-Misri- para que me alquilaran una casa y en llegando al mencionado río crucé en la barca sin que nadie me lo impidiese y entré en la ciudad de Mali, capital del rey del Sudán. Me alojé cerca del cementerio y me llegué al barrio de blancos encaminándome a ver a M. b. al-Faqih, a quien encontré. Este me había alquilado una casa por frente de la suya y allí me dirigí. Su suegro, el alfaqui y lector Abd al-Wahid, me trajo un candelabro y comida. Al día siguiente unieron el hijo del Alfaqui (Muhammad), Sams ad-Din b. an-Naqwis y Ali az-Zudi de Marrakech, que era hombre letrado. Me entrevisté con el cadí de la ciudad, Abd ar-Rahman, que me visitó: era negro, hombre de mérito, de natural generoso y había hecho la peregrinación. Comí adiafa me envió una vaca.

También conocí el trujamán Duga, negro muy principal y distinguido, quien me regaló un buey. El alfaquí Abd al-Wahid Gararatayn me obsequió con funi y una calabaza de garti. Muhammad anadió arroz y funi a estos regalos, en tanto Sams ad-Din me ofrecía un banquete de hospitalidad. Me proporcionaron cuanto precisaba del más complejo modo; que Dios les premie sus buenas obras. El hijo del alfaquí estaba casado con la prima, por lado paterno, del sultán y ésta nos proveía de alimentos i otras cosas.

Diez días después de llegar allí comimos una asida condimentada con algo semejante a la colocasia -que llaman qafi y que es más apreciada entre ellos que cualquier otra comida- y caímos todos enfermos. Eramos seis y

uno de nosotros murió. En cuanto a mí, marché a cumplir la oración de la aurora y me desvanecí mientras rezaba. Pedí a cierto egipcio algún remedio purgante y me trajo uno llamado baydar compuesto de raíces de plantas, lo mezcló con anís y azúcar y lo disolvió en agua. Ingerí el brebaje y vomité cuanto comiera junto con mucha bilis amarilla. Dios me salvó de la muerte pero estuve enfermo dos meses.

Bibliografía

- A) El fragmento transcrito corresponde a las páginas 766-775 de la magnífica edición y traducción de Serafín Fanjul y Federico Arbós de BATTUTA, IBN. *A través del Islam*. Madrid, Editora Nacional, Colección Clásicos para una biblioteca contemporánea, nº 4, 1981. Esta edición tiene notas y mapas. Actualmente ha sido reeditada por Alianza Editorial de Madrid.
- B) Sobre la literatura árabe de viajes y, en especial, sobre Ibn Battuta, no hay en castellano nada mejor que la documentada y extensa introducción de los profesores Fanjul y Arbós a su traducción citada. Allí encontrará el lector abundante bibliografía.

El texto de otra interesante fuente, *"El libro de los mahometanos" o La cadena de las crónicas*, con *El libro de Suleimán* y *El libro de Abu-Zcid* se puede consultar, con introducciones y notas, en el citado libro del Prof. A. T'Serstevens.

Ibn Jaldún

La reflexión que Platón y Aristóteles llevaron a cabo en el mundo griego y, unos siglos después, Lucrecio expresó poéticamente en latín, tiene su dignísimo correlato en un pensador árabe cuya magnitud es imposible exagerar. Con él pasamos de la etnografía del viajero curioso y descriptivo a la etnología y la antropología del pensador que abarca la evolución sociocultural de los hombres en la historia, se plantea el problema epistemológico y metodológico de la fundación de una nueva ciencia, y construye un esquema global que sirve para explicar las leyes del desarrollo de la humanidad. Arnold Toynbee no titubeó en escribir estas lapidarias palabras en su honor: "Ibn Jaldún concibió y formuló una filosofía de la historia que es, sin duda, el trabajo más grande que jamás haya sido creado por una inteligencia, en cualquier tiempo o país." Ortega le llamó: "un africano genial, de mente tan clara y tan pulidora de ideas como la de un griego". Desde que Occidente le redescubrió gracias a las traducciones, a mediados del siglo XIX, su huella ha ido creciendo y profundizándose, y por méritos propios. En toda historia de la Antropología ya tiene un puesto indiscutible.

Abd-ar-Rahman ibn Muhammad ibn Jaldún al-Hadrami nació en Túnez en 1332 en el seno de una familia andaluza recién emigrada. Su padre, erudito y poeta, ocupaba un puesto destacado en la administración, carrera política en la que también se estableció su hijo cuando aún no contaba los veinte años. Durante nueve años residió en la corte de Fez, pasando dos en la cárcel por sus peripecias políticas. Establecido en Granada, participó en una embajada ante Pedro el Cruel de Castilla. De nuevo en el norte de Africa, seguirá otros nueve años como Cortesano, en un clima difícil, saturado de pugnas dinásticas y pactos palaciegos, ejercitando la habilidad de mantenerse a flote a pesar de los reveses de las armas. Retirado a una villa, dedicó ocho años a la construcción de su obra máxima, los Muqaddimah, que acabó en 1382. La última etapa de su vida la pasó en Egipto, volcado a la carrera política y a la diplomacia. En el año 1387 hizo la peregrinación a La Meca y en 1401 se encontró con Tamerlán en Damasco. Murió en El

Cairo en el año 1406. Su movediza existencia nos hace ver que conoció a fondo los cuatros centros políticos musulmanes más importantes de su tiempo, los cuales eran a la vez grandes focos culturales: Túnez, Fez, Granada y El Cairo. Su experiencia personal le hizo un cosmopolita y le dio en la práctica inmejorables ocasiones para que meditara acerca de los vaivenes de la historia.

Su máxima creación es, como hemos dicho, Al-Muqaddimah, los Prolegómenos (o la Introducción) a la historia Universal. Es una especie de filosofía de la historia, no una obra historiográfica, como la Historia de los beréberes y de las dinastías musulmanas del Africa septentrional, otra de sus producciones, así como su Autobiografía. En rigor, es una síntesis de las ciencias humanas, perfectamente estructurada, construida con el consciente e innovador propósito de edificar una ciencia de la cultura, la historia, pero como ha escrito Ortega comentando al pensador tunecino, puesto que "no hay historia, hablando en serio, si no hay una doctrina genérica de la sociedad humana", "su filosofía de la historia es al propio tiempo la primera sociología." (ORTEGA y GASSET, J. "Abenjaldún nos revela el secreto." En Obras Completas vol. II, Madrid, Revista de Occidente, séptima edición, 1966, págs. 672-674.)

La riqueza de este voluminoso libro es tal que, vista desde nuestro presente, lanza destellos según se la interroga, y ya se han desencadenado fértiles polémicas porque determinados intérpretes hacen de Ibn Jaldún un precursor de Marx, otros destacan su fatalismo y su determinismo, para terceros estamos ante el gran creador de la sociología y sus principales ramas, o ante el genial predecesor de Vico, Condorcet y Hegel. No cabe la menor duda de que este texto es el más acabado producto intelectual de la cultura árabe clásica y ya que sólo podemos ofrecerle al lector unos mínimos fragmentos, creemos oportuno darle a conocer el índice elaborado por el propio autor. El Discurso sobre la historia universal comienza con un Prefacio dedicado a la historia como ciencia y una Introducción que trata "del mérito de la ciencia histórica; verificación de sus principios que deben servir de reglas; alusión a los errores que se presentan a los historiadores; indicación de

algunas de sus causas". El cuerpo de la obra lo forman 6 libros. El Libro Primero lleva como subtítulo "de la sociedad humana y de los fenómenos que en ella se presentan, tales como la vida nómada, la vida sedentaria, la dominación, la adquisición, los medios de ganar la subsistencia, los oficios, las ciencias y las artes. Indicación de las causas que conducen a esos resultados". El Libro segundo está dedicado a explicar y contraponer la civilización de los pueblos nómadas (tribus, vida en el campo, coligación (asabiya), conquistas) y la de los sedentarios (ciudad, corrupción, cobardía, lujo, sumisión). El libro tercero versa "sobre las dinastías, la realeza, el califato, y el orden de dignidades en el sultanato (gobierno temporal) -indicación de todo lo que ahí se presenta de notables principios fundamentales y desarrollo." El libro cuarto trata de los lugares donde se hallan las poblaciones sedentarias (aldeas, pueblos y ciudades); de sus condiciones, fundación y edificios; de los precios de las mercancías en las ciudades; de las diferencias económicas entre ciudades y países; de la posesión de bienes; y de la civilización de la vida urbana. El libro quinto es el más genuinamente "económico-político". Su tema es "sobre los medios de proporcionarse la subsistencia; sobre la adquisición, las artes y todo lo que a ello se relaciona. Examen de las cuestiones a que este tema da lugar". Entre esas cuestiones están: el valor del trabajo; el comercio y sus procedimientos; las formas de aprendizaje; y las artes fundamentales: agricultura, construcción, carpintería, tejeduría, partería, medicina, escritura, librería y canto. El libro sexto analiza las diferentes ciencias (exégesis sagrada; jurisprudencia, teología, cálculo y álgebra; geometría, óptica, astronomía, lógica, física, medicina, agricultura, metafísica; y las ciencias del lenguaje: gramática, lexicología, literatura, poética, etc.), con dos importantes incisos, uno sobre problemas educativos y pedagógicos y otro crítico con respecto a las pseudociencias como la alquimia, la filosofía y la astrología. Este libro final es la síntesis enciclopédica de los saberes tal y como los cultivaban los árabes en el siglo XIV, o, en opinión de algunos, una magnífica exposición de sociología del conocimiento aplicada.

La historia es una de las técnicas que se transmiten de nación a nación, de pueblo a pueblo; que en pos de ella van los estudiosos hasta países remotos, siendo esta ciencia anhelada aun por el volgo y la gente ociosa; compiten en su campo reyes y principales, y es asimilada al propio tiempo por los instruidos como por los ignorantes.

Considerando a la historia en su aspecto exterior, parece que no pasa de ser una serie de anales y acontecimientos que han marcado el curso de épocas y Estados de la antigüedad, y que testimonian el paso de generaciones anteriores. Es por tanto que en ella se cultivan diversos giros y citas sentenciosas, que son motivo de solaz en reuniones y celebraciones musulmanas; es ella la que nos hace conocer la índole de la creación y sus trastornos experimentados. Nos ofrece un vasto panorama en donde se observa a los imperios promover su carrera; nos muestra cómo los diversos pueblos han poblado el mundo hasta que la hora de la partida les fue anunciada, y que el momento de su ocaso ya había llegado.

Mas la ciencia histórica tiene sus caracteres intrínsecos: que son el examen y la verificación de los hechos, la investigación atenta de las causas que los han producido, el conocimiento profundo de la naturaleza de los acontecimientos y sus causas originantes. La historia, por tanto, forma una rama importante de la filosofía y merece ser contada en el número de sus ciencias.

Desde la fundación del Islamismo, los historiadores mis distinguidos han abarcado en sus disquisiciones todos los acontecimientos de los siglos pasados, con el fin de poderlos reunir en las páginas de los volúmenes y registrarlos para las generaciones sucesivas; pero

los improvisados y charlatanes (de la literatura) los han adulterado, introduciéndoles falsedades, producto de sus propias fantasías. Muchos de sus sucesores se han limitado a seguir sus huellas y ejemplos. Nos transmiten sus relatos tal como los recibieron, en tomar la menor pena de indagar las causas de los sucesos, ni reparar en consideraciones acerca de las circunstancias concomitantes. Tampoco desaprueban ni rechazan tan burdas ficciones, porque el ingenio verificativo es en ellos casi nulo; el ojo crítico, generalmente miope; el error y el descuido son afines y acompañan siempre a las aprehensiones sofisticas; el espíritu de imitación es innato en los hombres y permanece atado a su naturaleza; por ello las diversas disciplinas del saber proporcionan una amplia carrera a los charlatanes; el campo de la ignorancia ofrece siempre su pasturaje insalubre; pero la verdad es una potencia a cuyo imperio nadie puede resistir, en tanto la falacia es un poder maligno que retrocede herido por los rayos de la razón. Al simple narrador corresponde hacer referencias y dictar los hechos; mas a la crítica toca fijar su penetrante mirada para descubrir lo que pueda haber de auténtico; es, pues, cuestión de saber depurar y bruñir, mediante la crítica, las facetas de la verdad.

Varios escritores han redactado numerosas crónicas muy detalladas, habiendo compilado la historia general, de pueblos y dinastías; pero, de entre ellos, bien pocos gozaron de grande renombre, de alta autoridad, y que, en sus obras, hayan reproducido por entero los datos suministrados por sus antecesores.

...

Determinar la falsedad o la exactitud de los datos es obra del crítico perspicaz, recurriendo siempre a la balanza de su propio

JUICIO. Los sucesos que operan en la sociedad humana ofrecen caracteres de una naturaleza particular, caracteres que deben tomarse en consideración al emprender la narración de los hechos o la reproducción de los relatos, así como de los datos o documentos concernientes a los tiempos pasados.

La mayor parte de las crónicas dejadas por esos autores, es redactada sobre un mismo plan y tiene por objeto la historia general de los pueblos; circunstancia que hay que atribuir a la ocupación de tantos países y reinos por las dos grandes dinastías musulmanas (la Omeya y la Abbasida), que florecieron en las primeras centurias del Islamismo; dinastías que habían poseído hasta el último límite la facultad de hacer conquistas i de abstenerse. Algunos de estos escritores han abarcado en sus relatos a todos los pueblos e imperios que existieron antes de la eclosión de la fe islámica, y escribieron tratados de historia universal. Tales fueron Masudi y sus imitadores. Entre sus sucesores cierto número abandonó esa universalidad para reducirse a un círculo mis estrecho; renunciando a extenderse hasta puntos remotos en la exploración de un campo tan vasto, se llamaron a fijar por escrito los acontecimientos dispersos que se relacionaban a hechos que marcaban su época. Cada uno de ellos trataba a fondo la historia de su país o lugar de su nacimiento, contentándose con narrar los sucesos concernientes a su ciudad y a la dinastía en turno. Esto mismo hizo Ibn Hayan, historiógrafo de España y de la dinastía Omeyada establecida en dicho país, así como Ibn Ar-Rafiq, historiador de Ifriktya y de los soberanos de Qairauán (Qatruan).

Los que escribieron después de ellos, no fueron sino simples imitadores de índole burda

e inteligencia estrecha; gente sin criterio propio, que se conforman con seguir, en todo punto, el mismo plan trazado por sus antecesores, y normarse en su modelo, sin percatarse de las modificaciones que el decurso del tiempo imprime a los sucesos, ni de las mutaciones que opera en las costumbres y mentalidades de pueblos y naciones. Estos hombres sacan de la historia de las dinastías y de los hechos de siglos pasados una serie de relatos, que se antojan vanos simulacros desprovistos de substancia, el derecho de desconfiar, porque no puede saber si son antiguos (auténticos) o modernos (inventados). Lo que ellos refieren es un nacinamiento de sucesos, sin idea de las causas, especie de hechos, sin haber sabido apreciar su naturaleza ni verificar los detalles. Reproducen en sus composiciones los relatos circulantes entre el pueblo, con exactitud, siguiendo el modelo de sus predecesores en la carrera; pero descuidan o ignoran la indicación del origen de los pueblos, su desarrollo y sus modificaciones: causas decisivas de aquellos hechos, porque no han sido personas capaces de suministrar esos datos; por ello, las páginas de sus volúmenes quedan mudas a ese respecto. Cuando hacen referencia a la historia de una dinastía, se conforman con narrar los sucesos de una manera uniforme, conservando todos los relatos, verídicos y falsos; mas ellos no se ocupan, en modo alguno, de examinar siquiera de qué origen era esa familia. No señalan los factores que condujeron a dicha dinastía a desplegar sus pendones y manifestar su poderío, ni tampoco las causas que le han forzado a detener su curso. El lector queda, pues, insatisfecho, procurando en vano descubrir la procedencia de tales acontecimientos, su importancia relativa y los móviles que los han produci-

do, sean simultáneos, sean sucesivamente; continúa indagando, pero no logra descorrer el velo que oculta las diversidades o las analogías que dichos acontecimientos puedan presentar. Esto es lo que expondremos íntegramente en los primeros capítulos de esta obra

Luego surgen otros, con tendencias a la excesiva brevedad, limitándose a sólo mencionar los nombres de los reyes, sin referir genealogías ni los anales respectivos; tan sólo añaden la cronología de sus reinados, expresada mediante cifras llamadas “gobar” tal como hiciera Ibn Rashiq en su “Mizan-el-Aamal”, así como algunos otros escritores de poca monta.

Habiéndome enterado de diversos y numerosos trabajos, realizados en el campo de la historia, y el cabo de sondear las honduras del pretérito y del presente, logré despertar mi intelecto de su somnolencia y pereza, y, aunque de corta riqueza en el sabor, inicié un regateo conmigo mismo, a efecto de decidirme a componer una obra. Así, pues, he escrito un libro sobre la historia, en el que descorrí el velo que cubría los orígenes de los pueblos. Lo he dividido en capítulos, en unos se encierra la exposición de los hechos, en otros las consideraciones generales.

Señalo primero las causas que condujeron a la organización social y al nacimiento de los reinos, tomando por tema primario de mi trabajo la historia de dos razas que, al presente, pueblan el Magreb llenando sus provincias y ciudades. Hablé de sus dinastías de larga duración y de reinos efímeros, que estos pueblos han fundado, señalé a los príncipes y guerreros que habían producido en épocas pasadas. Estas dos razas, son los árabes y los beréberes, las dos naciones que ocupan el Magreb, como es

sabido. Ellas han habitado aquí durante tantos siglos, que cuya permanencia apenas si permite imaginar a otros pueblos en su lugar. Excepto estos dos pueblos, no se conoce ninguna otra raza de hombres que haya habitado este país.

He depurado y analizado cuidadosamente las cuestiones que se relacionan al tema de esta obra; he puesto su contenido al alcance de eruditos y de hombres de mundo; para cuya ordenación y distribución, he seguido un plan original, he creado un método novedoso en el campo de la historiografía, inventando un sistema al respecto sorprendente, y un procedimiento enteramente mío. En tratando de lo relativo al progreso y la civilización, he desarrollado explícitamente todo lo que se presenta a la sociedad humana en materia de circunstancias características. De tal manera, he hecho comprender las causas de los acontecimientos, y dado a saber por qué vía los fundadores de imperios inician su carrera. El lector ya no se encontrará en la obligación de aceptar a ciegas los relatos que se le presentan, podría ya conocer debidamente la historia de las edades y de los pueblos que le han precedido; sería capaz incluso de prever lo que podría surgir en el futuro.

He dividido mi obra en tres libros, precedidos de varios capítulos preliminares (Moqadamat, es decir, prolegómenos) conteniendo las consideraciones sobre la excelencia de la ciencia histórica, el establecimiento de los principios que deben servir de normas, y una apreciación acerca de los errores en que los historiadores están expuestos a incurrir.

El primer libro trata de la sociedad humana, de sus desenvolvimientos y los resultantes característicos, tales como reinos, soberanías, artes, ciencias, medios de subsistencia, lucros,

y riquezas: indicando asimismo las causas a las que esas instituciones deben su origen.

El segundo contiene la historia de los árabes, de sus diversos pueblos y de sus dinastías, desde la creación del mundo hasta nuestros días. Incluye también referencias a otros pueblos notorios, contemporáneos suyos, y a sus reinos. Tales como los nabateos, los asirios, los persas, los israelitas, los coptos, los griegos, los turcos y los romanos.

Y el tercer libro encierra la historia de los beréberes y de sus parientes, los Zanata, con indicaciones acerca de su origen, sus distintas tribus, o imperios que han fundado, particularmente en el Magreb.

Habiendo en seguida hecho el viaje a Oriente a fin de recoger sus luces, cumplir con el deber de la peregrinación y conformarme al ejemplo del Profeta, en visitar la Meca y recorrer sus Santos Recintos, tuve la ocasión de examinar los monumentos, los archivos y los libros de esa comarca. Obtuve entonces lo que me faltaba de datos acerca de la historia de los soberanos extranjeros, que habían dominado esa región, igualmente de las dinastías turats i de los países que habían sometido. Anadí esos documentos a los que la tenía inscritos en las páginas correspondientes, intercalándolos en la historia de las naciones (musulmanas) contemporáneas de dichos pueblos, y en mis reseñas de los príncipes que han reinado sobre diversas partes del mundo. Sujetándome a seguir un mismo sistema, el de condensación y abreviación, pude evitar prolijidades, sacrificando a la vez lo profundo del lenguaje en aras de la llaneza. Habiéndome introducido por la puerta de las causas generales, para estudiar los hechos particulares, abarqué, en un relato comprensible, la historia del género humano;

por tanto, esta obra puede ser considerada como la verdadera domeñadora de todo lo que hay de más indómito entre los principios filosóficos que se escapan a la inteligencia: asigna a los sucesos políticos sus factores y sus orígenes, y constituye una compilación filosófica y un acervo histórico.

Como ella encierra la historia de los árabes y los berberiscos, pueblos que unos habitan casas de material y otros tiendas de vellón; trata igualmente de los grandes imperios contemporáneos de dichos pueblos; nos suministra instructivos ejemplos y referencias a las causas primarias de los acontecimientos y los hechos resultantes, le he dado por título: “Kitab-el-Ibar, Wa Diuan-el-mobtada-wal-Jabar Fi Ayam-el-Arab Wal-Adjam Wal-Barbar, Wa man aasarahom min diauí-es-Sultán-el-Akbar” (El Libro de Instructivos ejemplos y Recopilación de Sujeto y Predicado, o bien de los Orígenes y Crónicas de los pueblos, conteniendo la historia de los Arabes, de Naciones extranjeras, de Beréberes y de las grandes Potencias contemporáneas suyas).

He abarcado a cuanto atañe al nacimiento de los pueblos y de los imperios, a los sincronismos de las naciones antiguas, las causas que han estorbado los desenvolvimientos de generaciones pasadas o conducido a mutaciones en el proceso de diferentes naciones y épocas; así como a las eventualidades del desarrollo social: como la soberanía, la religión, la urbanización, la aldea, el dominio, la sumisión, e incremento de la población, su disminución, las ciencias, las artes, los oficios, el lucro, la pérdida, los cambios de condiciones comunes, los acontecimientos producidos por las revoluciones de resonancia lejana, la vida nómada, la vida urbana, los hechos acaecidos y los por

devenir; todo he incluido dilucidando sus pruebas y sus móviles primarios. De esta suerte la obra viene a resultar una compilación singular, debido a lo que comprende en numerosas nociones importantes y doctrinas innovadas, hasta ayer ocultas y hoy ya fáciles al entendimiento.

Mas, con todo, estoy persuadido de que, entre los hombres de distintas épocas, no ha habido otro más inepto que yo de recorrer un campo tanto vasto.

...

La norma por observar, para discernir en los relatos lo verdadero de lo falso, se fundamenta en la apreciación de lo posible y de lo imposible, y consiste en examinar la sociedad humana, es decir, la civilización; distinguir, por un lado, lo que es inherente a su esencia y a su naturaleza, y, por el otro, lo que es accidental y que no debe tomarse en cuenta, reconociendo asimismo lo inadmisibles. Procediendo así, tendremos una regla segura para distinguir, en cualquier suceso y noticia, la verdad del error, lo verdadero de lo falso, valiéndonos de un método demostrativo, que no dejará lugar alguno a duda. Entonces, si oímos la noticia de algunos sucesos de los que acontecen en la sociedad humana, sabremos formar nuestro juicio sobre lo que debemos aceptar como verídico o rechazar como falso. Estaremos así provistos de un positivo instrumento que nos permitiría apreciar los hechos a ciencia cierta, y que serviría a los historiadores de guía, en el desarrollo de sus trabajos, para procurarse el sendero de la verdad.

Tal es el objeto que nos hemos propuesto alcanzar en este primer libro de nuestra obra. Como que se trata de una ciencia sui géneris, de un tema específico, que aborda la sociedad humana y su desenvolvimiento, trata varias

cuestiones que sirven para explicar sucesivamente los hechos y fenómenos inherentes o vinculados a la esencia misma de la sociedad. Tal es el carácter de todas las ciencias, tanto las objetivas, como las racionales.

Las disertaciones en que vamos a tratar nuestro tema integran una ciencia novedosa, que será notable por la originalidad de sus miras así como por el alcance de su utilidad. Nos condujo a descubrirla la búsqueda insistente, y la consecuencia de profundas meditaciones. Esta ciencia no tiene nada en común con la retórica, que es una rama de la lógica, y que se limita al empleo de discursos persuasivos, propios para inducir a las multitudes a una opinión, o en contra de ella. Tampoco tiene nexos con la ciencia administrativa, que comprende por objeto el gobierno de una familia o una ciudad, conforme a las exigencias de la moral y la prudencia, a efecto de encauzar al pueblo por una senda que conduzca a la conservación y perduración de la especie. Difiere, pues, de ambas ciencias aunque quizá pudiera ofrecer algún rasgo de semejanza con ellas. Me parece la mía una ciencia de nueva creación, sin precedente, producida espontáneamente; porque, a fe mía, nunca he visto, ni he sabido de tratado alguno que se haya escrito especialmente sobre esta materia. Ignoro si hay que atribuir a la negligencia de los autores el olvido del tema, lo cual, desde luego, no debe lesionar su consideración. Tal vez hayan escrito sobre el particular y tratado el tema a fondo, sin que su producción haya llegado hasta nosotros. De hecho, las ciencias son numerosas, asimismo los sabios de diversos pueblos de la especie humana; mas las producciones científicas que no hemos conocido, sobrepasan en cantidad a las que han llegado hasta nosotros.

...

Vamos ahora a exponer en este primer libro todo lo que acontece al género humano en su estado social: las diversas condiciones de su desenvolvimiento, el dominio, el lucro, las ciencias, los oficios, las artes, empleando en ellos los métodos demostrativos, que harán ver cómo se debe proceder a la verificación de los conocimientos difundidos entre la alta y la baja capa social, y que servirán para disipar muchas ilusiones y determinar muchas incertidumbres.

El hombre se distingue de todos los seres vivientes por los atributos que le son privativos; en cuyo número deben ordenarse:

1.º Las ciencias y las artes, producto del pensamiento, facultad que distingue al hombre de los irracionales, y le eleva por encima de todas las demás criaturas.

2.º El menester de una autoridad capaz de imponer el orden, de un gobierno que tenga el poder de reprimirle sus descarríos. En todo el género animal, el hombre es el único que no podría existir sin autoridad coercitiva. Si, como se asegura, se halla algo parecido entre las abejas y las langostas, eso sería, para dichos insectos, el resultado de un instinto, pero no del pensamiento, ni de la meditación.

3.º La lucha por la subsistencia y el trabajo, que proporciona los diversos medios del vivir. En efecto, Dios, habiendo sometido al hombre a la necesidad de la alimentación, a fin de conservar la vida y mantener sus existencia., El mismo lo orienta hacia su búsqueda y logro. "El Altísimo ha dicho: Dios ha dotado a todos los seres, luego orientólos." (Corán, sura XX, vers. 52).

4.º La sociabilidad, o sea la convivencia colectiva, ya en poblados, ya bajo tiendas. Los hombres son llevados a la vivencia en sociedad

naturalmente, bien por sus sentimientos de afinidad hacia sus parientes y cercanos, o bien por las exigencias de sus menesteres, dada su naturaleza congénita de la intercolaboración por la subsistencia, tal como lo explicaremos más adelante.

5.º y 6.º El estado social. Comprende dos aspectos: la vida nómada y la vida sedentaria. La primera es aquella que se desenvuelve en las llanuras, sobre las montañas, o bajo las tiendas transitorias, que recorren los puntos de pasturaje ubicados en los desiertos o en los confines de las regiones arenosas. La segunda, es la que se desarrolla en las ciudades, poblaciones, aldeas y caseríos; localidades que ofrecen al hombre seguridad y protección con sus murallas y fortalezas. En todas estas circunstancias, el estado social experimenta modificaciones esenciales en cuanto se refiere a la reunión de individuos en sociedad. Por tanto, es necesario que este primer libro, con las materias que trata, sea dividido en seis capítulos:

1.º Sobre la sociedad en general, las variedades de la raza humana y los países que ocupa;

2.º Sobre la sociedad entre los nómadas, las tribus y los pueblos semisalvajes;

3.º Sobre los gobiernos dinásticos, el califato, la monarquía y las dignidades que existen necesariamente en un reino;

4.º Sobre la sociedad sedentaria, las ciudades y las provincias.

5.º Sobre los oficios, la subsistencia, el lucro y sus diversos medios;

6.º Sobre las ciencias, los medios de su adquisición e instrucción.

Hemos antepuesto la sociedad nómada a la sedentaria por su antelación (en el orden cronológico), a todas las formas que ésta ha

podido tomar. Este principio quedará demostrado en seguida. El mismo motivo nos hizo anteponer la monarquía a las ciudades y poblaciones. La preferencia que hemos dado, asimismo, a la subsistencia y sus medios, cuyo móvil es bien obvio, puesto que se trata de una necesidad primaria y absoluta, exigida por la Naturaleza, en tanto que el estudio de ciencias es superfluo, o complementario. Lo naturalmente primario es, pues, anticipado siempre a lo complementario. Hemos puesto en un mismo capítulo los oficios y los lucros, debido a ciertos nexos que guardan entre sí, particularmente por lo que se refiere al desarrollo social. Punto sobre el cual volveremos más tarde.

...

Sobre la sociabilidad humana en general.

Primer discurso preliminar

Este discurso servirá para demostrar que la congregación de los hombres en sociedad es cosa necesaria. Es por ello que los filósofos han dicho: "El hombre, es por su propia naturaleza, ciudadano." Quiere decir, que le es indispensable congregarse en sociedad, término que, en su lenguaje, reemplazan por el de ciudad. El vocablo *omrán* significa la misma idea. He aquí la explicación de la máxima de estos filósofos: Dios, enaltecido sea, ha creado al hombre dotándolo de una forma que no podría existir sin alimentos. Al mismo tiempo, el propio Creador, ha querido que el hombre fuere orientado en la consecución de dicho alimento por un impulso innato, y el poder con el que lo ha provisto para procurárselo. Mas la posibilidad de un individuo aislado, no sería suficiente para obtener lo necesario de esos alimentos, ni podría por sí solo procurarse lo que hace falta para el mantenimiento de su

vida. Admitiendo, por la suposición más moderada, que el individuo obtendría lo bastante de trigo, por ejemplo, para su alimento de un día; pues para podérselo aprovechar requiere una serie de operaciones: el grano ha de ser molido, amasado y cocido. Cada una de estas operaciones exige los utensilios, los instrumentos que, cuya confección forzosamente demanda el concurso de diversos artesanos, tales como el herrero, el carpintero y el alfarero. Supongamos igualmente que el hombre comería el grano en su estado natural, sin someterlo a ninguna preparación; pues bien, para su simple logro necesitaría de trabajos más numerosos aún, tales como la siembra, la siega y la trilla, que hace salir el trigo de la espiga, que le encierra. Cada una de estas labores exige en instrumentos y procedimientos mucho más que en el primer caso. Por tanto, es imposible que un solo individuo pueda realizar todo eso, o incluso en parte. Es indispensable, pues, sumar al suyo el esfuerzo de un buen número de sus semejantes a fin de procurarse el alimento necesario tanto para él, como para ellos, y de esta ayuda mutua se asegurarla asimismo la subsistencia de un número de personas mucho más considerable. Otro tanto ocurre en lo que respecta a la defensa de la vida: cada uno ha menester del socorro de sus congéneres. De hecho, el Supremo, cuando organizó al género animal y distribuyó a cada especie la índole y fuerza que le corresponde, asignó a muchas de ellas una porción superior a la del hombre. El caballo, por ejemplo, es mucho más fuerte que el ser humano; igualmente el asno, el toro. La fuerza del león y del elefante, sobrepasa con mucho a la del hombre.

Al ser connatural la enemistad entre los animales, Dios ha proporcionado a cada uno un

miembro destinado especialmente para rechazar los ataques de sus enemigos. Entre tanto dotó al hombre, en lugar de eso, con la inteligencia y la mano. La mano, sujeta a la inteligencia, se halla siempre presta a cuanta actividad, a ejecutar los oficios y las artes que, entre otras cosas, suministran al hombre los instrumentos que reemplazan, para él a aquéllos miembros repartidos a los demás animales para su defensa. De suerte, las lanzas suplen a las astas, destinadas a embestir; las espadas sustituyen a las garras, que sirven para herir; las corazas ocupan el lugar de la dura y espesa epidermis, sin citar otros objetos cuya enumeración puede verse en el tratado de Galeno, sobre el uso de los miembros. Por consiguiente, la fuerza de un hombre aislado no podría resistir el ataque de un irracional, sobre todo de la clase de los carnívoros, y resultaría absolutamente incapaz para repelerlo. Por otra parte, tampoco estaría en la posibilidad de fabricar las diversas armas necesarias. Por todas esas circunstancias, el hombre está precisado a recurrir a la colaboración de sus semejantes, porque en tanto que su concurso le falta, él no podría procurarse los alimentos ni sostener la seguridad de su existir. Tal ha sido la decisión de Dios, al constituir al hombre, imponiéndole la necesidad de nutrirse para vivir. Pues faltando a la disposición del Creador, se expondría el hombre -aislado y sin armas-, a un constante peligro; convirtiéndose bien pronto en una presa de las fieras; una muerte prematura pondría término a su existencia, y la especie humana sería aniquilada. En cambio, existiendo entre los hombres el principio de la mutua aguda y la colaboración, obtendrían el alimento para nutrirse y las armas para su defensa, cumpliéndose así la providencia del Altísimo respecto a la

conservación y perduración de la especie humana. Los hombres, por tanto, están obligados a vivir en sociedad; de lo contrario no se llevaría a cabo su existir ni se cumpliría la voluntad de Dios: de poblar el mundo con ellos, como sucesores suyos. (Corán, sura II, vers. 28.) He ahí, pues, el sentido del omrán, que constituye el objeto de la ciencia que nos ocupa.

En lo que precede hemos establecido, por así decir, que la organización social es realmente la finalidad de la ciencia que tratamos de desarrollar. Eso no es, sin embargo, una obligación para quien trata una rama de cualquier conocimiento, considerando que conforme a las reglas de la lógica, el autor de una ciencia no tiene por qué demostrar el tema de la misma. Mas no obstante, la cosa no es vedada, sea, pues, una aportación puramente facultativa. "Dios, con su magnanimidad, concede el éxito."

Llevada a efecto la reunión de los hombres en sociedad, así como dejamos señalado, y ya poblado el mundo por la especie humana, una nueva necesidad se dejará sentir: la institución de un control potente, que imponga el orden entre ellos y proteja a los unos de los otros; porque el hombre, en tanto que animal, es inducido por su naturaleza a la agresión y la violencia. Las armas de que se sirve para repeler los ataques de los irracionales, no le son suficientes para su defensa contra sus semejantes, y que todos las tienen a su disposición. Se precisa por tanto otro medio que pudiera impedir sus mutuas agresiones. Además, no podría encontrarse ese medio moderador sino en su propio seno, dada la deficiencia de las demás especies animales en cuanto a percepción e inspiración de que es capaz el hombre; por consiguiente, es indispensable que el moderador pertenezca a la especie humana y

que tenga un brazo poderoso, coercitivo y una autoridad avasalladora, que impusiera el orden y evitara todo género de hostilidades internas. He aquí lo que significa gobierno o soberanía. Se infiere de estas observaciones que el gobierno es una institución peculiar del hombre, conforme a su naturaleza, e ineludible para su existencia. Habrá quizá algo semejante, según refieren los filósofos, entre ciertas especies de animales, tales como las abejas y las langostas, entre las cuales se ha reconocido la existencia de una autoridad superior, una obediencia y adhesión a un jefe de sus propios individuos, pero que se distingue por su forma y tamaño. Empero, entre los seres que difieren del hombre, la cosa existe a consecuencia de su organización instintiva y de la orientación del Creador, mas no proviene de la determinación reflexiva ni de una intención administrativa regular. "Dios ha dotado a todos los seres, luego los ha guiado." (Corán, sura XX, vers. 52).

...

De la civilización entre los nómadas y los pueblos semisalvajes y entre los organizados en tribus. Fenómenos que allí ocurren.

Principios generales. Aclaraciones.

La vida nómada y la vida sedentaria son estados igualmente conformes a la Naturaleza.

Sabed que la diferencia que se advierte en las condiciones y las instituciones de los diversos pueblos depende de la manera de que cada uno de ellos procura su subsistencia; los hombres no se han reunido en sociedad sino para ayudarse a lograr los medios del vivir. Empiezan por buscar lo indispensable; en seguida procuran satisfacer necesidades facticias y superfluas, luego aspiran a la abundancia. Unos se dedican a la agricultura; plantan y siembran; otros se ocupan en la cría de ciertos animales,

tales como ovejas, bovinos, cabras, abejas, gusano de seda, etc., a efecto de multiplicarlos y sacarles provecho. Las gentes de estas dos clases están obligados a habitar el campo; porque las ciudades no pueden ofrecerles las tierras necesarias para la siembra, ni las campiñas para el cultivo, ni pasturajes para sus ganados. Compelidos por la necesidad de las cosas a habitar el campo, reúnen allí en sociedades a fin de ayudarse mutuamente a la consecución de los medios de vivir y demás cosas necesarias, que su grado de civilización hace indispensables: Alimentos, abrigo, medios de obtener el calor: he allí lo que les precisa, mas apenas lo mínimo para sustentar su existencia; ya que por lo pronto son ineptos para conseguir mayores ventajas. Más tarde al encontrarse en circunstancias mejores y que su riqueza sobrepasa a todos sus menesteres, comienza a disfrutar de la tranquilidad y la molicie. Combinan todavía sus esfuerzos, trabajan para lograr más que lo simplemente necesario; se les ve acumular los víveres, lucir numerosa y bella vestimenta, edificar amplias residencias, fundar ciudades y villas para ponerse al abrigo de tentativas hostiles, llevando por meta la vida urbana y la civilización. La abundancia y la molicie van en aumento, acabando por introducir los hábitos del lujo que se desarrollan con vigor y se dejan revelar en la manera de aderezar sus viandas, mejorar el arte culinario, seleccionar los atavíos de seda, brocado y otros excedentes paños, etc. Las residencias y los palacios se elevan entonces a grandes alturas; contruidos sólidamente y embellecidos con delicadeza y primor, muestran cómo la disposición por las artes pasa de la potencia al acto y alcanza la perfección. Erigen los castillos y las mansiones ornados en

su interior con fuentes y jardines; alzan bellos edificios decorados con sumo esmero; se empeñan en superarse en la calidad de cuanto poseen en objetos de uso cotidiano, tales como vestimenta, moblaje, vasijas, enseres, etc. He aquí a esos hombres convertidos ya en ciudadanos (hadar). La palabra hadar significa (hadirun), esto es, siempre presentes, que habitan las ciudades (hauadir) y los poblados. Entre ellos, unos ejercen los oficios para ganar la vida; otros se dedican al comercio y, por los grandes provechos que obtienen, sobrepasan con mucho en riqueza y bienestar a las gentes del campo. Liberados de la pobreza y superando lo necesario, viven de acuerdo con sus posibilidades. Se ve, pues, de lo que precede que tanto la vida rural como la citadina son dos estados igualmente conformes a la Naturaleza.

...

De la verdadera significación de los términos beneficio (rizq) y adquisición (kasb). Se prueba que esto es el valor del trabajo del hombre

El hombre, en todos los estados y en todos los períodos de su vida, desde su nacimiento hasta la época de su pleno desarrollo y desde allí hasta la vejez, está sometido por la naturaleza a la obligación de tomar alimentos y de proporcionarse la subsistencia. El rico (que no tiene necesidad de nada) es el Altísimo: “Dios es de suyo opulento, mientras vosotros sois pobres.” (Corán, sura XLVII, vers. 38.) Dios, ¡glorificado sea!, ha creado para el hombre todo lo que hay en el mundo y se lo ha obsequiado, así como lo declara en varios versículos de su Libro. “Ha creado para vosotros, dice, todo lo que hay en los cielos y en la tierra.” Y prosigue: “Ha sometido a vosotros el mar y el firmamento, y ha sometido a vosotros los ani-

males de diversas especies.” Podríamos citar todavía otros testimonios suministrados por este Libro.

El hombre extiende la mano con autoridad sobre el mundo y todo su contenido, en virtud de la declaración mediante la cual Dios lo señaló en la Tierra como lugarteniente suyo. Las manos de todos los hombres están abiertas (para tomar), y, en eso (sólo), obran de concierto; mas ningún individuo puede pretender lo que otro ha obtenido, a menos de que le diera algún objeto en cambio. El hombre, al pasar la debilidad de sus primeros años y ya apto para actuar por sí mismo, empieza a procurar la obtención de las cosas que puedan rendirle provecho, con el fin de emplear, lo que el Señor le depara, como medio de cambio en satisfacer sus necesidades y sus menesteres. El Altísimo ha dicho: “Procurad, pues, el sustento junto a Dios.” (Corán, sura XXIX, vers. 17.) A veces el hombre obtiene eso sin esfuerzo; de este modo Dios le da la lluvia, que favorece los cultivos de las tierras; pero tales dones no son más que simples socorros, que no eximen del esfuerzo propio, así como se verá más adelante. Si las cosas que el hombre llega a lograr son en cantidad suficiente para subvenir a sus necesidades y proporcionarle los menesteres de la vida, se les designa con el término “subsistencia” (maash), y si son en cantidad mayor, se les llama “riquezas” (riash) y “bienes” (motamawall). Lo que el hombre obtiene o logra se denomina “beneficio” (rizq), si le saca utilidad y le recoge fruto. Esto acontece cuando él gasta lo que ha obtenido en cosas que le son necesarias o útiles. El Profeta ha dicho: “Los bienes que tú realmente has poseído, son los alimentos que has consumido al comerlos, las ropas que has gastado al usarlas y las cosas

que has donado en cantidad.” Lo que el hombre ha obtenido no debe llamarse beneficio si no le sirve para mejorar su vida o subvenir a sus necesidades. La posesión de bienes, cuando es el resultado de los esfuerzos del hombre y de su capacidad se denomina “adquisición” (kasb). Es igual a las sucesiones: la herencia, conceputada en relación al difunto, no se llama “beneficio” sino “adquisición” porque el muerto no le ha sacado ninguna ventaja; pero, considerada en relación a los herederos, toma ese primer nombre, si éstos la emplean útilmente. Este es el verdadero sentido del vocablo “beneficio” según los doctores ortodoxos.

Los motazilitas consienten en llamar “beneficio” a los bienes dejados por un difunto, a condición de que hayan sido adquiridos de una manera legal. “Lo que no ha sido adquirido de ese modo, dicen, no tiene ningún derecho a ser denominado tal.” Asimismo rehúsan ese título a lo que ha sido obtenido por violencia o por una vía ilegal. Con todo Dios concede los beneficios al expoliador y al opresor, al verdadero creyente y al infiel, mostrando su misericordia y su gracia directriz a quien le place, estos mismos doctores apoyan su opinión en otros argumentos, mas no es el momento oportuno para dar la exposición.

Ahora sabed que es por medio de su propio trabajo y empeñándose en la utilidad que el hombre llega a la adquisición; debe proponerse y luchar para obtener un beneficio, aun cuando procuraría conseguirlo por todas las vías posibles. Dios ha dicho: “Procurar vuestro beneficio cerca de Dios.” Los esfuerzos que el hombre hace por ello dependen de la facultad que Dios le ha concedido y de las ideas que le inspira. Todo beneficio proviene de Dios; mas toda adquisición y todos los bienes

y riquezas requieren el trabajo del hombre. Ello es evidente cuando ese trabajo consiste en los esfuerzos personales del individuo, como, por ejemplo, el ejercicio de un arte. La ganancia que resulta de la cría de animales, del cultivo de plantas y de la explotación de minerales tampoco puede obtenerse sin el trabajo del hombre; cosa que se ven todas partes, pues sin el trabajo, esas empresas no rendirían provecho alguno, ni se llevarían a cabo. Añadamos que Dios ha creado dos metales, el oro y la plata, para representar el valor de todo lo que es caudal.

Para la generalidad de los hombres, lo que es tesoro y ganancia consiste únicamente en oro y en plata; si se poseen de otras materias, es solamente con el propósito de aprovechar las fluctuaciones del mercado y venderlas ventajosamente, con la mira de proveerse luego del oro y de la plata. En cuanto a estos dos metales, son de un valor sólido y no podrían ser objeto de tráfico, puesto que son la base en que estriba todo lo que es ganancia, lucro o tesoro. Establecidos estos principios, diremos que, si los fondos (o existencia) de que se saca una ventaja y un provecho son el producto de un oficio particular, esa ventaja y tal provecho representan el valor del trabajo del artesano, y eso es lo que se designa con la voz “ganancia” (qinia); pues el trabajo es el todo ahí, pero no es por el trabajo mismo que uno consienta en darse tanta pena. Hay ciertos oficios que comprenden en sí algunos otros: el del carpintero, por ejemplo, se anexiona al del armador, el oficio de hilar ha de acompañar al de tejer; pero hay más mano de obra en la carpintería y en la tejeduría, lo cual hace que este trabajo sea más retribuido.

Si los fondos que se poseen no son el producto de un oficio, no es menos preciso

incluir, al precio de ese producto que se ha obtenido y adquirido, el valor del trabajo que se había invertido allí, porque sin el trabajo nada se adquiere. Quizá en la mayoría de los casos, sea fácil observar que se ha tomado cuenta del valor del trabajo y se le ha asignado un precio más o menos importante, pero, en algunos otros es imperceptible. Tal ocurre para la generalidad de la gente en lo que se refiere al precio de los comestibles. Cuando se fija el precio de los cereales, ciertamente se toma en cuenta el trabajo y los gastos que su producción ha exigido, así como lo hemos dicho anteriormente; mas esto escapa a la atención de las gentes que viven en las comarcas donde las cargas que ocasiona el cultivo de la tierra son lianas; apenas algunos agricultores reparan en ello. Al hacer notar que las ventajas y los provechos (derivados de los oficios y del comercio) representan en totalidad o en gran parte el valor del trabajo del hombre, hemos aclarado el sentido del término “beneficio”, hemos mostrado que de este beneficio se obtiene la utilidad, e indicado lo que debemos entender por la voz “adquisición”.

Ahora debe saberse que si el decrecimiento de la población ha hecho disminuir o cesar los trabajos en una ciudad, ello presagia que Dios ha retirado a los habitantes de esa localidad los medios de adquirir riquezas. Véase las ciudades donde hay poca gente; los beneficios y ganancias son bien reducidos, debido a las escasas actividades. En cambio, en las ciudades de numerosa población, donde se trabaja febrilmente, los habitantes gozan de amplias riquezas y de grandes comodidades. Esto resulta del principio que ya hemos asentado. Las gentes del pueblo se expresan con plena concordancia con las ideas expuestas en este capí-

tulo cuando dicen de un país decaído su progreso que “ha perdido sus beneficios”.

(En semejante país, la ruina se propaga) al punto que los arroyos y los manantiales se secan y no riegan ya las llanuras. En efecto, para tener cursos de agua, hay que limpiar los manantiales y sacar el agua de los pozos, es decir, hace falta el trabajo del hombre. Es así como, para obtener la leche, hay que extraerla de la ubre del animal, pues si se discontinúa la limpieza de los pozos y la extracción del agua, acaban por desaparecer, así como los animales cesan de suministrar leche cuando se deja de ordenarlos. Véase los países en donde se sabe que había manantiales en los tiempos de su prosperidad; tan pronto como la desolación se ha cundido allí, las aguas dejaron de fluir, como si no hubieran existido jamás. “Dios regula las alternativas de las noches y los días.”

...

La civilización de la vida urbana marca el mas alto grado del progreso a que un pueblo puede alcanzar; es el punto culminante de la existencia de ese pueblo, y el signo que presagia la decadencia.

Ya hemos expuesto que el reino y el establecimiento de un gobierno dinástico son el objetivo a que propende la acción de la asabiya, que la civilización nacida de la vida urbana es a la que converge la civilización nómada, y que la vida nómada, la vida urbana, la realeza, la plebe, y todo lo que se señala dentro de la sociedad humana, tiene una existencia limitada, al igual de cada individuo de los seres creados, pues la razón y la historia nos enseñan que, en el espacio de cuarenta años, las fuerzas y el desarrollo del hombre alcanzan su máximo límite, que la naturaleza suspende entonces su acción durante algún tiempo, y que luego co-

mienza la decadencia. Igualmente sucede a la civilización urbana; ella es el término más allá del cual ya no hay progreso. Un pueblo que se halla en la abundancia se entrega naturalmente a todos los usos de la vida urbana y prontamente se conforma a ellos. Ahora bien, en ese ambiente de la existencia, la civilización consiste, como ya sabemos, en la introducción de cuanto género del lujo, en el esmero por lo mejor y en la aplicación al cultivar las diversas artes: como, por ejemplo, el arte culinario, que se ha ingeniado para el refinamiento de la cocina, el arte del vestir, de la construcción, de los tapices, del moblaje, del menaje y demás primores que constituyen el conjunto de una elegante residencia. Para alcanzar un resultado satisfactorio en cada una de estas facetas, se requiere el concurso de varias artes de las cuales no hay menester alguno en la vida nómada, ni tampoco quien las procure. Cuando se ha llevado hasta el último límite la elegancia en todo lo que se refiere al despliegue doméstico, uno cede a la seducción de sus pasiones, y los hábitos del lujo comunican al alma una variedad de impresiones que le impiden mantenerse en la vía de la religión y alteran su tranquilidad en este mundo.

Dichos hábitos, enfocados desde el punto de vista religioso, descubren cierta impregnación que deja en el alma unas máculas de difícil erradicación, enfocadas desde el punto de vista mundano, crean tantos menesteres e imponen tantas obligaciones que cuya satisfacción sobrepasa a las posibilidades normales. En otras palabras más claras: en las grandes ciudades, la diversidad de las artes que nacen de la propia civilización ocasiona a los habitantes crecidos gastos. Ahora el grado de esta civilización varía según el desarrollo social: cuanto mayor

sea el desarrollo, tanto más cabal es la civilización. Por lo demás ya hemos dicho que toda ciudad de numerosa población se caracteriza por la carestía de los artículos expuestos en sus mercados, y por los altos precios de los objetos que sirven a los menesteres de la vida. Los derechos impuestos por el gobierno sobre sus mercancías contribuyen a su carestía. (Derechos que suelen ser muy considerables) porque la civilización no alcanza su pleno desenvolvimiento sino en la época en que la dinastía ha llegado a su más alto grado de potencia, época durante la cual el gobierno fija generalmente (nuevos) impuestos, debido a los fuertes gastos que tiene entonces que cubrir, tal como lo hemos demostrado. Dichos impuestos tienen por efecto el aumento del precio de todas las operaciones de venta, ya que los negociantes y los tenderos, al fijar el precio a sus artículos y mercancías, toman en cuenta todos sus desembolsos, e incluyen, desde luego, los derechos de mercado y los gastos de su propia manutención, lo cual sube considerablemente el precio de todo lo vendible, y obliga a los habitantes de la ciudad a gastar demasiado y a salir de los límites de la moderación para caer en el despilfarro. No hallan otra solución, porque se encuentran sometidos a sus costumbres del lujo; de tal suerte consumen todo lo que ganan y se dejan arrastrar, unos tras otros por la pobreza y la miseria. Cuando la mayor parte de ellos se ha reducido a la indigencia, el número de compradores disminuye, el comercio languidece y la prosperidad de la ciudad sufre la consecuencia. Todo eso tiene por causa la civilización llevada al extremo y el lujo que rebasa todos los linderos.

He ahí las causas que dañan, de una manera general, a una ciudad, porque la afec-

tan por igual en su comercio y en su población. Las que la dañan obrando sobre los individuos son, desde luego, la fatiga y el cansancio que padecen en procurar subvenir a los hábitos del lujo convertidos para ellos en menesteres, luego las diversas impresiones desmoralizadoras que el alma experimenta en buscando satisfacer las exigencias de estos hábitos viciosos. El mal que eso hace a la pureza del alma va siempre en incremento, porque cada menoscabo que ella recibe es seguido de otro. Por tanto la depravación se multiplica en esos individuos, asimismo la maldad, la improbidad y la inclinación a la artimaña y a toda especie de medios, lícitos o ilícitos, a efecto de ganar el sustento. El alma se aparta (de la virtud) para reflexionar sobre esas materias, para dejarse absorber en su estudio y combinar astucias mediante las cuales pudiera realizar sus designios; por eso se les ve a esos hombres entregarse descaradamente a la mentira, al engaño, a la trapacería, al hurto, al perjurio y al fraude en la venta de sus mercancías. Se observará asimismo que su desmedido hábito de satisfacer sus pasiones y deleitarse en los placeres que el lujo ha introducido los ha familiarizado con todos los géneros del vicio y con lo inmortalidad en todos sus aspectos. Ostentan abiertamente el impudor, y, arrojando de lado toda vergüenza, se explayan sobre ello modestamente, sin sentirse cohibidos ni por la presencia de sus parientes y de sus mujeres. Todo lo opuesto a la vida nómada, donde el respeto que se brinda a las mujeres impide pronunciar delante de ellas palabras obscenas. Se advierte también que esas gentes son las más hábiles en el empleo del dolo y la simulación, con el objeto de sustraerse a la coerción, cuando están amagados por el brazo de la justicia, y a fin de evitar el castigo

a que se saben merecedores por sus fechorías. Esto incluso se vuelve un hábito y una segunda naturaleza para ellos, excepto algunos que Dios ha preservado del pecado. La ciudad rebosa de una población ínfima, de una multitud de hombres de inclinaciones viles, que tienen por seguidores a muchos jóvenes pertenecientes a grandes casas, a hijos de familia abandonados a sí mismos, y que, a pesar de la nobleza de su cuna y de la respetabilidad de sus familias, se han dejado arrastrar en el vicio por la frecuentación a mas confianza. Esto se comprende cuando uno piensa que los hombres son naturalmente semejantes, sólo se superan y se distinguen por sus cualidades morales, por su esfuerzo en adquirir virtudes y evitar las vilezas. Por ello, el vicio los rebaja a un mismo nivel, sin importar lo ilustre de la alcurnia ni la procedencia de un honorable linaje. De ahí que vemos a tantos descendientes de ilustres familias, de alta posición desechados de la sociedad, relegados a la turba y obligados, por sus depravadas costumbres y sus vicios, a ejercer los oficios más bajos a fin de obtener la subsistencia. Cuando esa calaña de gente se pro paga en una ciudad o una nación, es un signo inequívoco con que Dios anuncia la caída y la ruina de esa nación.

Ahora se comprende el sentido de estas palabras del Altísimo: “Y cuando quisimos aniquilar una ciudad, ordenamos a sus concupiscentes que la depravasen, y entonces merecieron el castigo y la arrasamos íntegramente.” (Corán, sura XVII, vers. 16.) He aquí cómo la desmoralización acontece: cuando uno no gana lo suficiente para subvenir a sus necesidades, satisfacer a los numerosos hábitos contraídos y mantener el orden con que el alma procura los goces, sus condiciones se

trastornan, y, al ocurrir esto sucesivamente a muchos individuos de la ciudad, todo se desorganiza allí y cae en ruina. He aquí lo que suponen algunos hombres de espíritu superior: "La ciudad en que se han multiplicado los cítricos ornamentales recibe con ello la advertencia de su próxima devastación." Por eso mucha gente del pueblo elude la plantación de dichos cítricos en los patios de sus casas. Pero no es esta la idea que se ha querido expresar, ni tampoco los cítricos puedan encerrar malaugurio alguno; solamente se ha querido decir que la creación de jardines, y su dotación de aguas corrientes, son una concomitancia de la civilización urbana, pues los cítricos, el lila, el ciprés, etc., son árboles cuyos frutos no contienen ningún principio nutritivo ni utilidad alguna. Sólo por su aspecto ornamental que estos árboles se plantan en los jardines, y ello no se practica sino bajo la influencia de una civilización llevada al extremo; no se suele efectuar sino después de haber desenvuelto con esmero todos los géneros del lujo, y esa es precisamente la época en que se teme la asolación de la ciudad y su ruina. La adelfa, de la que se ha dicho la misma cosa, se incluye todavía en esa categoría; no se le planta en los jardines sino a causa de sus bellas flores rojas o blancas, y esta es también una práctica introducida por el lujo.

Otra causa de la corrupción de costumbres en la civilización urbana, es la afición a la concupiscencia por la cual, en un ambiente de múltiples lujos, se abandona la brida de fez pasiones, a fin de sumergirse en la intemperancia. Entonces se crean, para la satisfacción del estómago, los manjares más suculentos. Se varían luego fez maneras de deleitar los apetitos carnales: la fornicación se introduce así

como la pederastia, vicios que conducen uno indirecta y otro directamente a la extinción de la especie. La fornicación tiene una influencia indirecta sobre la incertidumbre que resulta acerca de la filiación de los hijos; porque nadie querrá reconocer por hijo suyo a un niño que probablemente no lo sea, puesto que la simiente de varios ha podido reunirse en la misma matriz. En tal caso, los padres, al no experimentar el afecto natural que les hace amar a sus hijos, rehusan criarlos; los niños mueren por falta de cuidado, de donde resulta un obstáculo a la propagación de la especie. La pederastia, es una causa que contribuye directamente, tiene por consecuencia la interrupción completa de la propagación. Con arreglo a estas consideraciones fue que el imam Malik anunció, respecto a la pederastia, una opinión mucho más explícita que la de los otros (tres) imames, y demostró así que entendía mejor que éstos la finalidad de cada precepto de la ley divina, y que dichos preceptos implican siempre por objeto el bien general.

El lector que haya comprendido y apreciado lo que acabamos de exponer advertirá que la civilización es la vida urbana y el lujo, que significa el último término del progreso de la sociedad, y que, a partir de ahí, la nación empieza a retroceder, a corromperse y caer en la decrepitud, tal como acontece a la vida natural de los animales. Diremos incluso que el carácter de los hombres, formado bajo la influencia de la vida urbana y el lujo, es, en sí mismo, la corrupción personificada. El hombre no es tal, a menos de poderse proporcionar, por sus propios medios, lo que le es útil, y apartar de sí lo que podría perjudicarle; es para luchar con ese fin que ha recibido una organización tan perfecta, pues el ciudadano es incapaz

de suministrar a sí mismo sus propias necesidades; la inepticia, cuyo hábito ha contraído viviendo en la comodidad, se lo impide, o bien el orgullo que resulta de una educación recibida en el seno del bienestar y el lujo. Ambos casos son igualmente censurables. Los habitantes de las ciudades, cuya infancia han pasado bajo el control de preceptores, encargados de enseñarles y castigarlos, y que viven luego en medio del lujo, pierden su calidad varonil, les falta la energía suficiente para defenderse contra sus agresores y se convierten en una carga para el gobierno, que les prestará su protección. Tal disposición les es incluso perniciosa desde el punto de vista religioso, debido al tinte del mal que las depravadas costumbres, a que se hallan sometidos, han comunicado a sus almas. Este es un principio que ya hemos establecido y que apenas admite muy raras excepciones. Así pues, al perder el hombre la facultad de conservar su moral y las buenas cualidades de devoto, pierde su condición humana y desciende al nivel de los irracionales. Cuando se enfoca la civilización desde ese punto de vista, se comprende por qué esas fracciones de tropas del sultán que han sido criadas bajo los hábitos duros y ásperos de la vida nómada son más efectivas y útiles que aquellas cuyos componentes han pasado su vida en medio de la civilización urbana. Esto se observa en todos los reinos. Por tanto es evidente que esta civilización marca el punto de detención en la vida urbana de un pueblo, o de un reino. ¡Dios es único, todopoderoso!

Bibliografía

A) Los textos citados proceden de IBN JALDUN, *Introducción a la historia universal (Al-Muqaddimah)*. Estudio preliminar, reunión y

apéndice de Elías Trabulse. Traducción de Juan Feres. México, Fondo de Cultura Económica, Colección las grandes obras de historia, 1977. Esta es la única edición completa del gran libro de Ibn Jaldún que, además, ofrece una traducción directa del original árabe, con notas y prólogos. Traducciones indirectas y parciales son las siguientes:

ABEN JALDUN. *Teoría de la sociedad y de la historia*. Selección, prólogo e introducción de Charles Issawi. Traducido del inglés por José Gómez Pablos. Caracas, 1963.

Textos e introducción de los Prolegómenos de Ibn Jaldún. Edición y traducción de la versión inglesa a cargo de Victor Sanz. Uruguay, Facultad de la Humanidades y Ciencias de Montevideo, 1969.

Otras obras de Ibn Jaldún traducidas al castellano:

Autobiografía (Tárif). Traducción de Elías Trabulse. Se encuentra en su de la *Introducción a la historia universal* arriba citada y ocupa las 31-88.

IBN JALDUN. *Tratado de lógica*. Traducción y edición del P.I Luciano Rubio. Tetuán, 1952.

B) Sobre Ibn Jaldún, además del *Estudio preliminar* de ELIAS TRABULSE en su edición, que también contiene una exhaustiva bibliografía internacional, y del ya citado y sugerente artículo de ORTEGA Y GASSET, puede consultarse:

CRUZ HERNANDEZ, Miguel. *La filosofía árabe*. Madrid, Revista de Occidente, 1963.

LACOSTE, YVES. *El nacimiento del tercer mundo: Ibn Jaldún*. (Original francés con el título: *Ibn Khaldoun Naissance de l'histoire passé du tiers-monde*.) Traducción de Ricardo Mazo. Barcelona, Ediciones Península, Colección Historia-Ciencia-Sociedad n.º 73, 1971.

NASSAR, N. *El pensamiento realista de Ibn Jaldún*. México, Fondo de Cultura Económica, Colección Las grandes obras de historia, 1981.

ROSENTHAL, ERWIN I-J. *El pensamiento po-*

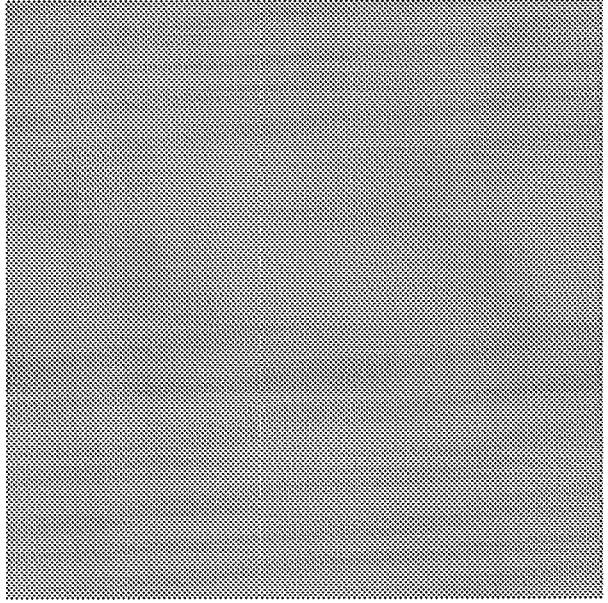
lítico en el Islam medieval. Madrid, Revista de Occidente, 1967.

RUBIO, LUCIANO, “En torno a los ‘Prolegómenos’ de Aben Jaldún, ¿Muqaddima o Mukaddma?”, en *La ciudad de Dios*, Madrid, 1950.

YAMUNI, VERA. “La filosofía de la historia de Ibn Jaldún” y “La decadencia de las naciones según Ibn Jaldún”, ambos artículos en la revista *Anuario de historia*, México, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, Año III, 196 y año IV, 1964, respectivamente.

S E C C I Ó N

T E R C E R A



América y la Antropología

Cristóbal Colón - Pigafetta - Cabeza de Vaca - Cortés - Cieza de León - Alonso de Zorita - Bernardino de Sahagún - Bartolomé de las Casas - Juan Ginés de Sepúlveda - José de Acosta - Montaigne

Cristóbal Colón

“Nuestro Señor me ha fecho la mayor merced que, después de David, El haya fecho a nadie” escribía en Sevilla, a 3 de abril de 1502, el visionario Colón, inventor del Mundo Nuevo, enlazador de la Tierra de Dios. Su descubrimiento se mantiene hoy en la cúspide de la historia humana a pesar de la reciente hazaña lunar. El análisis de los materiales allí arrancados no ha revelado, al parecer, ningún secreto en los laboratorios anglosajones. Los expertos no conocen hoy sobre la naturaleza y origen de la luna más de lo que ya sabían antes del alunizaje. No fue así con el descubrimiento del continente americano: la llegada de las tres carabelas sacó de su rutinario, menudo quehacer, a cosmógrafos, teólogos, juristas, historiadores, economistas, literatos y filósofos, a Europa entera, al viejo Hombre, enfrentándolo con hombres nuevos, consigo mismo, con sus problemas fundamentales. Así nació la Etnografía española. Bien vale la pena sorprender el nacimiento de una disciplina en la que los problemas que se investigan son específicamente humanos y también, y de paso, sacar alguna lección práctica para el antropólogo -otro descubridor, aunque en analogía menor, de comunidades y hombres nuevos- en su trabajo de campo.” Con estas palabras empieza el profesor Carmelo Lisón Tolosana su hermoso artículo titulado “Pequeña historia del nacimiento de una disciplina” (editado en su libro *Antropología social en España*, Madrid, Akal editor, colección *Manifiesto*, serie *Antropología*, segunda edición, 1977) y con ellas deseamos situar nosotros la presentación de esa compleja y decidida personalidad que fue Cristóbal Colón, la figura que posibilitó el magno contacto cultural, que seguidamente estudiaremos, gracias a su afortunado descubrimiento.

Andaría muy equivocado quien pensare que nuestro enfoque está recayendo en el chovinismo y en la parcialidad que nosotros mismos denunciarnos en la “Introducción” de este libro. Para eliminar de raíz tales posibles prejuicios queremos que sea un gran antropólogo extranjero, Lévi-Strauss, quien nos diga las importantes razones por las que, en efecto, el descubrimiento del Nuevo Mundo es, sin duda

alguna, la fuente más importante de la moderna reflexión etnológica. Estas dos páginas magistrales, que tanta orientación han aportado a etnólogos, americanistas e historiadores de la antropología, también nos sirven para justificar la pormenorizada atención que dedicaremos a nuestros "cronistas de Indias", autores todavía por descubrir, cuyas obras son relativamente asequibles para cualquiera y cuya lectura no requiere ninguna preparación especial en lenguas extrañas.

"En la actualidad, nos sentimos inclinados a valorar este hecho (el descubrimiento del Nuevo Mundo) en función de consideraciones geográficas, políticas o económicas, pero para los hombres del siglo XVI fue antes que nada una revelación cuyas consecuencias intelectuales y morales permanecen aún vivas en el pensamiento moderno, sin que constituya obstáculo el que ya casi no nos acordemos de su verdadero origen. De manera imprevista y dramática, el descubrimiento del Nuevo Mundo forzó el enfrentamiento de dos humanidades, sin duda hermanas, pero no por ello menos extrañas desde el punto de vista de sus normas de vida material y espiritual. Pues el hombre americano -en un contraste realmente turbador- podía ser contemplado como habiendo sido desprovisto de la gracia y de la revelación de Cristo y a la vez como ofreciendo una imagen que evocaba inmediatamente reminiscencias antiguas y bíblicas: la de una edad dorada y de una vida primitiva que simultáneamente se presentaban en y fuera del pecado. Por primera vez, el hombre cristiano no estuvo solo o cuanto menos en la exclusiva presencia de paganos cuya condenación se remontaba a las Escrituras, ya propósito de los cuales no había experimentar ninguna suerte de turbación interior. Con el hombre americano lo que sucedió fue algo totalmente diferente: la existencia de tal hombre no había sido prevista por nadie o, lo que es aún más importante, su súbita aparición verificaba y desmentía al unísono el divino mensaje (cuanto menos así se creía entonces) puesto que la pureza de corazón, la conformidad con la naturaleza, la generosidad tropical y el desprecio por las complicaciones modernas, si en su conjunto hacían recordar irremisiblemente el paraíso terrenal, también produ-

ción el aterrador efecto contrario al dar constancia de que la caída original no suponía obligatoriamente que el hombre debiera quedar ineluctablemente desterrado de aquel lugar.

Simultáneamente, el acceso a los recursos tropicales, que suponen una gama de variedades mucho más densa y rica que la que pueden suministrar con sus propios recursos las regiones templadas, provocaba en Europa el nacimiento de una sensualidad más sutil, y añadía con ello un elemento de experiencia directa a las reflexiones precedentes. Ante el ardor extraordinario con que se acoge el lujo exótico: maderas de tintes varios, especias y curiosidades que ejemplifican los monos y aquellos loros que -como se lee en el inventario de un flete naviero de regreso a Europa en los primeros años del siglo XVI- "hablan ya algunas palabras en francés», se tiene la impresión de que la Europa culta descubre dentro de sí inéditas posibilidades de delectación y emerge de esta forma de un pasado medieval elaborado, al menos en parte, a base de insípidos alimentos y monotonía sensorial, todo lo cual obnubilaba la conciencia que el hombre podía tener de sí mismo y de su condición terrestre.

En efecto, es verdaderamente en suelo americano donde el hombre empieza a plantearse, de forma concreta, el problema de sí mismo y de alguna manera a experimentarlo en su propia carne. Las imágenes, fuera de toda duda exactas, que nos hacemos de la conquista están pobladas de matanzas atroces, rapiñas y explotaciones desenfrenadas. Sin embargo, no debemos olvidar que con ocasión de ello la corona de Castilla, asistida por comisiones de expertos, pudo formular la única política colonial reflexiva y sistemática hasta ahora conocida, lo que hizo con tal amplitud, profundidad y cuidado por las responsabilidades últimas que el hombre debe al hombre que si bien es cierto que no se pusieron en práctica, no lo es menos el que a nivel teórico al que la han reducido la brutalidad, la indisciplina y la avidez de sus ejecutores, sigue siendo un gran monumento de sociología aplicada. Podemos sonreír ante las que hoy llamaríamos comisiones "científicas", compuestas por sacerdotes enviados al Nuevo Mundo con el

solo objeto de zanjar la cuestión relativa a saber si los indígenas eran meros animales o también seres humanos dotados de alma inmortal. Había más nobleza en el planteamiento ingenuo de estos problemas que en el mero aplicarse, como se hará más adelante, a matanzas y explotaciones desprovistas de toda preocupación teórica. Si a esto añadimos que los desgraciados indígenas adoptaban la misma actitud -acampando durante varios días junto a los cadáveres de los españoles que habían ahogado, a fin de observar si se corrompían o si por el contrario poseían una naturaleza inmortal- se debe reconocer en tales episodios, a la vez grotescos y sublimes, el testimonio fehaciente de la gravedad con que se encara el problema del hombre y donde ya se revelan los modestos indicios de una actitud verdaderamente antropológica, pese a la rudeza propia de la época en que por primera vez aparecieron. América ha ocupado durante tanto tiempo un lugar privilegiado en los estudios antropológicos por haber colocado a la humanidad ante su primer gran caso de conciencia. Durante tres siglos, el indígena americano dejaría el pensamiento europeo gravado de la nostalgia y el reproche, que una renovada experiencia similar llegará en el siglo XVIII con la apertura de los mares del Sur a las ansias exploradoras. Que «el buen salvaje» conozca en el estado de naturaleza el bienestar que se niega al hombre civilizado es, en sí misma, una proposición absurda y doblemente inexacta, puesto que el estado de naturaleza no ha existido jamás, ni el salvaje es o ha sido más o menos necesariamente bueno o dichoso que el hombre civilizado. Pero tal mito encubría un hallazgo positivo y más peligroso: en adelante Europa supo que existen otras formas de vida económica, otros regímenes políticos, otros usos morales y otras creencias religiosas que las que hasta aquel entonces se creían radicadas en un derecho y revelación de origen igualmente divino y respecto a lo cual sólo cabía poseerlos para su pleno disfrute o carecer absolutamente de ellos. A partir de ahí todo pudo ser puesto en entredicho.

En lo que va del siglo XVI al siglo XVIII, el ejemplo suministrado por los pueblos indígenas había alimentado la

crítica social de dos modos diversos: la coexistencia, en el presente, de formas sociales profundamente heterogéneas, planteaba la cuestión de su recíproca relatividad y permitía poner en duda a cada una de ellas. Por otro lado, la mayor simplicidad de las llamadas sociedades salvajes o primitivas suministraba un punto de partida concreto para una teoría acerca del progreso indefinido de la humanidad: pues si se había partido de un lugar tan bajo, no había razón alguna para suponer que el movimiento hacia adelante debiera detenerse y que las actuales formas sociales representaran un ideal definitivo, imposible de mejorar.

(LÉVI-STRAUSS, CLAUDE. "Las tres fuentes de la reflexión etnológica". Original francés en la Revue de l'Enseignement Supérieur, n.º 1, 1960. Traducción castellana de Antonio Desmonts, Helena Valentí y Manuel Uria (corregida por nosotros, J.B.LL.) editada en el libro de LLOBERA, JOSÉ R. La antropología como ciencia. Barcelona, editorial Anagrama, Biblioteca Anagrama de Antropología n.º 2, 1975, págs. 17-19.)

De los documentos que se nos han conservado de Cristóbal Colón transcribimos dos de los más significativos y célebres: aquel momento del primer viaje en el que se encuentra con la "otra" tierra, con sus "otros" hombres y su "otra" naturaleza -texto éste que podemos leer gracias a la compilación de Bartolomé de Las Casas- y la famosa carta impresa anunciando el Descubrimiento, que tuvo una enorme difusión por toda Europa en el mismo siglo XV.

Jueves, 11 de Octubre

Navegó al Güesudueste. Tuvieron mucha mar, más que en todo el viaje avían tenido. vieron pardelas y un junco verde junto a la nao. Vieron los d e la caravela Pinta una cana y un palo, y tomaron otro palillo labrado a lo que parecía con hierro, y un pedaço de cana y otra yerva que naçe en tierra y una tablilla. Los de la caravela Niña también vieron otras señales de tierra y un palillo cargad o d'escaramojos. Con estas señales respiraron y alegráronse todos. Anduvieron en este día, hasta puesto el sol, 27 leguas. Después del sol puesto, navegó a su primer camino al Cueste. Andarían doze millas cada ora, y hasta dos oras después de media noche andarían 90 millas, que son 22 leguas y media. Y porque la caravela Pinta era más velera e iva delante d el Almirante, halló tierra y hizo las señas qu'el Almirante avía mandado. Esta tierra vido primero un marinero que se dezía Rodrigo de Triana, puesto que el Almirante, a las diez de la noche, estando en el castillo de popa, vido lumbre; aunque fue cosa tan çerrada que no quiso afirmar que fuese tierra, pero llamó a Pero Gutiérrez repostero d'estrados del Rey e díxole que parecía lumbre, que mirasse él, y así lo hizo, y vídola. Díxolo también a Rodrigo Sánchez de Segovia, qu'el Rey y la Reina enbiavan en el armada por veedor, el cual no vido nada porque no estava en lugar do la pudiese ver. Después qu'el Almirante lo dixo, se vido una vez o dos, y era como una candelilla de cera que se alçava y levantava, lo cual a pocos pareçiera ser indijio de tierra; pero el Almirante tuvo por çierto estar junto a la tierra. Por lo cual, cuando dixeron la Salve, que la acostumbran dezir e cantar a su manera todos los marmeros y se hallan todos, rogó y amonestólos el Almirante que hiziesen

buena guarda al castillo de proa, y mirasen bien por la tierra, y que al que le dixelo primero que vía tierra le daría luego un jubón de seda, sin las otras mercedes que los Reyes avían prometido, que eran diez mill maravedís de juro a quien primero la viesse. A las dos oras después de media noche pareçió la tierra, de la cual estarían dos leguas. Amainaron todas las velas, y quedaron con el treo que es la vela grande, sin bonetas, y pusiéronse a la corda, temponiando hasta el día viernes que llegaron a una isleta de los lucayos, que se llamava en lengua de Indios Guanahaní. Luego vieron gente desnuda, y el Almirante salió a tierra en la barca armada y Martín Alonso Pinçón y Vicente Anes, su hermano, que era capitán de la Niña. Sacó el Almirante la vanderas real y los capitanes con dos vanderas de la Cruz Verde, que llevaba el Almirante en todos los navíos por sena, con una F y una I, encima de cada letra su corona, una de un cabo de la y otra de otro. Puestos en tierra vieron árboles muy verdes y aguas muchas y frutas de diversas maneras. El Almirante llamó a los dos capitanes y a los demás que saltaron en tierra, y a Rodrigo d'Escobedo escrivano de toda el armada, y a Rodrigo Sánchez de Segovia, y dixo que le diesen por fe y testimonio cómo él por ante todos tomava, como de hecho tomó, posesión de la dicha isla por el Rey e por la Reina sus señores, haziendo las protestaciones que se requirían, como más largo se contiene en los testimonios que allí se hizieron por escrito. Luego se ayuntó allí mucha gente de la isla. Esto que se sigue son palabras formales del Almirante en su libro de su primera navegación y descubrimiento d'estas Indias. "Yo", dize él, «porque nos tuviesen mucha amistad, porque cognosçí que era gente que mejor se libraría y convertiría a nuestra sancta fe con

amor que no por fuerça, les di a algunos d'ellos unos bonetes colorados y unas cuentas de vidro que se ponían al pescueço, y otras cosas muchas de poco valor, con que ovieron mucho plazery quedaron tanto nuestros que era maravilla. Los cuales después venían a las barcas de los navíos adonde nos estávamos, nadando, y nos traían papagayos y hilo de algodón en ovillos y azagayas y otras cosas muchas, y nos las trocavan por otras cosas que nos les dávamos, como cuentezillas de vidrio y cascaveles. En fin, todo tomavan y daban de aquello que tenía de buen voluntad, mas me pareció que era gente muy pobre de todo. Ellos andan todos desnudos como su madre les parió, y también las mugeres, aunque no vide más de una farto moça, y todos los que yo vi eran todos mançebos, que ninguno vide de edad de más de XXX años, muy bien hechos, de muy fermosos cuerpos y muy buenas caras, los cabellos gruesos cuasi como sedas de cola de cavallos e cortos. Los cabellos traen por ençima de las çejas, salvo unos pocos detrás que traen largos, que jamás cortan. D'ellos se pintan de prieto, y «d'ellos son de la color de los canarios, ni negros ni blancos, y d'ellos se pintan de blanco y d'ellos de colorado y d'ellos de lo que fallan; y d'ellos se pintan las caras, y d'ellos todo el cuerpo, y d'ellos solos los ojos, y d'ellos solo el nariz. Ellos no traen armas ni las cognosçen, porque les amostré espadas y las tomavan por el filo y se cortavan con ignorancia. No tienen algún fierro; sus azagayas son unas varas sin fierro y algunas d'ellas tienen al cabo un diente de peçe, y otras de otras cosas. Ellos todos a una mano son de buena estatura de grandeza y buenos gestos, bien hechos. Yo vide algunos que tenían señales de feridas en sus cuerpos, y les hize señas qué era aquello, y

ellos me amostraron cómo allí venían gente de otras islas que estavan açerca y les querían tomar y se defendían. Y yo creí e creo que aquí vienen de tierra firme a tomarlos por captivos. Ellos deven ser buenos servidores y de buen ingenio, que veo que muy presto dicen todo lo que les dezía. Y creo que ligeramente se harían cristianos, que me pareció que ninguna secta tenían. Yo plaziendo a Nuestro Señor levaré de aquí al tiempo de mi partida seis a Vuestras Altezas para que deprendan fablar. Ninguna bestia de ninguna manera vide, salo papagayos en esta isla». Todas son palabras del Almirante.

Sábado, 13 de Octubre

Luego que amaneció, vinieron a la playa muchos d'estos hombres, mançebos, como dicho tengo, y todos de buena estatura, gente muy fermosa; los cabellos no crespos, salvo corredíos y gruesos como sedas de cavallo, y todos de la frente y cabeça muy ancha, más que otra generación que fasta aquí aya visto; y los ojos muy fermosos y no pequeños; y ellos ninguno prieto, salvo de la color de los canarios, ni se deve esperar otra cosa, pues está Lestegüeste con la isla del Fierro en Canaria, so una línea. Las piernas muy derechas, todos a una mano, y no barriga, salvo muy bien hecha. Ellos vinieron a la nao con almadías, que son hechas del pie de un árbol como un barco luengo y todo de un pedaço y labrado muy a maravilla según la tierra, y grandes, en que en algunas venían 40 y 45 hombres, y otras más pequeñas, fasta ver d'ellas en que venía un solo hombre. Remavan con una pala como de fornero, y anda a maravilla, y si se les trastorna, luego le echan todos a nadar y la endereçan y vazían con calabças que traen ellos. Traían ovillos de algodón filado y papagayos y azagayas y otras cositas que sería tedio de

escrevir, y todo davan por cualquiera cosa que se los diese. Y yo estava atento y trabajava de saber si avia oro, y vide que algunos d'ellos traían un pedaçuelo colgado en un agujero que tienen a la nariz. Y por señas pude entender que, yendo al Sur o bolviendo la isla por el Sur, que estava allí un Rey que tenía grandes vasos d'ello y tenía muy mucho. Trabajé que fuesen allá, y después vide que no entendían en la ida. Determiné de aguardar fasta mañana en la tarde y después partir para el Sud este -que según muchos d'ellos me enseñaron dezían que avía tierra al Sury al Sudueste y al Norueste; y qu'estas del Norueste les venían a combatir muchas vezes-, y así ir al Sudueste a buscar el oro y piedras preciosas. Esta isla es bien grande y muy llana y de árboles muy verdes y muchas aguas y una laguna en medio muy grande, sin ninguna montaña, y toda ella verde, qu'es plazer de mirarla. Y esta gente farto mansa, y por la gana de aver de nuestras cosas, y temiendo que no se les a de dar sin que den algo y no lo tienen, toman lo que pueden y se echan luego a nadar; mas todo lo que tiene(n) lo dan por cualquiera cosa que les den, que fasta los pedaços de las escudillas y de las taças de vidro rotas rescataban, fasta que vi dar 16 ovillos de algodón por tres çeotís de Portugal, que es una blanca de Castilla, y en ellos avría mis de un arrova de algodón filado. Este defendiera y no dexara tomar a nadie salvo que yo lo mandara tomar todo para Vuestras Altezas, si oviera en cantidad. Aquí naçe en esta isla, mas por el poco tiempo no pude dar así del todo fe. Y también aquí naçe el oro que traen colgado a la nariz, mas, por no perder tiempo, quiero ir a ver si puedo topar a la isla de Çipango. Agora como fue noche todos se fueron a tierra con sus almadías.

Domingo, 14 de Octubre

En amaneciendo mandé adereçar el batel de la nao y las barcas de las caravelas, y fue al luengo de la isla en el camino del Nornordeste para ver la otra parte, que era de la parte del Leste, qué avía, y también que venía todos a la playa llamándonos y dando gracias a Dios. Los unos nos traían agua, otros otras cosas de comer; otros, cuando veían que yo no curava de ir a tierra, se echavan a la mar nadando y venían y entendíamos que nos preguntavan si éramos venidos(s) del çielo. Y vino uno viejo en el batel dentro, y otros a bozes grandes llamavan todos, hombres y mugeres: «Venid a ver los hombres que vinie, on del çielo, traedles de comer y de beveri. Vinieron muchos y muchas mugeres, cada uno con algo, dando gracias a Dios echándose al suelo, y levantamos a tierra, mas yo tenía de ver una grande restinga de piedras, que çerca toda aquella isla alrededor, y entremedias queda hondo y puerto para cuantas naos ay en toda la cristiandad, y la entrada d'ello muy angosta. Es verdad que dentro d'esta çintha ay algunas baxas, mas la mar no se mueve más que dentro en un pozo. Y para ver todo esto me movi esta mañana, porque supiese dar de todo relación a Vuestras Altezas, y también adónde pudiera hazer fortaleza, y vide un pedaço de tierra que se haze como isla, aunque no lo es, en que avía seis casas, el cual se pudiera atajar en dos días por isla, aunque yo no veo ser neçessario, porque esta gente es muy símplice en armas, como verán Vuestras Altezas de siete que yo hizo tomar para lle llevar y deprender nuestra fabla y bolvellos, salvo que Vuestras Altezas cuando mandaren puédenlos todos llevar a Castilla o tenellos en la misma isla captivos, porque con cincuenta hombres los terná(n) todos sojuzgados, y les hará(n) hazer todo lo

que quisiere(n). Y después, junto con la dicha Isleta, están guertas de árboles, las más hermosas que yo vi, e tan verdes y con sus hojas como las de Castilla(s) en el mes de Abril y de Mayo, y mucha agua. Yo miré todo aquel puerto y después me bolvi a la nao y di la vela, y vide tantas islas que yo no sabía determinarme a cuál iría primero. Y aquellos hombres que yo tenía toman(n)do me dezían por senas que eran tantas y tantas que no avía número y anombrraron por su nombre más de ciento. Porende yo miré por la más grande, y (a) aquella determiné andar, y así hago, y será lexos d' esta de Sant Salvador cinco leguas; y las otras d' ellas más, d' ellas menos. Todas son muy llanas, sin montañas y muy fértiles y todas pobladas, y se hazen guerra la una a la otra, aunque estos son muy simpliçes y muy lindos cuerpos de hombres.

Lunes, 15 de Octubre

Avía temporejado esta noche con temor de no llegar a tierra a sorgir antes de la mañana, por no saber si la costa era limpia de baxas, y en amaneciendo cargar velas. Y como la isla fuese más lexos de cinco leguas, antes será siete, y la marea me detuvo, sería mediodía cuanto llegué a la dicha isla, y fallé que aquella haz, que es de la parte de la isla de San Salvador, se corre Norte Sur y an en ella 5 leguas, y la otra, que yo seguí, se corría Leste Güeste, y an en ella más de diez leguas. Y como d' esta isla vide otra mayor al Güeste, cargué las velas por andar todo aquel de fasta la noche, porque aún no pudiera aver andado al cabo del Güeste, a la cual puse nombre de isla de Sancta María de la Conçepçion; y cuasi al poner del sol sorgi açerca del dicho cabo por saber si avía allí oro, porque estos que yo avía hecho tomar en la isla de San Salvador me

dezían que aí traían manillas de oro muy grandes a las piernas y a los braços. Yo bien creí que todo lo que dezían era burla para se fugir. Con todo, mi voluntad era de no passar por ninguna isla de que no tomase possession, puesto que, tomado de una, se puede dezir de todas. Y sorgi e estuve hasta oy martes que, en amaneciendo, fue a tierra con la barcas armadas, y salí; y ellos, que eran muchos, así desnudos y de la misma condiçion de la otra isla de San Salvador, nos dexaron ir por la isla y nos davan lo que les pedía. Y porque el viento cargava a la trauesa Sueste, no me quise detener y partí para la nao. Y una almadía grande estava a bordo de la caravela Niña, y uno de los hombres de la isla de San Salvador, que en ella era, se echó a la mar, y se fue en ella; y la noche de antes, I a me dio echado el otro, y fue atrás la almadía; la cual fugió que jamás fue barca que le pudiese alcançar: puesto que le teníamos grande avente, con todo, dio en tierra y dexaron la almadía; y alguno de los de mil compañía salieron en tierra tras ellos, y todos fugeron como gallinas, y la almadía que avían dexado la llevamos a bordo de la caravela Niña, adonde ya, de otro cabo, venía otra almadía pequeña con un hombre que venía a rescatar un ovillo de algodón; y se echaron algunos marineros a la mar, porque él no quería entrar en la caravela, y le tomaron. Y yo qu' estava a la popa de la nao, que vide todo, envié por él y le di un bonete colorado y unas cuentas de vidrio verdes, pequeñas, que le puse al braço, y dos cascaveles, que le puse a las orejas, y le mandé bolver a su almadía que también tenía en la barca, y le envié a tierra. Y di luego la vela para ir a la otra isla grande que yo vía al Güeste, y mandé largar también la otra almadía que traía la caravela Niña por popa. Y

vide después en tierra, al tiempo de la llegada del otro a quien yo avía dado las cosas susodichas y no le avía querido tomar el ovillo de algodón, puesto qu'él me lo quería dar, y todos los otros se llegaron a él, y tenía a gran maravilla, e bien le pareció que éramos buena gente, y que el otro que se avía fugido nos avía hecho algún daño, y que por esto lo llevábamos. Y a esta razón usé esto con él, de le mandar alargar, y le di las dichas cosas, porque nos tuviese en esta estima, porque otra vez cuando Vuestras Altezas aquí tornen a enbiar no hagan mala compañía; y todo lo que yo le di no valía cuatro maraliedies. Y así partí, que serían las diez oras, con el viento Sueste, y tocava de Sur, para passar a estotra isla, la cual es grandíssima, y adonde todos estos hombres que yo traigo de la de San Salvadoi hazen señas que ay muy mucho oro, y que lo traen en los braços en manillas y a las piernas y a las orejas y al nariz y al pescueço. Y avía d'esta isla de Sancta María a esta otra nueve leguas Leste Güeste, y se corre toda esta parte de la isla Norueste Sueste. Y se parece que bien avría en esta costa más d e veinte ocho leguas en esta faz. Y es muy llana, sin montaña ninguna, así como aquella de Sant Salvador y de Sancta María, y todas playas sin roquedos, salvo que a todas ay algunas penas açerca de tierra debaxo del agua, por donde es menester abrir el ojo quando se quiere surgir e no surgir mucho acerca de tierra, aunque las aguas son siempre muy claras y se vee el fondo. Y desviado de tierra dos tiros de lombarda, ay en todas estas islas tanto fondo que no se puede llegar a él. Son estas islas muy verdes y fértiles y de aires muy dulçes, y puede aver muchas cosas que yo no sé, porque no me quiero detener por calar y andar muchas islas para fallar oro. Y pues estas

dan así estas señas, que lo traen a los braços y a las piernas, y es oro, porque les amostré algunos pedaços del que yo tengo, no puedo estar con el ayuda de Nuestro Señor que yo no le falle adonde naçe. Y estando a medio golpho d'estas dos islas, es de saber, de aquella Sancta María y d'esta grande, a la cual pongo nombre la Fernandina, fallé un hombre solo en una almadía que se passava de la isla de Sancta María a la Fernandina, y traía un poco de su pan, que sería tanto como el puño y una calabaza de agua, y un pedaço de tierra bermeja hecha en polvo y después amassada, y unas hojas secas, que debe ser cosa muy apreçada entre ellos porque ya me truxeron en San Salvador d'ellas en presente; y traía un çestillo a su guisa en que tenía un ramalejo de cuentezillas de vidro y dos blancas, por las cuales cognoscí qu'él venía de la isla de Sant Salvador, y aví(a) passado a aquella de Sancta María y se passava a la Fernandina. El cual se llegó a la nao; yo le hize entrar, que así lo demandava él, y le hize poner su almadía en la nao y guardar todo lo que él traía, y le mandé dar de comer pan y miel y de beber. Y así le passaré a la Fernandina y le daré todo lo suyo, porque dé buenas nuevas de nos, por a Nuestro Señor apliziendo, cuando Vuestras Altezas enbien acá, que aquellos que vinieren resçiban honra y nos den de tódo lo que oviere.

Martes y Miércoles, 16 de Octubre

Partí de las islas de Sancta María de Concepción, que sería ya çerca de mediodía, para la isla Ferdinanda, la cual amuestra ser grandíssima al Güeste, y navegué todo aquel día con calmería. No pude llegar a tiempo de poder ver el fondo para surgir en limpio, porque es en esto mucho de aver gran diligencia por no perder las anclas; y así temporizé toda

esta noche hasta el día, que viene a una población, adonde yo surgí e adonde avía venido aquel hombre que yo hallé ayer en aquella almadía a medio golfo; el cual avía dado tantas buenas nuevas de nos, que toda esta noche no faltó almadías a bordo de la nao, que nos traían agua y de lo que tenían. Yo a cada uno le mandava dar algo, es a saber, algunas contezillas, diez o doze d'ellas de vidro en un filo, y algunas sonajas de latón d'estas que valen en Castilla un maravedí cada una, y algunas agujetas, de que todo tenían en grandísima exçelencia, y también les mandava dar para que comiesen cuando venían en la nao, y miel de açucar. Y después, a oras de terçia, embié el batel de la nao en tierra por agua; y ellos de muy buena gana le enseñavan a mi gente adónde estava el agua, y ellos mesmos traían los barriles llenos al batel y se folgavan mucho de nos hazer plazer. Esta isla es grandísima y tengo determinado de la rodear, porque según puedo entender, en ella o açerca d'ella ay mina de oro. Esta isla está desviada de la de Santa María 8 leguas cuasi Leste Güeste, y este cabo adonde yo vine y toda esta costa se corre Norueste y Sursudueste, y vide bien veinte leguas d'ella, mas aí no acabava. Agora, escribiendo esto, di la vela con el viento Sur para pasar a rodear toda la isla y trabajar hasta que halle Samaet, que es la isla o ciudad adonde es el oro, que así lo dicen todos estos que aquí vier en la nao, y nos lo dezían los de la isla de San Salvador y de Sancta María. Esta gente es semejante a aquella de las dichas islas, y una fabla y unas costumbres, salvo qu'estos ya me parecen algún tanto más domésticos gente y de tracto y más sotiles, porque veo que an traído algodón aquí a la nao y otras cositas, que saben mejor refetar el pagamento que no hazían los otros. Y

aun en esta isla vide paños de algodón fechos como mantillos, y la gente más dispuesta, y las mugeres traen por delinte su cuerpo una cosita de algodón que escassamente les cobija su natura. Ella es isla muy verde y llana y fertilíssima, y no pongo duda que todo el año siembran panizo y cogen, y así todas otras cosas. Y vide muchos árboles muy diformes de los nuestros, d'ellos muchos que tenían los ramos de muchas maneras y todo en un pie, y un ramito es de una manera y otro de otra; y tan disforme, que es la mayor maravilla del mundo cuánta es la diversidad de la una manera a la otra. Verbigracia. un ramo tenía las fojas de manera de cañas, y otro de manera de lantisco y así en un solo árbol de çinco o seis d'estas maneras, y todos tan diversos; ni estos son enxeridos porque se pueda dezir que el enxerto lo haze, antes son por los montes, ni cura d'ellos esta gente. No le cognozco secta ninguna y creo que muy presto se tornarían cristianos, porque ellos son de muy buen entender. Aquí son los peçes tan diformes de los nuestros, qu'es maravilla. Ay algunos hechos como gallos, de las más finas colores del mundo, azules, amarillos, colorados y de todas colores, y otros pintados de mill maneras, y las colores son tan finas, que no ay hombre que no se maraville y no tome gran descanso a verlos; también ay vallenas. Bestias en tierra no vide ninguna de ninguna manera salvo papagayos y lagartos. Un moço me dixo que vido una irande culebra. Ovejas ni cabras ni otra ninguna bestia vide, aunque yo e estado aquí muy poco, que es medio día; mas si las oviese, no pudiera errar de ver alguna. El çerco d'esta isla escribiré después que yo la oviere inrodeada.

Miércoles, 17 de Octubre

A mediodía partí de la población adonde

yo estaba surgido y adonde tomé agua para ir a rodear esta isla Fernandina y el viento era Sudueste y Sur. Y como mi voluntad fuese de seguir esta costa d' esta isla adonde yo estavi al Sueste, porque así se corre toda Nornoueste y Sursueste, y quería llevar el dicho camino del Sur y Sueste, porque aquella parte (parten) todos estos indios que traigo y otro de quien ove señas en esta parte del sur a la isla que ellos llaman Samoet, adonde es el oro, y Martín Alonso Pinçón, capitán de la caravela Pinta, en la cual yo mandé a tres d' estos indios, vino a mí y me dixo que uno d' ellos muy çertificadamente le avía dado a entender que por la parte del Nornorueste muy más presto arrodearía la isla. Yo vide que el viento no me ayudava por el camino que yo quería llevar y era bueno por el otro. Di la vela al Nornorueste, y cuando fue açerca del cabo de la isla, a dos leguas, hallé un muy maravilloso puerto con una boca, aunque dos bocas se le puede dezir, porque tiene un isleo en medio, y son ambas muy angostas y dentro muy ancho para cien navíos, si fuera fondo y limpio y fondo al entrada. Parecióme razón de l(o) ver bien y sondear, y así surgí fuera d' él y fui en él con todas las barcas de los navíos y vimos que no avía fondo. Y porque pensé cuando yo le ui que era boca de algún tío, avía mandado llevar barriles para tomar agua, y en tierra hallé unos ocho o diez hombres que luego vinieron a nos y nos amostraron aí çerca la población, adonde yo envié la gente por agua, una parte con armas, otros con barriles; y así la tomaron. Y porque era lexuelos me detuve por espaçio de dos oras; en este tiempo anduve así por aquellos árboles, que eran la cosa más fermosa de ver que otra que se aya visto, veyendo tanta verdura en tanto grado como en el mes de Mayo en el Andaluzía, y los

árboles todos están tan disformes de los nuestros como el día de la noche, y así las frutas y así las yervas y las piedras y todas las cosas. Verdad es que algunos árboles eran de la naturaleza de otros que ay en Castilla; porende avía muy gran diferençia, y los otros árboles de otras maneras eran tantos que no ay persona que lo pueda dezir ni asemejar a otros de Castilla. La gente toda era una con los otros ya dichos, de las mismas condiçiones, y así demudos y de la misma estatura, y davan de lo que tenían por cualquiera cosa que les diesen, y aquí vide de unos moços de los navíos les trocaron (a) azagayas unos pedaçuelos de escudillas rotas y de vidro. Y los otros que fueron por el agua me dixerón cómo avían estado en sus casas, y que eran de dentro muy barridas y limpias, y sus camas y paramentos de cosas que son como redes de algodón; ellas, las casas, son todas a manera de alfaneques muy altas y buenas chimeneas, mas no vide entre muchas poblaçiones que yo vide ninguna que passasse de doze hasta quinze casas. Aquí fallaron que las mugeres casadas traían bragas de algodón, las moças no, sino salvo algunas que eran ya de edad de diez y ocho años. Y aí avía perros mastines y branchetes, y aí fallaron uno que aví, a al nariz un pedaço de oro que sería como la mitad de un castellano, en el cual vieron letras. Reñí yo con ellos porque no se lo resgataron y dieron quanto pedía, por ver qué era y cúa esta moneda era, y ellos me respondieron que nunca se lo osó resgatar. Después de tomada la agua, bolví a la nao, y di la vela y salí, al Norueste, tanto que yo descubrí toda aquella parte de la isla hasta la costa que se corre Leste Güeste. Y después todos estos indios tornaron a dezir qu' esta isla era más pequeña que no la isla Samoet y que sería bien

boliver atris por ser en ella más presto. El viento allí luego nos calmó y comenzó a ventar Güesnorueste, el cual era contrario para donde avíamos venido, y así tomé la buelta y navegué toda esta noche passada al Leste Sueste, y cuando al Leste todo, cuando al Sueste, y esto para apartarme de la tierra, porque hazía muy gran çerrazón y el tiempo muy cargado; él era poco y no me dexó llegar a tierra a surgir. Así que esta noche llovió muy fuerte después de medianoche hasta cuasi el día, y aún está nublado para llover, y nos, al cabo de la isla de la parte de Sueste, adonde espero surgir fasta que aclaresca, para ver las otras islas adonde tengo de ir. Y así todos estos días, después que en estas Indias estoy, a llovido poco o mucho. Crean Vuestras Altezas que es esta tierra la mejor e más fértil y temperada y llana que aya en el mundo.

...

Carta a Luis de Santangel

15 de Febrero de 1493

Señor: Porque sé que avréis plazer de la grand vitoria que nuestro Señor me ha dado en mi viaje vos escribo ésta, por la cual sabréis cómo en treinta y tres días pasé a las Indias con la armada que los illustríssimos Rey e Reina, Nuestros Señores me dijeron, donde yo fallé muy muchas islas pobladas con gente sin número, y d'ellas todas he tomado posesión por Sus Altezas con pregón y vadera real estendida, y non me fue contradicho.

A la primera que yo fallé puse nombre Sant Salvador a comemoración de su Alta Magestat, el cual maravillosamente todo esto a(ni dado; los indios ha llaman Guanahaní. A la segunda puse nombre la isla de Santa María de Concepción; a la tercera, Ferrandina; a la cuarta la Isabela; a la quinta la isla Juana, e así a cada una nombre nuevo.

Cuando yo llegué a la Juana seguí io la costa d'ella al poniente, y h falle tan grande, que pensé que sería tierra firme, la provincia de Catayo. Y como no fallé así villas y luguares en la costa de la mar, salvo pequeñas poblaciones, con la gente de las cuales no podía haver fabla, porque luego fuían todos, andava yo adelante por el dicho camino, pensando de no errar grandes ciudades o villas; y al cabo de muchas leguas, visto que no había innovación y que la costa me levava al setentrion, de adonde mi voluntad era contraria, porque el ivierno era ya encarnado (y) yo tenía propósito de hazer del I al austro, y también el viento me dio adelante, determiné de no aguardar otro tiempo, y bolvi atrás fasta un señalado puerto, de adonde envié dos hombres por la tierra para saber si havia Rey o grandes ciudades. Andovieron tres jornadas y hallaron infinitas poblaciones pequeñas i gente sin número, mas no cosa de regimiero, por lo cual se bolvieron.

Yo entendía harto de otros indios, que ia tenía tomados, cómo continuamente esta tierra era isla, e así seguí la costa d'ella al Oriente ciento siete leguas, fasta donde fazía fin; del cual cabo vi otra isla al Oriente, distinta de esta diez o ocho leguas, a la cual luego puse nombre la Española; y fui allí, y seguí la parte del setentrion así como de la Juana al Oriente CLXXVIII grandes leguas por linia recta del Oriente, (así como de la Juana), la cual y todas las otras son fertilíssimas en demasiado grado, y esta en extremo; en ellas ay muchos puertos en la costa de la mar, sin comparación de otros que yo sepa en cristianos, y fartos ríos y buenos y grandes que es maravilla; las tierras d'ella son altas, y en ella muy muchas sierras y montañas altíssimas, sin comparación de la isla de Tenerife, todas fermosíssimas, de mil

fechuras, y todas andábiles y llenas de árboles de mil maneras i altas, t parecen que llegan al cielo; i tengo por dicho que iamás pierden la foia, según lo pu(e)de comprehender, que los vi tan verdes i tan hermosos como son por Mayo en Spaña; y d'ellos stavan florrido, d'ellos con fruto, i d'ellos en otro término, según es su calidad. Y cantava el ruiseñor i otros paxaricoi de mil maneras en el mes de Noviembre por allí donde io andava. Ay palmas de seis o de ocho maneras, que es admiración verlas por la deformidad ferosa d'ellas, mas así como los otro árboles y frutos e iervas. En ella ay pinarès a maravilla e ay canpiñas grindísimas, e ay miel i de muchas maneras de aves y frutas muy diversas. En las tierras ay muchas minas de metales e ay gente instimabile numero.

La Spañola es maravilla. las sierras y las montañas y las vegas i las campiñas y las tierras tan ferosas y gruesas para plantar y sembrar, para criar ganados de todas suertes, para hedificios de villa e lugares. Los puertos de la mar, aquí no havría crehencia sin vita; i de los ríos muchos y grandes y buenas aguas, los más de los cuales traen oro. En los árboles y frutos e yervas ay grandes diferencias de aquellas de la Iuana: en ésta ay muchas specierías y grandes minas de oro y de otros metales. La gente d'esta isia y de todas las otras que he fallado y havido ni aya havido noticia, andan todos desnudos, hombres y mugeres, así como sus madres los paren, haunque algunas mugeres se cobijan un solo lugar con una foia de yerva o una cosa de algodón que para ello fazen. Ellos no tienen fierro ni azero ni armas, ni son para ello; no porque no sea gente bien dispuesta y de ferosa estatura, salvo que son muy temerosos a maravilla. No tienen otras armas salvo las armas de las cañas cuando están con la simien-

te, a la cual ponen al cabo un palillo agudo, e no osan usar de aquellas, que muchas vezes me ha acaecido embiar a tierra dos o tres hombres a alguna villa paro haver fabla, i salir a ellos d'ellos sin número, y después que los veían llegar fuían a no aguardar padre a hijo. Y esto no porque a ninguno se aya hecho mal, antes a todo cabo adonde yo aya estado y podido haver fabla, les he dado de todo lo que tenía así paño como otras cosas muchas, sin recibir por ello cosa alguna más son así temerosos sin remedio. Verdad es que, después que aseguran y iden este miedo, ellos son tan sin engaño y tan liberales de lo que tienen, que no lo creería(n) sino el que lo viesse. Ellos de cosa que tengan, pidiéndogela, iamás dicen de no, antes convidan la persona con ello, y muestran tanto amor que darían los corazones, y quier(en) sea cosa de valor, quier sea de poco precio, luego por cualquiera cosica de cualquiera manera que sea que se le dé por ello sean contentos. Yo defendí que no se les diesen cosas tan siviles como pedazos de escudillas rotas y pedazos de vidrio roto y cabos de agugetas; haunque cuando ellos esto podían llegar, los parecía haver la mejor ioya del mundo: que se acertó haver un marnero, por una agugeta, de oro de peso de dos castellanos y medio, y otros de otras cosas que muy menos valían, mucho mis. Ya por blancas nuevas davan por ellas todo cuanto tenían, haunque fuesen dos ni tres castellanos de oro, o una arrova o dos de algodón filado. Fasto los pedazos de los arcos rotos de las pipas tomavan y davan lo que tenían como bestias. Así que me pareció mal (y) yo le defendí. Y dava yo graciosas mil cosas buenas que yo levava porque tomen amor. Y allenie d'esto se farán cristianos, que se inclinan al amor e cervicio de Sus Altezas y de toda la nación

castellana, e procuram- de aiuntar de nos dar de las cosas que tenen en abundança que nos son necessarias. Y no conocían ninguna seta ni idolatría, salvo que todos creen que las fuerças y el bien es en el cielo, y creían muy firme que yo con estos navíos y gente venía del cielo y en tal catamiento me recibían en todo cabo después de haver perdido el miedo. Y ésto no procede porque sean ignorantes, salvo de muy sutil ingenio, y ombres que navegan todas aquellas mares, que es maravilla la buena cuenta qu'ellos dan de todo, salvo porque nunca vieron gente vestida ni semejantes navíos.

Y luego que legé a las Indias, en la primera isla que hallé, tomé per forza algunos d'ellos para que deprendiesen y me diesen noticia de lo que avía en aquellas partes, e así fue que luego entendieron y nos a ellos cuando por lengua o señas; y éstos han aprovechado mucho. Oy en día los traigo que siempre están de propósito que vengo del cielo, por mucha conversación que ayan havido conmigo. Y estos eran los primeros a pronunciarlo adonde yo llegava, y los otros andavan corriendo de casa en casa y a las villas cercanas con bozes altas «Venit, venit a ver la gente del cielo». Así todos, hombres como mugeres, después de haver el corazón seguro de nos, venían que non quedavan grande ni pequeño, y todos traían algo de comer y de beber, que davan con un amor maravilloso.

Ellos tiene (en) todas las islas muy muchas canoas a mar eras de fustes de remo, d'ellas maiores, d'ellas menores, y algunas y muchas son mayores que huna fusta de diez e ocho bancos. No son tan anchas, porque son de hun solo madero, mas huna fusta no temá con ellas al remo, porque van que no es cosa de creer; y con éstas navegan todas aquellas islas

que son innumerables y traten sus mercaderías. Algunas d'estas canoas he visto con LXX y LXXX ombres en ella, y cada uno con su remo.

En todas estas islas no vide mucha diversidad de la fechora de la gente, ni en las costumbres, ni en la lengua, salvo que todos se entienden que es cosa muy singular para lo que espero que determinarán Sus Altezas. para la conversión d'ellos a nuestra sancta fe, a la cual son muy dispuestos.

Ya dixé cómo yo había andado CVII leguas por la costa de la mar, por la derecha línea de Osidente a Oriente, por la isla luana. Según el cual camino puedo desir que esta isla es maior que Inglaterra y Escosia iuntas, porque allende d'estas CVII leguas me quedan de la parte del Poniente dos provinsias que io no he andado, la una de las cuales llaman Auan, adonde nassen la gente con cola. Las cuales provinsias no pueden tener en longura menos de L o LX leguas, segun (pu(e)de entender d'estos indios que yo tengo, los cuales saben todos las islas. Esta otra Española en cierto tiene más que la España toda desde Colonia por costa de mar fasta Fuenteravía en Viscaya, pues en una cuadra anduve CLXXX VIII grandes leguas por recta línea de Occidente a Oriente. Esta es para desear, e vista, es para nunca dexar. En la cual, puesto que de todas tenga tomada possession por Sus Altezas todas sean mis abastadas de lo que yo sé y puedo dezir, y todas las tengo por de Sus Altezas, que d'ellas pueden disponer como y tan complidamente como de los reinos de Castilla, en esta Española, en el lugar más conveniente y mejor comarca para las minas de oro y de todo trato así de la tierra firme de aquí como de aquella de allá del Gran Can, adonde habrá grand trato

e ganancia, he tomado possession de una villa grande a la cual puse nombre la Villa de Navidad, y en ella he fecho fuerza y fortaleza, que ya a estas horas estará del todo acabada, y he dexado en ella gente que abasta para semeiante fecho, con armas y artellarías e vituallas por más de un año, y fusta y maestro de la mar en todas artes para fazer otras, y grande amistad con el Rey de aquella tierra, en tanto grado que se preciava de me llamar y tener por hermano. E haunque le mudase la voluntad a hoffender esta gente, él ni los suios no saben qué sean armas y andan desnudos como ya he dicho. Son loi más temerosos que ay en el mundo, así que solamente la gente que allá queda es para destruir toda aquella tierra, y es isla sin peligro de sus personas sabiéndose regir.

En todas estas islas me parece que todos los ombres sean contentos con una muger, y a su maioral o Rey dan fasta veinte. Las mugeres me parece que trabaxan mis que los ombres. Ni he podido entender si tienen bienes propios, que me pareció ver que aquello que ur o tenía todos hazían parte, en especial de las cosas comederas.

En estas islas fasta aquí no he hallado ombres mostrudos, como muchos pensavan, más antes es toda gente de muy lindo acatamiento, ni son negros como en Guinea, salvo con sus cabellos corredíos, y no se crían adonde ay speto demasiado de los rayos solares; es verdad qu'el sol tiene allí gran fuerça, puesto que es distinta de la liña inquinocial veinte e seis grados. En estas islas, adonde ay montañas grandes, aí tenía (a) fuerça el frío este ivierno, más ellos lo sufren así por la costumbre que con la ayuda de las viandas (que) comen con especias muchas y muy calientes en demasia. Así que mostruos no he hallado ni noticia, salvo

de una isla que es Carib, la segunda a la entrada de las Indias, que es poblada de una iente que henen en todas las islas por muy ferozes, los cualles comen carne umana. Estos tienen muchas canoas, con las cuales corren todas las islas de India, roban y toman cuanto pueden. Ellos no son mis disformes que los otros, salvo que tiene en costumbre de traer los cabellos largos como mugeres, y usan arcos y flechas de las mismas armas de canas con un palillo al cabo por defecto de fierro que no tienen. Son ferozes entre estos otros pueblos que son en demasiado grado covardes, mas yo no los tengo en nada más que a los otros. Estos son aquellos que tratan con las mugeres de Matinino, que es la primera isla partiendo de España para las Indias que se falla, en la cual no ay hombre ninguno. Ellas no usan exercicto fememil, salvo arcos y frechas, como los sobredichos de canas, y se arman y çobigan con launes de arambre, de que tienen mucho.

Otra isla me seguran mayor que la Española, en que las personas no tienen ningún cabello. En ésta ay oro sin cuento, y d'esta y de las otras traigo conmigo indios para testimonio.

En conclusión, a fablar d'esto solamente que se a fecho este viage, que fue así de corriça, que pueden ver Sus Altezas que yo les daré oro cuanto ovieren menester con muy poquita ayuda que Sus Altezas me darán agora, specieria y algodón quanto Sus Altezas mandaràn cargar, y almástica quanto mandaràn cargar, e de la cual fasta oy no se ha fallado salvo en Grecia en la isla de Xío, y el Señorío la vende como quiere, y lignáloe quanto mandaràn cargar, y esclavos quantos mandaràn cargar e serán de los idólatres. Y creo haver fallado ruibarvo y canela, e otras mil cosas de sustancia fallaré que havrán fallado la gente que io allá dexo,

porque yo no me he detenido ningún cabo, en cuanto el viento me aia dado lugar de navegar: solamente en la Villa de Navidad, en cuanto dexé asegurado e bien asentado. E a la verdad, mucho mis ficiera si los navíos me sirvieran como razón demandava.

Esto es harto y i eterno Dios nuestro Señor, el cual da a todos aquellos que andan su camino victoria de cosas que parecen imposibles. Y ésta señaladamente fue la una, porque haunque d'estas tierras azan fallado o escripto, todo va por coniectura sin allegar de vista salvo comprendiendo, atanto que los oyentes los más escuchavan e iuzgavan más por fabla que por otra cosa d'ello. Así que, pues nuestro Redemtor dio esta victoria a nuestros ilustrísimos Rey e Reina e a sus reinos famosos de tan alta cosa, adonde toda la christiandad deve tomar alegría y fazer grandes fiestas y dar gracias solemnes a la Sancta Trinidad con muchas oraciones solemnes, por el tanto exalçamiento que havrán en tornándose tantos pueblos a nuestra sancta fe, y después por los bienes temporales que no solamente a la España, mas a todos los christianos ternán aquí refrigerio y ganancia. Esto, según el fecho, así en breve.

Fecha en la caravela sobre las islas de Canaria, a XV de Febrero año mil CCCCLXXXIII.

Fara lo que mandáreis.

El Almirante

Bibliografía

- A) Los dos textos del Almirante han sido tomados de la magnífica edición anotada de Consuelo Varela de CRISTOBAL COLON. *Textos y documentos completos. Relaciones de viajes, cartas y memoriales*. Madrid, Alianza Editorial, Colección Alianza Universidad n.º 320, 1982, págs. 28-39 y 139-146.
- Aunque la edición que acabamos de citar ha hecho obsoletas las previamente existentes, sigue siendo útil el pequeño volumen: CRISTOBAL COLON. *Los cuatro viajes del Almirante y su testamento*. Edición y prólogo de Ignacio B. Anzoátegui. Madrid, Espasa-Calpe S.A., Colección Austral n.º 631, sexta edición, 1977.
- Véase también:
- COLON, C. *Diario de a bordo*. Ed. de Lus Arranz. Madrid, Historia 16, Crónicas de América n.º9, 1985.
- COLON HERNANDO. *Historia del Almirante*. Ed. de Luis Arranz. Madrid, Historia 16, Crónicas de América n.º 1, 1984.
- Ediciones parciales conteniendo fragmentos selectos tanto de Colón como de otros viajeros, descubridores, conquistadores, misioneros, cronistas e historiadores son:
- Historiadores de Indias, Antillas y tierra firme*. Antología, estudio preliminar y bibliografía seleccionada por doña Angeles Masia. Barcelona, Editorial Bruguera, Colección Libro Clásico, n.º 66, 1971.
- Cronistas de Indias*. Edición y prólogo de Guillermo Díaz-Plaja. Salvat Editores S.A. y Alianza Editorial, S.A. Biblioteca General Salvat n.º 53, Estella, 1972.
- LUIS NICOLAU D'OLWER. *Crónica de las culturas precolombinas*. Méjico, Fondo de Cultura Económica, Biblioteca Americana, Serie de Cronistas de Indias, n.º 39, 1981, primera reimpresión.
- B) La bibliografía sobre Colón es extensísima. Su figura, a caballo entre la Edad Media y el Renacimiento, entre las fábulas y leyendas y las ciencias y las técnicas, entre Portugal y Castilla, entre la búsqueda del oro y la expansión de la fe cristiana, ha dado múltiples interpretaciones y su fascinación continúa. A nosotros nos importa su repercusión en la historia de la antropología y en esta área seguimos recomendando los textos de Lévi-Strauss y Lisón Tolosana que más arriba citamos. Sobre Colón todavía merece leerse el

libro del ilustrado valenciano JUANBAUTISTA MUÑOZ. *Historia del Nuevo Mundo*. (Original de 1793). México, Editorial Aguilar, Biblioteca Americana, volumen 1, 1975.

Como breves resúmenes informativos del descubrimiento y la conquista de América pueden auxiliarse al lector: el capítulo dedicado al Renacimiento escrito por el profesor FRANCISCO ESTEVE BARBA en el libro *La conquista de la Tierra*. Estella, Salvat Editores, S.A., Biblioteca Básica Salvat n.º 56, 1970. También el ya antiguo, pero lleno de constantes citas documentales, del profesor F.A. KIRKPATRICK. *Los conquistadores españoles*. Madrid, Editorial Espasa-Calpe S.A., últimamente en la colección Austral n.º 130, varias ediciones.

Sobre la citada tesis de T. TODOROV el lector puede leer en castellano su artículo "*Cortés y Moctezuma: de la comunicación*". Traducción de Tomás Segovia. Publicado en la revista VUELTA, México, n.º 33, volumen 3, agosto de 1979, págs. 20-25.

Afortunadamente, hay mucha bibliografía novedosa, en parte gracias a las repercusiones editoriales de la celebración del Quinto Centenario. He aquí una breve selección:

TODOROV, T. *La conquista de América. La cuestión del otro*. México, siglo XXI, 1989, 2ª Ed.

BESTARD, J. y CONTRERAS, J. *Bárbaros, paganos, salvajes y primitivos. Una introducción a la Antropología*. Barcelona, Barcanova, 1987.

PAGDEN, A. *La caída del hombre natural. El indio americano y los orígenes de la etnología comparativa*. Traduc. de Belén Urrutia. Madrid, Alianza, 1988.

LEON-PORTILLA, M y OTROS (Eds.) *De palabra y obra en el nuevo mundo. Vol. 1.- Imágenes interétnicas. Vol. 2.- Encuentros interétnicos*. Madrid, Siglo XXI, 1992. (Hay programados al menos 5 volúmenes).

GIL, JUAN. *Mitos y utopías del descubrimiento*. 3 vols. Madrid, Alianza, 1989.

Breves biografías de los principales protagonistas del descubrimiento, la conquista y la colonización de América se encuentran en la serie *Protagonistas de América*, Madrid. Historia 16-Quorum- 5º Centenario, así como en la Biblioteca Salvat de Grandes Biografías, Barcelona, 1985.

Pigafetta

Como ha explicado muy bien el profesor Manuel Ballesteros Gaibrois, el contacto entre el viaje y el nuevo mundo tiene unos ritmos o ciclos que conviene precisar, especialmente porque, en nuestra opinión, la antropología que se elabore estará directamente configurada por la pertenencia a uno de estos ritmos o niveles. El primero de ellos es el de los viajes y descubrimientos, el ciclo de la exploración de los nuevos territorios. El segundo está formado por su conquista y dominación o, si se prefiere, por su ocupación, por el control militar y gubernamental de las poblaciones indígenas. El tercer ciclo, sin duda el que mayores aportaciones antropológicas posibilita, es el de la nueva organización a la que se somete al continente recién descubierto y vencido, el complejo proceso de aculturación que empiezan a vivir entonces sus pueblos o, con una palabra que expresa bien el conjunto de factores que en él intervienen, la colonización de América. De entre esos factores, la extirpación de las religiones de los nativos por los misioneros cristianos, la implantación de nuevas formas administrativas, jurídicas, gubernativas y productivas, la transmisión de los idiomas, conocimientos, ciencias y técnicas europeos, y el cruzamiento de las poblaciones, quizá representen los puntos principales, los vectores que casi siempre reaparecerán en las experiencias aculturadoras o de "antropología aplicada". Por último, nosotros añadiremos un cuarto ciclo, aquel que reúne la serie de repercusiones que los tres anteriores generarán en el seno de la vida y del pensamiento occidentales, de las cuales, como ya nos decía Lévi-Strauss, una de las más interesantes estará compuesta por las incitaciones que harán germinar la reflexión etnológica y el nacimiento de la antropología como práctica científica. En los autores y obras que a continuación seleccionaremos nos vamos a atener al esquema expuesto, limitándonos a los ejemplos más representativos y generales.

Comenzamos por el primer momento, el de los viajes y exploraciones de lo desconocido. Aunque las proezas fueron abundantes e increíbles, mención especial merece la primera vuelta al mundo, la primera vez que se circunnavegó el globo

terrestre. El 27 de septiembre de 1519 salió del puerto de Sanlúcar de Barrameda una expedición formada por cinco naves y doscientas treinta y siete personas al mando del marino portugués Hernandò de Magallanes, quien pensaba que sería fácil, dada la redondez del globo, hallar por el oeste un camino que llevase a las asiáticas islas de las Especies, sin necesidad de repetir la consabida ruta portuguesa que bordeaba el cabo de Buena Esperanza. Invernaron en la tierra de los patagones, rodearon la Tierra del Fuego, descubrieron el estrecho que conserva el nombre del gran navegante, cruzaron el Pacífico y llegaron a las actuales Filipinas. Muerto Magallanes en combate con los indios, el viaje prosiguió al mando de Juan Sebastián Elcano, que atravesó las Molucas y el Índico, dobló el cabo de Buena Esperanza y regresó a Sanlúcar, con sólo un navío y dieciocho hombres, el 6 de septiembre de 1522. De la gran odisea tenemos detallada crónica gracias al diario que escribió Francisco Antonio Pigafetta, navegante italiano que acompañaba al nuevo embajador que la corte de Roma enviaba a Carlos V y que obtuvo permiso para participar en la expedición de Magallanes. Su manuscrito se titula Viaje alrededor del mundo y lo editó el investigador Carlos Amoretti.

El Brasil.- Después de pasar la línea equinoccial, al aproximarnos al polo antártico perdimos de vista la estrella polar. Dejamos el cabo entre el Sur y el Suroeste y enfilamos la proa hacia la Tierra del Verzino (el Brasil) en los 23° 30' de latitud meridional. Esta tierra es una continuación de la en que está el cabo San Agustín, a los 8° 30' de la misma latitud.

Ananás, azúcar, anta.- Aquí nos aprovisionamos abundantemente de gallinas, de patatas, de una especie de fruto parecido a la pina de pino, pero que es dulce en extremo y de un gusto exquisito, de canas dulces, de carne de anta, la cual es parecida a la de vaca, etc.

Cambios, patatas.- Hicimos también ventajosísimos cambios: por un anzuelo o por un cuchillo nos dieron cinco o seis gallinas; por un peine, dos gansos; por un espejito o un par de tijeras, el pescado suficiente para comer diez personas; por un cascabel o por una cinta, los indígenas nos traían un cesto de patatas, nombre que dan a los tubérculos que tienen poco más o menos la figura de nuestros nabos, y cuyo sabor es parecido al de las castañas. Cambiamos asimismo a buen precio las figuras de los naipes: por un rey de oros me dieron seis gallinas, y aún se imaginaban haber hecho un magnífico negocio.

13 de Diciembre.- Entramos en este puerto el día de Santa Lucía, 13 de diciembre.

Estaba entonces a mediodía el Sol en nuestro cenit, y sufrimos con el calor mucho más que al pasar la línea.

La tierra del Brasil, abundante en toda clase de productos, es tan extensa como España, Francia e Italia juntas; pertenece al rey de Portugal.

Los brasileños.- Los brasileños no son cristianos, pero tampoco son idólatras, porque

no adoran nada; el instinto natural es su única ley. Su longevidad: Viven muchísimo tiempo; los viejos llegan ordinariamente hasta los ciento veinticinco años, y algunas veces hasta los ciento cuarenta. Sus costumbres: Van desnudos del todo, lo mismo las mujeres que los hombres. Sus casas: Sus habitaciones consisten en anchurosas cabañas, a las que llaman boi, y se acuestan sobre mallas de lado de algodón llamadas hamacas, colgadas por los dos extremos de gruesas vigas. La chimenea está en la tierra. Uno de estos bois alberga algunas veces hasta cien hombres con sus mujeres y niños y, por consecuencia, hay en ellos siempre mucho ruido. Sus barcos: Los llaman canoas y están hecho de un tronco de árbol ahuecados por medio de una piedra cortante, usada en vez de las herramientas de hierro, de las cuales carecen. Son tan grandes estos árboles, que en una sola canoa caben treinta y aun cuarenta hombres, que bogan con remos parecidos a las palas de nuestros panaderos. Al verlos tan negros, desnudos completamente, sucios y calvos, se les hubiera tomado por marineros de la laguna Estigia.

Antropófagos.- Los hombres y las mujeres son tan recios y están tan bien conformados como nosotros. Comen algunas veces carne humana, pero solamente la de sus enemigos. No es por apetito ni por gusto por lo que la comen, sino por una costumbre que, según nos dijeron, empezó entre ellos de la manera siguiente. Una vieja no tenía más que un hijo, que fue muerto por los enemigos. algún tiempo después el matador de su hijo fue hecho prisionero y conducido a su presencia; para vengarse, la madre se arrojó como una fiera sobre él, y a bocados le destrozó la espalda; tuvo el prisionero la doble suerte de escapar de manos

de la vieja y evadirse y de volver entre los suyos, a los cuales mostró las huellas de las dentelladas en su espalda, y les hizo creer (tal vez lo creyó él también) que los enemigos habían querido devorarlo vivo. Para no ser menos feroces que los otros, se determinaron a comerse de verdad a los enemigos que aprisionaban en los combates, y los otros hicieron otro tanto; sin embargo, no se los comen en el campo de batalla, ni vivos, sino que los despedazan y los reparten entre los vencedores; cada uno se lleva la parte que le corresponde, la seca al humo, y cada ocho días se come un pedazo asado. Esto me lo contó nuestro piloto Juan Carvajo, que había pasado cuatro años en el Brasil.

Tinte y tatuaje.- Los brasileños, hombres y mujeres, se tienen el cuerpo y sobre todo la cara de un modo extraño y de diferentes maneras. Tienen los cabellos cortos y lanudos, y no tienen pelo sobre ninguna parte del cuerpo, porque se depilan.

Vestidos.- Llevan una especie de chaquetilla tejida con plumas de papagayo, y dispuestas de forma que las plumas más grandes de las alas y de la cola forman un círculo sobre los riñones, lo cual les da una apariencia pintoresca y ridícula.

Adorno de los labios.- Casi todos los hombres tienen el labio inferior horadado con tres agujeros, por los que pasan cilindros de piedra de dos pulgadas. Ni las mujeres ni los niños llevan este incómodo adorno. Añádase que van completamente desnudos por delante. Su color es más aceitunado que negro. Su rey se llama cacique.

Hay en este país infinitos papagayos; por un espejito nos daban ocho o diez. También hay gatos monillos muy lindos, amarillos, parecidos a leoncitos.

El pan.- Comen un pan blanco y redondo, que no nos gustó hecho con la médula o con la albura que hay entre la corteza y la madera de cierto árbol, y que tiene alguna semejanza con la leche cuajada.

Animales.- Hay cerdos, que nos parecieron tener el ombligo sobre la espalda, y unos pájaros grandes cuyo pico parece una cuchara, pero que carecen de lengua.

Libertinaje de las muchachas.- Algunas veces, para conseguir un hacha o un cuchillo de cocina, nos ofrecieron por esclavas una y aun dos de sus hijas. Cantidad conyugal: Pero no nos ofrecieron nunca a sus mujeres; además, no hubieran éstas consentido entregarse a otros hombres que no fuesen sus maridos, porque, a pesar del libertinaje de las muchachas, su pudor es tal cuando están casadas, que no toleran nunca que sus maridos las abracen durante el día. Están encargadas de los trabajos más penosos, y se les ve frecuentemente bajar de la montaña con cestos colmados de carga sobre la cabeza; mas no van jamás solas; les acompañan sus maridos, que son muy celosos, armados, con las flechas en una mano y el arco en la otra. Armas: Este arco es de madera del Brasil o de palmera negra. Si las mujeres tienen hijos, los llevan suspendidos del cuello por medio de una cuerda de algodón. Podría decir otras muchas cosas acerca de sus costumbres, pero las pasaré en silencio para no ser demasiado prolijo.

Credulidad.- Estos pueblos son extremadamente crédulos y buenos, y sería fácil convertirlos al cristianismo. La casualidad hizo que concibieran por nosotros veneración y respeto. Reinaba desde hacía dos meses una gran sequía en el país, y como en el momento de nuestra llegada el cielo se desató en lluvia,

la atribuyeron a nuestra presencia. Cuando desembarcamos para decir misa en tierra, asistieron en silencio y con aire de recogimiento, y viendo que botábamos al mar nuestras chalupas, que estaban amarradas al costado del navío, o que le seguían, se imaginaron que eran los hijos del buque y que éste les alimentaba.

Robo extraño de una muchacha. - El capitán general y yo fuimos un día testigos de una extraña aventura. Las jóvenes venían frecuentemente a bordo del navío a ofrecerse a los marineros, para obtener algún regalo; un día, una de las más bonitas subió, sin duda, con dicho objeto; pero habiendo visto un clavo de un dedo de largo, y creyendo que no la veían, lo agarró y se lo introdujo prestamente entre los dos labios de sus partes naturales. ¿Quiso esconderlo? ¿Quiso adornarse? No lo pudimos adivinar.

27 de Diciembre de 1519. - Pasamos trece días en este puerto; en seguida emprendimos de nuevo nuestra ruta y costeamos el país, hasta los 39° 40' de latitud meridional, donde encontramos un gran río de agua dulce. Caníbales: Aquí habitan caníbales o comedores de hombres. Uno de ellos, de figura gigantesca y cuya voz parecía la de un toro, se aproximó a nuestro navío para dar ánimos a sus camaradas que, temiendo que les queríamos hacer mal, se alejaban del río y se retiraban con sus efectos al interior del país. Por no perder la ocasión de hablarles y de verles de cerca, saltamos a tierra cien hombres y les perseguimos para capturar algunos; pero daban tan enormes zancadas, que ni corriendo ni aun saltando pudimos llegar a alcanzarlos.

Cabo de Santa María. - Este río contiene siete islitas; en la mayor, que llaman cabo de Santa María, se encuentran piedras preciosas. Antes se creía que no era un río, sino un canal

por el cual se pasaba al mar del Sur; pero pronto se supo que no era más que un río que tiene diecisiete leguas de ancho en su desembocadura. Muerte de Juan de Solís: Aquí es donde Juan de Solís, que, como nosotros, iba al descubrimiento de tierras nuevas, fue comido por los caníbales, de los cuales se había fiado demasiado, con sesenta hombres de su tripulación.

Pingüinos. - Costeando esta tierra hacia el Polo Antártico nos detuvimos en dos islas que encontramos pobladas solamente de gansos y de lobos marinos. Hay tantos de los primeros y tan mansos, que en una hora hicimos una abundante provisión para la tripulación de los cinco navíos. Son negros y parecen estar cubiertos por todo el cuerpo de plumitas, sin tener en las alas las plumas necesarias para volar; y, en efecto, no vuelan y se alimentan con peces; son tan grasosos, que tuvimos que desollarlos para poder desplumarlos. Su pico parece un cuerno.

Vacas marinas. - Los lobos marinos son de diferentes colores y del tamaño casi de una vaca, asemejándose su cabeza a este animal. Sus orejas son cortas y redondas, y sus dientes muy largos. No tienen piernas, y sus patas, unidas al cuerpo, se parecen a nuestras manos y tienen uñas pequeñas; pero son palmípedos, esto es, que sus dedos están unidos por una membrana como las patas de un ánade. Si pudiesen correr serían temibles, porque mostraron ser muy feroces. Nadan muy de prisa y no comen más que pescado.

Enero de 1520. - Sufrimos una terrible tempestad en medio de estas islas, durante la cual los fuegos de San Telmo, de San Nicolás y de Santa Clara se dejaron ver muchas veces en la punta de los mástiles, y al desaparecer, al instante se notaba la disminución del furor de la tempestad.

19 de mayo de 1520.- Puerto de Santa Julián. -Alejándose de estas islas para continuar nuestra ruta, llegamos a los 49° 30' de latitud meridional, donde encontramos un buen puerto, y como el invierno se aproximaba, juzgamos a propósito pasarlo allí.

Un gigante.- Transcurrieron dos meses sin que viéramos ningún habitante del país. Un día, cuando menos lo esperábamos, un hombre de figura gigantesca se presentó ante nosotros. Estaba sobre la arena casi desnudo, y cantaba y danzaba al mismo tiempo, echándose polvo sobre la cabeza. El capitán envió a tierra a uno de nuestros marineros, con orden de hacer los mismos gestos, en señal de paz y amistad, lo que fue muy bien comprendido por el gigante, quien se dejó conducir a una isleta donde el capitán había bajado. Yo me encontraba allí con otros muchos. Dio muestras de gran extrañeza al vernos, y levantando el dedo, quería sin duda decir que nos creía descendidos del cielo. Su figura: Este hombre era tan grande que nuestra cabeza llegaba apenas a su cintura. De hermosa talla, su cara era ancha y tenida de rojo, excepto los ojos, rodeados con un círculo amarillo, y dos trazos en forma de corazón en las mejillas. Sus cabellos, escasos, parecían blanqueados con algún polvo. Su traje: Su vestido, o, mejor dicho, su manto, estaba hecho de pieles, muy bien cosidas, de un animal que abunda en este país como veremos a continuación. Animal extraño: Este animal tiene cabeza y orejas de mula, cuerpo de camello, patas de ciervo y cola de caballo; relincha como este último. Llevaba este hombre también una especie de zapatos hechos de la misma piel. Armas: Tenía en la mano izquierda un arco corto y macizo, cuya cuerda, algo más gruesa que la de un laúd, estaba hecha con un intestino

del mismo animal; en la otra mano empuñaba unas cuantas flechas de cana pequeñas, que por un extremo tenían plumas como las nuestras y por el otro, en lugar de hierro, una punta de pedernal blanco y negro. Con pedernal hacen también instrumentos cortantes para labrar la madera.

Se le hacen regalos.- El capitán general mandó darle de comer y beber, y entre bagatelas y baratijas, le regaló un espejo grande de acero. El gigante, que no tenía la menor noción de este utensilio, y que, sin duda, veía por primera vez su figura, retrocedió tan asustado que derribó a cuatro de nuestros hombres que le rodeaban. Se le regalaron cascabeles, un espejito, un peine y algunas cuentas de vidrio; en seguida, y acompañado de cuatro hombres bien armados, se le volvió a poner en tierra.

Ceremonias.- Su camarada, que había rehusado subir a bordo, viéndole volver, corrió a avisar y a llamar a los otros, quienes, al percibir que nuestros hombres armados se aproximaban, se pusieron en fila, sin armas y casi desnudos; pronto comenzaron su danza y su cántico, levantando el dedo índice hacia el cielo, para darnos a entender que nos consideraban como seres desconocidos de lo alto; nos enseñaron también unos polvos blancos en pucheros de arcilla, no teniendo otra cosa que darnos de comer. Los nuestros invitaron por señas a que pasasen a los navíos, y ofrecieron ayudarles a transportar lo que quisieran llevar consigo. Vinieron, en efecto; mas los hombres, que no tenían más que su arco y sus flechas, habían cargado todo sobre sus mujeres, como si fuesen acémilas.

Las mujeres.- Las mujeres no son tan grandes como los hombres; pero en compensación, son más gordas. Sus tetas, colgantes,

tienen más de un pie de longitud. Van pintadas y vestidas del mismo modo que sus maridos, pero se tapan sus partes naturales con una piel delgada. Nos parecieron bastante feas; sin embargo, sus maridos mostraban estar muy celosos.

Cacería.- Trajeron cuatro animales de los que he mencionado, atados con una especie de cabestro; mas eran pequeños y de los que utilizan para atrapar a los grandes, para lo cual atan a los pequeños a un arbusto; los grandes vienen a jugar con ellos, y los hombres, ocultos en la espesura, los matan a flechazos. Dieciocho hablantes del país, hombres y mujeres, habiéndoles invitado nuestros hombres a acercarse a los navíos, se dividieron en dos grupos, diseminándose por las cercanías del puerto, y nos divertieron cazando de este modo.

Otro gigante.- Seis días después, estando nuestra gente atareada en hacer lena para la provisión de la escuadra, vieron a otro gigante vestido como los que acababámos de dejar y armado igualmente con arco y flechas. Al aproximarse se tocó la cabeza y el cuerpo, elevando en seguida las manos al cielo, gestos que imitaron los nuestros. El capitán general al que se avisó, envió el esquife a tierra para conducirlo al islote que había en el puerto, y en el que se había construido una casa para establecer en ella una fragua y un almacén para algunas mercaderías.

Amigo de los españoles.- Este hombre era más grande y estaba mejor formado que los otros; tenía también los modales más dulces; danzaba y saltaba tan alto y con tanta fuerza, que sus pies se elevaban muchas pulgadas en la arena. Pasó algunos días con nosotros. Le enseñamos a pronunciar el nombre de Jesús, el padrenuestro, etc., y llegó a recitarlo tan bien

como nosotros, pero con voz fortísima. En fin, le bautizamos, poniéndole el nombre de Juan. El capitán general le regaló una camisa una chaqueta, unos calzones de lienzo, un gorro, un espejo, un peine, algunos cascabeles y otras bagatelas. Se volvió con los suyos muy contento, al parecer, de nosotros. A la mañana siguiente trajo al capitán uno de estos grandes animales de los que hemos hablado y recibió otros regalos, por los que nos trajo a su vez más animales, ; pero después no le volvimos a ver, y sospechamos que sus camaradas le mataron por haber estado con nosotros. Otros gigantes: Al cabo de quince días vimos venir hacia nosotros otros cuatro gigantes; venían sin armas, mas supimos en seguida que las habían dejado escondidas entre la maleza, en donde nos las mostraron dos de ellos que aprisionamos. Todos estaban pintados, pero de diversas maneras.

Junio de 1520.- Dos de los gigantes son capturados por la astucia. -El capitán quiso retener a los dos más jóvenes y mejor formados para llevarlos con nosotros durante nuestro viaje y conducirlos después a España; pero viendo que era difícil prenderlos por la fuerza, se valió de la astucia siguiente: les dio una gran cantidad de cuchillos, espejos, y cuentas de vidrio, de manera que tuvieron las dos manos llenas; en seguida les ofreció dos grillos de hierro, de los que se usan para los presos, y cuando vio que los codiciaban (les gusta extraordinariamente el hierro), y que, además, no podían cogerlos con las manos, les propuso sujetárselos a los tobillos para que se los llevarsen más fácilmente; consintieron, y entonces se les aplicaron los grillos y cerraron los anillos, de suerte que de repente se encontraron encadenados. En cuanto se dieron cuenta de la

superchería se pusieron furiosos, resoplando, bramando e invocando a Setebos, que es su demonio principal, para que viniese a socorrerlos.

Se intenta aprisionar a las mujeres. - No contento con tener a estos hombres, el capitán deseó tomar a sus mujeres; para llevar a Europa esta raza de gigantes, a cuyo efecto ordenó arrestar a los otros dos para obúgarles a guiar a nuestra gente al lugar en que vivían sus mujeres; apenas bastaron nueve hombres fortísimos de los nuestros para atarlos y ponerlos en tierra; uno de ellos consiguió libertarse, y el otro hizo grandes esfuerzos, que para sujetarle tuvieron que herirle ligeramente en la cabeza; mas al fin les obligaron a conducirlos donde estaban las mujeres de los dos prisioneros. Estas mujeres, al saber lo que les había sucedido a sus maridos, lanzaron tan estridentes gritos que las oímos desde muy lejos. El piloto Juan Carvajo, que capitaneaba a los nuestros, viendo que se hacia tarde, no se preocupó de prender a la mujer a cuya mansión le condujeron; pero puso centinelas y se quedó allí vigilando toda la noche, durante la cual llegaron otros dos gigantes, los cuales, sin manifestar asombro ni disgusto, pasaron con ellos el resto de la velada; pero al alba, después de cuchichear algunas palabras con las mujeres, en un instante todos emprendieron la fuga, los hombres, mujeres y niños, corriendo éstos aún más ligeramente que los otros, abandonando su choza y todo lo que contenía; uno de los hombres se llevó consigo a los animalitos que les servían para la caza, y otro, escondido entre la maleza, hirió en el muslo con una flecha envenenada a uno de los nuestros, que murió en seguida.

Aunque nuestros hombres dispararon sus armas de fuego contra los fugitivos, no pudieron atraparlos, porque no corrían en línea recta,

sino zigzagueando, y con la velocidad de un caballo desbocado; nuestra gente quemó la choza de los salvajes y enterró al muerto.

La medicina de los gigantes. - Aun siendo salvajes, tienen estos indios unas especie de medicina. Cuando están enfermos del estómago, por ejemplo, en vez de purgarse, como nosotros, se introducen una flecha en la boca todo lo que pueden, para excitar el vómito, y arrojan una materia verde mezclada con sangre. El color verde proviene de una clase de cardos de que se alimentan. Si les duele la cabeza, se hacen una cortadura en la frente, y hacen lo mismo en cualquier parte del cuerpo en que siente dolor, con el fin de que salga una gran cantidad de sangre del sitio donde sufren. Su teoría, explicada por uno de los aprisionados, explica su práctica: el dolor (dicen ellos) lo causa la sangre que no quiere permanecer en tal o cual parte del cuerpo; por consiguiente, haciéndola salir, el dolor debe cesar.

Sus costumbres. - Llevan los cabellos cortados en aureola como los frailes, pero más largos y recogidos por un cordón de algodón alrededor de la cabeza, y en el cual colocan sus flechas cuando van de caza. Si hace mucho frío, se atan estrechamente contra el cuerpo sus partes naturales. Su religión: Parece que su religión se limita a adorar al diablo. Pretenden que cuando uno de ellos está muriéndose, aparecen diez o doce demonios cantando y bailando a su alrededor. Uno de los demonios, que alborota más que los otros, es el jefe o diablo mayor, y le llaman Setebos; los pequeños se llaman Chelete. Los pintan y representan como a los habitantes del país. Nuestro gigante pretendía haber visto una vez un demonio con cuernas y pelos tan largos, que le cubrían los pies, y que arrojaban llamas por la boca y por detrás.

Julio de 1520.- Usos.- Estos pueblos se visten, como ya he dicho, con la piel de un animal, y con esta piel cubren también sus chozas, que transportan aquí y allá, donde más les conviene, no teniendo punto de residencia fijo, estableciéndose, como los bohemios, tan pronto en un sitio como en otro. Se mantienen ordinariamente de carne cruda y de una raíz dulce que llaman capac. Son muy glotones; los dos que cogimos se comían cada uno un cesto de bizcochos por día, y se bebían medio cubo de agua de un trago; devoraban las ratas crudas, sin desollarlas. Nuestro capitán llamó a este pueblo patagones. Pasamos en este puerto, al que llamaremos de San Julián, cinco meses, durante los cuales no nos sucedió ningún accidente, salvo los que acabo de mencionar.

Bibliografía

A) El texto citado se encuentra en ANTONIO PIGAFETTA. *Primer viaje en torno del globo*, Madrid, Espasa-Calpe S.A., Colección Austral n.º 207, quinta edición, 1963, págs. 47-57. En esta edición no consta el nombre del traductor. Tampoco se dice si la traducción se basa en el original italiano editado por Carlos Amoretti, o en la versión francesa del mismo historiador italiano. Es probable que hayamos citado una versión indirecta del original porque esta edición de Austral también contiene dos prefacios "del traductor francés", el que precede al relato de Pigafetta y el que encabeza los parcos resultados de una interesante curiosidad del marino italiano, la confección de unas listas de vocabulario de los indígenas del Brasil, la Patagonia y las islas del Mar del Sur (Filipinas, Molucas, Malaca y vecinas).

Véase actualmente la edición de Leoncio Cabrero del *Primer viaje alrededor del mundo* de ANTONIO PIGAFETTA, Madrid, Historia 16, Crónicas de América 12, 1985.

Las grandes ediciones de los viajeros y cronistas se hicieron durante el siglo XIX, como, por ejemplo, la *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones de América y Oceanía*. 1ª serie, 42 volúmenes. Madrid, 1864-1884. 2ª serie, 25 volúmenes. Madrid, 1885-1932.

Para los viajes sobresale la compilación coordinada por MARTIN FERNANDEZ DE NAVARRETE, titulada *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*. 5 volúmenes. Madrid, 1825 y ss.

Una muy respetable cantidad de documentos se hallan en la justamente célebre *BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES* (B.A.E.), editada en el siglo pasado por Manuel Rivadeneira y en nuestro siglo -y en nuestros días- por Ediciones Atlas, en Madrid. Esta colección puede consultarse en varias bibliotecas públicas. La mayoría de obras que hemos antologizado en esta sección hallan en esta imprescindible serie.

RANGLES, W.G.L. *De la terre plate au globe terrestre. Une mutation épistémologique rapide (1480-1520)*. Paris, A. Colin, 1980.

Cabeza de Vaca

La crédula curiosidad del marino Pigafetta queda ampliamente superada por la periodística prosa de este otro viajero a quien la fortuna trató de forma tan cruel, pero cuyas penalidades y vagabundeos le proporcionaron un inmejorable conocimiento de los "otros". Alvar Núñez Cabeza de Vaca tiene en su haber no sólo una respetable serie de viajes por mar, con sus correspondientes naufragios, sino también una impresionante odisea terrestre, en condiciones especialísimas, y a través de pueblos y parajes que apenas suelen mencionarse al hablar de la conquista de América. Habiendo nacido entre 1490 y 1507, partió en el año 1527 como alguacil mayor y tesorero en la expedición de Pánfilo de Narváez. Desembarcados en la costa occidental de la Florida y abandonados por los navíos, los miembros de la expedición, fundiendo los utensilios de metal que tenían para transformarlos en clavos, construyeron unas barcas con el propósito de alcanzar la costa de Pánuco, pero naufragaron en alta mar y sólo algunos sobrevivieron, después de escaparse de una isla en la que los indios los diezmaban. De nuevo en cautiverio, por fin lograron escapar cuatro personas tras casi seis años de infortunios en los que Cabeza de Vaca hizo de mercader entre diversas tribus. Ocho meses de largas caminatas en dirección oeste les costó encontrar a nuevos compatriotas, recorriendo las regiones de Texas, Sonora y Chihuahua hasta llegar a las márgenes del Petatlán, en las que ya se hallaban los miembros de la expedición de Nuño de Guzmán. Para salvar su vida, Cabeza de Vaca ejerció de curandero y adivino, valiéndose de sus conocimientos de botánica y de sus elementales nociones de medicina, aderezándolo todo con la pertinente teatralidad. Por fin, en 1537, regresó a España y escribió la historia de sus Naufragios, que se publicó en 1542.

Ante las negras noticias que llegaban a la corte sobre el territorio del río de la Plata, el rey decidió enviar al famoso viajero como gobernador de aquella zona. Con ese nombramiento emprendió la segunda gran peripecia de su vida, que comenzó con otro naufragio y prosiguió remontando el Itabucú y el Iguazú con el fin de alcanzar la recién fundada ciudad de

Asunción a través de tierra todavía no descubierta. Casi un año le costó el intento. Después de ocho meses de gobierno decide continuar la exploración de aquel enclave, Paraguay arriba, hacia la sierra de Chiquitos, pero la gran expedición que encabeza ha de desistir, reducida a dos fracciones menores que aportan esenciales noticias: al otro lado de las grandes montañas viven indios con abundancia de metales preciosos, pero allí ya han llegado los cristianos con sus naves. Acusado por Domingo Martínez de Irala y sus partidarios de crueldades y abusos en el gobierno, Cabeza de Vaca fue detenido y enviado a España en 1544. De nuevo en la metrópoli, quien había sido adelantado y gobernador del Río de la Plata escribió con la ayuda de sus secretario Pedro Hernández la segunda parte de sus aventuras, los Comentarios, y la editó en Valladolid añadiéndola a los Naufragios en 1555. De ese libro hemos seleccionado las descripciones referentes a los indios del norte de México, cazadores-recolectores unos y conocedores de la agricultura otros.

Esto hacen éstos por una costumbre que tienen, y es que matan sus mismos hijos por sueños, y a las hijas en nasciendo las dejan comer a perros, y las echan por ahí. La razón por que ellos lo hacen es, según ellos dicen, porque todos los de la tierra son sus enemigos y con ellos tienen continua guerra; y que si acaso casasen sus hijas, multiplicarían tanto sus enemigos, que los sujetarían y tomarían por esclavos; y por esta causa querían más matallas que no que de ellas mismas nasciese quien fuese su enemigo. Nosotros les dijimos que por qué no las casaban con ellos mismos. Y también entre ellos dijeron que era fea cosa casarías con sus parientes, y que era muy mejor matarlas que darlas a sus parientes ni a sus enemigos; y esta costumbre usan estos y otros sus vecinos, que se llaman los iguaces, solamente, sin que ningunos otros de la tierra la guarden. Y cuando éstos se han de casar, compran las mujeres a sus enemigos, y el precio que cada uno da por la suya es un arco, el mejor que puede haber, con dos flechas; y si acasto no tiene arco, una red hasta una braza en ancho y otra en largo. Matan sus hijos, y mercan los ajenos; no dura el casamiento más de cuanto están contentos, y con una higa deshacen el casamiento. Dorantes estuvo con éstos, y desde a pocos días se huyó. Castillo y Estebanico se vinieron dentro a la Tierra Firme a los iguaces. Toda esta gente son flecheros y bien dispuesto, aunque no tan grandes como los que atrás dejamos, y traen la teta y el labio horadados.

Su mantenimiento principalmente es raíces de dos o tres maneras, y búscanlas por toda la tierra; son muy malas, y hinchan los hombres que las comen. Tardan dos días en asarse, y muchas de ellas son muy amargas, y con todo

esto se sacan con mucho trabajo. Es tanta la hambre que aquellas gentes tienen, que no se pueden pasar sin ellas, y andan dos o tres leguas buscándolas. Algunas veces matan algunos venados, y a tiempos toman algún pescado; mas esto es tan poco, y su hambre tan grande, que comen arañas y huevos de hormigas, y gusanos y lagartijas y salamanquesas y culebras y víboras, que matan los hombres que muerden, y comen tierra y madera y todo lo que puede haber, y estiércol de venados, y otras cosas que dejo de contar; y creo averiguadamente que si en aquella tierra hubiese piedras las comerían. Guardan las espinas del pescado que comen, y de las culebras y otras cosas, para molerlo después todo y comer el polvo de ello. Entre éstos no se cargan los hombres ni llevan cosa de peso; mas llevándolo las mujeres y los viejos, que es la gente que ellos en menos tienen. No tienen tanto amor a sus hijos como los que arriba dijimos. Hay algunos entre ellos que usan pecado contra natura. Las mujeres son muy trabajadas y para mucho, porque de veinticuatro horas que hay entre día y noche, no tienen sino seis horas de descanso, y todo lo más de la noche pasan en atizar sus hornos para secar aquellas raíces que comen; y desde amanesce comienzan a cavar y a traer lena y agua a sus casas y dar orden en las otras cosas de que tienen necesidad. Los más de éstos son grandes ladrones, porque aunque entre si son bien partidos, en volviendo uno la cabeza, su hijo mismo o su padre le toma lo que puede. Mienten muy mucho, y son grandes borrachos, y para esto beben ellos una cierta cosa. Están tan usados a correr, que sin descansar ni cansar corren desde la mañana hasta la noche, y siguen un venado; y de esta manera matan muchos de ellos, porque los siguen

hasta que los cansan, y algunas veces los toman vivos. Las casas de ellos son de esteras, puestas sobre cuatro arcos; llévanlas a cuestras, y múdanse cada dos o tres días para buscar de comer; ninguna cosa siembran que se puedan aprovechar; es gente muy alegre; por mucha hambre que tengan, por eso no dejan de bailar ni de hacer sus fiestas y areitos. Para ellos el mejor tiempo que éstos tienen es cuando comen las tunas, porque entonces no tienen hambre, y todo el tiempo se les pasa en bailar, y comen de ellas de noche y de día; todo el tiempo que les duran exprímenlas y ábrenlas y pónenlas a secar, y después de secas pónenlas en unas seras, como higos, y guárdanlas para comer por el camino cuando se vuelven, y las cáscaras de ellas muélenlas y hácenlas polvo. Muchas veces, estando con éstos, nos aconteció tres o cuatro días estar sin comer porque no lo había: ellos, por alegrarnos, nos decían que no estuviésemos tristes; que presto habría tunas y comeríamos muchas, y beberíamos del zumo de ellas, y teníamos las barrigas muy grandes y estaríamos muy contentos y alegres y sin hambre alguna; y desde el tiempo que esto nos decían hasta que las tunas se hubiesen de comer había cinco o seis meses; y, en fin, hubimos de esperar aquestos seis meses, y cuando fue tiempo fuimos a comer las tunas; hallamos por la tierra muy gran cantidad de mosquitos de tres maneras, que son muy malos y enojosos, y todo lo más del verano nos daban mucha fatiga; y para defendernos de ellos hacíamos al derredor de la gente muchos fuegos de leña podrida y mojada, para que no ardiesen y hiciesen humo; y esta defensión nos daba otro trabajo, porque en toda la noche no hacíamos sino llorar, del humo que en los ojos nos daba, y sobre eso, gran calor que nos

causaban los muchos fuegos, y salíamos a la costa; y si alguna vez podíamos dormir, recordábanos a palos, para que tornásemos a encender los fuegos. Los de la tierra adentro para esto usan otro remedio tan incomportable y más que éste que he dicho, y es andar con tizonas en las manos quemando los campos y montes que topan, para que los mosquitos huyan, y también para sacar debajo de tierra lagartijas y otras semejantes cosas para comerlas; y también suelen matar venados, cercándolos con muchos fuegos; y usan también esto por quitar a los animales el pasto, que la necesidad les haga ir a buscarlo adonde ellos quieren, porque nunca hacen asiento con sus casas sino donde hay agua y leña, y alguna vez se cargan todos de esta provisión y van a buscar los venados, que muy ordinariamente están donde no hay agua ni leña; y el día que llegan matan venados y algunas otras cosas que pueden, y gastan todo el agua y leña en guisa de comer y en los fuegos que hacen para defenderse de los mosquitos, y esperan otro día para tomar algo que lleven para el camino; y cuando parten, tales van de los mosquitos, que parece que tienen enfermedad de San Lázaro; y de esta manera satisfacen su hambre dos o tres veces en el año, a tan grande costa como he dicho; y por haber pasado por ello puedo afirmar que ningún trabajo que se sufra en el mundo iguala con éste. Por la tierra hay muchos venados y otras aves y animales de los que atrás he contado. Alcanzan aquí vacas, y yo las he visto tres veces y comido de ellas, y parésceme que serán del tamaño de las de España; tienen los cuernos pequeños, como moriscas, y el pelo muy largo, merino, como una bernia; unas son pardillas, y otras negras, y a mi parecer tienen mejor y más gruesa carne

que las de acá. De las que no son grandes hacen los indios mantas para cubrirse, y de las mayores hacen zapatos y rodela; éstas vienen de hacia el Norte por la tierra adelante hasta la costa de la Florida, y tiéndense por toda la tierra más de cuatrocientas leguas; y en todo este camino, por los valles por donde ellas vienen, bajan las gentes que por allí habitan y se mantienen de ellas, y meten en la tierra grande cantidad de cueros.

...

Convalescidos los dolientes, y ya que había tres días que estábamos allí, llegaron las mujeres que habíamos enviado, diciendo que habían hallado muy poca gente, y que todos habían ido a las vacas, que era en tiempo de ellas; y mandamos a los que habían estado enfermos que se quedasen, y los que estuviesen buenos fuesen con nosotros, y que dos jornadas de allí, aquellas mismas dos mujeres irían con dos de nosotros a sacar gente y traerla al camino para que nos recibiesen; y con esto, otro día de mañana todos los que más recios estaban partieron con nosotros, y a tres jornadas paramos, y el siguiente día partió Alonso del Castillo con Estebanico el negro, llevando por guía las dos mujeres; y la que de ellas era cautiva los llevó a un río que corría entre unas sierras donde estaba un pueblo en que su padre vivía, y éstas fueron las primeras casas que vimos que tuviesen parecer y manera de ello. Aquí llegaron Castillo y Estebanico; y después de haber hablado con los indios, a cabo de tres días vino Castillo adonde nos había dejado, y trajo cinco o seis de aquellos indios, y dijo cómo había hallado casas de gente y de asiento, y que aquella gente comía frísoles y calabazas, y que había visto maíz. Esta fue la cosa del mundo que más nos alegró, y por ello dimos

infinitas gracias a nuestro Señor; y dijo que el negro venía con toda la gente de las casas a esperar al camino, cerca de allí; y por esta causa partimos; y andada legua y media, topamos con el negro y la gente que venían a recibirnos, y nos dieron frísoles y muchas calabazas para comer y para traer agua, y mantas de vacas, y otras cosas. Y como estas gentes y las que con nosotros venían eran enemigos y no se entendían, partímonos de los primeros, dándoles lo que nos habían dado, y fuímonos con éstos; y a seis leguas de allí, ya que venía la noche, llegamos a sus casas, donde hicieron muchas fiestas con nosotros. Aquí estuvimos un día, y el siguiente nos partimos, y llevámoslos con nosotros a otras casas de asiento, donde comían lo mismo que ellos; y de ahí adelante hubo otro nuevo uso: que los que sabían de nuestra idea no salían a recibirnos a los caminos, como los otros hacían; antes los hallábamos en sus casas, y tenían hechas otras para nosotros, y estaban todos asentados, y todos tenían vueltas las caras hacia la pared y las cabezas bajas y los cabellos puestos delante de los ojos, y su hacienda puesta en montón en medio de la casa; y de aquí adelante comenzaron a darnos muchas mantas de cueros, y no tenían cosa que no nos diesen. Es la gente de mejores cuerpos que vimos, y de mayor viveza y habilidad y que mejor nos entendían y respondían en lo que preguntábamos; y llamámoslos de las Vacas, porque la mayor parte que de ellas mueren es cerca de allí; y porque aquel río arriba más de cincuenta leguas, van matando muchas de ellas. Esta gente andan del todo desnudos, a la manera de los primeros que hallamos. Las mujeres andan cubiertas con unos cueros de venado, y algunos pocos de hombres, señaladamente los que son viejos,

que no sirven para la guerra. Es tierra muy poblada. Preguntámosles cómo no sembraban maíz; respondiéronnos que lo hacían por no perder lo que sembrasen, porque dos años arreo les había faltado las aguas, y había sido el tiempo tan seco, que a todos les habían perdido las maíces los topos, y que no osarían tornar a sembrar sin que primero hubiese llovido mucho; y rogábnos, y nosotros se lo prometimos de hacerlo así. También nosotros quisimos saber de dónde habían traído aquel maíz, y ellos nos dijeron que de donde el Sol se ponía, y que lo había por toda aquella tierra; más que lo más cerca de allí era por aquel camino. Preguntámosles por dónde iríamos bien, y que nos informasen del camino, paca no querían ir allá; dijéronnos que el camino era por aquel río arriba hacia el norte, y que en diez y siete jornadas no hallaríamos otra cosa ninguna que comer, sino una fruta que llaman chacan, y que la machucan entre unas piedras si aun después de hecha esta diligencia no se puede comer, de áspera y seca; y así era la verdad, porque allí nos lo mostraron y no lo podimos comer, y dijéronnos también que entretanto que nosotros fuésemos por el río arriba, iríamos siempre por gente que eran sus enemigos y hablaban su misma lengua, y que no tenían que darnos cosa a comer; mas que nos recibirían de muy buena voluntad, y que nos darían muchas mantas de algodón y cueros y otras cosas de las que ellos tenían; mas que todavía les parecía que en ninguna manera no debíamos tomar aquel camino. Dudando lo que haríamos, y cuál camino tomaríamos que más a nuestro propósito y provecho fuese, nosotros nos detuvimos con ellos dos días. Dábannos a comer frísoles y calabazas; la manera de cocerlas es tan nueva, que por ser tal, yo la quise aquí poner, para que

se vea y se conozca cuán diversos y extraños son los ingenios y industrias de los hombres humanos. Ellos no alcanzan ollas, y para cocer lo que ellos quieren comer, hinchán media calabaza grande de agua, y en el fuego echan muchas piedras de las que más fácilmente ellos pueden encender, y toman el fuego; y cuando ven que están ardiendo tómanlas con unas tenazas de palo, y échanlas en aquella agua que está en la calabaza, hasta que la hacen hervir con el fuego que las piedras llevan; y cuando ven que el agua hierve, echan en ella lo que han de cocer, y en todo este tiempo no hacen sino sacar unas piedras y echar otras ardiendo para que el agua hierva para cocer lo que quieren, y así lo cuecen.

Pasados dos días que allí estuvimos, determinamos de ir a buscar el maíz, y no quisimos seguir el camino de las Vacas, porque es hacia el norte, y esto era para nosotros muy gran rodeo, porque siempre tuvimos por cierto que yendo la puesta del Sol habíamos de hallar lo que dejábamos; y así, seguimos nuestro camino, y atravesamos toda la tierra hasta salir a la mar del Sur; y no bastó a estorbarnos esto el temor que nos ponían de la mucha hambre que habíamos de pasar, como a la verdad la pasamos, por todas las diez y siete jornadas que nos habían dicho. Por todas ellas el río arriba nos dieron muchas mantas de vacas, y no comimos de aquella su fruta; mas nuestro mantenimiento era cada día tanto como una mano de unto de venado, que para estas necesidades procurábamos siempre de guardar, y así pasamos todas las diez y siete jornadas, y al cabo de ellas atravesamos el río y caminamos otras diez y siete. A la puesta del Sol, por unos llanos, y entre unas sierras muy grandes que allí se hacen, allí hallamos una gente que la

tercera parte del año no comen sino unos polvos de paja; y por ser aquel tiempo cuando nosotros por allí caminamos, hobimoslo también de comer hasta que, acabadas estas jornadas, hallamos casas de asiento, adonde había mucho maíz allagado, y de ello, y de su harina nos dieron mucha cantidad, y de calabazas y frísoles y mantas de algodón, y de todo cargamos a los que allí nos habían traído, y con esto se volvieron los más contentos del mundo. Nosotros dimos muchas gracias a Dios nuestro Señor por habernos traído allí, donde habíamos hallado tanto mantenimiento.

Entre estas casas había algunas de ellas que eran de tierra, y las otras todas son de estera de canas; y de aquí pasamos más de cien leguas de tierra, y siempre hallamos casas de asiento, y mucho mantenimiento de maíz, y frísoles, y dábannos muchos venados y muchas mantas de algodón, mejores que las de la Nueva España. Dábannos también muchas cuentas y de unos corales que hay en el mar del Sur, muchas turquesas muy buenas que tienen de hacia el norte; y finalmente, dieron aquí todo cuanto tenían, y a mí me dieron cinco esmeraldas hechas puntas de flechas, y con estas flechas hacen ellos sus areitos y bailes; y paresciéndome a mí que eran muy buenas, les pregunté que dónde las habían habido, y dijeron que las traían de unas sierras muy altas que están hacia el norte, y las compraban a trueco de penachos y plumas de papagayos, y decían que había allí pueblos de mucha gente y casas muy grandes. Entre éstos vimos las mujeres más honestamente tratadas que a ninguna parte de Indias que hubiésemos visto. Traen unas camisas de algodón, que llegan hasta las rodillas, y unas medias mangas encima dellas, de unas faldillas de cuero de venado sin pelo, que tocan en el

suelo, y enjabónanlas con unas raíces que alimpian mucho, y ansí las tienen muy bien tratadas; son abiertas por delante y cerradas con unas correas; andan calzados con zapatos. Toda esta gente venía a nosotros a que los tocásemos y santiguásemos; y eran en esto tan importunos, que con gran trabajo lo sufríamos, porque dolientes y sanos, todos querían ser santiguados. A contescía muchas veces que de las mujeres que con nosotros iban parían algunas, y luego en nasciendo nos traían la criatura a que la santiguásemos y tocásemos. Acompañánnos siempre hasta dejarnos entregados a otros, y entre todas estas gentes se tenía por muy cierto que vendamos del cielo. Entretando que con éstos anduvimos caminamos todo el día sin comer hasta la noche, y comíamos tan poco, que ellos se espantaban de verlo. Nunca nos sintieron cansancio, y a la verdad nosotros estábamos tan hecho al trabajo, que tampoco lo sentíamos. Teníamos con ellos mucha autoridad y gravedad, y para conservar esto, les hablábamos pocas veces. El negro les hablaba siempre; se informaba de los caminos que queríamos ir y los pueblos que había y de las cosas que queríamos saber. Pasamos por gran número y diversidades de lenguas; con todas ellas Dios nuestro Señor nos favoreció, porque siempre nos entendieron y les entendimos; y ansí, preguntábamos y respondían por senas, como si ellos hablaran nuestra lengua y nosotros la suya; porque, aunque sabíamos seis lenguas, no nos podíamos en todas partes aprovechar de ellas, porque hallamos más de mil diferencias.

Bibliografía

- A) Los fragmentos corresponden a ALVAR NUÑEZ CABEZA DE VACA. *Naufragios y comenta-*

rios. México, Premiá Editora S.A., Colección La nave. de los locos n.º 14, 1977, págs. 96-101 y 144-151.

También es recomendable la edición existente en Espasa-Calpe S.A. Colección Austral n.º 104. Véase asimismo la B.A.E.

Una significativa antología de los *Naufragios* se encuentra en el volumen *Historiadores de Indias, Antillas y Tierra Firme*. Barcelona, Editorial Bruguera, Libro Clásico, n.º 66, 1971, págs. 630-725. La selección de textos correspondientes a los *Comentarios* se halla en el volumen titulado *Historiadores de Indias, América del Sur*. Barcelona, Editorial Bruguera, Libro clásico n.º 72, 1972, págs. 619-770. Ambos volúmenes contienen estudios preliminares, bibliografías y antologías a cargo de doña Angeles Masiá.

Actualmente es conveniente utilizar la edición preparada por Roberto Ferrando para la serie *Crónicas de América* n.º 8, Madrid. Historia 16, 1984.

Uno de los más sorprendentes viajes de exploración llevados a cabo por los hispanos es aquel que, preparado por Francisco Pizarro y comandado por su hermano Gonzalo, de Perú quiso llegar a Quito penetrando en las selvas orientales del Ecuador, obsesionado su jefe por encontrar el país de la canela. Por una serie de confusas circunstancias, cerca de sesenta soldados capitaneados por Francisco de Orellana se internaron en la selva a bordo de un bergantín que ellos mismos habían construido y navegaron por los ríos Coca, Napo y Amazonas hasta el océano Atlántico, subiendo entonces hasta las costas venezolanas. Este épico viaje documenta el extendido mito que ha dado nombre definitivo al caudaloso río que en aquella ocasión fue atravesado por vez primera. FRAY GASPARD DE CARVAJAL es el autor de la *Relación del nuevo descubrimiento del Río Grande por el capitán Francisco de Orellana* que el lector encontrará en el volumen *Historiadores de Indias. América del Sur*, págs. 321-389.

Ahora puede consultarse en la edición de Rafael Díaz de G. DE CARVAJAL, P. DE ALMESTO Y ALONSO DE ROJAS. *La aventura del Amazonas* Madrid, Historia 16, *Crónicas de América* n.º 19, 1986.

Hernán Cortés

Como ya vimos en la conquista de las Galias, la guerra también puede obligar al estratégico conocimiento de los "otros". Hernán Cortés, quizá la máxima figura militar de toda la conquista de América, supo servirse hasta de la mitología de los aztecas -del mito de Quetzalcóatl, concretamente- para penetrar en el corazón de su imperio y poder medir así, desde dentro y en directo, la magnitud de las fuerzas enemigas. La rapidez incomprensible de su victoria, si tenemos en cuenta la escasez de sus medios frente al número sobrecogedor de los indios, quizá sólo sea interpretable acertadamente, no por las armas de fuego y los caballos y los bergantines, ni por la devastadora epidemia de viruela que transportaron al Nuevo Mundo los hispanos, sino por la manera superior de servirse de la información y de practicar la comunicación. Esta es la tesis que acaba de sostener Tzvetan Todorov en su hermoso libro La conquista de l' Amerique. La question de l' autre.

Hernán Cortés nació en 1485 en Medellín (Badajoz). Estudió dos años en las aulas de la Universidad de Salamanca. Como típico recurso de hidalgo pobre decide embarcarse hacia América a los diecinueve años; a las órdenes de Diego Velázquez participa en la pacificación de Cuba en 1511. Recibe repartimientos, se casa y es nombrado alcalde de Santiago. Pero las noticias que le llegan de las expediciones desafortunadas de Francisco Hernández de Córdoba y Juan de Grijalva le despiertan el interés por las tierras continentales y con el gobernador Velázquez prepara una nueva expedición, mayor y mejor equipada. En Febrero de 1519, a los treinta y cuatro años, Cortés zarpa de Cuba y toca el Yucatán, para de allí pasar a Veracruz, ciudad fundada por él, con lo que propiamente comenzaba su máxima empresa, la conquista de México (1519-1526). De esos años cruciales se conservan cinco cartas-relaciones de Hernán Cortés al emperador Carlos V, en las que aquél le va narrando a éste los pormenores de su gesta. De las cinco hay dos, la segunda y la tercera, que son particularmente interesantes porque contienen los dos momentos esenciales de la conquista -el encuentro directo con el emperador Moctezuma y la batalla definitiva contra la capital,

Tenochtitlan-, relatados pormenorizadamente, si bien desde el punto de vista del conquistador. Ambas cartas de relación se editaron en Sevilla en 1522 y 1523, respectivamente, y en seguida se reeditaron y tradujeron a muchos idiomas (latín, francés, flamenco, alemán, italiano, etc.), alcanzando enorme difusión.

De la Segunda Carta-Relación de Hernán Cortés al emperador Carlos V entresacamos la célebre descripción que contiene de su visita a la capital del Imperio azteca, estado centralizado y jerárquico de muy curiosas prácticas religiosas.

Pasado este auto y ofrecimiento que estos señores hicieron al real servicio de vuestra majestad, hablé un día al dicho Mutezuma, y le dije que vuestra alteza tenía necesidad de oro para ciertas obras que mandaba hacer, y que le rogaba que enviase algunas personas de los suyos, y que yo enviaría asimismo algunos españoles por las tierras y casas de aquellos señores que allí se habían ofrecido, a les rogar que de lo que ellos tenían sirviesen a vuestra majestad con alguna parte, porque demás de la necesidad que vuestra alteza tenía, parecería que ellos comenzaban a servir y vuestra alteza tendría más concepto de las voluntades que a su servicio mostraban, y que él asimismo me diese de lo que tenía, porque lo quería enviar, como el oro y como las otras cosas que había enviado a vuestra majestad con los pasajeros. Y luego mandó que le diese los españoles que quería enviar, y de dos en dos, y de cinco en cinco, los repartió para muchas provincias y ciudades, cuyos nombres, por se haber perdido las escrituras, no me acuerdo, porque son muchos y diversos, más de que algunas de ellas están a ochenta y a cien leguas de la dicha gran ciudad de Temixtitan; y con ellos envió de los suyos y les mandó que fuesen a los señores de aquellas provincias y ciudades y les dijese cómo yo mandaba que cada uno de ellos diese cierta medida de oro que les dio. Y así se hizo que todos aquellos señores a que él envió dieron muy cumplidamente lo que se les pidió, así en joyas como en tejuelos y hojas de oro y plata. Y otras cosas de las que ellos tenían, que fundido todo lo que era para fundir, cupo a vuestra majestad del quinto, treinta y dos mil y cuatrocientos y tantos pesos de oro, sin todas las joyas de oro y plata, y plumajes y piedras y otras muchas cosas de valor que para vuestra

sacra majestad yo asigné y aparté, que podrían valer cien mil ducados y más suma; las cuales demás de su valor eran tales y tan maravillosas que consideradas por su novedad y extrañeza, no tenían precio ni es de creer que alguno de todos los príncipes del mundo de quien se tiene noticia las pudiese tener tales y de tal calidad. Y no le parezca a vuestra majestad fabuloso lo que digo, pues es verdad que todas las cosas criadas así en la tierra como en la mar, de que el dicho Mutezuma pudiese tener conocimiento, tenían contrahechas muy al natural, así de oro como de plata, como de pedrería y de plumas, en tanta perfección, que casi ellas mismas parecían: de las cuales todas me dio para vuestra alteza mucha parte, sin otras que yo le di figuradas, y él las mandó hacer de oro, así como imágenes, crucifijos, medallas, joyeles y collares, y otras muchas cosas de las nuestras, que les hice contrahacer. Cupieron asimismo a vuestra alteza del quinto de la plata que se hubo, ciento y tantos marcos, los cuales hice labrar a los naturales, de platos grandes y pequeños y escudillas y tazas y cucharas, y lo labraron tan perfecto como se lo podíamos dar a entender.

Demás de esto, me dio el dicho Mutezuma mucha ropa de la suya, que era tal, que considerada ser toda de algodón y sin seda, en todo el mundo no se podía hacer ni tejer otra tal ni de tantas ni tan diversos y naturales colores ni labores; en que había ropas de hombres y de mujeres muy maravillosas, y había paramentos para camas, que hechos de seda no se podían comparar; y había otros paños como de tapicería que podían servir en salas y en iglesias; había colchas y cobertores de camas, así de pluma como de algodón, de diversos colores asimismo muy maravillosos, y otras muchas

cosas que por ser tantas y tales no las sé significar a vuestra majestad. También me dio una docena de cerbatanas de las con que él tiraba que tampoco sabré decir a vuestra alteza su perfección, porque eran todas pintadas de muy excelentes pinturas y perfectos matices, en que había figuradas muchas maneras de avecicas y animales y árboles y flores y otras diversas cosas, y tenían los brocales y puntería tan grandes como un gеме de oro, y en el medio otro tanto muy labrado. Diome para con ellas un carniel de red de oro para los bodoques, que también me dijo que me había de dar de oro, y diome unas turquesas de oro y otras muchas cosas, cuyo número es casi infinito.

Porque para dar cuenta, muy poderoso señor, a vuestra real excelencia, de la grandeza, extrañas y maravillosas cosas de esta gran ciudad de Temixtztan, del señorío y servicio de este Mutezuma, señor de ella y de los ritos y costumbres que esta gente tiene, y de la orden que en la gobernación, así de esta ciudad como de las otras que eran de este señor, hay, sería menester mucho tiempo y ser muchos relatores y muy expertos; no podré yo decir de cien partes una, de las que de ellas se podrían decir, mas como pudiere diré algunas cosas de las que vi, que aunque mal dichas, bien sé que serán de tanta admiración que no se podrán creer, porque los que acá con nuestros propios ojos las vemos, no las podemos con el entendimiento comprender. Pero puede vuestra majestad ser cierto que si alguna falta en mi relación hubiere, que será antes por corto que por largo, así en esto como en todo lo demás de que diere cuenta a vuestra alteza, porque me parecía justo a mi príncipe y señor, decir muy claramente la verdad sin interponer cosas que la disminuyan y acrecienten.

Antes que comience a relatar las cosas de esta gran ciudad y las otras que en este capítulo dije, me parece, para mejor se puedan entender, que débese decir de la manera de México, que es donde esta ciudad y algunas de las otras que he hecho relación están fundadas, y donde está el principal señorío de este Mutezuma. La cual dicha provincia es redonda y está toda cercada de muy altas y ásperas sierras, y lo llano de ella tendrá en torno hasta setenta leguas, y en el dicho llano hay dos lagunas que casi lo ocupan todo, porque tienen canoas en torno más de cincuenta leguas. Y la una de estas dos lagunas es de agua dulce, y la otra, que es mayor, es de agua salada. Divídelas por una parte una cuadrillera pequeña de cerros muy altos que están en medio de esta llanura, y al cabo se van a juntar las dichas lagunas en un estrecho de llano que entre estos cerros y las sierras altas se hace. El cual estrecho tendrá un tiro de ballesta, y por entre una laguna y la otra, y las ciudades y otras poblaciones que están en las dichas lagunas, contratan las unas con las otras en sus canoas por el agua, sin haber necesidad de ir por la tierra. Y porque esta laguna salada grande crece y mengua por sus mareas según hace la mar todas las crecientes, corre el agua de ella a la otra dulce tan recio como si fuese caudaloso río, y por consiguiente a las menguantes va la dulce a la salada.

Esta gran ciudad de Temixtitan está fundada en esta laguna salada, y desde la tierra firme hasta el cuerpo de la dicha ciudad, por cualquiera parte que quisieren entrar a ella, hay dos leguas. Tiene cuatro entradas, todas de calzada hecha a mano, tan ancha como dos lanzas jinetas. Es tan grande la ciudad como Sevilla y Córdoba. Son las calles de ella, digo las principales, muy anchas y muy derechas, y

algunas de éstas y todas las demás son la mitad de tierra y por la otra mitad es agua, por la cual andan en sus canoas, y todas las calles de trecho a trecho están abiertas por do atraviesa el agua de las unas a las otras, y en todas estas aberturas, que algunas son muy anchas, hay sus puentes de muy anchas y muy grandes vigas, juntas y recias y bien labradas, y tales, que por muchas de ellas pueden pasar diez de a caballo juntos a la par. Y viendo que si los naturales de esta ciudad quisiesen hacer alguna traición, tenían para ello mucho aparejo, por ser la dicha ciudad edificada de la manera que digo, y quitadas las puentes de las entradas y salidas, nos podrían dejar morir de hambre sin que pudiésemos salir a la tierra; luego que entré en la dicha ciudad di mucha prisa en hacer cuatro bergantines, y los hice en muy breve tiempo, tales que podían echar trescientos hombres en la tierra y llevar los caballos cada vez que quisiésemos.

Tiene esta ciudad muchas plazas, donde hay continuo mercado y trato de comprar y vender. Tiene otra plaza tan grande como dos veces la ciudad de Salamanca, toda cercada de portales alrededor, donde hay cotidianamente arriba de sesenta mil ánimas comprando y vendiendo; donde hay todos los géneros de mercaderías que en todas las tierras se hallan, así de mantenimientos como de vituallas, joyas de oro y de plata, de plomo, de latón, de cobre, de estaño, de piedras, de huesos, de conchas, de caracoles y de plumas. Véndese cal, piedra labrada y por labrar, adobes, ladrillos, madera labrada y por labrar de diversas maneras. Hay calle de caza donde venden todos los linajes de aves que hay en la tierra, así como gallinas, perdices, codornices, lavancos, dorales, zarcetas, tórtolas, palomas, pajaritos en canue-

la, papagayos, búharos, águilas, halcones, gavilanes y cernícalos; y de algunas de estas aves de rapiña, venden los cueros con su pluma y cabezas y pico y uñas.

Venden conejos, liebres, venados, y perros pequeños, que crían para comer, castrados. Hay calle de herbolarios, donde hay todas las raíces y hierbas medicinales que en la tierra se hallan. Hay casas como de boticarios donde se venden las medicinas hechas, así potables como unguentos y emplastos. Hay casas como de barberos, donde lavan y rapan las cabezas. Hay casas donde dan de comer y beber por precio. Hay hombres como los que llaman en Castilla ganapanes, para traer cargas. Hay mucha lena, carbón, braseros de barro y esterres de muchas maneras para camas, y otras más delgadas para asiento y esterar salas y cámaras. Hay todas las maneras de verduras que se hallan, especialmente cebollas, puerros, ajos, mastuerzo, berros, borrajas, acederas y cardos y tagarninas. Hay frutas de muchas maneras, en que hay cerezas, y ciruelas, que son semejables a las de España. Venden miel de abejas y cera y miel de cañas de maíz, que son tan melosas y dulces como las de azúcar, y miel de unas plantas que llaman en las otras islas maguey, que es muy mejor que arrope, y de estas plantas hacen azúcar y vino, que asimismo venden. Hay a vendér muchas maneras de hilados de algodón de todas colores, en sus madejicas, que parece propiamente alcaicería de Granada en las sedas, aunque esto otro es mucha más cantidad. Venden colores para pintores, cuantos se pueden hallar en España, y de tan excelentes matices cuanto pueden ser. Venden cueros de venado con pelo y sin él: teñidos, blancos y de diversos colores. Venden mucha loza en gran manera muy bue-

na, venden muchas vasijas de tinajas grandes y pequeñas, jarros, ollas, ladrillos y otras infinitas maneras de vasijas, todas de singular barro, todas o las más, vidriadas y pintadas.

Venden mucho maíz en grano y en pan, lo cual hace mucha ventaja, así en el grano como en el sabor, a todo lo de las otras islas y tierra firme. Venden pasteles de aves y empanadas de pescado. Venden mucho pescado fresco y salado, crudo y guisado. Venden huevos de gallinas y de ánsares, y de todas las otras aves que he dicho, en gran cantidad; venden tortillas de huevos hechas. Finalmente, que en los dichos mercados se venden todas cuantas cosas se hallan en toda la tierra, que demás de las que he dicho, son tantas y de tantas calidades, que por la prolijidad y por no me ocurrir tantas a las memoria, y aun por no saber poner los nombres, no las expreso. Cada género de mercadería se vende en su calle, sin que entremetan otra mercadería ninguna, y en esto tienen mucha orden. Todo se vende por cuenta y medida, excepto que hasta ahora no se ha visto vender cosa alguna por peso.

Hay en esta gran plaza una gran casa como de audiencia, donde están siempre sentadas diez o doce personas, que son jueces y libran todos los casos y cosas que en el dicho mercado acaecen, y mandan castigar los delinquentes. Hay en la dicha plaza otras personas que andan continuo entre la gente, mirando lo que se vende y las medidas con que miden lo que venden; y se ha visto quebrar alguna que estaba falsa.

Hay en esta gran ciudad muchas mezquitas o casas de sus ídolos de muy hermosos edificios, por las colaciones y barrios de ella, y en las principales de ella hay personas religiosas de su secta, que residen continuamente en

ellas, para los cuales, demás de las casas donde tienen los ídolos, hay buenos aposentos. Todos estos religiosos visten de negro y nunca cortan el cabello, ni lo peinan desde que entran en la religión hasta que salen, y todos los hijos de las personas principales, así señores como ciudadanos honrados, están en aquellas religiones y hábito desde la edad de siete u ocho años hasta que los sacan para los casar, y esto más acece en los primogénitos que han de heredar las casas, que en los otros. No tienen acceso a mujer ni entra ninguna en las dichas casas de religión. Tienen abstinencia en no comer ciertos manjares, y más en algunos tiempos del año que no en los otros; y entre estas mezquitas hay una que es la principal, que no hay lengua humana que sepa explicar la grandeza y particularidades de ella, porque es tan grande que dentro del circuito de ella, que es todo cercado de muro muy alto, se podía muy bien hacer una villa de quinientos vecinos; tiene dentro de este circuito, todo a la redonda, muy gentiles aposentos en que hay muy grandes salas y corredores donde se aposentan los religiosos que allí están. Hay bien cuarenta torres muy altas y bien obradas, que la mayor tiene cincuenta escalones para subir al cuerpo de la torre; la más principal es más alta que la torre de la iglesia mayor de Sevilla. Son tan bien labradas, así de cantería como de madera, que no pueden ser mejor hechas ni labradas en ninguna parte, porque toda la cantería de dentro de las capillas donde tienen los ídolos, es de imaginería y zaquizamíes, y el maderamiento es todo de masonería y muy pintado de cosas de monstruos y otras figuras y labores. Todas estas torres son enterramientos de señores, y las capillas que en ellas tienen son dedicadas cada una a su ídolo, a que tienen devoción.

Hay tres salas dentro de esta gran mezquita, donde están los principales ídolos, de maravillosa grandeza y altura, y de muchas labores y figuras esculpidas, así en la cantería como en el nacimiento, y dentro de estas salas están otras capillas que las puertas por donde entran a ellas son muy pequeñas, y ellas asimismo no tienen claridad alguna, y allí no están sino aquellos religiosos, y no todos, y dentro de éstas están los bultos y figuras de los ídolos, aunque, como he dicho, de fuera hay también muchos. Los más principales de estos ídolos, y en quien ellos más fe y creencia tenían, derroqué de sus sillas y los hice echar por las escaleras abajo e hice limpiar aquellas capillas donde los tenían, porque todas estaban llenas de sangre que sacrifican, y puse en ellas imágenes de Nuestra Señora y de otros santos, que no poco el dicho Mutezuma y los naturales sintieron; los cuales primero me dijeron que no lo hiciese, porque si se sabía por las comunidades se levantarían contra mi, porque tenían que aquellos ídolos les daban todos los bienes temporales, y que dejándolos maltratar, se enojarían y no les darían nada, y les sacarían los frutos de la tierra y moriría la gente de hambre. Yo les hice entender con las lenguas cuán engañados estaban en tener su esperanza en aquellos ídolos, que eran hechos por sus manos, de cosas no limpias, y que habían de saber que había un solo Dios, universal Señor de todos, el cual había criado el cielo y la tierra y todas las cosas, y que hizo a ellos y a nosotros, y que Este era sin principio e inmortal, y que a El había de adorar y creer y no a otra criatura ni cosa alguna, y les dije todo lo demás que yo en este caso supe, para los desviar de sus idolatrías y atraer al conocimiento de Dios Nuestro Señor; y todos, en especial el dicho Mutezuma,

me respondieron que ya me habían dicho que ellos no eran naturales de esta tierra, y que había muchos tiempos que sus predecesores habían venido a ella, y que bien creían que podrían estar errados en algo de aquello que tenían, por haber tanto tiempo que salieron de su naturaleza, y que yo, como más nuevamente venido, sabría las cosas que debían tener y creer mejor que no ellos; que se las dijese e hiciese entender, que ellos harían lo que yo les dijese que era lo mejor. Y el dicho Mutezuma y muchos de los principales de la ciudad dicha, estuvieron conmigo hasta quitar los ídolos y limpiar las capillas y poner las imágenes, y todo con alegre semblante, y les defendí que no matasen criaturas a los ídolos, como acostumbraban, porque, demás de ser muy aborrecible a Dios, vuestra sacra majestad por sus leyes lo prohíbe, y manda que el que matare lo maten. Y de ahí adelante se apartaron de ello, y en todo el tiempo que yo estuve en la dicha ciudad, nunca se vio matar ni sacrificar criatura alguna.

Los bultos y cuerpos de los ídolos en quien estas gentes creen, son de muy mayores estaturas que el cuerpo de un gran hombre. Son hechos de masa de todas las semillas y legumbres que ellos comen, molidas y mezcladas unas con otras, y amásanlas con sangre de corazones de cuerpos humanos, los cuales abren por los pechos, vivos, y les sacan el corazón, y de aquella sangre que sale de él, amasan aquella hanna, y así hacen tanta cantidad cuanta basta para hacer aquellas estaturas grandes. Y también, después de hechas, les ofrecían más corazones, que asimismo les sacrificaban, y les untaban las caras con la sangre. Y a cada cosa tienen su ídolo dedicado, al uso de los gentiles, que antiguamente honraban a sus dioses. Por manera que para pedir

favor para la guerra tienen un ídolo, y para sus labranzas otro, y así para cada cosa de las que ellos quieren o desean que se hagan bien, tienen sus ídolos a quien honran y sirven.

Hay en esta gran ciudad muchas casas muy buenas y muy grandes, y la causa de haber tantas casas principales es que todos los señores de la tierra, vasallos del dicho Mutezuma, tienen sus casas en la dicha ciudad y residen en ella cierto tiempo del año, y demás de esto hay en ellas muchos ciudadanos ricos que tienen asimismo muy buenas casas. Todos ellos, demás de tener muy grandes y buenos aposentamientos, tienen muy gentiles vergeles de flores de diversas maneras, así en los aposentamientos altos como bajos. Por la una calzada que a esta gran ciudad entra vienen dos canos de argamasa, tan anchos como dos pasos cada uno, y tan altos como un estado, y por el uno de ellos viene un golpe de agua dulce muy buena, del gordor de un cuerpo de hombre, que va a dar al cuerpo de la ciudad, de que se sirven y beben todos. El otro, que va vacío, es para cuando quieren limpiar el otro caño, porque echan por allí el agua en tanto que se limpia; y porque el agua ha de pasar por los puentes a causa de las quebradas por do atraviesa el agua salada, echan la dulce por unos canales tan gruesas como un buey, que son de la lengua de las dichas puentes, y así se sirve toda la ciudad.

Traen a vender el agua por canoas por todas las calles, y la manera de como la toman del caño es que llegan las canoas debajo de las puentes, por do están los canales, y de allí hay hombres en lo alto que hinchén las canoas, y les pagan por ello su trabajo. En todas las entradas de la ciudad, y en las partes donde descargan las canoas, que es donde viene la más cantidad de los mantenimientos que entran en la ciudad,

hay chozas hechas donde están personas por guardas y que reciben certum quid de cada cosa que entra. Esto no sé si lo lleva el señor o si es propio para la ciudad, porque hasta ahora no lo he alcanzado; pero creo que para el señor, porque en otros mercados de otras provincias se ha visto coger aquel derecho para el señor de ellas. Hay en todos los mercados y lugares públicos de la dicha ciudad, todos los días, muchas personas, trabajadores y maestros de todos oficios, esperando quien los alquile por sus jornales.

La gente de esta ciudad es de más manera y primor en su vestir y servicio que no la otra de estas otras provincias y ciudades, porque como allí estaba siempre este señor Mutezuma, y todos los señores sus vasallos ocurrían siempre a la ciudad, había en ella más manera y policía en todas las cosas. Y por no ser más prolijo en la relación de las cosas de esta gran ciudad, aunque no acabaría tan aína, no quiero decir más sino que en su servicio y trato de la gente de ella hay la manera casi de vivir que en España; y con tanto concierto y orden como allá, y que considerando esta gente ser bárbara y tan apartada del conocimiento de Dios y de la comunicación de otras naciones de razón, es cosa admirable ver la que tienen en todas las cosas.

En lo del servicio de Mutezuma y de las cosas de admiración que tenía por grandeza y estado, hay tanto que escribir que certifico a vuestra alteza que yo no sé por do comenzar, que pueda acabar de decir alguna parte de ellas; porque, como ya he dicho, ¿qué más grandeza puede ser que un señor bárbaro como éste tuviese contrahechas de oro y plata y piedras y plumas, todas las cosas que debajo del cielo hay en su señorío, tan al natural lo de

oro y plata, que no hay platero en el mundo que mejor lo hiciese; y lo de las piedras que no baste juicio comprender con qué instrumentos se hiciese tan perfecto, y lo de pluma, que ni de cera ni en ningún bordado se podría hacer tan maravillosamente. El señorío de tierras que este Mutezuma tenía no se ha podido alcanzar cuánto era, porque a ninguna parte, doscientas leguas de un cabo y de otro de aquella su gran ciudad, enviaba sus mensajeros, que no fuese cumplido su mandado, aunque había algunas provincias en medio de estas tierras con quien él tenía guerra. Pero por lo que se alcanzó, y yo de él pude comprender, era su señorío tanto casi como España, porque hasta sesenta leguas de esta parte de Putunchán, que es el río de Grijalva, envió mensajeros a que se diesen por vasallos de vuestra majestad los naturales de una ciudad que se dice Cumatán, que había desde la gran ciudad a ella doscientas y veinte leguas; porque las ciento y cincuenta yo he hecho andar y ver a los españoles. Todos los más de los señores de estas tierras y provincias, en especial los comarcanos, residían, como ya he dicho, mucho tiempo del año en aquella gran ciudad, y todos o los más tenían sus hijos primogénitos en el servicio del dicho Mutezuma.

En todos los señoríos de estos señores tenía fuerzas hechas, y en ellas gente suya, y sus gobernadores y cogedores del servicio y renta que de cada provincia le daban, y había cuenta y razón de lo que cada uno era obligado a dar, porque tienen caracteres y figuras escritas en el papel que hacen por donde se entienden. Cada una de estas provincias servían con su género de servicio, según la calidad de la tierra, por manera que a su poder venía toda suerte de cosas que en las dichas provincias

había. Era tan temido de todos, así presentes como ausentes, que nunca príncipe del mundo lo fue más. Tenía, así fuera de la ciudad como dentro, muchas casas de placer, y cada una de su manera de pasatiempo, tan bien labradas como se podría decir, y cuales requerían ser para un gran príncipe y señor. Tenía dentro de la ciudad sus casas de aposentamiento, tales y tan maravillosas que me parecería casi imposible poder decir la bondad y grandeza de ellas, y por tanto no me pondré en expresar cosa de ellas más de que en España no hay su semejable.

Bibliografía.

A) El texto transcrito pertenece al libro HERNAN CORTES. *Cartas de Relación*. México, Editorial Porrúa, colección "Sepan Cuantos..." n.º 7, décima edición, 1978, págs. 60-67.

También es aconsejable la edición de Espasa-Calpe S.A., en la Colección Austral, n.º 547, y la de B.A.E.

Asimismo, la preparada por Mario Hernández, Madrid, Historia 16, Col. Crónicas de América n.º 10, 1985.

Es conveniente conocer la versión de la conquista por parte de los vencidos. Más adelante, al hablar del P. Sahagún, el lector encontrará un fragmento relativo al encuentro entre Cortés y los mexicas narrado desde el punto de vista de éstos últimos. La lectura puede proseguirse con estos textos:

LEON PORTILLA, M. (Comp.) *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista*. México, UNAM, 1972, sexta ed. Ahora también en la serie Crónicas de América n.º 6, Madrid, Historia 16, 1985.

BAUDOT, G. y TODOROV, T. *Relatos aztecas de la conquista*. Traduc. Guillermina Cuevas. México, Grijalbo, 1990.

Tanto sobre Cortés como sobre Moctezuma hay breves biografías en la serie Protagonistas de América, Madrid, Historia 16- Quorum- 5º Cen-

tenario, 1986, así como en la Biblioteca Salvat de Grandes Biografías, Barcelona, 1985.

- B) Sobre la conquista de América desde aquellas crónicas de soldados y militares que contienen importantes datos etnográficos también vale la pena leer:

BERNAL DIAZ DEL CASTILLO. *Historia verdadera de la conquista de la conquista de la Nueva España*. Introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas. México, editorial Porrúa, colección "Sepan cuantos." n.º 5, undécima edición, 1976. Hay edición de M. Leon Portilla en Madrid, Cambio 16, Crónicas de América, 1984, 2 vols.

FRAY FRANCISCO DE AGUILAR, *Relación breve de la conquista de la Nueva España*. Edición, estudio preliminar, notas y apéndices por Jorge Curría Lacroix. México, Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Históricas, serie de historiadores y cronistas de Indias n.º 7, 1977.

ANDRES DE TAPIA. "Relación sobre la conquista de México" en AGUSTIN YANEZ. *Crónicas de la conquista*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Biblioteca del Estudiante Universitario n.º 2, 2ª edición, 1950. Este volumen también contiene una selección de las *Cartas* de Cortés y de la *Historia* de Díaz del Castillo.

FRANCISCO VAZQUEZ. *Jornada de Omagua y Dorado. Crónica de Lope de Aguirre, el Peregrino*. Madrid, Miraguano Ediciones. Libros de los malos tiempos, 1979. (También en Espasa-Calpe S.A. Colección Austral n.º 512 y en B.A.E.).

ULRICO SCHMIDL. *Derrotero y viaje a España y las Indias*. Traduc. de Edmundo Wernicke. Prólogo de Enrique de Gandía. Espasa-Calpe S.A. Colección Austral n.º 424. Buenos Aires, 1944.

Actualmente, véase N. FEDERMANN y U. SCHMIDL *Alemanes en América*. Edición de Lorenzo E. López. Madrid, Historia 16, Crónicas de América 15, 1985.

CONDE DE CANILLEROS. *Tres testigos de la conquista del Perú (Hernando Pizarro, Juan Ruiz de Arce y Diego de Trujillo)*. Madrid, Espasa-Calpe S.A. Colección Austral n.º 1.168, 1964. Contiene tres textos de los citados conquistadores.

ALONSO DE ERCILLA. *La Araucana*. Estudio preliminar de Eduardo Solar Correa. Edición completa preparada por Olivo Lazzarin Dante. Buenos Aires, Editorial Francisco de Aguirre, Colección Biblioteca Antártica n.º 1977. También se halla en Ediciones Cátedra, Colección Letras Hispánicas, en Clásicos Castalia y en la célebre edición crítica chilena de comienzos de siglo en varios volúmenes.

NICOLAS FEDERMANN. *Viaje a las Indias del Mar Océano*. Buenos Aires, Editorial Nova, 1945.

PEDRO SANCHO. *Relación de la conquista del Perú (1534)*. Edición de Joaquín García Icazbalceta. Madrid, Editorial Porrúa Turanzas, 1962.

PEDRO PIZARRO. *Relación del descubrimiento y conquista del Perú*. (1571) Buenos Aires, Editorial Futuro, 1944.

J. DIAZ, A. TAPIA, B. VAZQUEZ y F. AGUILAR. *La conquista de Tenochtitlan* Edición de Germán Vázquez, Madrid, Historia 16, Crónicas de América 40, 1988.

Sobre la conquista de América el lector puede consultar un puñado de interesantísimos artículos de divulgación a cargo de buenos especialistas en las respectivas materias en la revista HISTORIA 16, número extra X, junio 1979 y número extra XI, octubre 1979.

Como es obvio, los volúmenes de los historiadores y americanistas son quienes ofrecen las mejores síntesis y visiones de conjunto. Pueden consultarse, por ejemplo, la *Historia social y económica de España y América*, dirigida por J VICENS VIVES (Barcelona, 1971); la *Historia de América* de M. BALLESTEROS GAIBROIS; el *Manual de Arqueología Americana* J. ALCINA

FRANCH, Madrid, Ed. Aguilar; *España en América*, de CHARLES GIPSON, Barcelona 1976; *Historia de América* de FRANCISCO MORALES PADRON, Madrid. Espasa-Calpe, 1975, etc. etc.



Cieza de León

El otro gran imperio que los hispanos encontraron en la época del descubrimiento y la conquista fue el de los Incas, que abarcaba no sólo el actual Perú sino también parte de lo que ahora son Ecuador y Bolivia. La gran crónica de su conquista se la debemos a un soldado que se vio envuelto en las tristes disensiones y guerras civiles que muy pronto ensangrentaron aquellas tierras. Se llamaba Pedro Cieza de León, había nacido en 1518, era vecino de Sevilla y a los trece años cruzó el océano. Sirvió a las órdenes de Jorge Robledo y del adelantado Belalcázar. Consciente de la importancia histórica de lo que había sucedido durante aquellos años, empezó a recabar información detallada para plasmarla en una relación general. Recorrió detenidamente el antiguo imperio durante el año 1547, almacenando los datos que hallaba acerca de la organización social y la cultura de los pueblos incas y las demás civilizaciones andinas. Incluso el famoso presidente Pedro de La Gasca, que se había enterado de los propósitos del capitán escritor, al quedar gratamente sorprendido por las partes del manuscrito que leyó, le proporcionó materiales y documentos de gran valor. Con todo ese arsenal en su haber, Cieza regresó a Sevilla en 1550 y tres años después publicó la primera parte de su gran libro La crónica del Perú. Esa parte se dedica a tratar “la demarcación y división de las provincias del Perú, así por la parte de la mar como por la tierra, y lo que tienen de longitud y latitud; la descripción de todas ellas; las fundaciones de las nuevas ciudades que se han fundado de españoles; quién fueron los fundadores; en qué tiempo se poblaron; los ritos y costumbres que tenían antiguamente los indios naturales, y otras cosas extrañas y muy diferentes de las nuestras, que son dignas de notar.” La segunda parte complementa esa presentación de los “otros” pues está dedicada al “señorío de los ingas yupangues, reyes antiguos que fueron del Perú, y de sus grandes hechos y gobernación; qué número de ellos hubo, y los nombres que tuvieron; los templos tan soberbios y suntuosos que edificaron; caminos de extraña grandeza que hicieron, y otras cosas grandes que en este reino se hallan. También en este libro se da relación de lo que

cuentan estos indios del diluvio y de cómo los ingas engrandecen su origen." La parte tercera versa sobre el encuentro, es decir, sobre el descubrimiento y las conquistas del Perú, protagonizadas principalmente por Francisco Pizarro. La cuarta y última parte es, con mucho, la más voluminosa de su crónica, y refiere sucesos de los que Cieza fue testigo presencial. Se titula Las guerras civiles del Perú y constaba de cinco libros. Al final tenía dos apéndices, el primero con la crónica de los años de La Gasca al frente de la audiencia real del Perú y el segundo con su estancia en la zona de Panamá. Cieza de León falleció en 1560.

De la primera parte de su excelente Crónica, por lo demás la única que se publicó en vida del autor y que se nos ha conservado completamente, hemos seleccionado varios fragmentos: en uno se nos habla de las condiciones ecológicas de los habitantes de la zona que actualmente pertenece a Colombia, condiciones que impidieron que allí se desarrollase el control y la sumisión estatales; en otro, de las grandes obras de comunicación que los incas construyeron para que sus tropas se desplazaran con rapidez en momentos de necesidad; en un tercero, de sus obras de regadío; de sus sistemas de control de los tributos, etc. También hemos incluido fragmentos sobre rituales mortuorios.

De la descripción de la provincia de Popayán, y la causa por que los indios della son tan indómitos y los del Perú son tan domésticos.

Porque los capitanes del Perú poblaron y descubrieron esta provincia de Popayán, la porqué con la misma tierra del Perú, haciéndola toda una; mas no la apropiaré a ella, porque es muy diferente la gente, la disposición de la tierra y todo lo demás della; por lo cual será necesario que desde el Quito (que es donde verdaderamente comienza lo que llamamos Perú) ponga la traza de todo y el sitio della; y desde Pasto, que es también donde por aquella parte comienza esta provincia, y se acaba en Antiocha. Digo, pues, que esta provincia se llamó de Popayán por causa de la ciudad de Popayán, que en ella está prohibida. Tendrá la longitud doscientas leguas, poco más o menos, y de latitud treinta y cuarenta, y a partes más y a cabos menos. Por la una parte tiene la costa de la mar del Sur y unas montañas altísimas muy ásperas, que van de luengo della al oriente. Por la otra parte corre la larga cordillera de los Andes, y de entrambas cordilleras nascen muchos ríos, y algunos muy grandes, de los cuales se hacen anchos valles; por el uno dellos, que es el mayor de todas estas partes del Perú, corre el gran río de Santa Marta. Inclúyese en esta gobernación a villa de Pasto, la ciudad de Popayán, la villa de Timaná, que está pasada la cordillera de los Andes, la ciudad de Calz, que está cerca del puerto de la Buena ventura, la villa de Ancerma, la ciudad de Cartago, la villa de Arma, ciudad de Antiocha, y otras que se habrán poblado después que yo salí della. En esta provincia hay unos pueblos fríos y otros calientes, unos sitios sanos y otros enfermos, en una parte llueve mucho y en otra poco, en

una tierra comen los indios carne humana y en otras no la comen. Por una parte tiene por vecino al nuevo reino de Granada, que está pasados los montes de los Andes; por otra parte, el rano del Perú, que comienza a lo largo della al oriente. Al poniente confina con la gobernación del río de San Juan; al norte con la de Cartagena. Muchos se espantan cómo estos indios, teniendo muchos dellos sus pueblos en partes dispuestas para conquistarlos, y que en toda la gobernación (dejando la villa de Pasto) no hace frío demasiado ni calor, ni deja de haber otras cosas convenientes para la conquista, cómo han salido tan indómitos y porfiados; y las del Perú, estando sus valles entre montañas y sierras de nieve y muchos riscos y ríos, y más gentes en número que los de acá, y grandes despoblados, cómo sirven y han sido y son tan sujetos y domables. A lo cual diré que todos los indios sujetos a la gobernación de Popayán han sido siempre, y lo son, behetrías. No hubo entre ellos señores que se hiciesen temer. Son flojos, perezosos, y sobre todo aborrecen el servir y estar sujetos, que es causa bastante para que recelasen de estar debajo de gente extraña y en su servicio. Mas esto no fuera parte para que ellos salieran con su intención; porque, constreñidos de necesidad, hicieran lo que otros hacen. Mas hay otra causa muy mayor, la cual es que todas estas provincias y regiones son muy fértiles, y a una parte y a otra hay grandes espesuras de montañas, de cañaverales y de otras malezas. Y como los españoles los aprietan, queman las casas en que moran, que son de madera y paja, y vanse una legua de allí o dos o lo que quieren, y en tres o cuatro días hacen una casa, y en otros tantos siembran la cantidad de maíz que quieren, y lo cogen dentro de cuatro meses. Y si allí también

los van a buscar, dejado aquel sitio van adelante o vuelven atrás, y a donde quiera que van o están hallan qué comer y tierra fértil y aparejada y dispuesta para darles fruto; y por esto sirven cuando quieren y es en su mano la guerra o la paz, y nunca les falta de comer. Los del Perú sirven bien y son domables porque tienen más razón que éstos y porque todos fueron sujetados por los reyes ingas, a los cuales dieron tributo, sirviéndoles siempre, y con aquella condición nascian; y si no lo querían hacer, la necesidad los constrenía a ello, porque la tierra del Perú toda es despoblada, llena de montañas y sierras y campos nevados. Y si se salían de sus pueblos y valles a estos desiertos no podían vivir, ni la tierra da fruto ni hay otro lugar que lo dé que los mismos valles y provincias suyas; de manera que por no morir, sin ninguno poder vivir, han de servir y no desamparar sus tierras, que es bastante causa y buena razón para declarar la duda susodicha. Pues pasando adelante, quiero dar noticia particularmente de las provincias desta gobernación y de las ciudades de españoles que en ella están pobladas, y quienes fueron los fundadores. Digo, pues, que desta ciudad de Antiocha tenemos dos caminos: uno para ir a la villa de Ancerma, otro para ir a la ciudad de Cartago; y antes que diga lo que se contiene en el que va a Cartago y Arma diré lo tocante a la villa de Ancerma, y luego volveré a hacer lo mismo destotro.

...

Del camino que los ingas mandaron hacer por estos llanos, en el cual hubo aposento y depósitos como en el de la sierra, y por qué estos indios se llaman yungas.

Por llevar con toda orden mi escriptura,

quise, antes de volver a concluir con lo tocante a las provincias de las sierras, declarar lo que se me ofresce de los llanos, pues, como he dicho en otras partes, es cosa tan importante, y en este lugar daré noticias del gran camino que los ingas mandaron hacer por mitad dellos, el cual, aunque por muchos lugares está ya desbaratado y deshecho, da muestra de la grande cosa que fue y del poder de los que lo mandaron hacer.

Cuaynacapa y Topainga Yupangue, su padre, fueron, a lo que los indios dicen, los que abajaron por toda la costa, visitando los villes y provincias de los yungas, aunque también cuentan algunos dellos que inga Yupangue, abuelo de Guaynacapa y padre de Topainga, fue el primero que vio la costa y anduvo por los llanos della; y en estos valles y la costa los caciques y principales, por su mandado, hicieron un camino tan ancho como quince pies, por una parte, y por otra del iba una pared mayor que un estado bien fuerte; todo el despacio deste camino iba limpio y echado por debajo de arboledas, y destos árboles por muchas partes caían sobre el camino ramos dellos llenos de frutas, y por todas las florestas andaban en las arboledas muchos géneros de pájaros y papagayos y otras aves; en cada uno destos valles había para los ingas aposentos grandes y muy principales, y depósitos para proveimientos de la gente de guerra, porque fueron tan temidos que no osaban dejar de tener gran proveimiento; y si faltaba alguna cosa se hacia castigo grande, y, por el consiguiente, si alguno de los que con él iban de una parte a otra era osado de entrar en las sementeras o casas de los indios, aunque el daño que hiciesen no fuese mucho, mandaba que fuese muerto. Por este camino duraban las paredes que iban por una y otra parte del hasta

que los indios, con la muchedumbre de arena, no podían armar cimientos; desde donde, para que no se errase y se conociese la grandeza del que aquello mandaba, hincaban largos y cumplidos palos, a manera de ugas, de trecho a trecho; y así como se tenía cuidado de limpiar por los valles el camino y renovar las paredes si se ruían y gastaban, lo tenían en mirar si algún horcón o palo largo de los que estaban en los arenales se caía con el viento, de tonarlo a poner; de manera que este camino cierto fue gran cosa, aunque no tan trabajoso como el de la sierra. Algunas fortalezas y templos del sol había en estos valles, como iré declarando en su lugar; y porque en muchas partes desta obra he de nombrar ingas y también yungas, satisfaré al lector en decir lo que quiere significar yungas, como hice en lo de atrás lo de los ingas; así, entenderán que los pueblos y pronuncias del Perú están situadas de la manera que he declarado, muchas dellas en las abras que hacen las montañas de los Andes y serranía nevada, y a todos los moradores de los akos nombran serranos y a los que habitan en los llanos llaman yungas; y en muchos lugares de la sierra por donde van los ríos, como las sierras siendo muy altas, las llanuras estén abrigadas y templadas; tanto, que en muchas partes hace calor como en estos llanos; los moradores que ven en ellos, aunque estén en la sierra, se llaman yungas, y en todo el Perú, cuando hablan destas partes abrigadas y cálidas que están entre las sierras, luego dicen: “Es yunga”, y los moradores no tienen otro nombre, aunque lo tengan en los pueblos y comarcas; de manera que los que viven en las partes ya dichas y los que moran en todos estos llanos y costa del Perú se llaman yungas, por vivir en tierra cálida.

De cómo estos yungas fueron muy servidos, y eran dados a sus religiones, y cómo había ciertos linajes y naciones dellos.

Antes que vaya contando los valles de los llanos y las fundaciones de las tres ciudades Trujillo, los Reyes, Arequipa, diré aquí algunas cosas a esto tocantes, por no reiterarlo en muchas partes dellas que yo vi y otras que supe de fray Domingo de Santo Tomás, de la orden de Santo Domingo, el cual es uno de los que bien saben la lengua y que ha estado mucho tiempo entre estos indios, doctrinándolos en las cosas de nuestra santa fe católica; así que, por lo que yo vi y comprendí el tiempo que anduve por aquellos valles, y por la relación que tengo de fray Domingo, haré la destos llanos: los señores naturales dellos fueron muy temidos antiguamente y obedescidos por sus súbditos, y se servían con gran aparato, según su usanza, trayendo consigo indios truhanes y bailadores que siempre los estaban festejando, y otros continuo tañían y cantaban. Tenían muchas mujeres, procurando que fuesen las más hermosas que se pudiesen hallar, y cada señor, en su valle, tenía sus aposentos grandes, con muchos pilares de adobes y grandes terrados y otros portales, cubiertos con esteras, y en el circuito desta casa había una plaza grande donde se hacían sus bailes y areitos; y cuando el señor comía se juntaba gran número de gente, los cuales bebían de su brebaje, hecho de maíz o de otras raíces. En estos aposentos estaban porteros que tenían cargo de guardar las puertas y ver quién entraba o salía por ellas, todos andaban vestidos con sus camisetas de algodón y mantas largas, y las mujeres lo mismo, salvo que la vestimenta de la mujer era grande y ancha a manera de capuz abierta por los lados, por donde sacaban los brazos. Algu-

nos dellos tenían guerra unos con otros, y en partes nunca pudieron los más dellos aprender la lengua del Cuzco. Aunque hubo tres o cuatro linajes de generaciones destes yungas, todos ellos tenían unos ritos y usaban unas costumbres; gastaban muchos días y noches en sus banquetes y bebidas; y cierto cosa es grande la cantidad de vino o chicha que estos indios beben, pues nunca dejan de tener el vaso en la mano. Solían hospedar y tratar muy bien a los españoles que pasaban por sus aposentos, y recibirlos honradamente; ya no lo hacen así, porque luego que los españoles rompieron la paz y contendieron en guerra unos con otros, por los malos tratamientos que les hacían fueron aborrecidos de los indios, y también porque algunos de los gobernadores que han tenido les han hecho entender algunas bajezas tan grandes, que ya no se precian de hacer buen tratamiento a los que pasan, pero presumen de tener por mozos a algunos de los que solían ser señores; y esto consiste y ha estado en el gobierno de los que han venido a mandar, algunos de los cuales ha parecido grave la orden del servicio de acá, y que es opresión y molestia a los naturales sustentarlos en las costumbres antiguas que tenían, las cuales, si las tuvieran, ni les quebrantaban sus libertades ni aun los dejaban de poner más cercanos a la buena policía y conversión; porque verdaderamente pocas naciones hubo en el mundo, a mi ver, que tuvieron mejor gobierno que los ingas. Salido del gobierno yo no apruebo cosa alguna, antes lloro las extorsiones y malos tratamientos y violentas muertes que los españoles han hecho en estos indios, obradas por su crueldad, sin mirar su nobleza y la virtud tan grande de su ración, pues todos los más destes valles están ya casi desiertos, habiendo sido en lo pasado tan poblados como muchos saben.

Cómo los indios destes valles y otros destes reinos creían que las animas salían de los cuerpos y no morían, y por qué mandaban echar sus mujeres en las sepulturas.

Muchas veces he tratado en esta historia que en la mayor parte deste remo del Perú es costumbre muy usada y guardada por todos los indios de enterrar con los cuerpos de los difuntos todas las cosas preciadas que ellos tenían, y algunas de sus mujeres las más hermosas y queridas dellos. Y parece que esto se usaba en la mayor parte destas Indias, por donde se colige que con la manera que el demonio engaña a los unos procura engañar a los otros. En el Cenu, que cae en la provincia de Cartagena, me hallé yo el año de 1535, donde se sacó en un campo raso, junto a un templo que allí estaba hecho a honra deste maldito demonio, tan gran cantidad de sepulturas, que fue cosa admirable, y algunas tan antiguas que había en ellas árboles nacidos gruesos y grandes, y sacaron más de un millón destas sepulturas, sin lo que los indios sacaron dellas y sin lo que se queda perdido en la misma tierra. En estas otras partes también se han hallado grandes tesoros en sepulturas, y se hallarán cada día. Y no ha muchos años que Juan de la Torre, capitán que fue de Gonzalo Pizarro, en el valle de Ica, que es en estos raíles de los llanos, halló una destas sepulturas, que afirman halló lo que dentro della sacó más de cincuenta mil pesos. De manera que con mandar hacer las sepulturas magníficas y altas, y adornarlas con sus losas y bóvedas, y meter con el difunto todo su haber y sus mujeres y servicio, y mucha cantidad de comida, y no pocos cántaros de chicha o sino de lo que ellos usan, y sus armas y ornamentos, da a entender que ellos tenían

conocimiento de la inmortalidad del ánima y que en el hombre había más que cuerpo mortal, y engañados por el demonio cumplían su mandamiento, porque él les hacía entender (según ellos dicen) que después de muertos habían de resucitar en otra parte que les tenía aparejada, adonde habían de comer y beber a su voluntad, como lo hacían antes que muriesen; y para que creyesen que sería lo que él les decía cierto, y no falso y engañoso, a tiempos, y cuando la voluntad de Dios era servida de darle poder y permitirlo, tomaba la figura de alguno de los principales que ya era muerto, y mostrándose con su propia figura y talle tal cual él tuvo en el mundo, con apariencia del servicio y ornamento, hacía entenderles que estaba en otro reino alegre y apacible, de la manera que allí lo vían. Por los cuales dichos y ilusiones del demonio, ciegos estos indios, teniendo por ciertas aquellas falsas apariencias, tienen más cuidado en aderezar sus sepulcros o sepulturas que ninguna otra cosa. Y muerto el señor, le echan su tesoro, y mujeres vivas y muchachos, y otras personas con quien él tuvo, siendo vivo, mucha amistad. Y así, por lo que tengo dicho, era opinión general en todos estos indios ingas, y aun en los serranos deste reino del Perú, que las ánimas de los difuntos no morían, sino que para siempre vivían, y se juntaban allá en el otro mundo unos con otros, adonde como arriba dije, creían que se holgaban y comían y bebían, que es su principal gloria. Y teniendo esto por cierto, enterraban con los difuntos las más queridas mujeres dellos y los servidores y criados más privados, y finalmente todas sus cosas preciadas y armas y plumajes, y otros ornamentos de sus personas; y muchos de sus familiares, por no caber en su sepultura, hacían hoyos en las heredades y campos del señor ya

muerto, o en las partes donde el solía más holgarse y festejarse, y allí se metían, creyendo que su ánima pasaría por aquellos lugares y los llevaría en su compañía para su servicio; y aun algunas mujeres, por le echar más carga y que tuviese en más el servicio, pareciéndoles que las sepulturas aun no estaban hechas, se colgaban de sus mismos cabellos, y así se mataban. Creemos ser todas estas cosas verdad porque las sepulturas de los muertos lo dan a entender y porque en muchas partes creen y guardan esta tan maldita costumbre.

...

Cómo usaban hacer enterramientos y cómo lloraban a los difuntos cuando hacían las obsequias.

Pues conté en el capítulo pasado lo que se tiene destes indios en lo tocante a lo que creen de la inmortalidad del ánima y a lo que el enemigo de natura humana les hace entender, me parece será bien en este lugar dar razón de cómo hacían las sepulturas y de la manera que metían en ella a los difuntos. Y en esto hay una gran diferencia, porque en una parte las hacían hondas, y en otras altas, y en otras llanas, y cada nación buscaba nuevo género para hacer los sepulcros de sus difuntos; y cierto, aunque yo lo he procurado mucho y platicado con varones doctos y curiosos, no he podido alcanzar lo cierto del origen destes indios o su principio, para saber de dó tomaron esta costumbre, aunque en la segunda parte desta obra, en el primero capítulo, escribo lo que desto he podido alcanzar. Volviendo pues a h materia, digo que he visto que tienen estos indios distintos ritos en hacer las sepulturas, porque en la provincia de Collao (como relataré en su lugar) las hacen en las heredades, por su orden, tan

grandes como torres, unas más y otras menos, y algunas hechas de buena labor, con piedras excelentes, y tienen sus puertas que salen al nacimiento del sol, y junto a ellas (como también diré) acostumbran hacer sus sacrificios y quemar algunas cosas, y rociar aquellos lugares con sangre de corderos o de otros animales.

En la comarca del Cuzco entierran a sus difuntos sentados en unos asentamientos principales, a quien llaman duchos, vestidos y adornados de lo más principal que ellos poseían. En la provincia de Jauja, que es cosa muy principal en estos reinos del Perú, los meten en un pellejo de una oveja fresco, y con él los cosen, formándoles por de fuera el rostro, narices, boca y lo demás, y desta suerte los tienen en sus propias casas, y a los que son señores y principales, ciertas veces en el año los sacan sus hijos y los llevan a sus heredades y caseríos en andas con grandes ceremonias, y les ofrecen sus sacrificios de ovejas y corderos, y aun de niños y mujeres. Teniendo noticia desto el arzobispo don Jerónimo de Loysa, mandó con gran rigor a los naturales de aquel valle y a los clérigos que en él estaban entendiendo en la doctrina que enterrasen todos aquellos cuerpos, sin que ninguno quedase de la suerte que estaba. En otras muchas partes de las provincias que he pasado los entierran en supulturas hondas y por de dentro huecas, y en algunas, como es en los términos de la ciudad de Antiocha, hacen las sepulturas grandes y echan tanta tierra que parecen pequeños cerros. Y por la puerta que dejan en la sepultura entran con sus difuntos y con las mujeres vivas y lo demás que con él meten. Y en el Cenu muchas de las sepulturas eran llanas y grandes, con sus cuadras, y otras eran con mogotes, que parecían pequeños collados.

En la provincia de Chichán, que es en estos llanos, los entierran echados en barba-coas o camas hechas de cañas.

En otro valle destes mismos, llamado Lunaguana, los entierran sentados. Finalmente, acerca de los enterramientos, en estar echados o en pie o sentados, discrepan unos de otros. En muchos valles destes llanos, en saliendo del valle por las sierras de rocas y de arena, hay hechas grandes paredes y apartamientos, adonde cada linaje tiene su lugar establecido para enterrar sus difuntos, y para ello han hecho grandes huecos y concavidades cerradas con sus puertas, lo más primamente que ellos puedan; y cierto es cosa admirable ver la gran cantidad que hay de muertos por estos arenales y sierras de secadales; y apartados unos de otros, se ven gran número de calaveras y de sus ropas, ya podrecidas y gastadas con el tiempo. Llamen a estos lugares, que ellos tienen por sagrados, guaca, que es nombre triste, y muchas dellas se han abierto, y aun sacado los tiempos pasados, luego que los españoles ganaron este reino, gran cantidad de oro y plata; y por estos valles se usa mucho al enterrar con el muerto sus riquezas y cosas preciadas, y muchas mujeres y sirvientes de los más privados que tenía el señor siendo vivo. Y usaron en los tiempos pasados de abrir las sepulturas y renovar la ropa y comida que en ellas habían puesto. Y cuando los señores morían, se juntaban los principales del valle y hacían grandes lloros, y muchas de las mujeres se cortaban los cabellos hasta quedar sin ninguno, y con atambores y flautas salían con sones tristes cantando por aquellas partes por donde el señor solía festejarse más a menudo, para provocar a llorar a los oyentes. Y habiendo llorado, hacían más sacrificios y supersticio-

nes, teniendo sus plásticas con el demonio. Y después de hecho esto y muértose algunas de sus mujeres, los metían en las sepulturas con sus tesoros y no poca comida, teniendo por cierto que iban a estar en la parte que el demonio les hace entender. Y guardaron, y aun agora lo acostumbran generalmente, que antes que los metían en las sepulturas los lloran cuatro o cinco o seis días, o diez, según es la persona del muerto, porque mientras mayor señor es, más honra se le hace y mayor sentimiento muestran, llorándolo con grandes gemidos y endechándolo con música dolorosa, diciendo en sus cantares todas las cosas que sucedieron al muerto siendo vivo. Y si fue valiente, llévanlo con estos lloros, contando sus hazañas; y al tiempo que meten el cuerpo en la sepultura, algunas joyas y ropas suyas queman junto a ella, y otras meten con él. Muchas destas cerimonias ya no se usan, porque Dios no lo permite y porque poco a poco va estas gentes conociendo el error que sus padres tuvieron y con poco aprovechan estas pompas y vanas honras, pues basta enterrar los cuerpos en sepulturas comunes, como se entierran los cristianos, sin procurar de llevar consigo otra cosa que buenas obras, pues lo demás sirve de agradar al demonio y que el ánima abaja al infierno más pesada y agravada. Aunque cierto los más de los señores viejos tengo que se deben de mandar enterrar en partes secretas y ocultas, de la manera ya dicha, por no ser vistos ni sentidos por los cristianos. Y que lo hagan así lo sabemos y entendemos por los dichos de los más mozos.

Cómo el demonio hacia entender a los indios destas partes que era ofrenda grata a sus dioses tener indios que asistiesen en

los templos para que los señores tuviesen con ellos conocimiento, cometiendo el gravísimo pecado de la sodomia.

En esta primera parte desta historia he declarado muchas costumbres y usos destes indios, así de las que yo alcancé el tiempo que anduve entre ellos como de lo que también oí a algunos religiosos y personas de mucha calidad, los cuales, a mi ver, por ninguna cosa dejarían de decir la verdad de lo que sabían y alcanzaban, porque es justo que los que somos cristianos tengamos alguna curiosidad, para que, sabiendo y entendiendo las malas costumbres destes, apartarlos dellas y hacerles entender el camino de la verdad, para que se salven. Por tanto, diré aquí una maldad grande del demonio, la cual es que en algunas partes deste gran reino del Perú solamente algunos pueblos comarcanos a Puerto Viejo y a la isla de la Puna usaban el pecado nefando, y no en otras. Lo cual yo tengo que era así porque los señores ingas fueron limpios en esto y también los demás señores naturales. En toda la gobernación de Popayán tampoco alcancé que cometiesen este maldito vicio, porque el demonio debía de contentarse con que usasen la crueldad que cometían de comerse unos a otros y ser tan crueles y perversos los padres para los hijos. Y en estotros, por los tener el demonio más presos en las cadenas de su perdición, se tiene ciertamente que en los oráculos y adoratorios donde se daban las respuestas hacía entender que convenía para el servicio suyo que algunos mozos dende su niñez estuviesen en los templos, para que a tiempo y cuando se hiciesen los sacrificios y fiestas solemnes, los señores y otros principales usasen con ellos el maldito pecado de la sodomía. Y para que entiendan los que esto leyeren cómo aun se

guardaba entre algunos esta diabólica santimonia, pondré una relación que me dio della en la ciudad de los Reyes el padre fray Domingo de Santo Tomás, la cual tengo en mi poder y dice así:

«Verdad es que generalmente entre los serranos y yungas ha el demonio introducido este vicio debajo de especie de santidad, y es que cada templo o adoratorio principal tiene un hombre o dos o más, según es el ídolo, los cuales andan vestidos como mujeres desde el tiempo que eran niños, y hablaban como tales, y en su manera, traje y todo lo demás remedaban a las mujeres. Con éstos, casi como por vía de santidad y religión, tienen las fiestas y días principales su ayuntamiento carnal y torpe, especialmente los señores y principales. Estos sé porque he castigado a dos: el uno de los indios de la sierra, que estaba para este efecto en un templo, que ellos llaman guaca, de la provincia de los Conchucos, término de la ciudad de Guanuco; el otro era en la provincia de Chincha; indios de su majestad, a los cuales hablándoles yo sobre esta maldad que cometían, y agravándoles la fealdad del pecado, me respondieron que ellos no tenían culpa, porque desde el tiempo de su niñez los habían puesto allí sus caciques para usar con ellos este maldito y nefando vicio y para ser sacerdotes y guardas de los templos de sus ídolos. De manera que lo que les saqué de aquí es que estaba el demonio tan señoreado en esta tierra que, no se contentando con los hacer caer en pecado tan enorme, les hacia entender que el tal vicio era especie de santidad y religión, para tenerlos más sujetos.» Esto me dio de su misma letra fray Domingo, que por todos es conocido y saben cuán amigo es de verdad.

...

De la fertilidad de la tierra de los llanos, y de las muchas frutas y raíces que hay en ellos, y la orden tan buena con que riegan los campos.

Pues ya he contado lo más brevemente que he podido algunas cosas convenientes a nuestro propósito, será bien volver a tratar de los valles, contando cada uno por sí particularmente, como se ha hecho de los pueblos y provincias de la serranía, aunque primero daré alguna razón de las frutas y mantenimientos y acequias que hay en ellos. Lo cual hecho, proseguiré con lo que falta. Digo, pues, que toda la tierra de los valles adonde no llega la arena, hasta donde toman las arboledas dellos, es una de las más fértiles tierras y abundantes del mundo, y la más gruesa para sembrar todo lo que quisieren, y adonde con poco trabajo se puede cultivar y aderezar. Ya he dicho cómo no llueve en ellos y cómo el agua que tienen es de riego de los ríos que abajan de las sierras, hasta ir a dar a la mar del Sur. Por estos valles siembran los indios el maíz, y lo cogen en el año dos veces, y se da en abundancia; y en algunas partes ponen raíces de yuca, que son provechosas para hacer pan y brebaja a falta de maíz, y crianse muchas batatas dulces, que el sabor dellas es casi como de castañas; y asimismo hay algunas papas y muchos frisoles, y otras raíces gustosas. Por todos los valles destos llanos hay también una de las singulares frutas que yo he visto, a la cual llaman pepinos, de muy buen sabor y muy olorosos algunos dellos. Nacen asimismo gran cantidad de árboles de guayabas, y de muchas guabas y paltas, que son a manera de peras, guanabanas y caimitos, y piñas de las de aquellas partes. Por las casas de los indios se ven muchos perros diferentes de la casta de España, del tamaño de gozques,

a quien llaman chonos. Crían también muchos patos, y en la espesura de los valles hay algarrobas algo largas y angostas, no tan gordas como vainas de habas. En algunas partes hacen pan destas algarrobas, y lo tienen por bueno. Usan mucho de secar las frutas y raíces que son aparejadas para ello, como nosotros hacemos los higos, pasas y otras frutas. Agora en este tiempo, por muchos destes valles hay grandes viñas, de donde cogen muchas uvas. Hasta agora no se ha hecho vino, y por eso no se puede certificar qué tal será; presúmese que, por ser de regadío, será flaco. También hay grandes higuerales y muchos granados, y en algunas partes se dan ya membrillos. Pero ipara qué voy contando esto, pues se cree y tiene por cierto que se darán todas las frutas que de España sembraron Trigo se coge tanto como saben los que lo han visto, y es cosa hermosa de ver campos llenos de sementeras por tierra estéril de agua natural y que estén tan frescos y viciosos que parecen matas de albahacas. La cebada se da como el trigo; limones, limas, naranjas, cidras, toronjas, todo lo hay mucho y muy bueno, y grandes platanales. Sin lo dicho, hay por todos estos valles otras frutas muchas y sabrosas que no digo, porque me parece que basta haber contado las principales. Y como los ríos abajan de la sierra por estos llanos, y algunos de los valles son anchos, y todos se siembran o solían sembrarse cuando estaban más poblados, sacaban acequias en cabos y por partes, que es cosa extraña afirmarlo, porque las echaban por lugares altos y bajos, y por laderas de los cabezos y haldas de sierras que están en los valles, y por ellos mismos atraviesan muchas, unas por una parte y otras por otra, que es gran delectación caminar por aquellos valles, porque parece que se anda entre huertas

y florestas llenas de frescuras. Tenían los indios, y aun tienen, muy gran cuenta en esto de sacar el agua y echarla por estas acequias; y algunas veces me ha acaecido a mi parar junto a una acequia, y sin haber acabado de poner la tienda, estar el acequia seca y haber echado el agua por otra parte. Porque, como los ríos no se sequen, es en mano destes indios echar el agua por los lugares que quieren. Y están siempre estas acequias muy verdes, y hay en ellas mucha hierba de grama para los caballos, y por los árboles y florestas andan muchos pájaros de diversas maneras, y gran cantidad de palomas, tórtolas, pavas, faisanes y algunas perdices y muchos venados. Cosa mala, ni serpientes, culebras, lobos, no los hay; y lo que más se ve es algunas raposas, tan engañosas, que aunque haya gran cuidado en guardar las cosas, adondequiera que se aposenten españoles o indios han de hurtar, y cuando no hallan qué, se llevan los látigos de las cinchas de las caballos o las riendas de los frenos. En muchas partes destes valles hay gran cantidad de cañaverales de cañas dulces, que es causa que en algunos lugares se hacen azúcares y otras frutas con su miel. Todos estos indios yungas son grandes trabajadores, y cuando llevan cargas encima de sus hombros se desnudan en carnes, sin dejar en sus cuerpos si no es una pequeña manta del largor de un palmo y de menor anchor, con que cubren sus vergüenzas, y ceñidas sus mantas a los cuerpos, van corriendo con las cargas. Y volviendo al riego de estos indios, como en él tenían tanto orden para regar sus campos, la tenían mayor y tienen en sembrarlos con muy gran concierto. Y dejado esto, diré el camino que hay de la ciudad de San Miguel hasta la de Trujillo.

...

En que se trata de cómo los ingas mandaban que estuviesen los aposentos bien proveídos, y cómo así lo estaban para la gente de guerra.

Desta provincia de Guamachucho, por el real camino de los ingas se va hasta llegar a la provincia de los Conchucos, que está de Guamachucho dos jornadas pequeñas, y en el comedio dellas había aposentos y depósitos, para cuando los reyes caminaban poderse alojar. Porque fue costumbre suya, cuando andaban por alguna parte deste gran reino, ir con gran majestad y servirse con gran aparato, a su usanza y costumbre; porque afirman que, si no era cuando convenía a su servicio, no andaban más de cuatro leguas cada día. Y para que hubiese recaudo bastante para su gente, había en el término de cuatro a cuatro leguas aposentos y depósitos con grande abundancia de todas las cosas que en estas partes se podía haber; y aunque fuese despoblado y desierto, había de haber estos aposentos y depósitos, y los delegados o mayordomos que residían en las cabecezas de las provincias tenían especial cuidado de mandar a los naturales que tuviesen muy buen recaudo en estos tambos o aposentos; y para que los unos no diesen más que los otros y todos contribuyesen con su tributo, tenían cuenta por una manera de nudos, que llaman quipo, por lo cual, pasado el campo se entendían y no había ningún fraude. Y cierto, aunque a nosotros nos parece ciega y oscura, es una gentil manera de cuenta, la cual yo diré en la segunda parte. De manera que aunque de Guamachucho a los Conchucos hubiera dos jornadas, en dos partes estaban hechos destes aposentos y depósitos dichos. Y el camino por todas estas partes lo tenían siempre muy limpio; y si algunas sierras eran fragosas, se desechaban por las

laderas, haciendo grandes descansos y escaleras enlosadas, y tan fuertes, que viven y vivirán en su ser muchas edades.

En los Conchucos no dejaban de haber aposentos y otras cosas, como en los pueblos que se han pasado, y los naturales son de mediano cuerpo. Andan vestidos ellos y sus mujeres, y traen sus cordones o señales por las cabezas. Afirman que los indios desta provincia fueron belicosos y los ingas se vieron en trabajo para sojuzgarlos, puesto que algunos de los ingas siempre procuraron atraer a si las gentes por buenas obras que les hacían y palabras de amistad. Españoles han muerto algunos destes indios en diversas veces; tanto, que el marqués don Francisco Pizarro envió al capitán Francisco de Chaves con algunos cristianos, y hicieron la guerra muy temerosa y espantable, porque algunos españoles dicen que se quemaron y empalaron número grande de indios. Y a la verdad, en aquellos tiempos, o poco antes, sucedió el alzamiento general de las más provincias, y mataron también los indios en el término que hay del Cuzco a Quito más de setecientos cristianos españoles, a los cuales daban muertes muy crueles a los que podían tomar vivos y llevarlos entre ellos. Dios nos libre del furor de los indios, que cierto es de temer cuando pueden efectuar su deseo; aunque ellos decían que peleaban por su libertad y por eximirse del tratamiento tan áspero que se les hacía, y los españoles, por quedar por señores de su tierra y dellos. En esta provincia de los Conchucos ha habido siempre mineros ricos de metales de oro y plata. Adelante della cantidad de diez y seis leguas está la provincia de Piscobamba, en la cual había un tambo o aposento para señores, de piedra, algo ancho y muy largo. Andan vestidos como los demás

estos indios naturales de Piscobamba, y traen por las cabezas puestas unas pequeñas maderas de lana colorada. En costumbres parecen a los comarcanos, y tiénense por entendidos y muy domésticos y bien inclinados y amigos de cristianos; y la tierra donde tienen los pueblos es muy fértil y abundante, y hay muchas frutas y mantenimientos, de los que todos tienen y siembran. Más adelante está la provincia de Guaraz, que está de Piscobamba ocho leguas en sierras bien ásperas, y es de ver el real camino cuán bien hecho y desechado va por ellos, y cuán ancho y llano por las laderas y por las sierras, socavadas algunas partes la pena viva para hacer sus descansos y escaleras. También tienen estos indios medianos cuerpos, y son grandes trabajadores y eran dados a sacar plata, y en tiempo pasado tributaban con ella a los reyes ingas. Entre los aposentos antiguos se ve una fortaleza grande o antigualla, que es una a manera de cuadra, que tenía de largo ciento y cuarenta pasos y de ancho mayor, y por muchas partes della están figurados rostros y talles humanos, todo primisimamente obrado; y dicen algunos indios que los ingas, en señal de triunfo por haber vencido cierta batalla, mandaron hacer aquella memoria, y por tenerla para fuerza de sus aliados. Otros cuentan, y lo tienen por más cierto, que no es esto, sino que antiguamente, muchos tiempos antes que los ingas reinasen, hubo en aquellas partes hombres a manera de gigantes, tan crecidos como lo mostraban las figuras que estaban esculpidas en las piedras, y que con el tiempo y con la guerra grande que tuvieron con los que agora son señores de aquellos campos se disminuyeron y perdieron, sin haber quedado dellos otra memoria que las piedras y cimiento que he contado. Adelante desta provin-

cia está la de Pincos, cerca de donde pasa un río, en el cual están padrones para poner la puente que hacen para pasar de una parte a otra. Son los naturales de aquí buenos cuerpos, y que para ser indios tienen gentil presencia. Adelante está el grande y suntuoso aposento de Guanuco, cabecera principal de todos los que se han pasado a Caxamalca a él, y de otros muchos, como se contó en los capítulos de atrás, al tiempo que escribí la fundación de la ciudad de León de Guanuco.

Bibliografía

- A) Los fragmentos citados pertenecen a PEDRO CIEZA DE LEON. *La crónica del Perú*. Madrid, Espasa-Calpe S.A., Colección Austral n.º 507, tercera edición, 1962. La publicación de lo que se nos ha conservado de su obra se hizo en B.A.E. El lector puede encontrar un fragmento del libro de Cieza de León más otros de FRANCISCO LOPEZ DE JEREZ (secretario y cronista de Pizarro, autor de una *Relación de la conquista del Perú*) y de AGUSTIN DE ZARATE (que escribió la *Historia del descubrimiento y conquista del Perú, con las cosas naturales que señaladamente allí se hallan y los sucesos que ha habido*, publicada en 155) en el volumen antes citado *Historiadores de Indias. América del Sur*. Actualmente son recomendables:
- CIEZA DE LEON, P. *Obras completas*. Edición crítica de C. Saenz de Santa María. Madrid, C.S.I.C., 3 vols. 1984- 1985.
- CIEZA DE LEON, P. *La crónica del Perú*. Ed. M. Ballesteros Gaibrois. Madrid, Historia 16, Crónicas de América, 4, 1984.
- CIEZA DE LEON, P. *El señorío de los Incas*. Ed. M. Ballesteros Gaibrois. Madrid, Historia 16, Crónicas de América, 5, 1985.
- CIEZA DE LEON, P. *Descubrimiento y conquista del Perú*. Ed. C. Saenz de Santa María. Madrid, Historia 16, Crónicas de América, 17,

1986.

El libro *Verdadera relación de la conquista del Perú* de FRANCISO DE XEREZ, en edición de Concepción Bravo, se halla en la colección Cronistas de América nº 14. Madrid, Historia 16, 1985.

La parte central de una de las *Cartas de PEDRO DE VALDIVIA al Emperador Carlos V* tratando del descubrimiento y conquista de Chile se halla en las *Crónicas de Indias* de la Biblioteca General Salvat.

- B) WACHTEL, N. *Los vencidos: los indios del Perú frente a la conquista española (1530-1570)*. Traduc. Antonio Escotado. Madrid, Alianza, 1976.

Alonso de Zorita

Tras las exploraciones y las conquistas viene la larga etapa de la colonización, el multifacético proceso de la aculturación de las sociedades sometidas. Aquí ya no se trata de un mero descubrimiento de lo extraño y exótico ni de su más o menos fácil control militar, sino de un lento diálogo asimétrico en el que se convive con los “otros”, se les va conociendo en sus sorprendentes pormenores y, en algunos casos, hasta se les reconoce en su legítima y enriquecedora diferencia que no merece ser abatida. Los principales artífices de la literatura etnográfica, etnológica e incluso antropológica de este tercer ciclo son, curiosamente, aquellos que por su propia profesión necesitan conocer a fondo las estructuras organizativas y mentales de quienes viven en el seno de “otra”, cultura, a saber, aquellos que desempeñan tareas gubernativas, administrativas y funcionariales, y aquellos que asumen la misión de transmitir un nuevo sistema de creencias y prácticas religiosas y, al mismo tiempo, tienen que eliminar las previamente existentes, es decir, los misioneros. Comenzaremos, en primer lugar, por referirnos a los funcionarios.

La Corona hispana tuvo una intervención muy directa en la colonización americana y se preocupó por legislar de forma que, por una parte, su soberanía (y sus impuestos y tributos) se ejerciese en aquellas tierras con clara eficacia y, por otra parte, la avidez de los colonos no provocara injusticias excesivas. Los problemas concretos surgieron muy pronto (recuérdese, por ejemplo, el célebre sermón de fray Antonio de Montesinos en Santo Domingo en 1511, la siguiente controversia en la metrópoli y las leyes de Burgos de 1512 y 1513, regulando el trabajo de los indios). Para fiscalizar la aplicación de las leyes, Cisneros mandó a la Española a un prestigioso jurisconsulto, Alonso de Zuazo, quien en el mes de enero de 1518 envió a Chièvres una larga relación estudiando la conducta que los hispanos habían seguido con los indios, desde Colón hasta la fecha, y abordando el problema de su conservación. Sus consejos prácticos consistían en la centralización de poderes en la figura del gobernador, el traslado de esclavos negros para los trabajos agrícolas y mineros, el fomento de la

población y la explotación de todos los recursos naturales de las nuevas tierras. A partir de esta primera experiencia, los informes de los gobernadores, jueces, virreyes, consejeros, magistrados, ministros y oidores son un verdadero tesoro de noticias acerca de las estructuras socio-jurídicas de los indígenas, sus tipos de organización y control administrativos, sus posibles riesgos de levantamiento o de adquisición de señas de identidad diferencial y autónoma, etc. etc. Estos memoriales y cartas tuvieron gran cultivo en tiempos de Felipe II, el rey burócrata que para mejor gobernar su inmenso imperio implantó el primero y más avanzado de los sistemas europeos de administración nacional y colonial, una de cuyas máximas realizaciones es la Instrucción y memoria de las relaciones que se han de hacer para la descripción de las Indias, que Su Majestad manda hacer para el buen gobierno y ennoblecimiento de ellas. El cúmulo de información que sus cuestionarios provocaron sigue siendo una magnífica fuente de conocimiento de las culturas americanas y de sus primeros estadios de colonización.

Como representante de la etnografía elaborada por los funcionarios de la Corona hemos elegido a un abogado, Alonso de Zorita. Nació en 1512, seguramente en Córdoba. Estudió jurisprudencia en Salamanca y se graduó de licenciado en derecho. Ejerció la profesión en Granada hasta que una real cédula le nombró oidor de la Audiencia de Santo Domingo en mayo de 1547. Después de pasar por otras audiencias de diversas provincias americanas, en 1556 se le ascendió a ministro de la de México, ciudad en la que también obtuvo el grado de Doctor. Diez años después, aquejado de sordera, regresó a su tierra natal, se trasladó a Granada y se dedicó a escribir sobre el Nuevo Mundo, sobre su historia y sus pueblos, en especial sobre aquel que llegó a conocer a fondo, México. Sirviéndose de las investigaciones que hizo para cumplimentar con toda fidelidad una cédula de Felipe II, redactó una Breve y sumaria relación que sigue siendo la principal fuente etnográfica que tenemos sobre la estructura social de los aztecas. Vamos a dejar que sea el propio Zorita quien nos diga

por qué la hizo, de qué modo, cómo se agenció la información, el respeto que tenía por esos nativos a los que tan bien conoció y, por último, extraeremos una muestra de los resultados de su investigación. Adviértase el testimonio que ofrece de las tristes consecuencias que acarreó el brusco cambio de gobierno y de legislación con motivo de la destrucción de los antiguos señores.

Queriendo, pues, este siervo y leal vasallo de vuestra majestad, dedicarle esta Sumaria y breve Relación de los Señores y señoríos de la Nueva España, y de la manera y sucesión de ellos, y de la forma que sus vasallos solían tener en tributarles en tiempo de su gentilidad, y de la que han tenido y tienen después que se conquistó, en los tributos que pagan a vuestra majestad y a otros particulares en su real nombre, y en la imposición y repartimiento de ellos; y si conviene que por ahora paguen diezmos los naturales de aquella tierra, teme considerando la espantosa grandeza de vuestra majestad y su humilde y bajo estado; pero conociendo que hay en vuestra majestad lo que Vanio dijo que había en Cesar para osar hablarle, que es la gran benignidad y clemencia de que Dios tan cumplidamente ha dotado a vuestra majestad, me da ánimo para osar hacerlo y para desechar el miedo que me lo impedía.

A vuestra majestad humildemente suplico reciba este pequeño servicio, pues me atreví a ponerme en ello por corresponder a la voluntad de vuestra majestad, satisfaciendo lo mejor que pude a lo que vuestra majestad desea saber, como parece por su real cédula sobre que esta relación se funda; y si fuere digna de que vuestra majestad le mande admitir, será dar gran ser a este su criado, que con algún trabajo ha procurado averiguar lo que contiene, y calidad a lo que en ella se trata, y ocasión para que otros hagan lo mismo en otras provincias, pues son tantas las que vuestra majestad en aquellas partes posee y de tan diversos usos y costumbres, que es menester que muchos se ocupen en ello.

...

La causa que hubo para escribir esta Relación, y por qué no se ha hecho antes de ahora.

Por diciembre del año de cincuenta y tres se despachó en Valladolid una real cédula en que se envió a mandar a las audiencias de Indias hiciesen ciertas diligencias para averiguar algunas dudas de que su majestad quería ser informado, sobre los señores que había y tributos que les pagaban los naturales de aquellas partes en tiempo de su gentilidad y después que están en la Corona Real de Castilla, y que hechas, las enviasen a su majestad con su parecer.

Cuando esta real cédula se recibió en la Audiencia de los Confines, donde yo estaba por oidor, partí para México, donde su majestad me envió le fuese a servir por oidor en la Audiencia que allí reside, y cuando llegué ya se habían hecho las diligencias y enviándolas con su parecer, y en la de los Confines se hicieron después que de allí salí; y pareciéndome que tenía obligación a decir lo que siento, pues estaba en servicio de su majestad al tiempo que aquella su real cédula se dio, y cuando se hicieron las diligencias, y cuando se envió el parecer que su majestad manda, y que no me excusa no haberme hallado presente en ambas audiencias cuando se trató de ello, he deseado siempre decir lo que he averiguado y sabido en diez y nueve años que estuve en aquellas partes en servicio de su majestad; los dos primeros en Santo Domingo por oidor, y los otros tres siguientes en el Nuevo Reino de Granada y en Santa Marta y Cartagena y Cabo la Vela, adonde por mandado de su majestad fui a tomar residencia al gobernador de aquellas provincias; y vuelto a Santo Domingo a servir mi oficio, recibí real provisión de su majestad en que me hizo merced de mandarme le fuese a servir por oidor a la Audiencia de los Confines, donde estuve tres años y visité casi toda la

provincia de Guatemala, y lo demás estuve en México. Y por las muchas ocupaciones que a la continua he tenido no he podido hacer lo que tanto he deseado; y como ahora me hallase desocupado por haberme venido a estos reinos con licencia de su majestad, porque a causa de tener poca salud no estaba para poderle servir con la diligencia y cuidado que siempre lo había hecho, determiné sacar en limpio lo que muchos años ha tengo en mis memoriales y borradores, y poner por respuesta de cada capítulo de la real cédula lo que hiciere a su propósito.

Y aunque siempre en las partes que he andado he procurado saber los usos y costumbres de los naturales de ellas, como tenía intento de responder en teniendo lugar, a esta cédula, me informé, estando en México, muy en particular sobre lo que contiene, como su majestad por ella lo manda, de religiosos doctos y antiguos en la tierra, y que han andado muchos años entre los naturales de ella, que son los que con más cuidado han entendido en saber y averiguar estas y otras cosas semejantes; y mucho de ello se averiguó en mi presencia. Y asimismo me informé de indios antiguos y principales, de quien se podía creer que dirían verdad. Aunque es cierto que en esto ni en otra cosa que sea de su gobernación y costumbres, no se puede poner ni dar regla general, porque casi en cada provincia hay gran diferencia en todo, y aun en muchos pueblos hay dos o tres lenguas diferentes, y casi no se tratan ni conocen; y esto es general en todas las Indias, según he oído, y de lo que yo he visto y andado en ellas, que ha sido mucho, puedo afirmar ser así verdad. Si algo se averiguaré contra lo que aquí se dijere, será la causa la diversidad que he dicho que hay en todo, en

cada provincia, y no porque haya faltado diligencia para saber la verdad, Y no es de maravillar que entre los indios se halle ahora alguna variación en las relaciones que dan, porque además de estar la falta las más veces en los intérpretes, como carecían de letras y escritura y todas sus antigüedades las tenían en pinturas y de éstas las más se han perdido y estragado y la memoria es deleznable, y faltan los más de los viejos que lo podían saber, hay diversas relaciones en todo; y también es la causa la poca cuenta que se ha tenido y tiene en saberlo, como sea cosa de que se saca poco o ningún interés.

Podré afirmar que lo que aquí se dijere es cierto, porque para ello principal y particularmente me ayudé de tres religiosos de San Francisco, sin otros de las otras Ordenes, muy antiguos en aquella tierra, porque fueron a ella pocos años después de ganada, y el uno de ellos era de los doce primeros que a ella fueron, todos grandes siervos de Nuestro Señor y que siempre han tratado entre aquellas gentes y entendido en su doctrina y cristiandad por toda la Nueva España, y en Michoacán, y en Jalisco o Nueva Galicia, y en Pánuco; y que han tenido siempre particular cuidado de saber y averiguar los usos y costumbres de aquellas gentes y los averiguaron mejor que ahora se pudiera hacer, por haber alcanzado los viejos de quien se podían informar, y estar como estaban algunas pinturas enteras y sanas; y lo sacaron muy fielmente de ellas, ayudados para ello de indios viejos y principales que sabían y entendían bien su declaración y que lo habían visto y oído a sus mayores. Tomé de lo que cada uno de ellos averiguó todo lo que yo tengo en mis memoriales, lo que hace al propósito de lo que la real cédula contiene, poniéndolo por el mejor orden

que pude. Y lo que yo tengo en mis papeles asimismo lo averigué con indios ancianos mediante religiosos antiguos y muy buenas lenguas, de las tres Ordenes que hay en aquellas partes.

No trataré de cada provincia en particular, sino de lo más principal y general de la Nueva España, o lo más de ella; y porque la cédula que se envió a la Audiencia de los Confines contiene algo más que la que se envió a México, pondré los capítulos de ella, y responderé a cada uno por sí, aunque no por su orden, y comenzaré del nono que es el siguiente:

Capítulo IX

“Otro si averiguaréis cuáles Señores de estos caciques tenían el señorío por sucesión y sangre, y cuáles por elección de los súbditos, y qué es el poder y jurisdicción que estos caciques ejercitaban en los súbditos en tiempo de su infidelidad, y qué es el que ahora ejercitan y qué provecho viene a los súbditos de ese señorío, y en su gobernación y policía.”

...

Los que hubieren tratado aquellas gentes no se admirarán de que haya en ellos tan buenas razones y consejos.

Andando yo visitando en tierra de Guatemala, por montañas y sierras y malos y ásperos caminos, venían a mí cada día mensajeros a visitarme y a preguntarme cuándo iría a sus pueblos, de parte de los señores que estaban lejos, porque los de cerca venían ellos; y los unos y los otros me decían tan buenas palabras, agradeciéndome el trabajo que por ellos pasaba por aquella tierra tan áspera, que daba gran contento oírlos, y ánimo para sufrir los grandes trabajos que pasaba por ver y entender lo que convenía para la visita que hacía: y decían que me venían a visitar por ellos y por sus mujeres

e hijos, y que todos me lo agradecían y enviaban encomiendas; y los de cerca traían consigo sus hijos, aunque niños.

Están injustamente infamadas aquellas gentes de faltos de razón y desagradecidos, y cuando hay alguna muestra de esto en ellos, es cuando el miedo los tiene asombrados por las crueldades que con ellos se han hecho y hace; y a esta causa hay de nuestra parte dificultad para creer lo bueno que de ellos oímos. No hay indio, por bozal que sea, de los que no están escandalizados, que aunque no haya visto ni tratado españoles, que en viendo algunos no les dé cuando le pidieren, y desea agradecerlos y no sabe servicio qué hacerles, y tienen tan buena razón, que saben muy bien decir su embajada o lo que pretenden, tan bien dicho y sin turbarse, aunque sea ante el Virrey y toda la Audiencia, como si toda su vida se hubieran criado en negocios y con gente muy avisada. Aunque esto y otras cosas que se dirán sea algo fuera del propósito, suplico a vuestra majestad se me perdone, que todo es con intento de servir a vuestra majestad, para que se entienda la poca razón que tienen los que aquellas gentes infaman; y porque no sé si se ofrecerá ocasión otra vez para decirlo, aunque no digo ni diré todo lo que pudiera y se ofrece por no ser demasiado.

A los señores supremos llamaban y llaman *tlatoques*, de un verbo que dice *tlatoa*, que quiere decir hablar, porque éstos, como supremos y meros señores, tenían la jurisdicción civil y criminal, y toda la gobernación y mando de todas sus provincias y pueblo de donde eran señores; y a éstos eran sujetos las otras dos maneras de señores que se dirá adelante.

Si cuando moría el señor quedaba mozo el hijo o nieto o el que había de suceder, era

costumbre que gobernaba un viejo pariente, el que más suficiente era para ello, por la orden que está dicho, que es que gobernaba el más cercano pariente; y si no era para ello, otro de los demás; y si no había pariente suficiente, otro principal, y era electo y nombrado para este efecto y confirmado por el supremo; y para Texcoco y Tacuba lo confirmaba el de México, y si era para México, los de Texcoco y Tacuba, y era como ayo o curador del nuevo y mozo señor; y muerto este curador (porque en su vida no le quitaban el mando) tomaba el señorío el sucesor que había quedado del señor. Y esto era así cuanto al señor supremo y universal, como cuanto a los otros inferiores de otras provincias, que en ellas eran supremos. Algunos dicen que si el curador o coadjutor era pariente, que le quitaban en su vida, aunque siendo de edad el nuevo señor se hacia y gobernaba todo con su parecer; y si no era pariente, que en siendo el señor de edad expiraba el mando del curador; y yo lo vi así en un pueblo principal junto a Guatemala. Y la edad que tenían por bastante era treinta años y más.

De lo dicho se entenderá cómo fuera de las ceremonias, casi todo lo que se hacia y guardaba en la sucesión y elección de estos señores era conforme a Derecho Natural, y en algo conforme a Derecho divino, y aun conforme a Derecho civil y canónico, aunque les era incógnito; y se pudiera, como está dicho, decir otras cosas por donde se entendiera que no son aquellas gentes tan faltas de razón como algunos los hacen; y lo mismo se podrá colegir de muchas cosas que se dirán en esta Suma y en la de los tributos, y cuando se ofrezca ocasión se apuntará y advertirá de ello.

La segunda manera de señores se llama *teciecutzin* o *teules*: éstos son de muchas ma-

neras, y se denominaban de sus dignidades y preeminencias, que por ser muy largo y no hacer al propósito no se declara. Estos eran como los comendadores en España que tienen encomienda, y entre ellas hay unas mejores y de más calidad y renta que otras.

Y pues, viene a propósito, es de notar una cosa de los nombres, y es que en las dignidades y oficios, y en los nombres de los pueblos o sierras o montes, etcétera, las ponían conforme a la calidad o propiedad o fertilidad o esterilidad de lo que abundaba y había en cada una parte. Y así a Michoacán lo llamaban de este nombre por tierra de mucho pescado, y a Tehuantepec por sierra de víboras. Y así de los más nombres.

Estos señores que se ha dicho que se llamaban *teciecutzin*, o *teules* en plural, no eran más que de por vida, porque los señores supremos los promovían a estas tales dignidades por hazañas hechas en la guerra o en servicio de la república o de los señores; y en pago y remuneración de ello les daban estas dignidades, como da vuestra majestad por vida una encomienda. Y había en éstas sus dignidades, principales y otras inferiores.

Las casas de estos señoríos se llamaban *teccalli*, que quiere decir casa de palacio de estos señores: de *tecutli*, que es este señor, y *calli*, que es casa; y este *tecutli* o señor tenía dominio y mando sobre cierta gente anexa a aquel *teccalli*, y unos eran de más gente y otros de menos.

El provecho que estos señores tenían era que les daban servicio para su casa y leña y agua, repartido por su orden, y le labraban unas sementeras según era la gente, y par esto eran relevados del servicio del señor supremo y de ir a sus labranzas, y no tenían más obligación

que acudir a servirle en las guerras porque entonces ninguno había excusado. Demás de este provecho, el señor supremo les daba sueldo y ración, y asistían como continuos en su casa.

Estos señores tenían a su cargo mandar labrar las sementeras para ellos y para los mismos particulares, y tenían para ello sus ministros, y tenían asimismo cuidado de mirar y volver y hablar por la gente que era a su cargo, y defenderlos y ampararlos; de manera que estos señores eran y se proveían también para pro del común, como del señor a quien se daba este señorío.

Muerto alguno de estos señores, los supremos hacían merced de aquella dignidad a quien lo merecía por servicios, como está dicho, y no sucedía hijo a padre, si de nuevo no lo promovían a ello; y siempre los supremos tenían cuenta con ello para promoverlos antes que a otros, si lo merecían; y si no, quedaban *pilles*, que son principales o hidalgos a su modo.

Estos señores tenían muchas provincias sujetas, y de cada una de ellas tenían en las ciudades de México y Texcoco y Tlacopan, que eran las cabezas, dos jueces, hombres escogidos para ello, de buen juicio, y algunos eran parientes de los señores. El salario que éstos tenían era que el señor les tenía señaladas sus tierras donde sembraban y cogían los mantenimientos que bastaban para sustentar su familia, y en ellas había casas de indios que las sembraban y beneficiaban, y llevaban ellos su parte, y les daban servicio y agua y lena para sus casas en lugar del tributo que habían de dar al señorío Supremo; y muriendo alguno de estos jueces, pasaban las tierras al que les sucedía en el oficio y judicatura, porque estaban aplicadas para ello, con la gente que en ellas había para beneficiarlas.

En las casas de señor había unos aposentos y salas levantadas del suelo siete y ocho gradadas, que eran como éntresuelos, y en ellas residían los jueces, que eran muchos, y los de cada provincia y pueblo y barrio estaban a su parte y allí acudían los súbditos de cada uno, y también oían y determinaban las causas de los matrimonios y divorcios.

Cuando se ofrecía algún pleito de divorcio, que eran pocas veces, procuraban los jueces conformarlos y ponerlos en paz y reñían ásperamente al que era culpado, y les decían que mirasen con cuánto acuerdo se había casado, y que no echasen en vergüenza y deshonor a sus padres y parientes que habían entendido en casarlos, y que serían muy notados del pueblo porque sabían que eran casados; y les decían otras cosas y razones, todo a efecto de conformarlos.

Dicen los religiosos antiguos en aquella tierra, que después que los naturales están en la sujeción de los españoles y se perdió la buena manera de gobierno que entre ellos había, comenzó a no haber orden y concierto, y se perdió la policía y justicia y ejecución de ella que entre ellos había, y se han frecuentado mucho los pleitos y los divorcios, y anda todo confuso.

Preguntando a un indio principal de México qué era la causa por que ahora se habían dado tanto los indios a pleitos y andaban tan viciosos, dijo: “Porque ni vosotros nos entendéis ni nosotros os entendemos ni sabemos qué queréis. Nos habéis quitado nuestra buena orden y manera de gobierno; y la que nos habéis puesto no la entendemos, y así anda todo confuso y sin orden y concierto. Los indios se han dado a pleitos porque vosotros los habéis impuesto en ellos, y se siguen por lo que

les decís, y así nunca alcanzan lo que pretenden, porque vosotros sois la ley y los jueces y las partes y cortáis en nosotros por donde queréis, y cuando y como se os antoja. Los que están apartados, que no tratan con vosotros, no traen pleitos y viven en paz; y si en tiempo de nuestra gentilidad había pleitos, eran muy pocos, y se trataba mucha verdad y se acababan en breve, porque no había dificultad para averiguar cuál de las partes tenía justicia, ni sabían poner las dilaciones y trampas que ahora.”

Otro, oyendo decir que iba un visitador de España a visitar aquella tierra, dijo: “No es por nuestro bien: cada día vienen jueces y visitadores, y no sabemos a qué: sola la justicia del cielo es la buena”. Otro dijo que la justicia de la tierra era como garabato, y que sola la del cielo era la derecha y buena, y no otra. Otro, riñendo con él un español, y diciéndole de ladrón y mentiroso y otras palabras injuriosas, dijo: “Vosotros nos habéis mostrado.” Dicen los medios viejos que con la entrada de los españoles dio toda la tierra gran vaivén y vuelta en todo, que han perdido su justicia y la orden que tenían en castigar los delitos y el concierto que en todo había, y que no tienen poder ni libertad para castigar los delincuentes, y que ya no se castigan como solían los que mienten, ni los perjuros, ni los adulterios; y que a esta causa hay tantas mentiras y excesos y tantas mujeres malas. Y han dicho y dicen otras muchas cosas que seria muy largo referirlas.

Los jueces que se ha dicho en amaneciendo estaban sentados en sus estrados de esteras; y luego acudía la gente con sus demandas, y algo temprano les traían la comida de palacio. Después de comer reposaban un poco, y tornaban a oír los que había quedado, y estaban hasta dos horas antes que se pusiese el sol. Y

las apelaciones de éstos iban ante otros doce jueces que presidían sobre todos los demás y sentenciaban con parecer del señor.

Cada doce días el señor tenía acuerdo o consulta, o junta con todos los jueces sobre los casos arduos y criminales de calidad. Todo lo que con él se había de tratar iba, muy examinado y averiguado. Los testigos decían verdad, así por el juramento que les tomaban como por el temor de los jueces, que se daban muy buena mana en averiguarlo, y tenían gran sagacidad en las preguntas y repreguntas que les hacían, y castigaban con gran rigor al que no la decía.

Los jueces ninguna cosa recibían en poca ni en mucha cantidad, ni hacían acepción de personas, entre grandes ni pequeños, ricos ni pobres, y usaban en su judicatura con todos gran rectitud; y lo mismo era entre los demás ministros de la justicia.

Si se hallaba que alguno recibía alguna cosa o se desmandaba algo en beber, o sentían algún descuido en él, si eran estas pocas cosas, los otros jueces lo reprendían entre sí ásperamente, y si no se enmendaba, a la tercera vez lo hacían trasquilar, y con gran confusión y afrenta lo privaban del oficio, que era tenido por ellos por gran ignominia. Si el exceso en lo dicho era grande, por la primera vez lo privaba el señor; y porque un juez favoreció en un pleito a un principal contra un plebeyo, y la relación que hizo al señor de Texcoco no fue verdadera, lo mandó ahorcar, y que se turnase a rever el pleito, y así se hizo, y se sentenció por el plebeyo (a su favor).

Había con ellos escribanos o pintores muy diestros que con sus caracteres ponían las personas que pleitaban y sobre qué, y las demandas y testigos y lo que se determinaba o sentenciaba; y no se permitía que hubiese

dilación ni más apelación que lo que iba ante el señor con los jueces de apelación; y a lo más largo duraba el pleito ochenta días, que era el término de la consulta general, como luego se dirá; y determinado una vez no había quien osase más tornar a ellos, y no era como ahora que no saben acabar cosa los que se han dado a pleitos, y en habiendo jueces nuevos tornar a renovar los pleitos, en especial cuando cada uno lo oye por sí solo fuera de audiencia; y es cierto que los que se están en su simplicidad natural y que no andan entre ellos españoles o mestizos que los impongan en traer pleitos, están muy quitados de ellos; y andando yo visitando en tierra de Guatemala lo vi y entendí muy claro, que acontecía venir ante mí indios a pedir a otros tierras que les tenían tomadas, y llamados, decían: es verdad que me entré en ellas porque no las labraba; y díchosele cómo se las pedía, decía: pues dádselas. Otros decían: cuando me entré en su tierra estaba calma, y he puesto cacahuatal o algunos otros árboles: partámosla; y el otro decía que era contento, y que les diese yo cédula de ellos y así se hacía sin escribir más letra y esto guardaban por ley; y me acontecía cada día y muy muchas veces. Y sucedían otras cosas de gran simplicidad y bondad, y no sabían negar la verdad, como no hubiese quien los impusiese en otra cosa; y lo mismo sucede en los delincuentes, que si luego les toman la confesión dicen de plano la verdad, y si entran en la cárcel o les hablan primero, tarde o nunca se puede sacar de ellos, porque están firmes en lo que les imponen.

Aquellos doce jueces que eran de las apelaciones tenían doce que eran como alguaciles mayores, para prender personas principales, e iban a los otros pueblos a llamar o

prender a quien el señor o los jueces les mandaban, y les hacían gran acatamiento donde quiera que iban, como a muy principales mensajeros del señor y de su justicia mayor. Había otros que servían de emplazadores y mensajeros, y en mandándoles la cosa, iban con grandísima diligencia, que fuese de noche o de día, lloviendo o nevando o apedreando, no esperaban tiempo ni hora.

En las provincias y pueblos había jueces ordinarios que tenían jurisdicción limitada para sentenciar pleitos de poca calidad. Podían prender (a) todos los delincuentes y examinar y concluir los pleitos arduos, y guardaban la determinación para los ayuntamientos generales que había con el señor, de cuatro en cuatro meses, que cada mes era de veinte días: y a esta junta acudían de toda la tierra ante el señor, y se determinaban todos los negocios arduos y criminales. Duraba esta consulta diez o doce días. Demás de la determinación de los pleitos se trataban y conferían todas las cosas tocantes a sus repúblicas y todo el reino, a manera de Cortes.

...

No podían beber vino sin licencia de los señores o de los jueces, y no la daban sino a enfermos y a viejos que pasaban de cincuenta años, porque decían que éstos tenían necesidad de él porque se les iba resfriando la sangre, y no podían beber más que tres tazas pequeñas al comer. Con aquel su vino no se emborrachan si no es bebiendo mucha cantidad. En las bodas y fiestas tenían licencia general los que pasaban de treinta años para beber dos tazas; y cuando acarreaban madera y piedras grandes, por el gran trabajo que en ello pasaban. Las paridas lo podían beber los primeros días, y no más; y había muchos que en salud y enfermos

no lo querían beber. Los señores y principales y la gente de guerra tenían por afrenta beberlo; era muy aborrecida entre ellos la embriaguez, y tenían por infame al que se embeodaba, y la pena que tenía era que en el mercado públicamente lo trasquilaban, que fuese hombre o mujer, y luego le iban a derribar la casa porque decían que quien se embeodaba y perdía el seso, por ello no merecía tener casa en el pueblo ni ser contado entre los vecinos de él; y eran privados de los oficios públicos que tenían y quedaban inhábiles para tenerlos adelante. Se han puesto estas penas en particular, porque ha habido algunos religiosos doctos que han tenido escrúpulo sobre el castigo que ahora se hace a los que se emborrachan y consultaron sobre ello a otros religiosos de España, y respondieron que si los españoles no eran castigados por embeodarse, que no había razón por que se disimulase con ellos y se castigasen los indios, en especial si en su gentilidad no tenían pena por ello; y por lo dicho consta con cuánto rigor se castigaba.

En esto están muy engañados los españoles y aun algunos religiosos, si no son los antiguos que han procurado averiguar de raíz las costumbres de aquellas gentes, en decir que en tiempo de infidelidad había gran desorden en el beber y en embriagarse, y tomaron ocasión para decirlo y creer, porque luego como se ganó la tierra se daban al vino desenfrenadamente, y tomaron esta licencia cuando comenzó a cesar la autoridad y poder de sus jueces naturales para castigarlos con la libertad que solían; y dicen los indios viejos que ésta fue la causa por que en esto y en otros vicios y demos tomó cada uno licencia para hacer lo que quería, porque no se dan las justicias de los españoles tan buena mana como sus jueces en

averiguarlos y castigarlos, y poco a poco se fue disminuyendo la autoridad y modo de justicia, hasta que del todo se vino a consumir y acabar, y con ellos se acabó el buen orden que en todo tenían, y su policía.

También tienen mucha culpa del desorden que ahora hay entre los indios en beber y emborracharse, muchos españoles y mestizos que por holgar se han dado, así hombres como mujeres, a hacer vino de tierra, y meten en sus casas los indios y los encierran y esconden en ellas, y los traen y buscan para ello, y los emborrachan y les dan a beber excesivamente, porque en pago les dan cuanto quieren. (Después de borrachos los desnudan y quitan la ropa y dinero, y los dejan en la calle, y allí dicen que se lo tomaron, y los indios no se osan quejar porque no los castiguen por borrachos.) Y es la ganancia mucha, porque la costa es muy poca, y lo venden como quieren, y no bastan las excomuniones y penas que les están puestas para remediarlo.

En los matrimonios tenían también sus leyes y prohibiciones, para no poder casar en ciertos casos. No tenían por lícito y honesto que de la parte de la mujer se tratase casamiento, sino de parte del varón y había viejas honradas que entendían en ello, y nunca respondían de si los padres o parientes la primera vez, aunque lo deseasen, y daban sus razones excusándose, y no despidiendo sino entreteniendo. Concertado y hecho el casamiento a su modo, luego los recién casados antes de ayuntarse estaban en penitencia y ayunaban cuatro días y no salían en ellos del aposento, y en algunas partes ayunaban y estaban encerrados veinte días.

Era tenido por malo tener mancebas, aunque si algunos las tenían simulaban con ellos, por evitar mayor mal, siendo ambos solteros y

no en otra manera, antes había pena de muerte, como está dicho, y las que habían de tomar por mancebas las pedían a sus padres, y había diferencia en el pedir las para este efecto o para mujeres, y las pedían diciendo que las querían para haber hijos; y así en habiendo el primer hijo, los padres de la moza requerían al mancebo que la tomase por mujer o la dejase libre, pues ya tenía hijo, y se casaba con ella o la dejaba llevar a sus padres, y no se juntaban más.

Bibliografía

A) Los fragmentos citados pertenecen al libro de ALONSO DE ZORITA *Breve y sumaria relación de los señores de la Nueva España*. Prólogo y notas de Joaquín Ramírez Cabañas. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Biblioteca del estudiante universitario n° 2, segunda edición, 1963.

Además de las citadas *Relaciones geográficas* de Felipe II, de las fuentes etnográficas de los funcionarios sobresalen las debidas al Virrey Toledo, tituladas *Informaciones acerca del señorío y gobierno de los Incas hechas por mandato de Francisco de Toledo* y también las célebres *Ordenanzas que el Señor Viso Rey Don Francisco de Toledo hizo para el buen gobierno de estos reynos del Perú*.

Un poco posteriores y redactados con ánimo compilatorio y de justificación son la *Política Indiana* de JUAN DE SOLORZANO PEREIRA (un importante fragmento lo puede consultar el lector en el volumen titulado *Crónicas de Indias* de la Biblioteca General Salvat) y el volumen de PEDRO MEJIA DE OVANDO, *Libro o memorial práctico de las cosas memorables que los reyes de España y Consejo de Indias han proveído para el gobierno político del Nuevo Mundo*.

También merece citarse la *Relación autógrafa* de PEDRO DE SANTILLAN sobre el modo que tenían de tributar los medios del Perú en tratos

de su gentilidad. El manuscrito original está en la Biblioteca del Escorial.

DIEGO ANDRES ROCHA *El origen de los indios*. Edición de José Alcina Franch. Madrid, Historia 16, Crónicas de América 38, 1988.

FRANCISCO HERNANDEZ *Antigüedades de la Nueva España* Edición de Ascensión de León-Portilla. Madrid, Crónicas de América, n° 28, 1986.

B) Sobre los funcionarios, las leyes y el problema indígena puede consultarse el libro de SILVIO ZAVALA *Las instituciones jurídicas en la conquista de América*. México, Editorial Porrúa, Biblioteca Porrúa, n° 50, 2ª edición, 1971. Sobre el sistema de las encomiendas es útil LESLEY BIRD SIMPSON. *Los conquistadores y el indio americano*. Barcelona, Ediciones Península, Colección Historia, Ciencia, Sociedad n° 68. También: JOSE A. LLAGUNO, S.J. *La personalidad jurídica del indio y el III Concilio Provincial Mexicano (1585)*. México, Editorial Porrúa, 1963.

B. de Sahagún

Los misioneros fueron quienes más profundamente conocieron las culturas americanas. Ellos tenían que conseguir que los indios cambiaran su sistema de creencias y debían saber cuándo habían logrado sus objetivos, esto es, cuándo los indios habían dejado de ser "idólatras". Esta enorme empresa obligaba a los misioneros a convertirse en expertos en los "otros". Con ellos tenían que comunicarse tanto para anunciarles las nuevas doctrinas como para detectar la escurridiza presencia de las antiguas. De este modo empezaron por aprender las lenguas nativas -utilizaron hasta su sistema iconográfico y pictórico para que los indios se enseñaran el catecismo y las oraciones principales y las tuvieran a mano en pequeños libritos-. Ese aprendizaje supuso largos años de convivencia. Desde la cercanía y mediante el lenguaje, poco a poco, se llenaron de sentido los distintos rituales de los indios, sus mitos, su cosmovisión y la serie de "saberes" en la que se formulaba, sus fiestas, sus tabús, sus refranes, sus himnos, su historia, su medicina, su taxonomía zoológica, botánica y mineralógica, sus formas de producción y de intercambio, sus códigos legales, su organización social, su retórica, su moral, su teología, su astrología, su calendario, sus poemas... Poseyendo ya la coherente totalidad de las obras culturales, los misioneros podían deshacerlas con eficacísimos golpes (y eso es lo que a menudo hicieron), pero también podían medir con gran finura la bien trabada armonía de un sistema sociocultural en pleno funcionamiento y, entonces, hasta relativizar aquello que se suponía era la mejor civilización, la occidental.

De todos los grandes misioneros hispanos cuyas obras son fundamentales para reconstruir las culturas de los indios americanos, Fray Bernardino de Sahagún merece figurar en cabeza. Su metodología de trabajo es de tal escrupulosidad que nada tiene que envidiarle al mejor de los etnógrafos profesionales de nuestros días: preparación de encuestas; obtención de informantes cualificados; almacenamiento de la información, redactada en la lengua nativa; crítica de lo ya compilado por parte de otros nativos cualificados; reelaboración del material; traducción de lo resultante al castellano. Este rigor en la

adquisición de los conocimientos va paralelo a la increíble cantidad de materias acerca de las cuales se recaba información, detalladísima y amplísima información. Se nota que Fray Bernardino admiraba la cultura de sus indios, sentía gran simpatía por ellos, a excepción de sus "idolatrías" y "supersticiones". Su experiencia directa de la colonización le hizo percibir también la serie de injusticias concretas que los hispanos perpetraron al someter a los aborígenes. De ahí su interés en confeccionar un apartado dejando que fueran los propios indios quienes también nos contaran su historia y nos transmitieran su visión de aquella conquista que les venció.

Bernardino de Ribera nació en Sahagún, quizá en el seno de una familia de judíos conversos, alrededor de 1500. Estudió en Salamanca y muy joven profesó en la orden franciscana y se ordenó sacerdote. En 1529 llegó a la Nueva España con otros religiosos de su orden, testigos excepcionales de los efectos de la reciente conquista y de los primeros pasos de la incipiente colonización. Fue profesor de latín en el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco en la capital mexicana. Desde 1540 recorre varias zonas y estudia las "cosas" del antiguo México, almacenando información para su libro. Se sabe que residió en Xochimilco, en Tepepulco y en San Francisco el Grande, haciendo sucesivas recopilaciones críticas del material obtenido. Hacia 1565 comienza su obra en castellano, su propia versión de los originales. Murió el año 1590 en el convento de San Francisco. Hacia 1582 había terminado el libro que fue la gran dedicación de su vida. Ese libro se editó por vez primera en 1829, y de forma crítica en 1956, a cargo del P. Angel M. Garibay, si bien tan sólo en su texto castellano, con apéndices y vocabularios. Actualmente también ha visto la luz pública el conjunto completo de sus manuscritos originales en lengua náhuatl. Su título es Historia General de las cosas de Nueva España. No nos hemos extendido presentando la metodología, la temática y los objetivos que se trazó el sabio franciscano porque hemos preferido que sea él mismo quien nos los explique, quien nos cuente su experiencia colonial y quien nos permita que escuchemos también a sus indios al encontrarse

por vez primera con sus futuros conquistadores. Esperamos que el lector vea plenamente justificada la amplia selección que le brindamos de este libro impar, cuyas castellanas mil páginas a doble columna son imposibles de resumir.

Prólogo

El médico no puede acertadamente aplicar las medicinas al enfermo (sin) que primero conozca de qué humor, o de qué causa proceda la enfermedad; de manera que el buen médico conviene sea docto en el conocimiento de las medicinas y en el de las enfermedades, para aplicar convenientemente a cada enfermedad la medicina contraria (y porque), los predicadores y confesores médicos son de las ánimas, para curar las enfermedades espirituales conviene (que) tengan experiencia de las medicinas y de las enfermedades espirituales: el predicador de los vicios de la república, para enderezar contra ellos su doctrina; y el confesor, para saber preguntar lo que conviene y entender lo que dijeren tocante a su oficio, conviene mucho que sepan lo necesario para ejercitar sus oficios; ni conviene se descuiden los ministros de esta conversión, con decir que entre esta gente no hay más pecados que borrachera, hurto y carnalidad, porque otros muchos pecados hay entre ellos muy más graves y que tienen gran necesidad de remedio: Los pecados de la idolatría y ritos idolátricos, y supersticiones idolátricas y agüeros, y abusiones y ceremonias idolátricas, no son aún perdidos del todo.

Para predicar contra estas cosas, y aun para saber si las hay, menester es de saber cómo las usaban en tiempo de su idolatría, que por falta de no saber esto en nuestra presencia hacen muchas cosas idolátricas sin que lo entendamos; y dicen algunos, excusándolos, que son boberías o niñerías, por ignorar la raíz de donde salen -que es mera idolatría, y los confesores ni se las preguntan ni piensan que hay tal cosa, ni saben lenguaje para se las preguntar, ni

aun lo entenderán aunque se lo digan-. Pues por que los ministros del Evangelio que sucederán a los que primero vinieron, en la cultura de esta nueva viña del Señor no tengan ocasión de quejarse de los primeros, por haber dejado a oscuras las cosas de estos naturales de esta Nueva España, yo, Fray Bernardino de Sahagún, fraile profeso de la Orden de Nuestro Seráfico P. San Francisco, de la observancia, natural de la Villa de Sahagún, en Campos, por mandato del muy Reverendo Padre el P. Fray Francisco Toral, provincial de esta Provincia del Santo Evangelio, y después Obispo de Campeche y Yucatán, escribí doce libros de las cosas divinas, o por mejor decir idolátricas, y humanas y naturales de esta Nueva España: El primero de los cuales trata de los dioses y diosas que estos naturales adoraban; el segundo, de las fiestas con que los honraban; el tercero, de la inmortalidad del ánima y de los lugares donde decían que iban las almas desde que salían de los cuerpos, y de los suffragios y obsequias que hacían por los muertos; el cuarto libro trata de la astrología judiciaria que estos naturales usaban, para saber la fortuna buena o mala que tenían los que nacían; el quinto libro trata de los agüeros que estos naturales tenían para adivinar las cosas por venir; el libro sexto trata de la Retórica y Filosofía Moral, que estos naturales usaban; el séptimo libro trata de la Filosofía Natural que estos naturales alcanzaban; el octavo libro trata de los señores y de sus costumbres y maneras de gobernar la república; el libro nono trata de los mercaderes y otros oficiales mecánicos, y de sus costumbres; el libro décimo trata de los vicios y virtudes de estas gentes, al propio de su manera de vivir; el libro undécimo trata de los animales, aves y peces, y de las generaciones

que hay en esta tierra, y de los árboles, yerbas y flores y frutos, metales y piedras y otros minerales; el libro duodécimo se intitula La Conquista de México.

Estos doce libros, con el arte y vocabulario apéndice, se acabaron de sacar en blanco este año de mil quinientos y sesenta y nueve. Aún no se ha podido romanizar, ni poner los escolios según la traza de la obra; no sé lo que se podría hacer en el año de setenta que se sigue, pues desde el dicho año, hasta casi el fin de este año de mil quinientos y setenta y cinco no se pudo más entender en esta obra, por el gran disfavor que hubo de parte de los que la debieron de favorecer: pero como llegó a esta tierra nuestro Rmo. P. Fray Rodrigo de Sequera, Comisario General de todas estas Provincias de esta Nueva España, Guatemala, etc., de la Orden de Nuestro Seráfico P. San Francisco, de la observancia, mandó que estos libros todos se romanzasen, y así en romance como en lengua mexicana se escribiesen de buena letra.

Es esta obra como una red barredera para sacar a luz todos los vocablos de esta lengua con sus propias y metafóricas significaciones, y todas sus maneras de hablar, y las más de sus antiguallas buenas y malas; es para redimir mil canas, porque con harto menos trabajo de lo que aquí me cuesta, podrán los que quisieren saber en poco tiempo muchas de sus antiguallas y todo el lenguaje de esta gente mexicana. Aprovechará mucho toda esta obra para conocer el quilate de esta gente mexicana, el cual aún no se ha conocido, porque vino sobre ellos aquella maldición que Jeremías de parte de Dios fulminó contra Judea y Jerusalem, diciendo, en el Cap. 5º: yo haré que venga sobre vosotros, yo traeré contra vosotros una gente muy de lejos, gente muy robusta y esforzada,

gente muy antigua y diestra en el pelear, gente cuyo lenguaje no entenderéis ni jamás oísteis su manera de hablar; toda gente fuerte y animosa, codiciosísima de matar. Esta gente os destruirá a vosotros y a vuestras mujeres e hijos, y todo cuanto poseéis, y destruirá todos vuestros pueblos y edificios. Esto a la letra ha acontecido a estos indios con los españoles; fueron tan atropellados y destruidos ellos y todas sus cosas, que ninguna apariencia les quedó de lo que eran antes. Así están tenidos por bárbaros y por gente de bajísimo quilate -como según verdad, en las cosas de policía echan al pie delante a muchas otras naciones que tienen gran presunción de políticos, sacando fuera algunas tiranías que su manera de regir contenía-. En esto poco que con gran trabajo se ha rebuscado parece mucho la ventaja que hicieran si todo se pudiera haber.

En lo que toca a la antigüedad de esta gente tiénese por averiguado que ha más de dos mil años que habitan en esta tierra que ahora se llama la Nueva España: Porque por sus pinturas antiguas hay noticia que aquella famosa ciudad que se llamó Tula ha ya mil años o muy cerca de ellos que fue destruida, y antes que se edificase, los que la edificaron estuvieron muchos poblados en Tulantzinco, donde dejaron muchos edificios muy notables; pues en lo que allí estuvieron y en lo que tardaron en edificar la ciudad de Tula, y en lo que duró en su prosperidad antes que fuese destruida, es cónsono a verdad que pasaron más de mil años, de lo cual resulta que por lo menos quinientos años antes de la Encarnación de nuestro Redentor esta tierra era poblada. Esta célebre y gran ciudad de Tula, muy rica y decente, muy sabia y muy esforzada, tuvo la adversa fortuna de Troya. Los chololtecas, que son los que de

ella se escaparon, han tenido la sucesión de los romanos, y como los romanos edificaron el Capitolio para su fortaleza, así los cholulanos edificaron a mano aquel promontorio que está junto a Cholula, que es como una sierra o un gran monte, y está todo lleno de minas o cuevas por de dentro. Muchos años después los mexicanos edificaron la ciudad de México, que es otra Venecia, y ellos en saber y en policía son otros venecianos. Los tlaxcaltecas parecen haber sucedido en la fortuna de los cartagineses. Hay grandes señales de las antiguallas de estas gentes, como hoy día parece en Tula y en Tulantzinco, y en un edificio llamado Xochicalca, que está en los términos de Quauhnhuac; y casi en toda esta tierra hay seriales y rastro de edificios y alhajas anti-quísimos.

Es, cierto, cosa de grande admiración que haya nuestro señor Dios tantos siglos ocultado una selva de tantas gentes idólatras, cuyos frutos ubérrimos sólo el demonio los ha cogido, y en el fuego infernal los tiene atesorados; ni puedo creer que la Iglesia de Dios no sea próspera donde la sinagoga de Satanás tanta prosperidad ha tenido, conforme aquello de San Pablo: abundará la gracia adonde abundó el delito. Del saber, o sabiduría de esta gente, hay fama que fue mucha como parece en el libro décimo donde, en el capítulo XXIX, se habla de los primeros pobladores de esta tierra, donde se afirma que fueron perfectos filósofos y astrólogos y muy diestros en todas las artes mecánicas de la fortaleza, la cual entre ellos era más estimada que ninguna otra virtud, y por la que subían al último grado del valer; tenían de esto grandes ejercicios, como parece en muchas partes de esta obra. En lo que toca a la religión y cultura de sus dioses no creo ha

habido en el mundo idólatras tan reverenciadores de sus dioses, ni tan a su costa, como éstos de esta Nueva España; ni los judíos, ni ninguna otra nación tuvo yugo tan pesado y de tantas ceremonias como le han tomado estos naturales por espacio de muchos años, como parece por toda esta obra.

Del origen de esta gente la relación que dan los viejos es que por la mar vinieron, de hacia el norte, y cierto es que vinieron en algunos vasos de manera (que) no se sabe cómo eran labrados, sino que se conjetura que una fama que hay entre todos estos naturales, que salieron de siete cuevas, que estas siete cuevas son los siete navíos o galeras en que vinieron los primeros pobladores de esta tierra, según se colige por conjeturas verosímiles; la gente primero vino a poblar esta tierra de hacia la Florida, y costeano vino y desembarcó en el puerto de Pánuco, que ellos llaman Panco, que quiere decir lugar donde llegaron los que pasaron el agua. Esta gente venia en demanda del paraíso terrenal, y traían por apellido Tamoanchan, que quiere decir, buscamos nuestra casa; y poblaban cerca de los más altos montes que hallaban. En venir hacia el medio día a buscar el paraíso terrenal, no erraban, porque opinión es de los que escriben que está debajo de la línea equinoccial; y en pensar que es algún altísimo monte tampoco yerran, porque así lo dicen los escritores, que el paraíso terrenal está debajo de la línea equinoccial y que es un monte altísimo que llega su cumbre cerca de la luna. Parece que ellos, o sus antepasados, tuvieron algún oráculo cerca de esta materia, o de Dios, o del demonio, o tradición de los antiguos que vino de mano en mano hasta ellos. Ellos buscaban lo que por vía humana no se puede hallar, y nuestro señor

Dios pretendía que la tierra despoblada se poblase para que algunos de sus descendientes fuesen a poblar el paraíso celestial como ahora lo vemos por experiencia; mas ¿para qué me detengo en contar adivinanzas?, pues es certísimo que estas gentes todas son nuestros hermanos, procedentes del tronco de Adán como nosotros, son nuestros prójimos, a quien somos obligados a amar como a nosotros mismos, quid quid sit.

De lo que fueron los tiempos pasados, vemos por experiencia ahora que son hábiles para todas las artes mecánicas, y las ejercitan; son también hábiles para aprender todas las artes liberales, y la santa Teología, como por experiencia se ha visto en aquellos que han sido enseñados en estas ciencias; por que de lo que son en las cosas de guerra, experiencia se tiene de ellos, así en la conquista de esta tierra como de otras particulares conquistas, que después acá se han hecho, cuán fuertes son en sufrir trabajos de hambre y sed, frío y sueño, cuán ligeros y dispuestos para acometer cualesquiera trances peligrosos. Pues no son menos hábiles para nuestro cristianismo sino en él debidamente fueron cultivados; cierto, parece que en estos nuestros tiempos, y en estas tierras y con esta gente, ha querido Nuestro Señor Dios restituir a la Iglesia lo que el demonio la ha robado (en) Inglaterra, Alemania y Francia, en Asia y Palestina, de lo cual quedamos muy obligados de dar gracias a Nuestro Señor y trabajar fielmente en esta su Nueva España.

...

Cuando esta obra se comenzó, comenzóse a decir de los que lo supieron que se hacia un Calepino, y aun ahora no cesan muchos de preguntarme que ¿en qué términos anda el Calepino? Ciertamente fuera harto provechoso

hacer una obra tan útil para los que quieren aprender esta lengua mexicana, como Ambrosio Calepino la hizo para los que quieren aprender la lengua latina y la significación de su vocablos; pero ciertamente no ha habido oportunidad, por que Calepino sacó los vocablos y las significaciones de ellos, y sus equivocaciones y metáforas, de la lección de los poetas y oradores y de los otros autores de la lengua latina, autorizando todo lo que dicen con los dichos de los autores, el cual fundamento me ha faltado a mi, por no haber letras ni escritura entre esta gente; y así me fue imposible hacer Calepino. Pero eché los fundamentos para (que) quien quisiere con facilidad le pueda hacer, porque por mi industria se han escrito doce libros de lenguaje propio y natural de esta lengua mexicana, donde allende de ser muy gustosa y provechosa escritura, hallarse han también en ella todas maneras de hablar, y todos los vocablos que esta lengua usa, tan bien autorizados y ciertos como lo que escribió Virgilio, y Cicerón, y los demás autores de la lengua latina.

Van estos doce libros de tal manera trazados que cada plana lleva tres columna; la primera, de lengua española; la segunda, la lengua mexicana; la tercera, la declaración de los vocablos mexicanos, señalados con sus cifras. En ambas partes lo de la lengua mexicana se ha acabado de sacar en blanco, todo doce libros; lo de la lengua española, y los escollos no está hecho, por no haber podido más, por falta de ayuda y de favor. Si se me diese la ayuda necesaria, en un año o poco más se acabaría todo; y cierto, si se acabase seria un tesoro para saber muchas cosas dignas de ser sabidas, y para con facilidad saber esta lengua con todos sus secretos, y sería cosa de mucha estima en la Nueva y Vieja España.

...

Todos los escritores trabajan de autorizar sus escrituras lo mejor que pueden, unos con testigos fidedignos, otros con otros escritores que antes de ellos han escrito, los testimonios de los cuales son habidos por ciertos; otros con testimonio de la Sagrada Escritura. A mí me han faltado todos estos fundamentos para autorizar lo que en estos doce libros tengo escrito, y no hallo otro fundamento para autorizarlo sino poner aquí la relación de la diligencia que hice para saber la verdad de todo lo que en estos libros se escribe.

Como en otros prólogos de esta obra he dicho, a mí me fue mandado por santa obediencia de mi prelado mayor, que escribiese en lengua mexicana lo que me pareciese ser útil para la doctrina, cultura y manutención de la cristiandad de estos naturales de esta Nueva España, y para ayuda de los obreros y ministros que los doctrinan. Recibido este mandamiento, hice en lengua castellana una minuta o memoria de todas las memorias de que había de tratar, que fue lo que está escrito en los doce libros, y la apostilla y cánticos. Lo cual se puso de prima tijera en el pueblo de Tepepulco, que es de la provincia de Acolhuacan o Tezcucó (e) hízose de esta manera.

En el dicho pueblo hice juntar todos los principales con el señor del pueblo, que se llamaba don Diego de Mendoza, hombre anciano, de gran marco y habilidad, muy experimentado en todas las cosas curiales, bélicas y políticas y aun idolátricas.

Habiéndolos juntado propúseles lo que pretendía hacer y les pedí me diesen personas hábiles y experimentadas, con quien pudiese platicar y me supiesen dar razón de lo que les preguntase. Ellos me respondieron que se ha-

blarían cerca de lo propuesto, y que otro día me responderían, y así se despidieron de mí. Otro día vinieron el señor con los principales, y hecho un muy solemne parlamento, como ellos entonces le usaban hacer, señalaronme hasta diez o doce principales ancianos, y dijéronme que con aquellos podía comunicar y que ellos me darían razón de todo lo que les preguntase. Estaban también allí hasta cuatro latinos, a los cuales yo pocos años antes había enseñado la Gramática en el Colegio de Santa Cruz en el Tlatelolco.

Con estos principales y gramáticos, también principales, platiqué muchos días, cerca de dos años, siguiendo la orden de la minuta que yo tenía hecha.

Todas las cosas que conferimos me las dieron por pinturas, que aquella era la escritura que ellos antiguamente usaban, y los gramáticos las declararon en su lengua, escribiendo la declaración al pie de la pintura. Tengo aún ahora estos originales. También en este tiempo dicté la apostilla y los cantares: escribiéronlos los latinos en el mismo pueblo de Tepepulco.

Cuando al Capitulo donde cumplió su hebdómada el Padre fray Francisco Toral, el cual me impuso esta carga, me mudaron de Tepepulco, llevando todas mis escrituras fui a morar a Santiago de Tlatelolco, donde juntado (a) los principales les propuse el negocio de mis escrituras y les demandé me señalasen algunos principales hábiles, con quien examinase y platicase las escrituras que de Tepepulco traía escritas. El gobernador con los alcaldes, me señalaron hasta ocho o diez principales, escogidos entre todos, muy hábiles en su lengua y en las cosas de sus antiguallas, con los cuales y con cuatro o cinco colegiales todos trilingües, por espacio de un año y algo más,

encerrados en el Colegio, se enmendó, declaró y añadió todo lo que de Tepepulco truje escrito, y todo se tornó a escribir de nuevo, de ruin letra porque se escribió con mucha prisa. En este escrutinio o examen el que más trabajó de todos los colegiales fue Martín Jacovita, que entonces era rector del Colegio, vecino de Tlatelolco, del barrio de Santa Ana.

Habiendo hecho lo dicho en el Tlatelolco, vine a morar a San Francisco de México con todas mis escrituras, donde por espacio de tres años pasé y repasé a mis solas estas mis escrituras, y las torné a enmendar y las dividí por libros, en doce libros, y cada libro por capítulos y algunos libros por capítulos y párrafos. Después de esto, siendo provincial el padre fray Miguel Navarro y guardián de México el padre fray Diego de Mendoza, con su favor se sacaron en blanco, de buena letra, todos los doce libros, y se enmendó y sacó en blanco la apostilla y los cantares, y se hizo un arte de la lengua mexicana con un vocabulario apéndice, y los mexicanos añadieron y enmendaron muchas cosas a los doce libros, cuando se iban sacando en blanco, de manera que el primer cedazo por donde mis obras cernieron fueron los de Tepepulco; el segundo, los de Tlatelolco; el tercero los de México, y en todos estos escrutinios hubo gramáticos colegiales. El principal y más sabio fue Antonio Valeriano, vecino de Azcapotzalco; otro, poco menos que éste, fue Alonso Vegerano vecino de Cuauhtitlan; otro fue Martín Jacovita, de que arriba hice mención. Otro, Pedro de San Buenaventura, vecino de Cuauhtitlan; todos expertos en tres lenguas, latina, española e indiana. Los escribanos que sacaron de buena letra todas las obras son Diego de Grado, vecino de Tlatelolco, del barrio de la Concepción; Bonifacio Maximi-

liano, vecino de Tlatelolco, del barrio de San Martín; Mateo Severino, vecino de Xochimilco, de la parte de Utlac.

Desde que estas escrituras estuvieron sacadas en blanco, con el favor de los padres arriba nombrados, en que se gastaron hartos tomines con los escribientes, el autor de ellas demandó al padre comisario fray Francisco de Ribera que se viese de tres o cuatro religiosos, para que aquellos dijese lo que les parecía de ellas, en el Capítulo provincial que estaba propincuo: los cuales las vieron y dieron relación de ellas al definitorio en el mismo Capítulo, diciendo lo que les parecía; y dijeron en el definitorio que eran escrituras de mucha estima y que debían ser favorecidas para que se acabasen. Algunos de los definidores les pareció que era contra la pobreza gastar dineros en escribirse aquellas escrituras, y así mandaron al autor que despidiese a los escribanos y que él solo escribiese de su mano lo que quisiere en ellas. El cual, como era mayor de setenta años y por temblor de la mano no puede escribir nada ni se pudo alcanzar dispensación de este mandamiento, estuvieron las escrituras sin hacer nada en ellas mas de cinco años.

En este tiempo, en el Capítulo siguiente, fue elegido por custos custodum para el Capítulo general, el padre fray Miguel Navarro, y por Provincial el padre fray Alonso de Escalona. En este tiempo el autor hizo un sumario de todos los libros y de todos los capítulos de cada libro, y los prólogos, donde en brevedad se decía todo lo que se contenía en los libros; (y) este sumario llevaron a España el padre fray Miguel Navarro y su compañero el padre fray Gerónimo de Mendieta. Y así se puso en España lo que estaba escrito acerca de las cosas de esta tierra. En este medio tiempo el

padre Provincial tomó todos los libros al dicho autor y se esparcieron por toda la Provincia, donde fueron vistos de muchos religiosos y aprobados por muy preciosos y provechosos.

Después de algunos años, volviendo de Capitulo general el padre fray Miguel Navarro, el cual vino por Comisario de estas partes, con censuras tornó a recoger los dichos libros a petición del autor; y desde que estuvieron recogidos, de allí a un año poco más o menos, vinieron a poder del autor. En este tiempo ninguna cosa se hizo en ellos, ni hubo quien (los) favoreciese, para acabarse de traducir en romance, hasta que el padre Comisario general fray Rodrigo de Sequera vino a estas partes y los vio, y se contentó mucho de ellos, y mandó al autor que los tradujese en romance y proveyó de todo lo necesario para que se escribiesen de nuevo, la lengua mexicana en una columna y el romance en la otra, para los enviar a España, porque los procuró el ilustrísimo señor don Juan de Ovando, Presidente del Consejo de Indias, porque tenía noticia de estos libros por razón del sumario que el dicho padre fray Miguel Navarro había llevado a España, como arriba se dijo.

Todo lo sobredicho hace al propósito de que se entienda que esta obra ha sido examinada y depurada por muchos, y en muchos años, y se han pasado muchos trabajos y desgracias hasta ponerla en el estado que ahora está.

...

1.- Todas las naciones, por bárbaras y de bajo metal que hayan sido, han puesto los ojos en los sabios y poderosos para persuadir, y en los hombres eminentes en las virtudes morales, y en los diestros y valientes en los ejercicios bélicos, y más en los de su generación que en los de las otras. Hay de esto tantos ejemplos

entre los griegos y latinos, españoles, franceses e italiaños, que están los libros llenos de esta materia.

2.- Esto mismo se usaba en esta nación indiana, y más principalmente entre los mexicanos, entre los cuales, los sabios retóricos, y virtuosos, y esforzados, eran tenidos en mucho; y de éstos elegían para pontífices, para señores, y principales y capitanes por de baja suerte que fuesen. Estos regían las repúblicas y guiaban los ejércitos, y presidían los templos.

3.- Fueron, cierto, en estas cosas extremados, devotísimos para con sus dioses, celosísimos de sus repúblicas, entre si muy urbanos; para con sus enemigos, muy crueles; para con los suyos, humanos y severos; y pienso que por estas virtudes alcanzaron el imperio, aunque les duró poco, y ahora todo lo han perdido, como verá claro el que cotejase lo contenido en este libro con la vida que ahora tienen.

4.- La causa de esto no la digo por estar muy clara. En este libro se verá muy claro que lo que algunos émulos han afirmado, que todo lo escrito en estos libros, antes de éste y después de éste, son ficciones y mentiras, hablan como apasionados y mentirosos, porque lo que en este libro está escrito no cabe en entendimiento de hombre humano el fingirlo, ni hombre viviente pudiera fingir el lenguaje que en él está.

5.- Y todos los indios entendidos, si fueran preguntados, afirmarían que este lenguaje es propio de sus antepasados, y obras que ellos hacían.

Relación del autor digna de ser notada

1.- Después de haber escrito las habilidades y oficios que estos mexicanos naturales tenían en tiempo de su infidelidad, y los vicios

y virtudes que entre ellos eran tenidos por tales, parecióme cónsono a razón poner aquí los oficios y habilidades, vicios y virtudes que después acá han adquirido.

2.- En cuanto a lo primero tenemos por experiencia que en los oficios mecánicos son hábiles para aprenderlos y usarlos, según que los españoles los saben y los usan, como son oficios de geometría, que es edificar, los entienden y saben y hacen como los españoles; también el oficio de albañilería, y cantería, y carpintería; también los oficios de sastres, zapateros, sederos, impresores, escribanos, lectores, contadores, músicos de canto llano y de canto de órgano (de) tener flautas” chirimías, sacabuches, trompetas, órganos; saber Gramática, Lógica, Retórica, Astrología, y Teología, todo esto tenemos por experiencia que tienen habilidad para ello y lo aprenden y los saben, y lo enseñan, y no hay arte ninguna que no tengan habilidad para aprenderla y usarla.

3.- En lo que toca (a) que eran para mas en los tiempos pasados, así para el regimiento de la república, como para el servicio de los dioses, es la causa porque tenían el negocio de su regimiento conforme a la necesidad de la gente, y por esto los muchachos y muchachas criábanlos con gran rigor, hasta que eran adultos, y esto no en casa de sus padres, porque no eran poderosos para criarlos como convenía, cada uno en su casa, y por esto los criaban de comunidad debajo de maestros muy solícitos y rigurosos, los hombres a su parte y las mujeres a la suya. Allí los ensertaban cómo habían de honrar a sus dioses, y cómo habían de acatar y obedecer a la república y a los regidores de ella.

4.- Tenían bravos castigos para castigar a los que no eran obedientes y reverentes a sus maestros, y en especial se ponían gran diligen-

cia en que no se bebiese octli. La gente que era de cincuenta años abajo ocupábanlos en muchos ejercicios de noche y de día, y criábanlos en grande austeridad, de manera que los bríos e inclinaciones carnales no tenían señorío en ellos, así en los hombres como en las mujeres.

5.- Los que vivían en los templos tenían tantos trabajos de noche y de día, y eran tan abstinentes, que no se les acordaba de cosas sensuales.

6.- Los que eran del ejercicio militar, eran tan continuas las guerras que tenían los unos con los otros, que muy poco tiempo cesaban de la guerra y de los trabajos de ella.

7.- Era esta manera de regir muy conforme a la Filosofía Natural y Moral, porque la templanza y abastanza de esta tierra, y las constelaciones que en ella reinan, ayudan mucho a la naturaleza humana para ser viciosa y ociosa, y muy dada a los vicios sensuales; y la Filosofía Moral enseñó por experiencias a estos naturales, que para vivir moralmente y virtuosamente era necesario el rigor y (la) austeridad, y ocupaciones continuas en cosas provechosas a la república.

8.- Como esto cesó por la venida de los españoles, y porque ellos derrocaron y echaron por tierra todas las costumbres y maneras de regir que tenían estos naturales, y quisieron reducirlos a la manera de vivir de España, así en las cosas divinas como en las humanas, teniendo entendido que eran idólatras y bárbaros, perdióse todo el regimiento que tenían.

9.- Necesario fue destruir todas las cosas idolátricas, y todos los edificios idolátricos, y aun las costumbres de la república que estaban mezcladas contentos de idolatría y acompañadas con ceremonias idolátricas, lo cual había casi en todas las costumbres que tenía la repú-

blica con que se regía, y por esta causa fue necesario desbaratarlo todo y ponerles en otras manera de policía, que no tuviese ningún resabio de cosas de idolatría.

10.- Pero viendo ahora que esta manera de policía cría gente muy viciosa, de muy malas inclinaciones y muy malas obras, las cuales los hace a ellos odiosos a Dios y a los hombres, y aun los causan grandes enfermedades y breve vida, será menester poner remedio; y parécenos a todos que la principal causa de esto es la borrachera, que como cesó aquel rigor antiguo, de castigar con pena de muerte las borracheras, aunque ahora se castigan con azotarlos, trasquilarlos y venderlos por esclavos, por años, o por meses, no es suficiente castigo éste para cesar de emborracharse, y aun tampoco las predicaciones muy frecuentes contra este vicio, ni las amenazas del infierno bastan para refrenarlos, y son estas borracheras tan destempladas y perjudiciales a la república y a la salud y salvación de los que las ejercitan, que por ellas se causan muchas muertes porque se matan los unos a los otros estando borrachos, y se maltratan de obras y de palabras, y se causan grandes disensiones en la república; y los que la rigen se deshonoran y se amenguan, y hacen grandes faltas en sus oficios, y los juzgan por indignos de ellos, y aun por este vicio son tenidos por indignos e inhábiles para el sacerdocio, y también porque la continencia o castidad que es necesaria a los sacerdotes, no son hábiles para guardarla, en especial los borrachos.

11.- A los principios se hizo experiencia de hacerlos religiosos, porque nos parecía entonces que serían hábiles para las cosas eclesiásticas y para la vida religiosa, y así se dio el hábito de San Francisco a dos mancebos in-

dios, los más hábiles y recogidos que entonces había, y que predicaban con gran fervor las cosas de nuestra Fe Católica a sus naturales; y pareciónos que si aquellos, vestidos de nuestro hábito y adornados con las virtudes de nuestra Santa Religión Franciscana, predicasen con aquel fervor que predicaban, harían grandísimo fruto en las ánimas; mas como tuviesen el hábito y los ejercitasen en las cosas de esta Santa Religión, hallóse por experiencia que no eran suficientes para tal estado, y así les quitaron los hábitos, y nunca más se ha recibido tedio a la religión, ni aun se tiene por hábiles para el sacerdocio.

12.- En este tiempo, como aún los religiosos no sabían la lengua de estos naturales, como mejor podían instruían a los indios que parecían hábiles y recogidos, para que ellos predicasen delante de los religiosos, al pueblo; pero después que los religiosos supieron la lengua y comenzaron a predicar, quitáronlos de la predicación, por bajos que hallaron en ellos en mostrarse en presencia de los religiosos honestos y recogidos, no siendo tales, cosa que ellos saben muy bien hacer.

13.- Y no me maravillo tanto de las tachas y dislates de los naturales de esta tierra, porque los españoles que en ella habitan, y mucho más los que en ella nacen, cobran estas malas inclinaciones; los que en ella nacen, muy al propio de los indios, en el aspecto parecen españoles y en las condiciones no lo son; los que son naturales españoles, si no tienen mucho aviso, a pocos años andados de su llegada a esta tierra se hacen otros; y esto pienso que lo hace el clima, o constelaciones de esta tierra.

14.- Pero es gran vergüenza nuestra que los indios naturales, cuerdos y sabios antiguos, supieron dar remedio a los daños que esta tierra

imprime en los que en ella viven, obviando a las cosas naturales con contrarios ejercicios; y nosotros nos vamos al agua abajo de nuestras malas inclinaciones; y cierto, se cría una gente, así española como india, que es intolerable de regir y pesadísima de salvar: los padres y las madres no se pueden apoderar con sus hijos e hijas para apartarlos de los vicios y consolidadas que esta tierra cría.

15.- Buen tino tuvieron los habitantes de esta tierra, antiguos, en que criaban sus hijos e hijas con la potencia de la república, y no los dejaban criar a sus padres, y si aquella manera de regir no estuviera tan inficionada con ritos y supersticiones idolátricas, pareceme que era muy buena, y si limpiada de todo lo idolátrico que tenía y haciéndola del todo cristiana, se introdujese en esta república indiana y española, cierto sería gran bien y sería causa de librar así a la una república como a la otra de grandes males, y de grandes trabajos a los que las rigen.

16.- Ya tampoco nosotros no nos podemos apoderar con los que se crían en las escuelas, porque como no tienen aquel temor y sujeción que antiguamente tenían, ni los criamos con aquel rigor y austeridad que se criaban en tiempo de su idolatría, no se sujetan ni se enseñan, ni toman lo que los enseñan, como si estuvieran en aquella empresa pesada de los viejos antiguos.

17.- A los principios, como hallamos que en su república antigua criaban los muchachos y las muchachas en los templos y allí los disciplinaban y enseñaban la cultura de sus dioses, y la sujeción a su república, tomamos aquel estilo de criar los muchachos en nuestras casas, y dormían en la casa que para ellos estaba edificada junta a la nuestra, donde los enseñábamos a levantarse a la media noche, y

los enseñábamos a decir los maitines de Nuestra Señora, y luego de mañana, las horas; y aun les enseñábamos a que de noche se azotasen y tuviesen oración mental; pero como no se ejercitaban en los trabajos corporales como solían y como demanda la condición de su briosas sensualidad, y también comían mejor de lo que acostumbraban de su república antigua, porque ejercitábamos con ellos la blandura y piedad que entre nosotros se usa, comenzaron a tener bríos sensuales y a entender en cosa de lascivia, y así los echaron de nuestras casas, para que se fuesen a dormir a las casas de sus padres; y venían a la mañana a las escuelas a aprender a leer y escribir, y cantar, y esto es lo que aun ahora se usa.

18.- Pero como se han venido relajando de poco en poco estos ejercicios, y entre ellos casi no hay quien tenga orgullo e industria para por si enseñar estas cosas, si nosotros mismos no entendemos en ellas, no hay ya en las escuelas de nuestras casas quien a derechas enseñe a leer y escribir, ni a cantar, ni a las otras cosas de música, casi todo se va cayendo.

19.- También se hizo experiencia en las mujeres para ver si, como en el tiempo de la idolatría había monasterios de ellas que servían en los templos y guardaban castidad, serían hábiles para monjas y religiosas de la religión cristiana, y guardar perpetua castidad, y a este propósito se hicieron monasterios y congregaciones de mujeres, y fueron instruidas en las cosas espirituales, y muchas de ellas supieron leer y escribir; y las que nos parecían que estaban bien instruidas en la Fe y eran matronas de buen juicio, las hicimos preladas de las otras, para que las rigiesen y enseñasen en las cosas de la cristiandad y de todas las buenas costumbres.

20.- Y cierto, a los principios tuvimos opinión que ellos serían hábiles para sacerdotes y religiosos, y ellos para monjas y religiosas, pero engañónos nuestra opinión. Por experiencia entendimos que por entonces no eran capaces de tanta perfección, y así cesó la congregación y monasterios que a los principios intentábamos, ni aun ahora vemos indicios que este negocio se pueda efectuar.

21.- Hízose también a los principios una diligencia en algunos pueblos de esta Nueva España donde residen los religiosos, como fue en Cholula y en Huexotzingho, etc., que los que se casaban los poblaban por sí junto a los monasterios, y allí moraban, y de allí venían todos a misa cada día, al monasterio, y les predicaban el cristianismo, y el modo de la cohabitación matrimonial, y era muy buen medio éste para sacarlos de la infección de la idolatría, y otras malas costumbres, que se les podían apegar de la conversación de sus padres; pero duró poco, porque ellos hicieron entender a los más de los religiosos, que toda la idolatría, con todas sus ceremonias y ritos, estaba ya tan olvidada y abominada que no había para qué tener este recatamiento, pues que todos eran bautizados y siervos del verdadero Dios; y esto fue falsísimo, como después acá lo hemos visto muy claro, que ni aun ahora cesa de haber muchas heces de idolatría y de borrachería, y de muchas malas costumbres, lo cual se hubiera mucho remediado si aquel negocio fuera adelante como se comenzó. Y si así como fue en pocas partes, fuera en todas, y perseverara hasta ahora, ya casi está imposibilitado de remediarse.

22.- Fueron grandes los trabajos y perplejidades que tuvimos a los principios para casar a los casados, y que tenían muchas mujeres,

para darles aquellas que el derecho manda que tomen, porque para examinar los parentescos y saber cuál fue la primera, para dársela, nos vimos en un laberinto de gran dificultad, porque ellos mentían en decir cuál fue la primera y hacían embustes para casarse con aquella que ellos tenían más afección; y para saber con cuál habían hecho la ceremonia que usaban cuando tomaban mujer legítima, fue necesario revolver y saber muchas ceremonias y mitos idolátricos de la infidelidad; y como sabíamos poca lengua, casi nunca bien caímos en la cuenta, como ahora lo hemos entendido.

23.- Cerca de los otros sacramentos, como fue el de la confesión, y comunión, ha habido tanta dificultad en ponerlos en el camino derecho de ellos, que aun ahora hay muy pocos que vayan vía recta a recibir estos sacramentos, lo cual nos da gran fatiga, y mucho conocimiento de lo poco que han aprovechado en el cristianismo.

24.- A los principios ayudáronnos grandemente los muchachos, así los que criábamos en las escuelas como los que se enseñaban en el patio, porque como al tono de lo antiguo criábamos los hijos de los principales dentro de nuestras escuelas; allí los enseñábamos a leer y a escribir y cantar; y a los hijos de los plebeyos enseñábamoslos en el patio la doctrina cristiana; juntábanse gran copia de ellos, y después de haberse enseñado un rato, iba un fraile con ellos, o dos, y subíanse en un cu y derrocábanlo en pocos días, y así se derrocaron en poco tiempo todos los cúes, que no quedó señal de ellos, y otros edificios de los ídolos dedicados a su servicio.

25.- Estos muchachos sirvieron mucho en este oficio, los de dentro de casa ayudaron mucho mas, para destripar los ritos idolátricos

que de noche se hacían, y las borracheras y areitos que secretamente y de noche hacían a honra de los ídolos, porque de día éstos espían en dónde se había de hacer algo de esto de noche, y de noche, a la hora conveniente iban con un fraile o con dos, sesenta o cien de estos criados de casa, y daban secretamente sobre los que hacían alguna cosa de las arriba dichas, de idolatría, borrachera o fiesta, y prendíanlos a todos y atábanlos y llevábanlos al monasterio, donde los castigaban y hacían penitencia, y los enseñaban la doctrina cristiana, y los hacían ir a maitines a la media noche, y se azotaban, y esto por algunas semanas, hasta que ellos estaban ya arrepentidos de lo que habían hecho y con propósito de no lo hacer más, y así salían de allí catequizados y castigados, y de ellos tomaban ejemplo los otros y no osaban hacer semejante cosa, y si la hacían luego caían en el hizo y los castigaban como dicho es.

26.- Fue tan grande el temor que toda la gente popular cobró de estos muchachos que con nosotros se criaban, que después de pocos días no era menester ir con ellos, ni enviar muchos, cuando se hacía alguna borrachera de noche, que enviando diez o veinte de ellos prendían y ataban a todos los de la fiesta o borrachera, aunque fuesen cien ó doscientos, y los traían al monasterio para hacer penitencia, y de esta manera se destruyeron las cosas de la idolatría, que nadie en público ni de manera que se pudiese saber osaba hacer nada que fuese de cosas de idolatría o de borrachera, o fiesta; y cuando ellos querían hacer alguna fiesta para su regocijo temporal, o convidar a sus parientes y amigos, hacíanlo con licencia de los religiosos, protestando primero que ninguna cosa de idolatría ni de otra ofensa de Dios había de haber en el negocio.

27.- Después acá cesó aquella solicitud que los religiosos tenían en las cosas ya dichas, porque públicamente no parecía cosa ninguna que fuese digna de castigo, y ellos perdieron el temor que a los principios tenían, porque también los que se criaban en casa dejaron de dormir y comer dentro de casa, y duermen y comen en casa de sus padres, y aunque ven y saben algunas cosas idolátricas o de borracheras no las osan decir; y también se han prohibido a los religiosos, que a ninguno encierren ni castiguen en sus casas por ningún delito.

28.- De esta manera ellos cantan cuando quieren y se emborrachan cuando quieren, y hacen sus fiestas como quieren, y cantan los cantares antiguos que usaban en el tiempo de su idolatría, no todos sino muchos, y nadie entiende lo que dicen por ser sus cantares muy cerrados; y si algunos cantares usan que ellos han hecho después acá de su convertimiento, en que se trata de las cosas de Dios y de sus santos, van envueltos con muchos errores y herejías, y aun en los bailes y areitos se hacen muchas cosas de sus supersticiones antiguas y ritos idolátricos, especialmente donde no reside quien los entienda; y entre los mercaderes más comúnmente pasa esto, cuando hacen sus fiestas, convites y banquetes.

29.- Esto va adelante, cada día se empeora, y no hay quien procure de lo remediar, porque no se entiende sino de pocos y ellos no lo osan decir; las cosas de la borrachería cada día se empeoran, y los castigos que se hacen no son de manera que el negocio se remedie, mas antes de manera que se empeora.

30.- Bien es verdad que algunos de los muchachos que se criaban en nuestras casas, a los principios, porque nos decían las cosas que sus padres hacían de idolatría siendo bautiza-

dos, y por ellos les castigábamos, los mataban sus padres y otros los castigaban reciamente, y aun ahora, cuando habiendo sabido que pasan algunas cosas dignas de reprehensión y de castigo, y las reprendemos en los púlpitos, comienzan a rastrear los- que las hacen para saber quién fue el que dio noticia de aquello que se reprendió en el púlpito, y casi siempre caen con la persona, y los castigan malamente con solapación y disimulación, cargándoles la mano en los servicios corporales y personales, y haciéndoles otras vejaciones de que los pacientes ni se pueden quejar ni se saben remediar, quéjansenos en secreto, y con habernos conjurado, que ninguna cosa digamos de lo que nos dicen, por no padecer mayores agravios, así tenemos necesidad de callar y encomendar a Dios los negocios para que los remedie.

31.- Hemos recibido, y aun recibimos en la plantación de la Fe en estas partes grande ayuda y mucha lumbre de aquellos a quien hemos enseñado la lengua latina. Esta gente no tenía letras, ni caracteres algunos, ni sabían leer ni escribir, comunicábanse por imágenes y pinturas, y todas las antiguallas suyas y libros que tenían de ellas estaban pintados con figuras e imágenes, de tal manera que sabían y tenían memoria de las cosas que sus antepasados habían hecho y habían dejado en sus anales, por más de mil años atrás, antes que viniesen los españoles a esta tierra.

32.- De estos libros y escrituras los más de ellos se quemaron al tiempo que se destruyeron las otras idolatrías, pero no dejaron de quedar muchas escondidas que las hemos visto, y aun ahora se guardan, por donde hemos entendido sus antiguallas.

33.- Luego que venimos a esta tierra a plantar la Fe juntamos (a) los muchachos en

nuestras casas, como está dicho, y les comenzamos (a enseñar) a leer y escribir y cantar, y como salieron bien con esto, procuramos luego de ponerlos en el estudio de la Gramática, para el cual ejercicio se hizo un Colegio en la ciudad de México en la parte de Santiago de Tlatilulco, en el cual de todos los pueblos comarcanos y de todas las provincias se escogieron los muchachos más hábiles, y que mejor sabían leer y escribir, los cuales dormían y comían en el mismo Colegio sin salir fuera sino pocas veces.

34.- Los españoles y los otros religiosos que supieron esto, reíanse mucho y hacían burla, teniendo muy por averiguado que nadie sería poderoso para poder enseñar Gramática a gente tan inhábil; pero trabajando con ellos dos o tres años, vinieron a entender todas las materias del arte de la Gramática (a) hablar latín y entenderlo, y a escribir en latín, y aun a hacer versos heroicos.

35.- Como vieron esto por experiencia los españoles seglares y eclesiásticos espantáronse mucho, como aquello se pudo hacer. Yo fui el que los primeros cuatro años con ellos trabajé y los puse en todas las materias de la Latinidad. Como vieron que esto iban adelante y aunque tenían habilidad para más, comenzaron así los seglares como los eclesiásticos a contradecir este negocio y a poner muchas objeciones contra él, para impedirle, porque yo me hallé presente en todas estas cosas y porque leía la Gramática a los indios del Colegio, podré decir con verdad las objeciones que ponían y las respuestas que se les daban.

36.- Decían que, pues éstos no habían de ser sacerdotes, de qué servía enseñarles la Gramática, que era ponerlos en peligro de que hereticasen, y también que viendo la Sagrada Escritura entenderían en ella como los Patriar-

cas antiguos tenían juntamente muchas mujeres, que era conforme a lo que ellos usaban, y que no querrían creer lo que ahora les predicásemos, que no puede nadie tener más que una mujer casado con ella infacte eclesiae; otras objeciones de esta calidad ponían, a las cuales se les respondía que, puesto caso que no hubiesen de ser sacerdotes queríamos tener sabido a cuanto se extendía su habilidad; lo cual sabido por experiencia, podríamos dar fe de lo que en ellos hay, y que conforme a su habilidad se haría con ellos lo que pareciese ser justo, según proximidad.

37.- A lo que decían que les dábamos ocasión de heretizar, se respondía que con no pretender aquello sino lo contrario, conviene a saber, que pudiesen entender mejor las cosas de la fe, y con estar sujetos a Príncipe Cristianísimo, estaba muy en la mano, cuando algo de esto pareciese, remediarlo. A lo de las mujeres, como estos en el Evangelio la corrección que nuestro Redentor hizo cerca de lo que antiguamente se usaba de que un hombre tenía muchas mujeres, son obligados a creerlo, predicándose como ordinariamente se les predica; y siendo en esto rebeldes castigarlos como a herejes, pues hay autoridad de poder eclesiástico y Seglar para hacerlo. Muchas otras alteraciones se tuvieron acerca de este negocio, las cuales sería cosa prolija ponerlas aquí.

38.- Ha ya más de cuarenta años que este Colegio persevera, y los colegiales de él en ninguna cosa han delinquido, ni contra Dios; ni contra la Iglesia, ni contra el rey, ni contra su república, mas antes han ayudado y ayudan en muchas cosas a la plantación y sustentación de nuestra santa Fe católica, porque si sermones y postillas y doctrinas se han hecho en la lengua indiana, que pueden parecer y sean limpios de

toda herejía, son precisamente los que con ellos se han compuesto, y ellos por ser entendidos en la lengua latina no dan a entender las propiedades de los vocablos y las propiedades de su manera de hablar, y las incongruidades que hablamos en los sermones, o las que decimos en las doctrinas; ellos nos las enmiendan, y cualquiera cosa que se haya de convertir en su lengua, si no va con ellos examinada, no puede ir sin defecto sin escribir congruamente en la lengua latina, ni en romance, ni en su lengua; para lo que toca a la ortografía y buena letra, no hay quien lo escriba si no es los que aquí se crían.

39.- Ensertaron los frailes a los colegiales y estuvieron con ellos más de diez años y enseñándolos toda la disciplina y costumbres que en el Colegio se habían de guardar, y ya que había entre ellos quien leyesen y quien al parecer fuesen hábiles para regir el Colegio, hicieron sus ordenaciones y eligiéronse rector, y consiliarios, para que rigieran el Colegio, y dejarónlos que leyesen y se rigiesen ellos a sus solas por más de veinte años, en el cual tiempo se cayó todo el regimiento y buen concierto del Colegio, parte por el mayordomo que tenía cargo del colegio, que era español; parte por la negligencia y descuido del rector y consiliarios. También por descuido de los frailes que no curaban de mirar cómo iban las cosas, hasta que todo dio en tierra.

40.- Cuarenta años después de la fundación del Colegio tornóse a examinar el estado en que estaban las cosas del Colegio, y hallóse estar perdido, y fue necesario dar otro corte y hacer otras ordenaciones de nuevo, sobre las primeras, para que el Colegio fuese adelante, como parece por las mismas ordenaciones que se hicieron de nuevo.

41.- Yo que me hallé en la fundación del dicho Colegio, me hallé también en la reformación de él, la cual fue más dificultosa que la misma fundación. La pestilencia que hubo ahora ha treinta y un años dio gran baque al Colegio, y no le ha dado menor esta pestilencia de este año de 1576, que casi no está ya nadie en el Colegio, muertos y enfermos, casi todos son salidos.

42.- Recelo tengo muy grande que esto se ha de perder del todo, lo uno porque ellos son pesados de regir y mal inclinados a aprender, lo otro porque los frailes se cansan de poner con ellos el trabajo de que tienen necesidad para llevarlos adelante; lo otro, porque veo que ni entre los seglares ni entre los eclesiásticos no hay nadie que los favorezca, ni con solo un tomín. Si el señor don Antonio de Mendoza - que en gloria sea- visorrey que fue de esta Nueva Esparta, no los hubiera proveído de su hacienda de una poca de rentilla que tienen, con que se sustentan pocos y mal, ya no hubiera memoria de Colegio, ni colegial; y pudiérase haber hecho gran bien a toda esta república indiana, y el rey nuestro señor tuviera más vasallos en ella de los que tiene, y tendré, porque siempre van en disminución, y la causa que yo he visto con mis ojos es, que en la pestilencia de ahora ha treinta años por no haber quien supiese sangrar ni administrar las medicinas como conviene, murieron los más que murieron, y de hambre, y en esta pestilencia presente acontece lo mismo, y en todas las que se ofrecieren será lo mismo, hasta que se acaben.

Y si se hubiera tenido atención y advertencia a que estos indios hubieran sido instruidos en la Gramática, Lógica y Filosofía Natural, y Medicina, pudieran haber socorrido (a)

muchos de los que han muerto, porque en esta ciudad de México vemos por nuestros ojos, que aquellos que acuden a sangrarlos y purgarlos como conviene, con tiempo sanan, y los demás mueren; y como los médicos y sangradores españoles, que lo saben hacer, son pocos, socorren a pocos, y ya casi están cansados y enfermos, y muertos los sangradores y médicos, y no hay ya quien pueda ni quiera acudir, ni ayudar a los indios pobres, y así se mueren por no tener remedio ni socorro.

...

Como oyó la nueva Mochtecuizoma despachó gente para el recibimiento de Quetzalcóatl, porque pensó que era el que venía, porque cada día le estaban esperando, y como tenía relación que Quetzalcóatl había ido por la mar hacia el oriente, y los navíos venían de hacia el oriente, por esto pensaron que era él: envió cinco principales a que le recibiesen y le presentasen un gran presente que le envió.

4.- De que fueron el más principal de ellos se llamaba Yoallichan, el segundo Tepuztécatl, el tercero Tizaoa, el cuarto Vevetécatl, el quinto Veicazmecatlheca.

De lo que proveyo Mochtecuizoma cuando supo la segunda vez que los españoles habían vuelto, este fue D. Hernán Cortés

1.- A los sobredichos habló Mochtecuizoma y les dijo: mirad que han dicho que ha llegado nuestro señor Quetzalcóatl, id y recibidle, y oíd lo que os dijere con mucha diligencia: mirad que no se os olvide nada de lo que os dijere, veis aquí estas joyas que le presentéis de mi parte, que son todos los atavíos sacerdotales que a él convienen.

2.- Primeramente una máscara labrada de mosaico de turquesas, tenía esta máscara

labrada de las mismas piedras una culebra doblada y retorcida cuyo dobléz era el pico de la nariz, luego se dividía la cola de la cabeza, y la cabeza con parte del cuerpo iba por sobre el un ojo de manera que hacía ceja, y la cola con parte del cuerpo iba por sobre otro ojo, y hacía otra ceja.

3.- Estaba esta máscara engerida en una corona alta y grande, llena de plumas ricas, largas y muy hermosas, de manera que poniéndose la corona sobre la cabeza se ponía la máscara en la cara: llevaba por joyel una medalla de oro redonda y ancha: estaba asida con nueve sartales de piedras preciosas, que echadas al cuello cubrían los hombros y todo el pecho.

4.- Llevaban también una rodela grande bordada de piedras preciosas con unas bandas de oro, que llegaban de arriba abajo por toda ella, y otras bandas de perlas atravesadas sobre las de oro de arriba abajo por toda ella, y los espacios que hacían estas bandas los cuales eran como mallas de red, iban puestos unos sapitos de oro.

5.- Tenía esta rodela unos rapacejos en lo bajo, iba asida en la misma rodela una bandera que salía desde la manija de la rodela, hecha de plumas ricas: llevaba también una medalla grande hecha de obra de mosaico que la llevaba atada y ceñida sobre los lomos; llevaban también unos sartales de piedras preciosas con unos cascabeles de oro entrepuestos a las piedras para atar a la garganta de los pies: llevaban también un cetro de obispo todo labrado de obra de mosaico de turquesas, y la vuelta de arriba era una cabeza de una culebra revuelta o enroscada.

6.- También llevaban unas cotaras como los grandes señores se las suelen poner: 2.º

llevaron también los ornamentos o atavíos con que se ataviaba Tezcatlipoca que era una cabellera hecha de pluma rica, que colgaba por la parte de atrás hasta cerca de la cintura y estaba sembrada toda de estrellas de oro: llevaban también unas orejeras de oro: llevaban colgados unos cascabelitos de oro, y sartales de caracolitos marinos blancos y hermosos.

7.- De estos sartales colgaba un cuero que era como peto, y llevábale ceñido de manera que cubría todo el pecho hasta la cintura: llevaba este peto, muchos caracolitos sembrados y colgados por todo él; llevaban también un coselete de tela blanca pintado, la orilla de abajo de este coselete iba bordada con plumas blancas en tres listas por todo el rededor: llevaban una manta rica, la tela de ella era un azul claro y toda labrada encima de muchas labores de un azul muy fino, esta manta se ponía por la cintura atada por las esquinas al cuerpo, sobre esta manta iba una medalla de mosaico atada al cuerpo sobre los lomos; también llevaban unos sartales de cascabeles de oro para atar a las gargantas de los pies, y también unas cotaras blancas como los señores las solían traer.

8.- Llevaron también los ornamentos y atavíos del dios que llamaban Tlalocatecutli, que era una máscara con su plumaje, y una bandera como la que se dijo arriba: también unas orejeras de Chalchviti anchas que tenía dentro unas culebras de Chalchivites, y también un coselete pintado de labores verdes y unos sartales o collar de piedras preciosas, y también una medalla con que se ceñía los lomos, como la que arriba se dijo con una manta rica con que se ceñía como también arriba se dijo, y cascabeles de oro para poner a los pies, y su báculo como el de arriba.

9.- Otros ornamentos también que llevaban eran del mismo Quetzalcóatl: una mitra de cuero de tigre, y colgaba de la mitra una capilla grande hecha de plumas de cuervo: llevaba la mitra un chalchívitl grande y redondo en la punta, y también unas orejeras redondas de mosaico de turquesas con un garabato de oro que llamaban Ecacózcatl, y una manta rica con que se ceñía, y unos cascabeles de oro para los pies, y una rodela que tenía en el medio una planta de oro redonda, la cual rodela estaba bordada con plumas ricas.

10.- En lo bajo de la rodela salían una banda de plumas ricas en la forma que se dijo arriba: llevaba un báculo labrado de mosaico de turquesas, y en la vuelta de arriba puestas unas piedras ricas o perlas eminentes. En lo alto de arriba también llevaban unas cotaras como los señores solían traer: todas estas cosas llevaban los mensajeros y las presentaron según dicen a D. Hernando Cortés.

11.- Otras muchas cosas le presentaron que no se escriben, como fue una mitra de oro hecha a manera de caracol marisco con unos rapacejos de plumas ricas que colgaban hacia las espaldas, y otra mira llana también de oro y otras joyas de oro que no se escriben.

12.- Todas estas cosas metieron en sus petacas y tomada la licencia de Mochtecuizoma díjoles: “Id con prisa y no os detengáis; id y adorad en mi nombre al dios que viene, y decidle, acá nos envía vuestro siervo Mochtecuizoma, estas cosas que aquí traemos os envía, pues habéis venido a vuestra casa que es México.”

13.- Tornaron luego el camino los mensajeros y llegaron a la que se llama Xicalanco: de allí tornaron otra vez a entrar en otras canoas con todo su hato, y llegaron a los navíos: ¿Quién sois vosotros, de dónde habéis veni-

do?; dijeron los de h canoa: venimos de México, y dijeron los de la nao: ¿Por ventura no sois de México, sino que decís con falsedad que sois de México, y nos engañáis? y sobre esto tomaron y dieron, y de que se satisficieron los unos a los otros, juntaron h canoa con el navío y echáronles una escalera con que subieron al navío donde estaba D. Hernando Cortés.

De lo que pasó cuando los mensajeros de Mochtecuizoma entraron en el navío de D. Hernando Cortés

1.- Comenzaron a subir al navío por las escaleras, y llevaban el presente que Mochtecuizoma les mandó llevar. Como estuvieron delante del capitán D. Hernando Cortés besaron todos h tierra en su presencia, y hablaronle de esta manera: “Sepa el dios a quien venimos a adorar en persona de su siervo Mochtecuizoma, el cual rige y gobierna la ciudad de México, y dice ha llegado con trabajo el dios”, y luego sacaron los ornamentos que llevaban, y se los pusieron al capitán D. Hernando Cortés ataviándole con ellos: pusieronle primeramente h corona y máscara que arriba se dijo, y todo lo demás: echáronle al cuello los collares de piedras que llevaban con los joyeles de oro, y pusieronle en el brazo izquierdo h rodela que se dijo arriba y todas las demás cosas se las pusieron delante ordenadas como suelen poner sus presentes.

2.- El capitán dijo: ¿hay otra cosa más que esto?; dijéronle, señor nuestro, no hemos traído más cosas que estas que aquí están. El capitán mandólos luego atar, y mandó soltar tiros de artillería, y los mensajeros que estaban atados de pies y manos como oyeron los truenos de las bombardas cayeron en el suelo como muertos, y los españoles levantáronlos del sue-

lo, y diéronlos a beber vino con que los esforzaron y tornaron en sí.

3.- Después de esto el capitán D. Hernando Cortés les dijo por su intérprete: oíd lo que os digo: hazme dicho que los mexicanos son valientes hombres, que son grandes conquistadores y grandes luchadores, y son muy diestros en las armas; dícenme que un solo mexicano es bastante para vencer a diez y a veinte de sus enemigos, quiero probaros si es esto verdadero, y si sois tan fuertes como me han dicho; luego les mandó dar espadas y rodela para que peleasen con otros tantos españoles, para ver quién vencería a los otros.

4.- Y los mexicanos dijeron luego al capitán Cortés: óiganos vuestra merced nuestra excusa, porque no podemos hacer lo que nos manda, y es porque Mochteuczoma nuestro señor no nos envió a otra cosa sino a saludaros, y daros este presente; no podemos hacer otra cosa, ni podemos hacer lo que nos mandáis, y si lo hiciésemos enojarse ha nuestro señor Mochteuczoma, y mandarnos ha matar, y el capitán respondióles: hase de hacer en todo caso lo que os digo, tengo de ver qué hombres soís, que allá en nuestra tierra hemos oído que sois valientes hombres, aparejaos con esas armas, y disponeos para que mañana nos veamos en el campo.

De cómo los mensajeros de Mochteuczoma volvieron a México con la relación de lo que habían visto.

1.- Hecho lo que está dicho luego se despidieron del capitán y se bajaron a sus canoas, y comenzaron luego a irse hacia tierra remando con gran prisa, y diciendo los unos a los otros, ea valientes hombres: esforzaos a remar antes que nos acontezca algo.

2.- Llegaron muy presto al pueblo de Xicalanco remando, allí comieron y descansaron bien poco, y luego entraron otra vez en las canoas, y remando con gran prisa, y llegaron al pueblo que se llama Tecpantlayácac, y de allí comenzaron a caminar por tierra corriendo con gran prisa, y llegaron al pueblo que se llama Cuetlaxtla, allí comieron y descansaron poco, y los del pueblo les rogaban que descansasen si quiera un día: ellos respondieron que no podían, porque iban con gran prisa a hacer saber a Mochteuczoma lo que habían visto, cosas muy nuevas y nunca vistas, ni oídas, las cuales ninguno otro podía decir; y caminando con gran prisa de noche y de día, llegaron a México de noche.

3.- En el tiempo que estos mensajeros fueron y volvieron Mochteuczoma no podía comer ni dormir, ni hacía de buena gana ninguna cosa, sino que estaba muy triste y sospiraba espesas veces; estaba con gran congojo, ninguna cosa de pasatiempo le daba placer, ninguna cosa le daba contento y decía: ¿qué será de nosotros?, ¿quién ha de sufrir estos trabajos?, ¿cómo es capaz? Llegando los mensajeros a donde estaba la guardia de Mochteuczoma dijéronlos: aunque duerma nuestro señor Mochteuczoma despertadle y decidle, que somos venidos de la ribera de la mar donde nos envió; luego los de la guardia le dijeron aquello, y él respondió:

4.- No quiero oír aquí las nuevas que traen, allá quiero ir a la sala, allá me hablarán, váyanse allá, y luego mandó que uniasen con grenda todo el cuerpo a ciertos capitanes para sacrificarlos.

5.- Los mensajeros fuéronse a la sala y también Mochteuczoma, se fue allá, y allí delante los mensajeros mataron a los cautivos, y rociaron a los mensajeros mataron a los

cuativos, y rociaron a los mensajeros con la sangre de los cautivos: hicieron esta ceremonia porque habien visto grandes cosas, y habían visto a los dioses y hablado con ellos.

De la relación que dieron a Mochteuczoma los mensajeros que volvieron de los navíos.

1.- Hecho lo que arriba es dicho, dieron la relación a Mochteuczoma de todo lo que habían visto y oído, y dieron la relación de la comida que comían, y de las armas que usaban, y de todo lo que les aconteció con los españoles. Oída por Mochteuczoma la relación que le dieron sus embajadores espantose mucho y comenzó a temer.

2.- Maravillose de la comida de los españoles, y de oír el negocio de la artillería, especialmente de los truenos que quiebran las orejas y del hedor de la pólvora que parece cosa infernal y del fuego que echan por la boca. Y del golpe de la pelota que desmenuza un árbol de golpe, y de la relación que le dieron de las armas muy fuertes que usaban así ofensivas como defensivas, como son coseletes, cotas, celadas, etc., espadas, ballestas, arcabuces y lanzas, etc., también de la relación de los caballos y de la grandeza de ellos, y cómo subían en ellos los españoles armados que no se les parecía más que la cara, y de cómo tenían las caras blancas y los ojos garzos, y los cabellos rojos y las barbas largas, y de cómo venían algunos negros entre ellos que tenían los cabellos crespos y prietos; también dieron relación de los perros que traían y de la manera que eran y de la ferocidad que mostraban, y de la color que tenían.

3.- Oída esta relación, Mochteuczoma espantose, y comenzó a temer, y a desmayarse, y a sentir gran angustia.

De cómo Mochteuczoma envió sus encantadores y maleficios, para que empeciesen a los españoles.

1.- Después de lo de arriba dicho luego Mochteuczoma juntó algunos adivinos y agoreros y algunos principalejos, y los envió al puerto donde estaban los españoles para que procurasen que no les faltase comida y todo lo que demandasen, y para que mirasen diligentemente para que le diesen la relación de todo lo que pasase, y envió con ellos algunos cautivos para que sacrificasen delante del dios que venía, si viesen que convenía, y si demandasen sangre para beber.

2.- Fueron aquellos embajadores y llegaron a donde estaban los españoles, y ofrecieronles tortillas rociadas con sangre humana. Como vieron los españoles aquella comida, tuvieron grande asco de ellas, y comenzaron a escupir y abominarla porque hedía el pan con la sangre: esto se hizo por mandato de Mochteuczoma, y él lo mandó hacer porque tenía que aquellos eran dioses que venían del cielo, y los negros pensaron que eran dioses negros, todos ellos comieron el pan blanco que llevaban sin sangre, y los huevos y las aves, y la fruta que los presentaron, y recibieron también comida para los caballos.

3.- Envió Mochteuczoma aquellos adivinos, agoreros y nigrománticos, para que mirasen si podían hacer contra ellos algún encantamiento o hechicería, para con que enfermasen o muriesen, o se volviesen, y éstos hicieron todas sus diligencias como Mochteuczoma les había mandado contra los españoles; pero ninguna cosa les aprovechó, ni tuvo efecto, y así se volvieron a dar nuevas a Mochteuczoma de lo que había pasado, y dijéronle que aquella gente que habían visto era muy fuerte, y que ellos no eran nadie para contra ellos.

4.- Luego Mochteuczoma envió otros mensajeros y embajadores principales y calpixques, para que fueran donde estaban los españoles, y mandólos so pena de la muerte, que con gran diligencia procurasen todo lo que les fuese necesario a los españoles, así para en la mar como para en la tierra.

5.- Fueron estos mensajeros con gran prisa e hicieron todo lo que Mochteuczoma les mandó: por todo el camino procuraban de proveer a los españoles de todo lo necesario, y servíanlos con gran diligencia.

Bibliografía

- A) Los fragmentos citados pertenecen a FR. BERNARDINO DE SAHAGUN. *Historia general de las cosas de Nueva España*. Dispuesta para la prensa con numeración, anotaciones y apéndices por Angel María Garibay. México. Editorial Porrúa. Colección "Sepan cuantos..." n° 300, 3ª edición, 1975.
- Véase también:
- LOPEZ AUSTIN, A. *Educación mexicana: antología de documentos sahuaguntinos*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1985.
- Hay una nueva edición de la *Historia general* del P. Sahagún en la editorial Alianza de Madrid.
- Para los originales en nahuatl, cf.:
- Florentine Codex*. 12 vols. Ed. y traduc. inglesa de J.O. Anderson y C.E. Dibble. Santa Fe, Nuevo Mexico, School of American Research and the Univesity of Utah, 1950-1982.
- Códice Florentino*. Edición facsimilar publicada por la Secretaría de Gobernación del Gobierno mexicano, 1979. 3 vols.
- Otras obras importantes de misioneros: FRAY RAMON PANE. *Relación acerca de las Antigüedades de los Indios: el primer tratado escrito en América*. Edición a cargo de José Juan Arroim. México, Siglo XXI Editores, 1974.
- FRAY DIEGO DE LANDA. *Relación de las cosas del Yucatán*. Introducción de Angel M. Garibay. México, Editorial Porrúa, Biblioteca Porrúa n° 13, 1978.
- FRAY DIEGO DURAN. *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de la Tierra Firme*. Edición de Angel M. Garibay. México, Editorial Porrúa, Biblioteca Porrúa números 36 y 37, 2 volúmenes, 1967.
- FRAY JUAN DE TORQUEMADA. *Monarquía Indiana*. Introducción de Miguel León-Portilla. México, Editorial Porrúa, Biblioteca Porrúa números 41, 42, 45, 5 volúmenes, 1969. también en B.A.E.
- FRAY GERONIMO DE MENDIETA. *Historia Eclesiástica Indiana*. México., Editorial Porrúa, Biblioteca Porrúa n° 46. También en B.A.E.
- FRAY ANTONIO DE REMESAL. *Historia general de las Indias occidentales*. Madrid, B.A.E. Volúmenes 175 y 189.
- FRAY TORIBIO DE BENAVENTE O MOTOLINIA. *Historia de los Indios de la Nueva España*. Edición a cargo de Edmundo O'Gorman. México, Editorial Porrúa. Colección "Sepan cuantos..." n° 129, 3ª edición, 1979. También en edición de C.Esteva, Madrid, Historia 16, Crónicas de América, 1985.
- FRAY BARTOLOME DE LAS CASAS. *Los Indios de México y Nueva España*. Antología. Edición a cargo de Edmundo O'Gorman. México, Editorial Porrúa, Colección "Sepan cuantos..." n° 57.
- FRANCISCO JAVIER CLAVIJERO. *Historia de la Antigua o Baja California* y FRAY FRANCISCO PALOU. *Vida de Fray Junípero Serra y Misiones de la californai Septentrional*. Edición a cargo de Miguel León-Portilla. México, Editorial Porrúa, Colección "Sepan cuantos..." n° 143.
- FRAY ANTONIO CAULIN. *Historia corográfica, natural y evangélica de la Nueva Andalucía*. Madrid, B.A.E. Volumen 107.
- FRAY TORIBIO DE ORTIGUEIRA. *Jornadas*

del río Marañón y otras cosas notables acaecidas en las Indias Occidentales. Madrid, Nueva B.A.E., tomo 15.

PABLO JOSE DE ARRIAGA, S.J. *La extirpación de las idolatrías en el Perú*. Madrid, B.A.E., tomo 209.

FRAY PEDRO DE GANTE. *Catecismo de la doctrina cristiana*. Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia. Dirección General de Archivos y Bibliotecas, 1976.

PEDRO LOZANO, S.J. *Descripción corográfica del Gran Chaco Gualamba*. Tucumán. Universidad Nacional. Instituto de Antropología, 1949.

FRAY MARTIN DE MURUA. *Historia general del Perú*. Edición de Manuel Ballesteros. Madrid, Historia 16, Crónicas de América, nº 35, 1987.

FRAY RIGINALDO DE LIZARRAGA. *Descripción del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile*. Edición de Ignacio Ballesteros. Madrid, Historia 16, Crónicas de América, nº 37, 1987.

B) Sobre los misioneros y su obra puede leerse:

KLOR DE ALVA, J.J. y otros (comps.). *The Work of Bernardino de Sahagún: Pioneer Ethnographer of Sixteenth-Century Aztec Mexico*. Studies on Culture and Society, vol. 2. Albany y Austin y University of Texas.

LEON PORTILLA, M. *Bernadino de Sahagún*. Madrid, Historia 16, Quorum, Protagonistas de América, 1986.

D'OLWER, N. *Fray Bernardino de Sahagún*. Salt Lake City, University of Utah, 1987. (original castellano, México, 1952)

ROBERT RICARD. *La conquista espiritual de México. Ensayo sobre el apostolado y los métodos misioneros de las órdenes mendicantes en la Nueva España de 1523-24 a 1572*. México, 1947.

VICTOR DANIEL BONILLA. *Siervos de Dios y amos de Indios*. México, Siglo XXI, 1974.

PIERRE DUVIOLS. *La lucha contra las religiones autóctonas en el Perú colonial*. "La

estirpación de la idolatría" entre 1532 y 1660. Caracas, Universidad Central de Venezuela.

JOHN L. PHELAN. *El reino milenarista de los franciscanos en el Nuevo Mundo*. Traduc. Josefina Vázquez. México, UNAM, 1972.

GEORGES BAUDOT. *Utopía e historia*. Traduc. Vicente González. Madrid, Espasa-Calpe, 1983.

PIERRE DUVIOLS. *La destrucción de las religiones andinas*. Traduc. Albor Maruenda. México, UNAM, 1977.

MARZAL, M.M. *La transformación religiosa peruana*. Lima, 1983. Pontificia Universidad Católica.

B. de las Casas

Después de los viajeros descubridores, de los soldados conquistadores y de los funcionarios y misioneros colonizadores, pasamos al cuarto ciclo, al de las repercusiones que tendrá en la vida y el pensamiento de Occidente la ola de informaciones inesperadas que provenían de las tres fuentes aludidas. Una primera reacción consistió en la pausada y ordenada recopilación histórica y sistemática de lo sucedido, esto es, los descubrimientos, conquistas, nuevas instalaciones y pervivencia de lo previamente existente. La propia Corona se encargará de nombrar cargos oficiales para que lleven a cabo ese trabajo y pronto surgirán personalidades interesadas por las novedades del joven continente, novedades que estudiarán con detalle, describirán con todos los recursos lingüísticos que tenían a mano, y hasta las dibujarán en bellos grabados. Los nombres de Antonio de Herrera y Tordesillas, Francisco López De Gómara, Gonzalo Fernández de Oviedo y Bartolomé de las Casas quizá sean los más destacados en este trabajo de reexposición histórica, almacenamiento estructurado de datos y utilización consciente de documentos de testigos directos de los acontecimientos. El enorme trabajo del polémico dominicano nos sirve también para que su mención insinúe en seguida otra de las mayores y más interesantes repercusiones que el choque con los indios americanos acarreó, a saber, la apasionada discusión sobre los derechos de los conquistadores y, en especial, sobre la esclavitud de los nativos, discusión que ayudará a perfilar problemas candentes de derecho internacional que en nuestros días siguen todavía en debate. La controversia ya se desarrolló a comienzos del XVI siendo Matías de Paz y Martín Fernández de Enciso los representantes más destacados de las dos posturas encontradas.

La Iglesia y la Corona tuvieron que tomar resoluciones, una con la promulgación de bulas y la otra de leyes. La Universidad también se hizo eco de las cuestiones debatidas y en ese ámbito académico sobresalen las figuras de Francisco de Vitoria y Francisco Suárez. Pero, sin ninguna duda, los dos personajes más famosos, los jefes de fila de las dos posiciones extremas, en contienda teórica y personal, fueron el aristotélico

y proesclavista Juan Ginés de Sepúlveda, autor del célebre Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios y Fray Bartolomé de las Casas, el fogoso obispo de Chiapas que desplegó toda su enorme energía y su gran capacidad de trabajo en esta humanitaria y crucial cuestión en la que descubrió la misión de su vida.

Nacido en Sevilla en 1474, embarcó para América en la flota de Nicolás de Ovando y en 1503 se estableció como colono en La Española, llegando a ser encomendero. Ordenado sacerdote en 1507, tanto sus propias experiencias pasadas como su contacto con los misioneros dominicos le llevaron a una primera "conversión" hacia 1514, encaminada a la causa de los indios, organizando reformas legales y ensayos un tanto utópicos de colonizaciones pacíficas y selectos reclutamientos de colonos y misioneros. Los fracasos que tuvo le provocaron una segunda "conversión" en 1523, reclusándose unos años y profesando de religioso dominico. Las meditaciones y estudios en el claustro le sirvieron para preparar su gigantesca acusación y denuncia proféticas en favor de los aborígenes americanos. Hasta su muerte, en 1566, sus días son un constante movimiento, en la corte, ante el Consejo de Indias, en su obispado de Chiapas, etc, etc., propagando sus puntos de vista y defendiendo con todos los medios posibles -incluso clandestinos y de gran eficacia propagandística- los derechos de los indios. Si bien esta enérgica actitud comprometida no es la más ecuánime y distanciada para la pluma objetiva del historiador imparcial -y, en este sentido, los textos de Las Casas no son las mejores muestras etnográficas que de América poseemos-, por contraste, su obra toca directamente cuestiones antropológicas capitales y pone el dedo en las más dolorosas llagas de la realidad colonial y de las ideologías interesadas que genera.

De su vastísima obra hemos entresacado la presentación y el inicio de uno de sus textos de mayor repercusión internacional, la Brevisísima relación de la destrucción de las Indias (1552). Hemos añadido la denominada "Carta de derechos humanos según Bartolomé de las Casas", resumen estructurado de las tesis centrales de su pensamiento, preparado por L. Pereña y V. Abril.

Prólogo

del obispo Fray Bartolomé de las Casas o Casaus para el muy alto y muy poderoso señor el príncipe de las Españas, don Felipe nuestro señor

Muy alto e muy poderoso señor:

Como la Providencia Divina tenga ordenado en su mundo que para dirección y, común utilidad del linaje humano se constituyesen, en los reinos y pueblos, reyes, como padres y pastores (según los nombra Homero), y, por consiguiente, sean los mas nobles y generosos miembros de las repúblicas, ninguna duda de la rectitud de sus ánimos reales se tiene, o con recta razón se debe tener, que si algunos defectos, nocumentos y males se padecen en ellas, no ser otra la causa sino carecer los reyes de la noticia de ellos, los cuales, si les constasen, con sumo estudio y vigilante solercia extirparían. Esto parece haber dado a entender la divina Escritura en los proverbios de Salomón. *Rex qui sedet in solio iudicet, dissipat omne malum intuitu suo*: Porque de la innata y natural virtud del rey, así se supone, conviene a saber, que la noticia sola del mal de su reino es bastantísima para que lo disipe, y que ni por un momento solo, en cuanto en sí fuere, lo pueda sufrir.

Considerando, pues, yo (muy poderoso señor), los males e daños, perdición e jacturas (de los cuales nunca otros iguales ni semejantes se imaginaron poderse por hombres hacer) de aquellos tantos y tan grandes e tales reinos, y, por mejor decir, de aquel vastísimo e nuevo mundo de las Indias, concedidos y encomendados por Dios y por su Iglesia a los reyes de Castilla para que se los rigiesen e gobernasen, convirtiesen e prosperasen temporal y espiritualmente, como hombre que por cincuenta

años y más de experiencia, siendo en aquella tierra presente los he visto cometer; que, constándole a Vuestra Alteza algunas particulares hazañas de ellos, no podría contenerse de suplicar a su Majestad con instancia importuna que no conceda ni permita las que los tiranos inventaron, prosiguieron y han cometido (que) llaman conquistas, en las cuales, si se permitiesen, han de tornarse a hacer, pues de sí misma (hechas contra aquellas indianas gentes, pacíficas, humildes y mansas que a nadie ofenden), son inucuas, tiránicas y por toda ley natural, divina y humana, condenadas, detestadas e malditas; deliberé, por no servir, callando, de las perdiciones de ánimas e cuerpos infinitas que los tales perpetrarán, poner en molde algunas e muy pocas que los días pasados colegí de innumerables, que con verdad podría referir, para que con más facilidad Vuestra Alteza las pueda leer.

Y puesto que el arzobispo de Toledo, maestro de Vuestra Alteza, siendo obispo de Cartagena me las pidió e presentó a Vuestra Alteza, pero por los largos caminos de mar y de tierra que Vuestra Alteza ha emprendido, y ocupaciones frecuentes reales que ha tenido, puede haber sido que, o Vuestra Alteza no las leyó o que ya olvidadas las tiene, y el ansia temeraria e irracional de los que tienen por nada indebidamente derramar tan inmensa copia de humana sangre e despoblar de sus naturales moradores y poseedores, matando mil cuentos de gentes, aquellas tierras grandísimas, e robar incomparables tesoros, crece cada hora importunando por diversas vías e varios fingidos colores, que se les concedan o permitan las dichas conquistas (las cuales no se les podría conceder sin violación de la ley natural e divina, y, por consiguiente, gravísimos

pecados mortales, dignos de terribles y eternos suplicios), tuve por conveniente servir a Vuestra Alteza en este sumario brevísimo, de muy difusa historia, que de los estragos e perdiciones acaecidas se podría y debería componer.

Suplico a Vuestra Alteza lo resciba e lea con clemencia e real benignidad que suele las obras de sus criados y servidores que puramente, por sólo el bien público e prosperidad del estado real, servir desean. Lo cual visto, y entendida la deformidad de la injusticia que a aquellas gentes inocentes se hace, destruyéndolas y despedazándolas sin haber causa ni razón justa para ello, sino por sola la codicia e ambición de los que hacer tan nefarias obras pretenden, Vuestra Alteza tenga por bien de con eficacia suplicar e persuadir a Su Majestad que deniegue a quien las pidiere tan nocivas y detestables empresas, antes ponga en esta demanda infernal perpetuo silencio, con tanto error, que ninguno sea osado desde adelante ni aun solamente se las nombrar.

Cosa es esta (muy alto señor) convenientísima e necesaria para que todo el estado de la corona real de Castilla, espiritual y temporalmente, Dios lo prospere e conserve y haga bienaventurado. Amén.

Breve resumen del descubrimiento y destrucción de las Indias

Descubriéronse las Indias en el año de mil cuatrocientos y noventa y dos. Fuéronse a poblar al año siguiente de cristianos españoles, por manera que ha cuarenta e nueve años que fueron a ellas cantidad de españoles: e la primera tierra donde entraron para hecho de poblar fue la grande y felicísima isla Española, que tiene seiscientas leguas en torno. Hay otras muy grandes e infinitas islas alrededor, por

todas las partes della, que todas estaban e las vimos las más pobladas e llenas de naturales gentes, indios dellas, que puede ser tierra poblada en el mundo. La tierra firme, que está de esta isla por lo más cercano doscientas e cincuenta leguas, pocas más, tiene de costa de mar más de diez mil leguas descubiertas, e cada día se descubren más, todas llenas como una colmena de gentes en lo que hasta el año de cuarenta e uno se ha descubierto, que parece que puso Dios en aquellas tierras todo el golpe o la mayor cantidad de todo el linaje humano.

Todas estas universas e infinitas gentes a todo género creo Dios los más simples, sin maldades ni dobleces, obedientísimas y fidelísimas a sus señores naturales e a los cristianos a quienes sirven; más humildes, más pacientes, más pacíficas e quietas, sin rencillas ni bollicios, no rijosos, no querulosos, sin rancores, sin odios, sin desear venganzas, que hay en el mundo. Son asimismo las gentes más delicadas, flacas y tiernas en complisión e que menos pueden sufrir trabajos y que más fácilmente mueren de cualquiera enfermedad, que ni hijos de príncipes e señores entre nosotros, criados en regalos e delicada vida, no son más delicados que ellos, aunque sean de los que entre ellos son de linaje de labradores.

Son también gentes paupérrimas y que menos poseen ni quieren poseer de bienes temporales; e por esto no soberbias, no ambiciosas, no cubdiciosas. Su comida es tal, que la de los santos padres en el desierto no parece haber sido más estrecha ni menos deleitosa ni pobre. Sus vestidos, comúnmente, son en cueros, cubiertas sus vergüenzas, e cuando mucho cúbrensen con una manta de algodón, que será como vara y media o dos varas de lienzo en cuadra. Sus camas son encima de una estera, e cuando mucho, duermen

en unas como redes colgadas, que en lengua de la isla Española llamaban hamacas.

Son eso mesmo de limpios e desocupados e vivos entendimientos, muy capaces e dóciles para toda buena doctrina; aptísimos para recibir nuestra sancta fe católica e ser dotados de virtuosas costumbres, e las que menos impedimientos tienen para esto, que Dios crió en el mundo. Y son tan importunas desde que una vez comienzan a tener noticia de las cosas de la fe, para saberlas, y en ejercitar los sacramentos de la Iglesia y el culto divino, que digo verdad que han menester los religiosos, para sufrillos, ser dotados por Dios de don muy señalado de paciencia; e, finalmente, yo he oído decir a muchos seglares españoles de muchos años acá e muchas veces, no pudiendo negar la bondad que en ellos veen: “cierto estas gentes eran las mas bienaventuradas del mundo si solamente conocieran a Dios.”

En estas ovejas mansas, y de las calidades susodichas por su Hacedor y Criador así dotadas, entraron los españoles, desde luego que las conocieron, como lobos e tigres y leones cruelísimos de muchos días hambrientos. Y otra cosa no han hecho de cuarenta años a esta parte, hasta hoy, e hoy en este día lo hacen, sino despedazallas, matallas, angustiallas, afligillas, atormentallas y destruillis por las estrañas y nuevas e varias e nunca otras tales vistas ni leídas ni oídas maneras de crueldad, de las cuales algunas pocas abajo se dirán, en tanto grado, que habiendo en la isla Española sobre tres cuentos de ánimas que vimos, no hay hoy de los naturales de ella doscientas personas. La isla de Cuba es quasi tan luenga como desde Valladolid a Roma: está hoy quasi toda despoblada. La isla de San Juan e la de Jamaica, islas muy grandes e muy felices e graciosas, ambas

están asoladas. Las islas de los Lacayos, que están comarcanas a la Española y a Cuba por la parte del Norte, que son mis de sesenta con las que llamaban de Gigantes e otras islas grandes e chicas, e que la peor dellas es más fértil e graciosa que la huerta del rey de Sevilla, e la más sana tierra del mundo, en las cuales había más de quinientas mil ánimas, no hay hoy una sola criatura. Todas las mataron trayéndolas e por traellas a la isla Española, después que veían que se les acababan los naturales della. Andando un navío tres años a rebuscar por ellas la gente que había, después de haber sido vendimiadas, porque un buen cristiano se movió por piedad para los que se hallasen convertillos e ganallos a Cristo, no se hallaron sino once personas, las cuales yo vide. Otras más de treinta islas, que están en comarca de la isla de Sant Juan, por la misma causa están despobladas e perdidas. Serán todas estas islas, de tierra, más de dos mil leguas, que todas están despobladas e desiertas de gente.

De la gran tierra firme somos ciertos que nuestros españoles por sus crueldades y nefandas obras han despoblado y asolado y que están hoy desiertas, estando llenas de hombres racionales, más de diez reinos mayores que toda España, aunque entre Aragón y Portugal en ellos, y más tierra que hay de Sevilla a Jerusalén dos veces, que son más de dos mil leguas.

Daremos por cuenta muy cierta y verdadera que son muertas en los dichos cuarenta años por las dichas tiranías e infernales obras de los cristianos, injusta y tiránicamente, más de doce cuentos de ánimas, hombres y mujeres y niños; y en verdad que creo, sin pensar engañarme, que son más de quince cuentos.

Dos maneras generales y principales han tenido los que allá han pasado que se llaman

cristianos en estirpar y raer de la haz de la tierra a aquellas miserandas naciones. La una, por injustas, crueles, sangrientas y tiránicas guerras. La otra, después que han muerto todos los que podrían anhelar o sospirar o pensar en libertad, o en salir de los tormentos que padecen, como son todos los señores naturales y los hombres varones (porque comúnmente no dejan en las guerras a vida sino los mozos y mujeres), oprimiéndolos con la más dura horrible y áspera servidumbre en que jamás hombres ni bestias pudieron ser puestas. A estas dos maneras de tiranía infernal se reducen e se resuelven o subalternan como a géneros todas las otras diversas y varias de asolar aquellas gentes, que son infinitas.

La causa por que han muerto y destruido tantas y tales e tan infinito número de ánimas los cristianos ha sido solamente por tener por su fin último el oro y henchirse de riquezas en muy breves días e subir a estados muy altos e sin proporción de sus personas; conviene a saber, por la insaciable codicia e ambición que han tenido, que ha sido mayor que en el mundo ser pudo, por ser aquellas tierras tan felices e tan ricas, e las gentes tan humildes, tan pacientes y tan fáciles a subjectarlas; a las cuales no han tenido más respecto ni dellas han hecho más cuenta ni estima (hablo con verdad por lo que se y he visto todo el dicho tiempo), no digo que de bestias (porque pluguiera a Dios que como a bestias las hubieran tractado y estimado), pero como y menos que estiércol de las plazas. Y así han curado de sus vidas y de sus ánimas, e por esto todos los números e cuentos dichos han muerto sin fe e sin sacramentos. Y esta es una muy notoria y averiguada verdad, que todos, aunque sean los tiranos y matadores, la saben e la confiesan: que nunca los

indios de todas las Indias hicieron mal alguno a cristianos, antes los tuvieron por venidos del cielo, hasta que, primero, muchas veces hubieron recibido ellos o sus vecinos muchos males, robos, muertes, violencias y vejaciones dellos mesmos.

...

I. Declaración de principios democráticos

A- Apología; B- Biblioteca Americana; C- Corpus Hispanorum de Pace

1. Todos los pueblos son libres y pueden escoger libremente el régimen político que quieran. El poder de soberanía procede inmediatamente del pueblo. En la voluntad popular radica la legitimidad de un régimen. De ella procede y a ella debe servir (C 50.51.52).

2. El gobierno y administración de los reinos debe ser para bien de los pueblos y sus habitantes, que consiste en defender a sus ciudadanos y conservar a sus hombres. Toda gobernación de gente libre se ha de enderezar al bien temporal y espiritual de los gobernados (A 13. B 685).

3. Aquel decimos ser rey a quien se le confió y encomendó la suma y el total poder y autoridad de las cosas humanas por la comunidad o reino que lo eligió (B 1067).

4. El poder de los gobernantes se aplica exclusivamente a promover los intereses colectivos del pueblo sin estorbarlos, ni perjudicar su libertad. El poder que tienen los reyes sobre sus reinos en nada debe perjudicar a la libertad de los ciudadanos. No hay libertad mayor que vivir sometido a un Estado justo (C 49).

5. Cuando un pueblo elige sus gobernantes no pierde por ello su propia libertad. Los

ciudadanos continúan siendo libres al obedecer no a un hombre, sino a la ley (C 50).

6. El gobernante que rige gente libre está obligado, en cuanto pudiere, a la conservación del bien común y aumento y multiplicación de las gentes que rige y gobierna (A 13).

7. El gobernante es parte de la Comunidad y está subordinado al bien común. Los gobernantes tienen un poder que no es suyo propio, sino de la ley. El poder de soberanía es derecho de jurisdicción soberana. Pero no supone propiedad o dominio sobre las personas y los bienes de los ciudadanos que le están sometidos (C 147-148).

8. Los súbditos no están sometidos al poder de los gobernantes, - sino a la potestad de las leyes. Los jefes de Estado son gerentes y administradores de los interés públicos. Existe un pacto constitucional entre el rey y el pueblo (C 37.39).

9. Ningún poder hay sobre la tierra que sea bastante a hacer más gravoso y menos libre el estado de los hombres libres, sin culpa suya, como la libertad sea la cosa más preciosa y suprema entre todos los bienes de este mundo (C 128).

10. Todo es fuerza y violento, injusto y perverso, si no sale de la espontánea, libre y no forzada voluntad de los mismos hombres aceptar y consentir cualquier perjuicio a la dicha su libertad (C 128).

11. Ninguna sumisión, ninguna servidumbre, ninguna carga puede imponerse al pueblo sin que el pueblo, que ha de cargar con ella, dé su libre consentimiento a tal imposición. La potestad y jurisdicción de los gobernantes naturalmente radica en la voluntad popular (C 33.140).

12. Al principio de un régimen pómico, el pueblo mismo concertó, en uso de su propia libertad, que los gobernantes no podían imponer ningún tipo de cargas o de obligaciones contra la voluntad del pueblo. El pueblo, soberanamente libre, no pierde su propia libertad, ni concede poder para coaccionarle o imponerle cargas en detrimento de la comunidad política. Las cargas sociales o económicas sólo por libre consentimiento del pueblo han adquirido validez jurídica y moral (C 35).

13. La autoridad pública no puede mandar arbitrariamente, sino únicamente de acuerdo con las leyes del Estado. Las leyes del Estado son justas y lícitas en cuanto han sido promulgadas para promover el bienestar de todos los ciudadanos. Las leyes deben ajustarse al interés de la comunidad. El gobernante ordena y manda a los ciudadanos en cuanto ministro de la ley (C. 50)

14. Ninguna limitación a la libertad política es legítima sin consentimiento popular. No puede el soberano ordenar o mandar válidamente nada a la comunidad política en detrimento de los ciudadanos sin haber obtenido previamente el consentimiento general de acuerdo con la constitución del propio reino (C 48).

15. Es función de los gobernantes promover la convivencia pacífica y el bienestar progresivo de todos los ciudadanos. El gobernante cumple una función de protección y de servicio. El pueblo decidió y aceptó elegir y nombrarse sus propios gobernantes para la promoción del bienestar colectivo y el progreso social y económico de la comunidad (C 42).

16. Sin motivo justificado, el gobernante no tiene potestad para limitar o perjudicar la libertad de sus pueblos. Aquella manera de

governar es tiránica que priva a los pueblos de su jurisdicción y de su propia libertad (C 49).

17. Los gobernantes son responsables, en última instancia, de las faltas y delitos de los funcionarios que fueron elegidos directamente por ellos para la administración de los cargos públicos (C 67).

18. El gobernante o jefe de Estado está obligado a poner toda su autoridad al servicio de la comunidad y sacar de este objetivo sus reglas de gobierno (A 28).

19. Todo pueblo es libre con poder de soberanía. Y sus gobernantes tienen jurisdicción soberana sobre los súbditos que les eligieron libremente: el pueblo les concedió el mandato de velar por el bien común (C 144).

20. La validez jurídica de un régimen político estriba en la función de servicio al bien común, que consiste en dirigir a los ciudadanos a su propio bienestar, ayudarles a superar sus deficiencias, vivir en paz, defender su vida y libertad y promoverlos social y económicamente (C 147).

21. Un régimen político es justo y legítimo en cuanto ha sido creado por hombres libres para el gobierno y bienestar de hombres libres (C 147).

II. Derechos y deberes del ciudadano

1. Todos los hombres son libres. La libertad individual es inherente a la dignidad humana (C 16).

2. La esclavitud es un fenómeno accidental, acaecido al ser humano por obra de la casualidad y de la fortuna. Para que una servidumbre sea lícita debe ser conforme a derecho y al servicio de la comunidad (C 17).

3. Todo hombre, como ser libre, tiene la facultad de disponer libremente de su propia

persona y cosas conforme a su propia voluntad (C 19).

4. Nadie puede ser privado sin causa justa de su libertad natural (A 7).

5. Nadie puede ser sometido, en principio, a esclavitud o servidumbre (B 1049).

6. Por derecho natural, ningún hombre tiene dominio sobre otro hombre (C 138?).

7. No se pueden imponer servidumbres a los hombres más allá de lo que es menester (B 739).

8. Nadie puede ser sometido a tratamientos inhumanos (B 567).

9. Todo hombre tiene derecho a dar culto a Dios. Es imposible que el hombre pueda vivir sin religión (A 835).

10. Nadie está obligado a creer por encima de sus posibilidades (A 18).

11. Nadie puede ser coaccionado a aceptar una religión determinada (A 26).

12. Por motivos religiosos, nadie puede ser privado de su libertad y de la posesión y dominio de las cosas que le concedió el derecho natural (A 8. B 475).

13. Por diferencias de religión o cultura, nadie puede ser privado de su libertad personal ni de la posesión de sus bienes (A 7).

14. Nadie puede ser coaccionado por sus vicios o pecados, mientras no repercutan en desorden social o lesionen los derechos de las personas (A 4).

15. La verdadera paz y convivencia no es posible sin la justicia y libertad de los ciudadanos (B 629. 677).

16. Todo hombre tiene derecho a la paz y convivencia pacífica entre los ciudadanos (B 627).

17. Los hombres naturalmente pueden asociarse en colectividades con el fin de vivir políticamente (C 66).

18. Por universal solidaridad humana, toda persona, pública o privada, tiene el deber de acudir en ayuda de los oprimidos y está obligada a colaborar, dentro de sus posibilidades, a su liberación (B 619. 1015).

19. Todo hombre, como ser social que es, tiene derecho a vivir en sociedad y elegir el régimen político que quiera con nombramiento libre de sus gobernantes (C 141).

20. Por derecho natural y de gentes, todos los bienes son comunes y pertenecen a la comunidad. Originariamente todas las cosas tienen una función social. La persona, sin distinción de raza, religión o cultura, tiene derecho a apropiarse de las cosas conforme a derecho (C 20.21.22).

21. Toda persona puede ser titular de propiedad privada (C 22.135. B 1235).

22. Ninguna persona, sin legítima causa y por razón de interés público, puede ser privada de sus bienes (C 138).

23. Obraría injustamente el gobernante que privara a los súbditos de su libertad o de sus bienes particulares mediante coacción o sembrando el miedo entre los ciudadanos (C 50.51).

24. Todo hombre, independientemente de su religión, tiene derecho a disponer de sus bienes particulares (B 1059).

25. El ciudadano tiene derecho a reclamar indemnización por los daños causados por los gobernantes (C 56.57).

26. En caso de duda se ha de sentenciar en favor de la libertad (B 593).

27. Nadie puede ser condenado, gravado o limitado en sus derechos a la vida, a la libertad o a los bienes particulares sin haber sido citado, oído y defendido (B 803. C 134).

28. No se pueden imponer servidumbres

ni cargas sobre los bienes de los súbditos más allá de lo que llevar pueden (B 739).

29. Todo hombre tiene el deber de servicio y obediencia a sus naturales señores que ha aceptado de libre voluntad (B 733).

30. Nadie puede ser lícitamente castigado cuando ignora invencible o probablemente que ese acto ha sido prohibido. No hay culpa si el acto no es voluntario (A 16).

31. Nadie puede ser castigado por un crimen que no ha cometido o del que personalmente no es culpable (A 16).

32. El inocente no puede ser castigado por crímenes de sus padres o jefes políticos (A 29).

33. Por los crímenes de una ciudad o república no pueden ser castigados todos sus ciudadanos (A 29).

34. El ciudadano únicamente puede ser juzgado y condenado de acuerdo con las leyes (A 28).

35. Una ley, una constitución, un precepto no obliga a quien no entiende claramente las palabras con las que está formulada la ley (A 32).

36. Todos los ciudadanos son iguales ante la ley. Es contrario a la equidad natural para perjudicar a unos ciudadanos por lo que otros deben. Nadie puede ser privado de sus derechos legítimos (C 79.80.81).

37. El súbdito y todo miembro del Estado está obligado a obedecer a las leyes, conformar a ellas su convivencia y adaptarse a las normas de prudencia política (A 49).

38. Los ciudadanos tienen derecho a intervenir en los asuntos públicos. En toda clase de negocios públicos se ha de pedir el consentimiento de todos los hombres libres (C 35).

39. La elección de los gobernantes pertenece a los mismos pueblos que han de ser

gobernados, sometiéndose-ellos al elegido por su propio consentimiento (B 1.049).

40. Por urgencia de necesidad pública, el ciudadano está obligado a exponer su vida por la salvación de la patria (A 8. C 41 . 42).

41. El ciudadano está obligado a luchar por la defensa de la patria y a mirar por el bien de la comunidad (C 41.42).

42. Antes de enajenar un territorio, sus pobladores deben ser llamados, citados y oídos para que informen de lo que conviene a su derecho (A 8).

43. Los ciudadanos que sufren opresión o tiranía tienen derecho a liberarse del tirano, siempre que sea posible sin mayor detrimento del bien del Pueblo (B 1011).

44. Los grandes o ciudadanos de gran autoridad pueden oponerse valientemente a las arbitrariedades de los gobernantes hasta que dejen de oprimir al Pueblo. Un gobierno recto puede degenerar en tiranía oprimiendo injustamente al pueblo (C 103).

III. Derechos y deberes del Estado

1. Todos los pueblos tienen el derecho de libre determinación (B 1003. 1049. 1050. 1069. 1073).

2. Los pueblos no pueden ser privados de su libertad ni de su elección activa ni pasiva, sin causa legítima y razonable (B 1097).

3. Todo Estado tiene derecho a disponer de sus propias fuentes naturales y prohibir sacar del territorio sus productos (A 7)

4. El reino es inalienable total y parcialmente. Ningún gobernante puede enajenar o vender ciudades o partes del territorio del reino. No se puede atentar contra la integridad y la unidad nacional (C 87.88.89).

5. Ningún gobernante puede vender, do-

nar o enajenar, del modo que sea, los bienes del pueblo. De hacerlo está obligado a indemnizar los perjuicios que por razón de esta enajenación haya causado al país (C 52.76).

6. Los gobernantes, por soberanos que sean, nada pueden hacer ni mandar contra lo que ordena el derecho natural y exige el bien de todo el pueblo (A 5).

7. El gobierno o jefe de Estado no puede negociar sobre el derecho de soberanía de una región o parte del territorio nacional, a menos que consientan libremente los súbditos, vecinos y residentes del país (C 59.91).

8. Sin causa legítima no se puede privar ni impedir a los gobernantes el libre ejercicio de sus funciones soberanas dentro del territorio nacional (C 142).

9. El soberano tiene derecho a gobernar libremente a su patria y mirar por el bien de los ciudadanos sin intromisiones extrañas (C 142).

10. El error del pueblo, confirmado por la autoridad del soberano, hace derecho y sirve de excusa (A 17).

11. Todo gobernante está obligado a procurar el bien público y anteponerlo al interés personal (B 1013).

12. El jefe de Estado no tiene derecho de propiedad sobre los bienes particulares de los ciudadanos, las personas de los súbditos o el territorio nacional (C 23.57).

13. En función de su jurisdicción soberana, los gobernantes tienen el deber de proteger y defender las propiedades de los súbditos (C 23.24. B. 1009).

14. Es posible limitar la autoridad de los gobernantes y condicionar el derecho de soberanía por razones de bien público y de interés general del pueblo (B 1139).

15. Ningún gobernante o autoridad públi-

ca puede ser privado o despojado, sin causa legítima y razonable, de su jurisdicción y derechos generales (B 1095).

16. Sin causa justa y legítima ninguna autoridad puede despojar o privar a sus legítimos sucesores de su derecho a reinar o gobernar (B 1057).

17. El derecho natural obliga al gobernante a procurar siempre lo mejor para el buen gobierno y administración de la justicia (C 83).

18. En tiempo de guerra está obligado el gobernante a buscar medios de protección para defender al país contra sus enemigos exteriores (C 83).

19. Por razón de su cargo y en razón de las rentas que le asignó el pueblo como sueldo o gratificación por el hecho de que sirve a la comunidad protegiendo a los ciudadanos, el rey está obligado a poner al frente del gobierno ministros bien preparados para cumplir las funciones públicas (C 70.71).

20. Por solidaridad natural y caridad cristiana los ciudadanos y gobernantes están obligados, dentro del propio territorio nacional, a ayudar y socorrer a otros pueblos o regiones, acosados por la guerra o víctimas de grandes calamidades, siempre que puedan hacerlo sin perjuicio grave de los propios intereses y sin riesgo de destrucción total del propio pueblo o región (C 41.42. 43. 44)

21. Para promover el bienestar de todo el reino o de alguna parte del mismo, no puede el gobernante obligar a una región a exponerse a un peligro tan grande que le precipite en su total destrucción y daño irreparable (C 42).

22. No puede alterarse el valor legal del dinero sin consentimiento del pueblo (C 91.129).

23. De ninguna manera podrá el rey disponer a su antojo de las personas de los súbditos reduciéndolos a esclavitud (C 91).

24. El rey no puede disponer arbitrariamente de las haciendas de los súbditos, a no ser que ellos estén de acuerdo (C 91).

25. Los gobernantes están obligados a defender a sus súbditos de toda injusticia y emplear la fuerza contra sus opresores (A 25)

26. A ningún rey o gobernante le es lícito mandar ni ordenar nada en detrimento del pueblo sin el previo y libre consentimiento de los súbditos (C 250).

27. El gobernante no puede privar arbitrariamente de sus derechos a los ciudadanos (C 56.57).

28. Por derecho natural el Estado tiene el deber de respetar la libertad de conciencia de los ciudadanos (B 409).

29. Los gobernantes de un Estado están obligados a promover y garantizar por todos los medios la paz, la tranquilidad y la unidad, castigando a sus perturbadores y obligándoles a vivir en paz (B 625).

30. El Estado tiene el deber de proteger a los débiles contra los abusos y crueldades de los más fuertes (B 595.621).

31. No se pueden imponer a los ciudadanos obligaciones que no se orienten al servicio de la comunidad, de acuerdo con las exigencias del orden público (A 36).

32. El gobierno no tiene potestad para negociar con los bienes de los súbditos sin previamente haber requerido y obtenido legalmente su consentimiento expreso (C 54. B 1143).

33. Los gobernantes no pueden dar leyes en virtud de las cuales sean castigados los ciudadanos por crímenes ajenos (A 30).

34. Por razones de bien común y utilidad pública deben tolerarse ciertos vicios y males sociales (A 28.33).

Conclusión: Comunidad Internacional

1. Por razones de paz y orden internacional ningún Estado puede intervenir en los asuntos de otro Estado. La paz y la tranquilidad es indispensable para la garantía del orden público (B 1023).

2. Para evitar el desorden y una mayor garantía de la paz fue necesaria una autoridad universal sobre todo el orbe que gobernase, dirigiese y moderase los intereses de los grandes y de los débiles (B 1023).

3. Por solidaridad internacional puede un Estado ayudar a otros pueblos independientes, si el pueblo lo decide libremente y puede hacerlo sin perjuicio grave de sus propios intereses (C 40).

4. El Estado puede emprender una guerra de liberación en favor de los oprimidos a condición únicamente de que los oprimidos no sean víctimas de mayores tribulaciones a causa de la guerra (B 1009).

5. La guerra justa debe ser emprendida por una necesidad inevitable y cuando no se ha podido evitar de ninguna otra manera (A 80).

6. Con el pretexto de la defensa de los inocentes y para liberarlos de la opresión y tiranía, no se puede legítimamente intervenir en otro Estado sin autoridad legítima (A 28).

8. Ninguna persona libre y mucho menos el pueblo soberano está obligado a someterse a otro estado por el hecho de que éste sea superior políticamente y se crea que ha de aportarle mayor utilidad (A 4).

9. Cualquier Estado, por atrasado que sea, tiene derecho a defenderse y castigar a otro pueblo más civilizado que es agresor y violenta sus derechos naturales (A 4).

10. Los ciudadanos súbditos de un Estado agresor injusto, que no han ayudado ni directa ni indirectamente a sus gobernantes responsables de crímenes de guerra, no pueden ser castigados ni despojados de sus bienes (A 31)

Bibliografía

- A) Citas de FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS. *Breve resumen del descubrimiento y destrucción de las Indias*. Madrid, Emiliano Escolar Editor, Colección de Bolsillo, Serie Los clásicos, nº 55, 1981, págs. 26-34, y de BARTOLOMÉ DE LAS CASAS. *Derechos civiles y políticos*. Edición de L. Perea y V. Abril. Madrid, Editora Nacional, Libros de Bolsillo, 1947, págs. 151-165.

Una representativa selección de toda la producción lascasiana se puede consultar en la edición de sus *obras* preparada por Juan Pérez de Tudela. Madrid, Ed. Atlas, B.A.E. 1957-1958. Allí se hallan la *Historia general de las Indias*, la *Apologética historia* y una antología de sus *opúsculos, cartas y memoriales*.

La *Apología de Juan Ginés de Sepúlveda contra Fray Bartolomé de Las Casas y de Fray Bartolomé de Las Casas contra Juan Ginés de Sepúlveda* ha sido traducida, prologada y editada por Angel Losada. Madrid, Editora Nacional 1975.

Una magnífica edición de la *Apologética Historia Sumaria* es la preparada por Edmundo O'Gorman para la UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 2 tomos, 1967. Contiene amplísima bibliografía.

La obra *Del único modo de atraer a todos los pueblos a la verdadera religión* está editada con advertencia preliminar de Agustín Millares Carlo e introducción de Lewis Hanie en la Colección Popular del Fondo de Cultura Económica, México, 2ª edición, 1975.

Quizá el mejor conjunto de textos de la producción lascasiana desde el punto de vista de la

historia de la antropología sea el que ha preparado el profesor José Alcina Franch con el título de *Obra indigenista*. Madrid, Alianza, 1985. Esta misma editorial está publicando una edición crítica de las *Obras Completas* del P. de las Casas.

Una útil edición de los textos del P. FRANCISCO DE VITORIA sobre *Relecciones sobre los indios y el derecho de guerra* es la de Madrid, Espasa Calpe, S.A. Colección Austral n° 618, tercera edición, 1975.

JUAN GINES DE SEPULVEDA. *Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios*. Advertencia de Marcelino Menéndez y Pelayo. Estudio de Manuel García Pelayo. México, Fondo de Cultura Económica, primera reimpresión, 1979. Contiene el texto latino y su traducción castellana.

JUAN GINES DE SEPULVEDA. *Demócrates segundo o de las justas causas de la guerra contra los indios*. Edición y traducción de Angel Losada. Madrid, Instituto Francisco de Vitoria, 1951.

FRAY BARTOLOME DE VEGA. *Memorial al Real Consejo de Indias sobre los agrarios que reciben los indios del Perú* (1562). Madrid 1896.

Obras importantes de los grandes historiadores citados al comienzo de este apartado:

ANTONIO DE HERRERA Y TORDESILLAS. *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y Tierra firme del mar Océano*. (1601-1615). Madrid, 1934-1957, 17 volúmenes.

ANTONIO DE HERRERA Y TORDESILLAS. *Descripción de las Indias Occidentales*. (1599). Madrid, 4 volúmenes, 1728-1710.

GONZALO FERNANDEZ DE OVIEDO. *Historia general y natural de las Indias*. (1535). Madrid, Ed. Atlas, B.A.E., 5 volúmenes, 1959.

GONZALO FERNANDEZ DE OVIEDO. *Sumario de la natural historia de las Indias*. Edición de José Miranda. México, Fondo de Cultura

Económica, Biblioteca Americana, Serie de Cronistas de Indias, primera reimpresión, 1979.

FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA. *Historia General de las Indias*. Madrid, B.A.E. (con texto modernizado en Barcelona, Editorial Iberia, Colección Obras Maestras, 2 volúmenes, 1965).

INCA GARCILASODE LA VEGA. *Obras completas*. Madrid, Ed. Atlas, B.A.E., 4 volúmenes, 1960 (también se encuentran en la Editorial Emecé de Buenos Aires. La primera parte de sus *Comentarios reales* (1609) está en Barcelona, Editorial Bruguera, Colección Libro Clásico n.º 10, 1968.

PEDRO MARTIR DE ANGLERIA. *Décadas del Nuevo Mundo*. (1516-1530. México, Ed. José Porrúa, 1964.

JUAN LOPEZ DE VELASCO. *Geografía Universal de las Indias*. (1571-1574). Madrid, 1894.

ALFONSO DE GONDORA MARMOLEJO. *Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año 1575*. Madrid, Ed. Atlas, B.A.E., volumen n.º 131, 1960.

PEDRO MARIÑO DE LOBERA. *Crónica del Reino de Chile*. Madrid, Ed. Atlas, B.A.E., 131, 1960.

PEDRO SARMIENTO DE GAMBOA. *Historia de los Incas (1572)*. Buenos Aires, Emecé Editores, 1943.

B) La bibliografía sobre los temas históricos y jurídico-políticos de este apartado es inmensa. Como visión de conjunto e interesante antología de textos recomendamos:

MARCEL MERLE y ROBERTO MESA. *El anticolonialismo europeo. Desde Las Casas a Mari*. Madrid, Alianza Editorial, El libro de Bolsillo, n.º 187, 1972

MARCEL BATAILLON y ANDRÉ SAINT-LU. *El padre Las Casas y la defensa de los Indios*. Ariel, Colección Quincenal, Barcelona.

EDMUNDO O'GORMAN. *Cuatro historiadores de Indias*. México, Sep. Diana.

LEWIS HANKE. *Estudios sobre Fray Bartolomé*

de las Casas y sobre la lucha por la justicia en la conquista española de América. Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1968.

MARCEL BATAILLON. *Estudios sobre Bartolomé de las Casas.* Barcelona, Ed. Península.

ANGEL LOSADA. *Bartolomé de Las Casas a la luz de la moderna crítica histórica.* Madrid, 1970.

LEWIS HANKE Y AGUSTIN MILLARES CARLO. *Cuerpo de documentos del siglo XVI.* México, Fondo de Cultura Económica, 1943. Contiene los textos:

FRAY VICENTE PALATINO DE CUZCOLA. *Tratado de derecho y justicia de la guerra que tienen los reyes de España contra las naciones de la India Occidental.* (págs. 11-37).

FRAY JUAN DE VASCONES. *Petición en derecho para el rey (...)* (págs. 302-312).

Sobre las cuestiones éticas, antropológicas y políticas desencadenadas por el descubrimiento, la conquista y la colonización de América, véase:

RAMOS, D. y otros. *La ética en la conquista de América.* Madrid, C.S.I.C. 1984.

Una breve presentación de la vida y la obra de B. de las Casas se encuentra en el volumen del prof. Alcina Franch de la serie Protagonistas de América, Madrid, Historia 16 - Quorum, 1986.

J. Ginés de Sepúlveda

Es conveniente que, para ser ecuanímes, después de haber escuchado al Padre Las Casas, conozcamos también la opinión de quien fue su principal contrincante, el sacerdote, humanista y “defensor del Imperio español” Juan Ginés de Sepúlveda. Los razonamientos que ambos expusieron merecen que no pasemos con excesiva rapidez por encima de los textos de la polémica que tan apasionadamente sostuvieron en torno a la naturaleza de los indios de América y sobre la justicia o injusticia de las guerras en que se habían enzarzado los hispanos contra dichos indios americanos. En esa famosa controversia -la Junta de Valladolid, que se desarrolló en dos convocatorias en 1550 y 1551- no se debatieron tan sólo problemas jurídicos que atañen al derecho internacional, como es bien sabido y ya dijimos, sino también cuestiones decisivas de antropología filosófica, por ejemplo, la supuesta existencia de los esclavos por naturaleza, cuestión que parecía que ya había recibido su definitiva sentencia en las páginas de la Política de Aristóteles, aunque, tras la constitución del Sacro Imperio de la Cristianidad a lo largo de la Edad Media, casi estaba reducida a pura teoría por su falta de aplicación sobre los creyentes en el Dios de Abraham. El hallazgo de los hombres del Nuevo Mundo le proporcionó trágica actualidad.

John Mair (Johannes Major), intelectual escocés que era profesor universitario en París, en la distincio cuarenta y seis de su comentario In secundum librum sententiarum de Pedro Lombardo, del año 1519, explicó que los pueblos que habitan en las Antillas viven como bestias, de acuerdo con los recientes informes que de ellos han proporcionado los viajeros que los han visitado. Por eso la primera persona que los conquistó los gobierna con justicia, porque aquéllos son esclavos por naturaleza, tal y como lo enseña Aristóteles en el libro primero de la Política. Esta tajante afirmación consolidaba la soberanía de los cristianos sobre los amerindios con un argumento que no era ni religioso ni jurídico, sino -lo que es más grave- filosófico, forjado directamente por quien gozaba de ser la autoridad máxima en la materia y por eso le llamaban “el filósofo” por antonomasia. Tal argumento fundamentaba en la naturaleza

de los indios su legítima reducción a esclavos; los americanos eran, pues, los esclavos por naturaleza de la antropología aristotélica, y para ellos era positivo y muy conveniente que les rigieran sus verdaderos señores naturales, los europeos civilizados, los cuales, desde que los encontraron, han asumido con plena justicia la posición que antes, en la Política de Aristóteles, tuvieron los griegos en relación con los bárbaros. Estaba legitimado hasta que los cazaran si, por las circunstancias que fueran, los indios rehusaban someterse.

Tesis tan formidable -y para muchos tan oportuna- ya había sido defendida en la Junta de Burgos de 1512, cuando un jurisconsulto, el licenciado Gil Gregorio, dio su parecer: "son siervos y bárbaros (...) aquellos que faltan en el juicio y entendimiento como son estos yndios que segund todos dizen son como animales que hablan". Pronto la repitieron con alguna que otra matización varios intelectuales de la época, por ejemplo, Bernardo de Mesa, Juan López de Palacios Rubios y, sobre todo, como a continuación podrá comprobar el lector, el gran retórico y humanista Juan Ginés de Sepúlveda en su diálogo Democrates secundus sive de justis causis belli apud Indos (El segundo Demócrites, o tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios) escrito en 1544, pero en seguida combatido como un texto pernicioso e inadecuado -hasta obtener que se denegase el permiso real para su publicación- por Bartolomé de Las Casas y los teólogos universitarios que se habían beneficiado del magisterio de Francisco de Vitoria.

Ciertamente, este gran teólogo dominico, figura clave de la Escuela de Salamanca, había dado a comienzos de 1539 la extraordinaria Relectio De Indis, una conferencia universitaria en la que, además de refutar los argumentos jurídicos y canónicos que anteriormente habían sido utilizados para legitimar la conquista, criticó la aplicación de la teoría aristotélica de los esclavos naturales a los indios de América, sin rehuir por ello la explicación de la situación de barbarie en la que éstos, según las crónicas, se encontraban, razonando el problema tanto con esquemas psicológicos -los indios son como niños,

como menores de edad- que permitían defender su progresivo desarrollo gracias a la educación, como mediante consideraciones de índole sociohistórica que comparaban a los indios de América con fragmentos de la población europea que exhiben formas de vida semejantes -por ejemplo, los campesinos y los vaqueros, los habitantes de zonas rurales que mantienen fuertes relaciones con los animales y se expresan con un lenguaje muy diferente del utilizado por los habitantes de las grandes ciudades-. Así pues, Vitoria afirmó, por una parte, que “nadie es esclavo por naturaleza” y, por la otra, que los indios “en realidad no son dementes, sino que tienen cierto orden en sus cosas, pues tienen ciudades establecidas ordenadamente, matrimonios bien definidos, magistrados, señores, leyes, industria, comercio y todo ello requiere uso de razón; tienen, asimismo, una forma de religión.

No yerran en las cosas que son evidentes a los demás; lo que es un indicio de uso de razón.

Dios y la naturaleza no fallan en lo que es indispensable para la mayor parte de la especie. Ahora bien, lo principal en el hombre es la razón, y es inútil la potencia que no se reduce al acto.

(...) Creo que el hecho de que nos parezcan tan retrasados y romos proviene en su mayor parte de su mala y bárbara educación, pues también entre nosotros vemos que muchos hombres del campo bien poco se diferencian de los brutos animales.

De todo lo dicho, por tanto, resulta que los indios (antes de la llegada de los españoles) eran, sin duda alguna, verdaderos dueños, tanto en el ámbito público como en el privado, lo mismo que los cristianos” (FRANCISCO DE VITORIA, Relectio De Indis, Trad. C. Baciero, Madrid, CSIC, 1989, p.72).

Con estas afirmaciones el Padre Vitoria consiguió que la Universidad española del XVI reconociese que los indios de América eran verdaderos hombres, esto es, eran genuinos seres racionales y libres, auténticos seres políticos y sociales, según el estricto sentido de estos adjetivos, tal y como se los interpre-

taba en la época, siguiendo el criterio establecido para ello a partir de las obras de Aristóteles. Semejante reconocimiento antropológico tiene implicaciones éticas y políticas: los europeos no gozan de ningún privilegio especial; pueden estar en el continente americano por el derecho de gentes, puesto que todos los seres humanos tienen el derecho de viajar y emigrar, de expresar y predicar sus ideas y creencias, y tienen el derecho de comerciar con los otros hombres, exactamente en la misma medida en que los indios pueden venir a Europa, divulgar lo que creen y piensan, e intercambiar bienes y mercancías. Solamente si estos derechos no son respetados, o si de forma criminal tampoco es respetada la vida humana de seres inocentes a los que impúneamente se sacrifica, entonces es legítima la intervención militar, sin que cause escándalo "y además con la condición de que se haga por el bien y la utilidad de los mismos indios y no tanto en beneficio de los españoles". De estos innovadores planteamientos se benefició la Universidad española del XVI y sobre este suelo construyó sus tesis más radicales el Padre Las Casas, como vimos en sus propios textos en el apartado anterior. Recordemos ahora, perfilado el contexto, la persona y la obra de su contrincante. Juan Ginés de Sepúlveda nació en Pozoblanco (Córdoba) en 1490. Estudió filosofía en la Universidad de Alcalá y teología en Sigüenza. Prosiguió sus estudios en el Colegio de San Clemente de Bolonia, aprovechando el magisterio del gran aristotélico Pomponazzi.

Aceptó el nombramiento de cronista del Emperador Carlos V, residiendo en Valladolid y colaborando también en la educación del príncipe Felipe. Falleció en 1573. Muy relacionado con notables eclesiásticos, civiles y militares de toda Europa, su producción literaria latina como miembro destacado del humanismo renacentista hispano, muy crítico con Erasmo y con Lutero, abarca dos clases de obras, las traducciones y comentarios de los filósofos griegos, sobre todo de Aristóteles, y sus textos de creación original de tipo histórico, jurídico, filosófico y político. A esta última modalidad pertenecen sus dos célebres diálogos titulados Demócrates Primero o de la conformidad de la doctrina militar con la religión cristiana, y

Demócrates Segundo o de las justas causas de la guerra contra los indios, *sintetizado posteriormente en la Apología en pro del libro de las justas causas de la guerra contra los indios preparada para la Junta de Valladolid de 1550. He aquí uno de los momentos centrales del diálogo entre Leopoldo y Demócrates, una especie de alter ego de su autor, en el que se recoge expresamente la tesis aristotélica de los esclavos por naturaleza y se la utiliza como una de las principales causas "justas" de la conquista de América.*

DEMOCRATES. Justas deben de ser las causas para que la guerra sea justa, y de ellas la más importante y natural es la de repeler la fuerza con la fuerza cuando no queda otro recurso; pues como antes dijimos, fundados en la autoridad del Pontífice Inocencio, *todas las leyes y todos los derechos permiten a cualquiera rechazar la fuerza con la fuerza, así como su propia defensa y la de sus intereses*, y no es condición precisa que se haga en el momento en que se infiere la violencia, sino que puede hacerse en la primera ocasión posible, a saber, después de reconocida la ofensa y hechos todos los preparativos para rechazar de cualquier modo la injuria y hacerse cumplir las promesas. Ahora bien, si la guerra no es declarada por el príncipe ni se funda en su autoridad, no ha de llamarse propiamente guerra, sino defensa, cuya justificación ha de medirse según la circunstancia de propia y legítima defensa; y si ésta se excediese de sus límites, incurriría en pena por la violencia y daño inferido, según enseña el “rescripto” del mismo [Papa] Inocencio. En el caso de una guerra tal, el botín no pasa a ser posesión del que lo coge, y las injurias inferidas han de ser castigadas con las leyes o la autoridad del príncipe.

Caso distinto es si la república o su autoridad suprema son injuriadas o atacadas hostilmente con una guerra que con la guerra deba de ser rechazada. Y así, precisamente con este fin, la naturaleza armó al resto de los animales de garras, cuernos, dientes, cascos y otras defensas, y al hombre le preparó para toda clase de guerras dándole las manos, que sustituyen a las garras, cuernos y cascos, lo mismo que a la espada y lanza, y cualquier clase de armas que la mano puede utilizar. Dotóle, además, como en otro lugar dice el Filósofo, de habilidad y

[demás] facultades naturales del alma (él las denomina prudencia y virtud); ahora bien, al asegurar que el hombre puede hacer uso de ellas para bien y para mal, declara haber abusado de estos nombres, al atestiguar en otro pasaje que nadie puede abusar de la virtud.

Una segunda causa justificativa de las guerras consiste en la recuperación del botín injustamente arrebatado. Esta fue la que impulsó a Abraham a luchar contra Codorlaomor, rey de los Elamitas, y sus príncipes aliados, al ver que éstos, después de haber saqueado a Sodoma, se llevaban cautivo con un gran botín a Loth, hijo de su hermano. Esto nos indica que es lícito hacer la guerra no sólo para recuperar nuestras propiedades, sino también las de nuestros amigos, injustamente arrebatadas, y para rechazar las ofensas [que se les hagan].

La tercera causa consiste en la imposición del castigo a quien ha cometido la ofensa, a no ser que antes su ciudad se lo hubiera impuesto olvidando el perjuicio recibido, para que así tanto el ofensor como el cómplice de su crimen con su consentimiento, al recibir la pena merecida, escarmienten para el futuro y los demás se atemoricen con su ejemplo. Podría aquí enumerar muchas de las guerras llevadas a cabo por los griegos y romanos por esta causa, con unánime aprobación de los hombres, cuyo consentimiento se considera ley de la naturaleza, pues tal fue la que los lacedemonios hicieron por espacio de diez años a los mesenios, por haber éstos violado a sus vírgenes en el sacrificio anual, y aquella otra que los romanos le hicieron a los corintios por la afrenta que éstos infirieron a sus embajadores, contra el Derecho de gentes. Pero mejor será tomar ejemplos de la Historia Sagrada. En ella vemos cómo por el estupor y muerte

de la mujer del Levita en la ciudad de Gabaa, de la tribu de Benjamín, los demás israelitas hicieron guerra a esta ciudad y a la tribu cómplice [del crimen], desapareciendo al ser aniquilada casi en su totalidad, y siendo incendiadas sus ciudades y aldeas. Igualmente los macabeos Jonathán y Simeón, para vengar la muerte de su hermano Juan, tomaron las armas y atacaron a los hijos de Jambro, sembrando entre ellos una gran mortandad.

LEOPOLDO.- ¿Aseguras que la venganza de las injurias está permitida a los buenos y virtuosos varones? Según eso, ¿qué fuerza tienen para ti aquellas divinas palabras del Deuteronomio: *para mi la venganza y yo daré la retribución*. ¿Acaso no indican que este derecho es privativo exclusivamente de Dios?

DEMOCRATES.- No encubras con eso su verdadero sentido pues Dios no siempre ejerce personalmente la venganza, sino que muchas veces lo hace por intermedio de sus ministros, que son en este caso los príncipes y magistrados; pues según testimonio de San Pablo, el príncipe *es ministro de Dios y vengador para castigo del que obra el mal*. Y así, al hombre privado no le es lícito vengar con las armas sus propias injurias, sino solamente repeler la agresión presente y hacer frente a quien le ataca; ni se encuentra desamparado por las leyes o los magistrados para exigir satisfacción, con tal de que no sea inducido a ello por móviles de odio, sino que lo haga para que se ponga coto a la injusticia y los malvados escarmenten con el ejemplo del castigo. Ahora bien, a los que llevan la dirección política de una nación les es no sólo lícito, sino aun necesario repeler los agravios personales en cuanto redundan en descrédito de la república (pues así lo exigen la justicia y la dignidad de ésta), y

además los que se hagan a cada ciudadano en particular; obrarán así si quieren, como debe ser su mayor deseo, cumplir la misión que Dios les ha encomendado, *pues no empuñan la espada sin motivo*.

Estas son, pues, las tres causas justificativas de la guerra que San Isidoro enumera en aquellas pocas palabras que recordé, y que han pasado a los Decretos Eclesiásticos. San Isidoro se refiere al castigo de las injurias en la reclamación de las cosas hurtadas, pues aunque el castigo a veces se exige por sí mismo, corrientemente va unido a la recuperación de las sustracciones.

Hay además otras causas que justifican las guerras, no de tanta aplicación ni tan frecuentes; no obstante, son tenidas por muy justas y se fundan en el Derecho natural y divino. Una de ellas, la más aplicable a esos bárbaros llamados vulgarmente Indios, de cuya defensa parece haberte encargado, es la siguiente: que aquellos cuya condición natural es tal que deban obedecer a otros, si rehusan su imperio y no queda otro recurso, sean dominados por las armas; pues tal guerra es justa según opinión de los más eminentes filósofos.

LEOPOLDO.- Extraña doctrina acabas de exponer, Demócrates, y muy apartada de la opinión común de los hombres.

DEMOCRATES.- Extraña quizá, pero sólo para aquellos que han saludado a la Filosofía desde el umbral. Y así me asombro de que un hombre tan docto como tú, tenga por dogma nuevo una doctrina antigua entre los filósofos y muy conforme al Derecho natural.

LEOPOLDO.- ¿Acaso ha nacido alguien tan infeliz que sea condenado por la naturaleza a vivir en servidumbre? Pues ¿qué otra cosa es estar sometido por naturaleza al imperio de

otro, sino ser siervo por naturaleza? ¿Acaso crees que bromean los jurisconsultos, que muchas veces siguen la razón de la naturaleza, cuando enseñan que desde el principio todos los hombres nacieron libres y que la servidumbre fue introducida por el Derecho de gentes fuera de naturaleza?

DEMOCRATES.- Yo, al contrario, creo que los jurisconsultos hablan y obran en serio y exponen sus enseñanzas con mucha prudencia. Sin embargo, es muy diversa la interpretación que dan al concepto de servidumbre los jurisconsultos, de la de los filósofos. Para los primeros consiste en cierta condición adventicia que tiene su origen en la fuerza del hombre, en el Derecho de gentes y a veces en el Derecho civil; los filósofos, en cambio, dan el nombre de servidumbre a la torpeza ingénita [de entendimiento] y a las costumbres inhumanas y bárbaras. Por lo demás, no olvides que el dominio no se ejerce siempre del mismo modo, sino de muy diversos; así son distintos y tienen diverso fundamento jurídico el dominio del padre sobre el hijo, del esposo sobre la esposa, del señor sobre sus siervos, del magistrado sobre los ciudadanos, del rey sobre los pueblos e individuos sujetos a su imperio; y siendo estos dominios tan diversos, sin embargo, cuando se apoyan en la recta razón, todos tienen su fundamento en el Derecho natural, que dentro de su variedad parte, como enseñan los sabios; de un solo principio y dogma natural: el imperio y dominio de la perfección sobre la imperfección, de la fortaleza sobre la debilidad, de la virtud excelsa sobre el vicio.

Tan conforme a la naturaleza es esto, que en todas las cosas que constan de otras muchas, ya continuas, ya separadas, observamos que una de ellas, a saber, la más importante, tiene

el dominio sobre las demás, según enseñan los filósofos, y las otras la están sometidas. Y así en todos los objetos inanimados compuestos de materia y forma, ésta, como más perfecta, preside y parece que domina; la materia, en cambio, está sometida a ella y parece su sierva. Y siendo idéntica la materia de todas las cosas que nacen y mueren, vemos en sus variaciones que la materia sigue a la forma como la esclava a su señora, a dondequiera que la guíe. De este modo, al convertirse la tierra en fuego, que es una de las variaciones sustanciales que suelen darse entre los llamados elementos, la materia que antes tendía hacia abajo, ahora intuída por la forma tiende hacia arriba. Y dicen que esto se aprecia con mucha más claridad en los animales, pues el alma tiene el dominio y es como señora; el cuerpo está sometido y es como esclavo. Del mismo modo, aun en el alma, la parte dotada de razón preside y desempeña un imperio, civil no obstante; y la otra, falta de razón, está sometida a su dominio y la obedece, y todo esto lo hace por aquella decisión y ley divina y natural según la cual las cosas más perfectas y mejores mantienen su dominio sobre las imperfectas y desiguales. Esto ha de entenderse en cosas que conservan incorrupta su naturaleza y hombres sanos de alma y cuerpo, pues en éstos se aprecia con claridad por tener íntegra la naturaleza, pero en los viciosos y depravados frecuentemente el cuerpo domina al alma y el apetito a la razón, cosa mala y antinatural. Y así en un mismo hombre puede apreciarse el imperio heril que el alma ejerce sobre el cuerpo, y el civil y regio que la mente o razón ejerce sobre el apetito.

En todo esto se ve con claridad que es natural y beneficioso el dominio del alma sobre el cuerpo, de la razón sobre el apetito, al paso

que la paridad o desigualdad de dominio es perniciosa para todos. Y, según enseñan, por esta misma medida y ley se rigen corrientemente los hombres y los restantes animales. Pues siendo entre los animales mejores los domesticados que los salvajes, no obstante, a los primeros les resulta mejor y más beneficiosa la sumisión al imperio del hombre, ya que así y no de otro modo se conservan. Por la misma razón el marido tiene dominio sobre su esposa, el adulto sobre el niño, el padre sobre el hijo; en una palabra, los superiores y más perfectos sobre los inferiores y más imperfectos. Y enseñan que esta misma razón vale para los demás hombres en sus mutuas relaciones, pues de ellos hay una clase en que unos son por naturaleza señores y otros por naturaleza siervos. Los que sobresalen en prudencia y talento, aunque no en robustez física, estos son señores por naturaleza; en cambio, los tardos y torpes de entendimiento, aunque vigorosos físicamente para cumplir los deberes necesarios, son siervos por naturaleza, y añaden [los filósofos] que para éstos no sólo es justo, sino también útil, que sirvan a los que son por naturaleza señores. Y vemos que esto está sancionado también por ley divina en el libro de los Proverbios: *el que es necio servirá al sabio*, y es creencia que tales son los pueblos bárbaros e inhumanos apartados de la vida civil, conducta morigerada y práctica de la virtud. A éstos les es beneficioso y más conforme al Derecho natural el que estén sometidos al imperio de naciones o príncipes más humanos y virtuosos, para que con el ejemplo de su virtud y prudencia y cumplimiento de sus leyes abandonen la barbarie y abracen una vida más humana, una conducta más morigerada y practiquen la virtud. Y si rechazan su imperio, pueden ser obligados por

las armas, y esta guerra los filósofos enseñan que es justa por naturaleza, con estas palabras: *De esto resulta que en cierto modo brota de la naturaleza la obtención de riquezas por medio de la guerra, puesto que una parte de ella es la facultad de la caza, de la cual conviene usar no sólo contra las bestias, sino también contra aquellos hombres que habiendo nacido para obedecer rehusan el dominio, pues tal guerra es justa por naturaleza.*

Hasta aquí Aristóteles, cuya opinión corrobora así San Agustín cuando escribe a Vincencio: *¿Acaso piensas que no se puede obligar a nadie a la práctica de la justicia? ¿No has leído que el padre de familias dijo a sus siervos: "obligad a entrar a todos los que encontréis"?* Y en otro lugar dice: *Hay que insistir, aun con aquellos que resisten a ser corregidos, con cierta benigna aspereza, y se ha de mirar más por su utilidad que por su capricho. Pues en la corrección del hijo, aunque se haga ásperamente, jamás por eso se pierde el amor paternal. Obrese con él, aun en contra de su voluntad, a pesar del sufrimiento, pues aunque no lo quiera, el dolor parece necesario para su salvación.* En suma, nos enseñan que es justo naturalmente y beneficioso para ambas partes, el que los hombres buenos, excelentes por su virtud, inteligencia y prudencia, imperen sobre sus inferiores. Doctrina que ha sido admitida por el consentimiento universal y práctica general de las gentes, consentimiento y práctica que, según los filósofos, son ley de la naturaleza; pues todas las naciones gobernadas por una recta política, así como los reyes justos al hacer el nombramiento de los altos cargos, a saber, aquellas personas que según su criterio velan por los intereses de la nación, suelen exclusivamente o con prefe-

rencia fijarse en la virtud o prudencia, porque juzgan que sólo así la república se salvará y se mantendrá un imperio justo y moderado, si el pueblo está bajo el dominio de los buenos y sabios, ya que no es fácil que tales personas se dejen arrastrar por la pasión y el vicio a la injusticia, ni llevados de la imprudencia incurran en error como sus desemejantes, y si investigas, en este fundamento se apoya toda la doctrina política de los filósofos, es decir, los tratados “de República”.

LEOPOLDO.- Si los imperios están reservados por Derecho natural a los más prudentes y virtuosos, hazte la idea de que el Reino de Túnez, por ejemplo (pues prefiero buscar un caso de desgracia entre los infieles más bien que entre nuestros pueblos), ha recaído por derecho de herencia y edad en un príncipe que tiene hermanos menores y otros próceres que le aventajan en prudencia y en virtud, ¿acaso no pretendería cada uno de éstos que el reino se le debía a él en calidad de varón más excelente, más bien que a aquel príncipe indotado?

DEMOCRATES.- Si buscamos la verdad, Leopoldo, y cuanto exige la razón del orden natural, el imperio debe estar siempre en poder de los mejores y más prudentes, pues, como enseñan los filósofos, los reinos que son verdaderos reinos son regidos siempre por el mejor y más prudente gobernante, atento en todo momento al bien de la comunidad. En caso contrario, el nombre de reino no debe tener valor. Por eso la “República de los óptimos” es el régimen más justo y natural, porque en ella mandan los más prudentes y mejores, de ahí la viene su nombre. Pero la felicidad humana no es de tal naturaleza que los hombres puedan hacer y buscar siempre con rectitud y sin grandes inconvenientes lo que es mejor y

más beneficioso. Mucho interesa, a juicio de los médicos, que los buenos humores dominen en el cuerpo humano para la conservación de su estado natural y buena salud, y cuando sucede lo contrario y predominan los malos y corrompidos humores, no desaprovechan medio alguno, si es que lo hay, para atajar este desarreglo y aminorar su pernicioso influjo. Pero si al intentar exterminarlos surge el peligro de que toda la salud del cuerpo se destruya, los médicos prudentes se abstienen de curas peligrosas, no porque ignoren que tal perversión de humores es perjudicial y antinatural, sino porque están convencidos de que es preferible que el hombre viva aun con mala salud a que perezca totalmente. Esta prudencia de los médicos la imitan los hombres previsores, y así, cuando enferman los reinos y están como tocados en su cabeza, fundados en la autoridad de San Pedro Apóstol, toleran a los príncipes molestos, no porque a su juicio no sea más justo y natural ser gobernado por los mejores, sino para evitar que estallen levantamientos y guerras civiles, que son males mucho mayores y hacen que aquéllos parezcan bienes. Pues *el mal menor*, según doctrina de los filósofos, *hace las veces de bien*. Por eso dijo San Agustín: *Se han de tolerar los malvados en bien de la paz; no nos apartemos de ellos corporalmente, sino espiritualmente; y esto conviene hacerlo para la corrección de los malos, siempre que se puede según las posibilidades de cada uno, quedando a salvo la paz*. Sobre esta cuestión así se expresa Santo Tomás: Ha de tolerarse el pecado del príncipe si no puede ser castigado sin escándalo de la multitud, a no ser que el pecado sea de tal naturaleza que haga mayor daño espiritual o *temporal a la multitud que el escándalo que de él se originaría*.

De todo lo expuesto se deduce que la medida para soportar tanto a los príncipes malvados, molestos e injustos, como a la restante administración de la república, nos la ha de dar *el bien de la comunidad*.

LEOPOLDO.- Si para evitar desgracias debemos contentarnos con el régimen que de hecho exista en la nación, aunque sea molesto, ¿por qué no abstenernos de igual modo de la dominación de los bárbaros para evitar guerras y mayores males? Si aquella guerra es impía, ¿por qué no se ha de considerar ésta vergonzosa?

DEMOCRATES.- Porque son casos muy distintos. Pues cuando un rey por sucesión ocupa el trono según las leyes y costumbres de su patria, aunque sea malvado y poco idóneo, no se le ha de soportar solamente para evitar las desgracias que lleva consigo un intento de destronamiento por las armas, sino también para no quebrantar las leyes que velan por el bienestar de la república, al provocar una guerra contra el legítimo rey. Tal guerra es impía y nefanda. Primeramente porque no se apoya en la autoridad del príncipe, sin la cual no puede haber guerra justa, a no ser que se haga por pública voluntad y determinación de toda la nación. En segundo lugar, porque va contra las leyes y costumbres de los antepasados, *los* cuales, para evitar luchas y discordias entre pretendientes, que frecuentemente dividen los pueblos en facciones y engendran guerras civiles y a veces regímenes tiránicos, decidieron prudentísimamente, y con general aprobación fue sancionado legalmente en la generalidad de los pueblos, que la sucesión al reino se dé siempre dentro de una familia determinada (en esto pusieron especial interés), conforme a un derecho hereditario y de edad; y que el príncipe

así designado gobierne sus pueblos y ciudades ya conforme a su prudencia y a la de sus ministros, ya con arreglo a las costumbres patrias y leyes justas. Corrientemente los resultados coinciden con los deseos, y así suelen sucederse reyes prudentes y justos o al menos tolerables, como vemos que ocurrió corrientemente entre los lacedemonios dentro de una sola familia de los Heráclidas, y mucho más en España en la sola familia de los Pelágidas, si según la costumbre de mi patria me permiten llamar así a los descendientes de Pelayo, primero de la dinastía que fue proclamado rey de España por el pueblo, después de la derrota que nos infligieron los sarracenos y moros. Y desde esa época hasta la actual que ennoblece la figura de Carlos Rey de España y a la vez Emperador de Romanos, en un lapso de más de ochocientos años, apenas se encuentran en la continua sucesión de esta familia uno, dos o desde luego poquísimos que en justicia no puedan contarse en el número de reyes buenos. Y si alguna vez cae sobre algún reino una desgracia tal, que Dios permite a veces para castigar los pecados de los pueblos, se ha de soportar pacientemente el rey molesto y se ha de pedir a Dios que le conceda buena intención y le quite la temeridad, para que lo que quizá no puede lograr con su prudencia, lo consiga siguiendo el consejo de los mejores y más prudentes varones y gobierne conforme a las costumbres e instituciones patrias. En suma, así como los filósofos aseguran que no conviene cambiar las leyes que no sean enteramente rudas y bárbaras, aunque se encuentren otras mejores, sin un bien grande y manifiesto para la república, del mismo modo nada se ha de hacer ni proponer contra las leyes que no reporte un beneficio grande y segurísimo, y no

se funde en la autoridad del príncipe o de la república. Más bien se ha de soportar el daño tolerable por esta misma causa, no sea que si los hombres se acostumbran a cambiar, dero- gar o infringir las leyes sin motivo alguno muy justificado, disminuya la fuerza de la legisla- ción, que es la salvación de la república, y se apoya en la costumbre de obedecer. Así, pues, mira cuánta diferencia hay entre la guerra contra los bárbaros y la otra en la que el pueblo amotinado toma las armas un tanto temeraria- mente contra el príncipe falto de aptitudes. Esta última se hace sin autoridad pública y contra el legítimo príncipe; aquélla se lleva a cabo por su orden y autoridad cuando con rectitud se hace; ésta va contra los juramentos, leyes e instituciones de nuestros antepasados, con grave perturbación de la república; aquélla se apoya en la ley natural y su fin es reportar un gran bien a los vencidos para que aprendan de los cristianos el valor de la dignidad humana, se acostumbren a la práctica de las virtudes y preparen sus almas con sana doctrina y piadosos consejos para recibir de buen grado la religión cristiana.

LEOPOLDO.- Pero en esa guerra contra los bárbaros se cometen grandes estragos y matanzas de personas, como suele ocurrir, lo cual constituye un motivo en pro de su causa para evitar las guerras, de no menor peso que lo tiene entre nosotros el peligro de las guerras civiles.

DEMOCRATES.- Al contrario, tanto menor es el motivo cuanto mayor es la diferen- cia que hay entre una guerra justa y piadosa y una nefanda guerra civil; pues en ésta muchas veces se ven envueltas en injusta guerra perso- nas inocentes; en aquélla, al contrario, los que son derrotados y caen, reciben el castigo me-

recido; y éste no es motivo importante que deba retraer de la lucha a los Príncipes constantes, valerosos y justos, según sentencia de San Agustín, que, como dije, habla así a Fausto: *¿Qué es lo que se culpa en la guerra?, ¿Acaso el que mueran los que alguna vez han de morir para que dominen en la paz los futuros vencedores? Reprender esto es propio de tímidos y no de religiosos.* Aunque, por si lo ignoras, es tal la condición de estos bárbaros, que con la pérdida de muy pocos hombres en ambos bandos, pueden darse muy grandes avances en su conquista.

LEOPOLDO.- En una guerra justa, Demócrates, tú mismo lo has dicho, se requie- re no sólo justa causa, sino también buena intención y recto modo de hacerla. Ahora bien, esta guerra contra los bárbaros, según tengo entendido, no se hace con buena intención, pues los que la emprenden no tienen otro propósito que ganar grandes cantidades de oro y plata, por medios lícitos e ilícitos, contra aquel precepto de San Agustín de que hiciste mención: *No es delito hacer la guerra, pero sí es pecado hacerla por el botín;* sentencia parecida a esta otra de San Ambrosio: *No están exentos de crimen los que por un oculto instin- to de Dios se sienten inclinados a perseguir a los malvados con la mala intención, no de castigar los pecados de los delincuentes, sino de apoderarse de sus bienes y someterlos a su dominio.* Luego la guerra que hacen los espa- ñoles no es justa ni razonable, sino que es gravemente injuriosa y cruel para los bárbaros y se desarrolla a manera de latrocinio, de tal suerte que los españoles están tan obligados a restituir las depredaciones a los bárbaros como los ladrones a los caminantes a quienes han despojado de sus bienes.

DEMOCRATES.- No se ha de creer, Leopoldo, que aquel que aprueba el dominio de un príncipe o república sobre sus súbditos y clientes, aprueba también de plano los pecados de sus prefectos o ministros. Y si hombres malvados e injustos cometen crímenes y actos de avaricia y crueldad, según he oído que se han dado muchos casos, no por eso pierde su valor la causa que defienden el príncipe y las personas honradas, a no ser que éstos con su negligencia y consentimiento den ocasión a que se cometan los crímenes, pues entonces los príncipes, al consentir, incurren en la misma culpa que sus ministros y con la misma pena han de ser castigados en el juicio de Dios. Célebre es aquella piadosa sentencia de Inocencio III: *El error al que no se hace resistencia es aprobado, y la verdad que no es defendida es oprimida*; así, el no cuidarnos de impedir la acción de los perversos cuando se puede, no es otra cosa que fomentaría, y no está libre de sospechas de oculta complicidad aquel que deja de oponerse a un delito manifiesto. Si la guerra, pues, se hace tal como tú has dicho, Leopoldo, es impía y criminal, y mi opinión es que se debe castigar a los que así la hacen casi como a ladrones y plagiarios, pues de poco o nada sirve hacer cosas justas si los métodos no son justos. Dios dijo: *buscarás justamente lo que es justo*. Pero no todos han hecho la guerra de ese modo, si son verídicas ciertas relaciones sobre la conquista de Nueva España, que leí hace poco. No es de la moderación o crueldad de soldados y jefes de lo que ahora discutimos, sino de la naturaleza de esta guerra y su relación con el justo Rey de las Españas y sus justos ministros, y sostengo que es de tal naturaleza que: parece puede hacerse con rectitud, justicia y piedad, y que además reporta alguna

utilidad al pueblo vencedor, pero aún mucho mayor beneficio a los bárbaros vencidos, ya que, como antes dije, se encuentran en tal estado que fácilmente y con muy pocas bajas se les puede vencer y obligar a la rendición. Y si tal empresa se confiase a varones no sólo valerosos, sino también justos, moderados y humanos, fácilmente se podría llevar a cabo sin delito ni crimen, y como dije, reportaría a los españoles algún beneficio, pero mucho mayor y más justificado a los bárbaros.

Esto es, pues, el proceso lógico de la guerra: primeramente, que se declare; esto es, amonestar a los bárbaros a que acepten los grandes beneficios del vencedor y se instruyan de la verdadera religión y admitan el imperio del Rey de las Españas, no sea que si obran contrariamente y rechazan su dominio, sean maltratados hostilmente por los españoles que con el fin de dominarlos fueron enviados por su Rey; si los bárbaros piden tiempo para deliberar, se les debe conceder cuanto sea necesario para reunir un consejo público y redactar las decisiones, pero no conviene darles un lapso de tiempo excesivo; pues si se hubiese de esperar a que ellos se instruyesen en la naturaleza, costumbres e inteligencia de los españoles y de las suyas, de la diferencia de ambos pueblos, del derecho de mandar y obedecer, de la diferencia, honestidad y verdad moral y religión, el tiempo concedido se alargaría hasta el infinito y sería en vano, pues esto no puede conocerse sino después de aceptado nuestro imperio, con el trato continuo de nuestros hombres y con la doctrina de los maestros de moral y religión.

Si después de instruidos de este modo cumplen nuestras órdenes, han de ser admitidos en la fe y se les han de conceder condiciones de paz justa en conformidad con su natura-

leza, para que, según la sentencia del Deuteronomio, *sirvan bajo tributo*. Pero si, no haciendo caso de amonestación y rechazando temerariamente a los embajadores, rehusan con pertinacia tomar parte en la conferencia y se preparan para resistir, al ser derrotados, tanto ellos como sus bienes caerán en poder del príncipe vencedor para que pueda decidir de ellos según su parecer, con tal que la prudencia y la razón de la paz y del bien público rijan su voluntad, con una norma que ha de aplicarse siempre al castigar al enemigo después de la victoria. Pero ante todo ha de evitarse la astucia, no sea que por un fraude ingenioso se vean arrastrados al error y al deseo o necesidad de resistir; pues si todo no se hace de buena fe, de tal modo que ellos entiendan claramente las amonestaciones y reclamaciones que se les hacen, el fraude y malicia subsiguientes carecen de valor jurídico y nada ayudan, sino más bien estorban a la justicia. Ahora bien, si se hace caso omiso de la admonición y negándoseles la tregua a que nos referimos se les hiciese la guerra, al no estar ésta justificada en el Derecho natural y en la voluntad y decreto del justo príncipe, será injusta y más bien que guerra deberá llamarse latrocinio; pues según la definición del jurisconsulto Ulpiano, enemigos son aquellos a quienes públicamente declaró la guerra el pueblo romano o viceversa; los demás más bien reciben el nombre de ladronzuelos o piratas, y por el pueblo romano entendemos nosotros el príncipe o la república.

Bibliografía

A) El fragmento transcrito corresponde al libro de JUAN GINES DE SEPULVEDA *Demócrates Segundo o De las justas causas de la guerra contra los indios*. Edición crítica bilingüe, tra-

ducción, introducción, notas e índices por Angel Losada. Madrid, CSIC, Instituto Francisco de Vitoria, 1984, segunda edición, pp. 16-30.

Este texto permaneció inédito hasta 1892 (Tomo XXI del *Boletín de la Real Academia de la Historia*) en que apareció junto con la traducción castellana de Menéndez y Pelayo. Actualmente el material de ese tomo se encuentra reeditado, con el importante estudio introductorio de Manuel García-Pelayo "Juan Ginés de Sepúlveda y los Problemas Jurídicos de la Conquista de América", en JUAN GINES DE SEPULVEDA *Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979, primera reimpression.

La Junta de Valladolid puede seguirse consultando los textos siguientes: JUAN GINES DE SEPULVEDA. FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS. *Apología*. Traducción castellana de los originales latinos, introducción, notas e índices por Angel Losada. Madrid. Editora Nacional, 1975. El texto de Las Casas, en transcripción y traducción también de Angel Losada, se encuentra en la edición de Obras Completas de Bartolomé de Las Casas que está publicando la editorial Alianza de Madrid.

El célebre libro de Las Casas editado en Sevilla en 1552 *Aquí se contiene una disputa o controversia...* y que comprende tres partes, un sumario de la controversia redactado por Domingo de Soto para los otros miembros de la Junta, doce objeciones planteadas por Sepúlveda y las correspondientes doce réplicas de Las Casas, ahora es muy asequible gracias a la edición de José Alcina Franch de la "*Controversia Las Casas-Sepúlveda*" en BARTOLOMÉ DE LAS CASAS *Obra indigenista*, Madrid, Alianza, 1985, pp. 163-280.

El *Demócrates Primero* puede leerse en traducción castellana de la época gracias a la edición de Ana M. Arancon de la *Antología de Humanistas Españoles*, Madrid, Editora Nacional, 1980, pp. 295-330.

De Juan Ginés de Sepúlveda puede leerse su libro *Historia del Nuevo Mundo*, Edición de Antonio Ramírez, Madrid, Alianza, 1987.

- B) Sobre esta significativa controversia y sobre Sepúlveda, además de las ya citadas e importantes introducciones de Angel Losada, García-Pelayo y José Alcina, son muy recomendables los estudios siguientes:

PAGDEN, ANTHONY. *La caída del hombre natural. El indio americano y los orígenes de la etnología comparativa*. Trad. de Belén Urrutia. Madrid, Alianza, 1988.

HANKE, LEWIS. *La humanidad es una. Estudio acerca de la querrela que sobre la capacidad intelectual y religiosa de los indígenas americanos sostuvieron en 1550 Bartolomé de las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda*. Traduc. de J. Avendaño y M. Sepúlveda. México, Fondo de Cultura Económica, 1985, segunda edición.

GONZALEZ, JAIME. "La Junta de Valladolid convocada por el Emperador", en RAMOS, D. y otros. *Francisco de Vitoria y la Escuela de Salamanca. La ética en la Conquista de América*. Madrid, CSIC, 1984, pp. 199-228.

ABRIL, VIDAL. "Bipolarización Sepúlveda-Las Casas y sus consecuencias", en RAMOS, D. y otros. *Op. Cit.* pp. 229-290.

PEREÑA, LUCIANO. "La Escuela de Salamanca y la duda indiana", en RAMOS, D. y otros. *Op. Cit.* pp. 291-344.

HERNANDEZ, RAMON. "Las hipótesis de Francisco de Vitoria", en RAMOS, D. y otros. *Op. Cit.* pp. 345-382.



José de Acosta

A finales del XVI las diversas actividades que la sorpresa americana ha obligado a realizar comienzan a dar sus frutos y la primitiva etnografía descriptiva del asombro ante lo exótico adquiere los rasgos de la madurez, insinuando los albores de lo que en el XVIII ya será una nueva ciencia social. El continente americano, su flora y su fauna, sus hombres, culturas y sociedades, una vez que se les ha observado y descrito, suponen una mole de preguntas nuevas al pensamiento occidental, a su cosmovisión, su filosofía, su teología y sus ciencias, así como, según vimos en el apartado anterior, supusieron también un grave reto a su jurisprudencia y a su teoría política. La Historia natural y moral de las Indias, del Padre José de Acosta, es probablemente la cumbre de la aportación hispana a la reflexión etnológica y antropológica en el XVI y uno de los libros que más influencia tuvieron en toda Europa a lo largo del XVII. En el contexto de su propia concepción del mundo, pero también con una mente analítica y lógica que maneja un gran caudal de información y una serie respetable de personales experiencias de lo que estudia, el Padre Acosta acomete de frente los problemas etnológicos fundamentales de su época: quiénes son los americanos, de dónde proceden, quiénes fueron sus antepasados euroasiáticos, de qué modo llegaron al continente insospechado, etc., y ofrece sus propias respuestas, algunas coincidentes con las que proporciona la ciencia actual, pero todas avaladas por explícitos razonamientos que en nada desmerecen de los que en el XVII publicaron quienes se interesaron por esas mismas cuestiones, por ejemplo, John Ogilby, Robert Comtaeus, Hugo Grocio, Joannes de Laet o, ya en el XVIII, el P. Lafitau. La antropología se constituirá como ciencia, precisamente, en el proceso de discusión y respuesta de tales interrogantes.

José de Acosta nació en Medina del Campo en 1540. En 1552 entró en el noviciado de los jesuitas, residió como estudiante en Salamanca, Plasencia, Coimbra, Valladolid, Segovia y Alcalá, y fue ordenado sacerdote en 1559. Estudió cuatro años en Roma y después ejerció como profesor en varios colegios españoles. Designado como misionero, parte para

América en 1571, visita Santo Domingo y reside un año en Lima. Pasa unos años recorriendo bien lo que había sido el imperio inca y participa en la expedición del Virrey Toledo contra los chiriguanos. Es rector del Colegio de Lima y, en 1576, Provincial de su orden en el Perú. En 1577 termina su libro De Procuranda Indorum Salute o Predicación del Evangelio en las Indias. En 1581 compone el tratado latino De Natura Novi Orbis. Participa activamente en el Tercer Concilio Provincial Limense. En 1586 se establece en México y tiene relaciones con el P. Juan de Tovar, quien le proporciona fuentes sobre los antiguos mexicanos, y con el P. Alonso Sánchez, misionero en Filipinas, quien le informa sobre los chinos y los japoneses. En 1587 regresa a España, viajando a Madrid y Roma. Es nombrado visitador de su orden. En 1590 se publica en Sevilla su Historia natural y moral de las Indias. Dedicado intensamente a labores de su orden religiosa, muere en 1600. Su gran libro se tradujo rápidamente a los principales idiomas (italiano, francés, alemán, inglés, holandés y latín) y se reeditó mucho durante el XVII.

De la primera parte de su obra entresacamos sus reflexiones acerca del origen y procedencia de los indios americanos, que tuvieron enorme incidencia en aquel tiempo.

De qué modo pudieron venir a Indias los primeros hombres, y que no navegaron de propósito a estas partes.

Ahora es tiempo de responder a los que dicen que no hay antípodas, y que no se puede habitar esta región en que vivimos. Gran espanto le puso a San Agustín la inmensidad del Océano, para pensar que el linaje humano hubiese pasado a este Nuevo Mundo. Y pues por una parte sabemos de cierto, que ha muchos siglos que hay hombres en estas partes, y por otra no podemos negar lo que la Divina Escritura claramente enseña, de haber procedido todos los hombres de un primer hombre, quedamos sin duda obligados a confesar, que pasaron acá los hombres de allá de Europa o de Asia o de Africa, pero el cómo y por qué camino vinieron, todavía lo inquirimos y deseamos saber. Cierto no es de pensar que hubo otra Arca de Noé en que aportasen hombres a Indias, ni mucho menos que algún Angel trajese colgados por el cabello, como al profeta Abacuch, a los primeros pobladores de este mundo. Porque no se trata qué es lo que pudo hacer Dios, sino qué es conforme a razón y al orden y estilo de las cosas humanas. Y así se deben en verdad tener por maravillosas y propias de los secretos de Dios, ambas cosas; una que haya podido pasar el genero humano tan gran inmensidad de mares y tierras; otra, que habiendo tanto innumerables gentes acá, estuviesen ocultas a los nuestros tantos siglos. Por que pregunto yo, ¿con qué pensamiento, con qué industria, con que fuerza pasó tan copioso mar el linaje tan extraño? Verdaderamente he dado y tomado conmigo y con otros en este punto por muchas veces, y jamás acabo de hallar cosa que me satisfaga. Pero en fin, diré lo que se me ofrece; y pues me faltan testigos

a quien seguir, dejarme he ir por el hilo de la razón, aunque sea delgado, hasta que del todo se me desaparezca de los ojos. Cosa cierta es, que vinieron los primeros indios por una de tres maneras a la tierra del Perú. Porque o vinieron por mar o por tierra; y si por mar acaso, o determinación suya, digo acaso, echados con alguna gran fuerza de tempestad, como acaece en tiempos contrarios y forzosos; digo por determinación, que pretendiesen navegar e inquirir nuevas tierras. Fuera de estas tres maneras, no me ocurre otra posible si hemos de hablar según el curso de las cosas humana y no ponernos a fabricar ficciones poéticas y fabulosas, si no es que se le antoje a alguno buscar otra águila, como la de Ganimedes o algún caballo con alas como el de Perseo, para llevar los indios por el aire; ¿o por ventura le agrada aprestar peces, sirenas y Nicolaos, para pasallos por mar? Dejando pues, pláticas de burlas, examinemos por sí cada uno de los tres modos que pusimos; quizá será de provecho y de gusto esta pesquisa. Primeramente parece que podríamos atajar razones con decir que de la manera que venimos agora a las Indias, guiándose los pilotos por el altura y conocimiento del cielo, y con la industria de marear las velas conforme a los tiempos que corren, así vinieron y descubrieron y poblaron los antiguos pobladores de estas Indias. ¿Por qué no? Por ventura sólo nuestro siglo y solos nuestros hombres han alcanzado este secreto de navegar el Océano? Vemos que en nuestros tiempos se navega el Océano para descubrir nuevas tierras, como pocos años ha navegó Alvaro Mendaña y sus compañeros, saliendo del puerto de Lima la vuelta del Poniente, en demanda de la tierra que responde, Leste Oeste, al Perú; y al cabo de tres meses hallaron las islas que intitularon de

Salomón, que son muchas y grandes; y es opinión muy fundada que caen junto a la Nuevo Guinea, o por lo menos tienen tierra firme muy cerca, y hoy día vemos que por orden del Rey y de su Consejo, se trata de hacer nueva jornada para aquellas islas. Y pues esto pasa así ¿Por qué no diremos que los antiguos, con pretensión de descubrir la tierra que llaman antíctona, opuesta a la suya, la cual había de haber según buena filosofía, con tal deseo se animaron a hacer viaje por mar y no parar hasta dar con las tierras que buscaban? Ciertamente ninguna repugnancia hay en pensar que antiguamente acaeció lo que, ahora acaece, mayormente que la Divina Escritura refiere que de los de Tiro y Sidón recibió Salomón maestros y pilotos muy diestros en la mar, y que con éstos se hizo aquella navegación de tres años. ¿A qué propósito se encarece el arte de los marineros y su ciencia, y se cuenta navegación tan prolija de tres años, si no fuera para dar a entender, que se navegaba el gran Océano por la flota de Salomón? No son pocos los que lo sienten así, y aún les parece que tuvo poca razón San Agustín de espantarse y embarazarse con la inmensidad del mar Océano, pues pudo bien conjeturar de la navegación referida de Salomón, que no era tan difícil de navegarse. Mas diciendo verdad, yo estoy de muy diferente opinión, y no me puedo persuadir que hayan venido los primeros indios a este Nuevo Mundo por navegación ordenada y hecha de propósito, ni aun quiero conceder que los antiguos hayan alcanzado la destreza de navegar, con que hoy día los hombres pasan el mar Océano de cualquiera parte a cualquiera otra que se les antoja, lo cual hacen con increíble presteza y certinidad, pues de cosa tan grande y tan notable no hallo rastros en toda la antigüedad. El

uso de la piedra imán y del aguja de marear, ni la topo yo en los antiguos ni aún creo que tuvieron noticia de él; y quitado el conocimiento del aguja de marear, bien se ve que es imposible pasar el Océano. Los que algo entienden de mar, entienden bien lo que digo. Porque así es pensar que el marinero, puesto en medio del mar, sepa enderezar su proa adonde quiere si le falta el aguja de marear, como pensar que el que está sin ojos, muestre con el dedo lo que está cerca y lo que está lejos acullá en un cerro. Es cosa de admiración que una tan excelente propiedad de la piedra imán, la hayan ignorado tanto tiempo los antiguos y se haya descubierto por los modernos. Haberla ignorado los antiguos, claramente se entiende de Plinio, que con ser tan curioso historiador de las cosas naturales, contanto tantas maravillas de la piedra imán jamás apunta palabra de esta virtud y eficacia, que es la más admirable que tiene de hacer mirar al Norte el hierro que toca, como tampoco Aristóteles habló de ello, ni Teofrasto, ni Dioscórides, ni Lucrecio, ni historiador ni filósofo natural que yo haya visto, aunque tratan de la piedra imán. Tampoco San Agustín toca en esto, escribiendo por otra parte muchas y maravillosas excelencias de la piedra imán en los libros de la Ciudad de Dios. Y es cierto que cuantas maravillas se cuentan de esta piedra, todas quedan muy cortas respecto de esta tan extraña de mirar siempre al Norte, que es un gran milagro de naturaleza. Hay otro argumento también, y es que tratando Plinio de los primeros inventores de navegación y refiriendo allí de los demás instrumentos y aparatos, no habla palabra del aguja de marear, ni de la piedra imán; sólo dice que el arte de notar las estrellas en la navegación salió de los de Fenicia. No hay duda sino que los antiguos, lo que

alcanzaron del arte de navegar era todo mirando las estrellas y notando las playas y cabos y diferencias de tierras. Si se hallaban en alta mar tan entrados que por todas partes perdiesen la tierra de vista, no sabían enderezar la proa por otro regimiento, sino por las estrellas, y sol y luna. Cuando esto faltaba como en tiempo nublado acaece, regíanse por la cualidad del viento y por conjeturas del camino que habían hecho. Finalmente, iban por su tino, como en estas Indias también los indios navegan grandes caminos de mar, guiados de sola su industria y tino. Hace mucho a este propósito lo que escribe Plinio de los isleños de la Taprobana, que agora se llama Sumatra, cerca del arte e industria con que navegan, escribiendo en esta manera: “Los de Taprobana no ven el Norte, y para navegar suplen esta falta llevando consigo cierto pájaros, los cuales sueltan a menudo, y como los pájaros por natural instinto vuelan hacia la tierra, los marineros enderezan su proa tras ellos.” ¿Quién duda, si éstos tuvieran noticia del aguja, que no tomaran por guías a los pájaros para ir en demanda de la tierra? En conclusión, basta por razón para entender que los antiguos no alcanzaron este secreto de la piedra imán, ver que para cosa tan notable como es el aguja de marear, no se halla vocablo latino, ni griego ni hebraico. Tuviera sin falta algún nombre en estas lenguas cosa tan importante, si la conocieran. De donde se verá la causa por que agora los pilotos, para encomendar al vía al que lleva el timón, se sientan en lo alto de la popa, que es por mirar de allá el aguja, y antiguamente se sentaban en la proa, por mirar las diferencias de tierras y mares, y de allí mandaban la vía, como lo hacen también agora muchas veces al entrar o salir de los puertos; y por eso los griegos llamaban a los pilotos, prontas, porque iban en la proa.

De lo dicho se entiende que a la piedra imán se deben la navegación de las Indias tan cierta y tan breve, que el día de hoy vemos muchos hombres que han hecho viaje de Lisboa a Goa, y de Sevilla a México y a Panamá, y en este otro mar del Sur, hasta la China y hasta el Estrecho de Magallanes; y esto con tanta facilidad como se va el labrador de su aldea a la villa. Ya hemos visto hombres que han hecho quince viajes, y aún dieciocho a las Indias; de otros hemos oído que pasan de veinte veces las que han ido y vuelto, pasando ese mar Océano, en el cual cierto no hallan rastro de los que han caminado por él, ni topan caminantes a quien preguntar el camino. Porque como dice el Sabio, “la nabo corta el agua y sus ondas”. Mas con la fuerza de la piedra imán se abre camino descubierto por todo el grande Océano, por haberle el Altísimo Creador comunicado tal virtud, que de sólo tocarla el hierro, queda con la mira y movimiento al norte, sin desfallecer en parte alguna del mundo. Disputen otros e inquietan la causa de esta maravilla, y afirmen cuanto quisieren no sé qué simpatía; a mi más gusto me da mirando estas grandezas, alabar aquel poder y providencia del Sumo Hacedor, y gozarme de considerar sus obras maravillosas.

...

Baste esta digresión y volvamos a nuestro cuento, concluyendo que el uso del aguja de la mar no le alcanzaron los antiguos, de donde se infiere que fue imposible hacer viaje del otro mundo a este por el Océano, llevando intento y determinación de pasar acá.

En que se responde a los que sienten haberse navegado antiguamente el Océano como agora

Lo que se alega en contrario de lo dicho, que la flota de Salomón navegaba en tres años, no convence, pues no afirman las Sagradas Letras que se gastaban tres años en aquel viaje, sino que en cada tres años, una vez se hacía viaje. Y aunque demos que duraba tres años la navegación, pudo ser y es más conforme a razón, que navegando a la India Oriental, se detuviese la flota por la diversidad de puertos y regiones que iba reconociendo y tomando, como agora todo el mar del Sur se navega cuasi desde Chile hasta Nuevo España; el cual modo de navegar, aunque tiene más certidumbre por ir siempre a vista de tierra, es empero muy prolijo por el rodeo que de fuerza ha de hacer por las costas y mucha dilación en diversos puertos. Cierito yo no hallo en los antiguos que se hayan arrojado a lo muy adentro del mar Océano, ni pienso que lo que navegaron de él, fue de otra suerte que lo que el día de hoy se navega del Mediterráneo. Por donde se mueven hombres doctos a creer que antiguamente no navegaban sin remos, como quien siempre iba costeano la tierra. Y aun parece lo da así e entender la Divina Escritura cuando refiere aquella famosa navegación del Profeta Jonás, donde dice que los marineros, forzados del tiempo, remaron a tierra.

Que se puede pensar que los primeros pobladores de Indias aportaron a ellas echados de tormenta y contra su voluntad

Habiendo mostrado que no lleva camino pensar que los primeros moradores de Indias hayan venido a ellas con navegación hecha para ese fin, bien se sigue que si vinieron por mar haya sido acaso y por fuerza de tormentas el haber llegado a Indias, lo cual por inmenso que sea el mar Océano, no es cosa increíble.

Porque pues así sucedió en el descubrimiento de nuestros tiempos, cuando aquel marinero (cuyo nombre aún no sabemos, para que negocio tan grande no se atribuya a otro autor sino a Dios) habiendo por un terrible e importuno temporal reconocido el Nuevo Mundo, dejó por paga del buen hospedaje a Cristóbal Colón la noticia de cosa tan grande, así pudo ser que algunas gentes de Europa o de Africa antiguamente hayan sido arrebatadas de la fuerza del viento y arrojadas a tierras no conocidas, pasando el mar Océano. ¿Quién no sabe que muchas o las más de las regiones que se han descubiertas en este Nuevo Mundo, ha sido por esta forma, que se debe más a la violencia de temporales su descubrimiento que a la buena industria de los que las descubrieron? Y porque no se piense que sólo en nuestros tiempos han sucedido semejantes viajes hechos por la grandeza de nuestras naos y por el esfuerzo de nuestros hombres, podrá desengañarse fácilmente en esta parte quien leyere lo que Plinto refiere haber sucedido a muchos antiguos. Escribe pues de esta manera: “Teniendo el cargo Gayo César, hijo de Augusto, en el mar de Arabia cuentan haber visto y conocido señas de naos españolas que habían padecido naufragio” y dice más después: “Nepote refiere del rodeo Septentrional que se trajeron a Quinto Metelo Celere, compañeros en el Consulado de Gayo Afranio (siendo el dicho Metelo, Procónsul en la Galia) unos indios presentados por el rey de Suevia, los cuales indios, navegando desde la India para sus contrataciones, por la fuerza de los temporales fueron echados en Germania”. Por cierto si Plinio dice verdad, no navegan hoy día los portugueses más de lo que en aquellos dos naufragios se navegó, el uno desde España hasta el mar Bermejo, y el

otro desde la India Oriental hasta Alemania. En otro libro escribe el propio autor, que un criado de Annio Plocanio, el cual tenía arrendados los derechos del mar Bermejo, navegando la vuelta de la Arabia, sobreviniendo Nortes furiosos, en quince días vino pasada la Carmania a tomar a Hippuros, puerto de la Taprobana que hoy día llaman Samatra. También cuentan que una nao de cartaginenses, del mar de Mauritania fue arrebatada de brisas hasta ponerse a vista del Nuevo Orbe. No es cosa nueva para los que tienen alguna experiencia de mar, el correr a veces temporales forzosos y muy porfiados, sin aflojar un momento de su furia. A mi me acaeció pasando a Indias, verme en la primera tierra poblada de españoles en quince días después de salidos de las Canarias, y sin duda fuera más breve el viaje si se dieran velas a la brisa fresca que corría. Así que me parece cosa muy verosímil, que hayan en tiempos pasados venido a Indias hombres vencidos de la furia del viento, sin tener ellos tal pensamiento. Hay en el Pirú gran relación de unos gigantes que vinieron en aquellas partes, cuyos huesos se hallan hoy día de disforme grandeza cerca de Manta y de Puerto Viejo, y en proporción habían de ser aquellos hombres más que tres tanto mayores que los indios de agora. Dicen que aquellos gigantes vinieron por mar, y que hicieron guerra a los de la tierra, y que edificaron edificios soberbios, y muestran hoy un pozo hecho de piedras de gran valor. Dicen más: que aquellos hombres, haciendo pecados enormes y especial usando contra natura, fueron abrasados y consumidos con fuego que vino del cielo. También cuentan los indios de Yca y los de Arica, que solían antiguamente navegar a unas islas al Poniente, muy lejos, y la navegación era en unos cueros de lobo marino,

hinchados. De manera que no faltan indicios de que se haya navegado la mar del Sur antes que viniesen españoles por ella. Así que podríamos pensar que se comenzó a habitar el Nuevo Orbe de hombres, a quien la contrariedad del tiempo y la fuerza de Nortes echó allá, como al fin vino a descubrirse en nuestros tiempos. Es así y mucho para considerar que las cosas de gran importancia de naturaleza por la mayor parte se han hallado acaso y sin pretenderse, y no por la habilidad y diligencia humana. Las más de las yerbas saludables, las más de las piedras, y las plantas, los metales, las perlas, el oro, el imán, el ámbar, el diamante y las demás cosas semejantes, y así sus propiedades y provechos, cierto más se han venido a saber por casuales acontecimientos, que no por arte e industria de hombres, para que se vea que el loor y gloria de tales maravillas se debe a la providencia del Creador y no al ingenio de los hombres. Porque lo que a nuestro parecer sucede acaso, eso mismo lo ordena Dios muy sobre pensado.

Que con todo eso, es más conforme a buena razón pensar que vinieron por tierra los primeros pobladores de Indias

Concluyo pues con decir, que es bien probable de pensar que los primeros aportaron a Indias por naufragio y tempestad de mar; mas ofrécese aquí una dificultad que me da mucho en que entender y es que ya que demos que hayan venido hombres por mar a tierras tan remotas, y que de ellos se han multiplicado las naciones que vemos, pero de bestias y alimañas que cría el Nuevo Orbe, muchas y grandes, no sé cómo nos demos mana a embarcallas y llevallas por mar a las Indias. La razón porque nos hallamos forzados a decir que los hombres

de las Indias fueron de Europa o de Asia, es por no contradecir a la Sagrada Escritura, que claramente enseña que todos los hombres descienden de Adán, y así no podemos dar otro origen a los hombres de Indias, pues la misma Divina Escritura también nos dice que todas las bestias y animales de la tierra perecieron, sino las que se reservaron para propagación de su género en el Arca de Noé. Así también es fuerza reducir la propagación de todos los animales dichos, a los que salieron del arca en los montes de Ararat, donde ella hizo pie; de manera que como para los hombres, así también para las bestias nos es necesidad buscar camino por donde hayan pasado del Viejo Mundo al Nuevo. San Agustín, tratando esta cuestión cómo se hallan en algunas islas, lobos y tigres y otras fieras que no son de provecho para los hombres, porque de los elefantes, caballos, bueyes, perros y otros animales de que se sirven los hombres, no tiene embarazo pensar que por industria de hombres se llevaron por mar con naos, como los vemos hoy día que se llevan desde Oriente a Europa, y desde Europa al Perú, con navegación tan larga; pero de los animales que para nada son de provecho y antes son de mucho daño, como son lobos, en qué forma hayan pasado a las islas, si es verdad, como lo es, que el Diluvio bañó toda la tierra, tratándolo el sobredicho santo y doctísimo varón procura librarse de estas angustias con decir que tales bestias pasaron a nado a las islas; o alguno, por codicia de cazar, las llevó, o fuer ordenación de Dios que se produjesen de la tierra al modo que en la primera creación dijo Dios: "Produzca la tierra ánima viviente en su género, jumentos y animales rateros, y fieras del campo, según sus especies." Mas cierto que si queremos aplicar esta solución a nuestro

propósito, más enmaranado se nos queda el negocio. Porque comenzando de lo postrero, no es conforme al orden de naturaleza ni conforme al orden del gobierno que Dios tiene puesto, que animales perfectos como leones, tigres, lobos, se engendren de la tierra sin generación. De ese modo se producen ranas y ratones, y abispas y otros animalejos imperfectos. ¿Mas a qué propósito la Escritura tan por menudo dice: "Tomarás a todos los animales y de las aves del cielo siete y siete, machos y hembras, para que se salve su generación sobre la tierra" si había de tener el mundo tales animales después del diluvio por nuevo modo de producción sin junta de macho y hembra?, y aún queda luego otra cuestión, porque naciendo de la tierra conforme a esta opinión tales animales, no los tienen todas las tierras e islas, pues ya no se mira el orden natural de multiplicarse, sino sola la liberalidad del Creador. Que hayan pasado algunos animales de aquellos por pretensión de tener caza (que era otra respuesta) no lo tengo por cosa increíble, pues vemos mil veces que para sola grandeza suelen príncipes y señores tener en sus jaulas leones, osos y otras fieras, mayormente cuando se han traído de tierras muy lejos. Pero esto creerlo de lobos y de zorras, y de otros tales animales bajos y sin provecho, que no tienen cosa notable sino sólo hacer mal a los ganados y decir que para caza se trajeron por mar, por cierto es cosa muy sin razón. ¿Quién se podrá persuadir que con navegación tan infinita, hubo hombres que pusieron diligencia en llevar al Pirú, zorras, mayormente las que llaman añas, que es un linaje el mas sucio y hediondo de cuantos he visto? ¿Quién dirá que trajeron leones y tigres? Harto es y aún demasiado que pudiesen escapar los hombres con las vidas en tan prolijo

viaje viniendo con tormenta, como hemos dicho, ¿cuánto más tratar de llevar zorras y lobos, y mantenerlos por mar? Ciertamente es cosa de bala aun imaginarlo; pero si vinieron por mar estos animales, sólo resta que hayan pasado a nado. Esto ser cosa posible y hacedera, cuanto a algunas islas que distan poco de otras o de la tierra firme, no se puede negar la experiencia cierta con que vemos que por alguna grave necesidad, a veces nadan estas alimañas, días y noches enteras, y al cabo escapan nadando, pero esto se entiende en golfillos pequeños, porque nuestro Océano haría burla de semejantes nadadores, pues aún a las aves de gran vuelo les faltan las alas para pasar tan gran abismo. Bien se hallan pájaros que vuelen más de cien leguas, como los hemos visto navegando diversas veces; pero pasar todo el mar Océano volando, es imposible, o a lo menos muy difícil. Siendo así todo lo dicho, ¿por dónde abriremos camino para pasar fieras y pájaros a las Indias? ¿De qué manera pudieron ir del un mundo al otro? Este discurso que he dicho es para mí una gran conjetura, para pensar que el nuevo orbe, que llamamos Indias, no está del todo diviso y apartado del otro orbe. Y por decir mi opinión, tengo para mí días ha, que la una tierra y la otra en alguna parte se juntan y continúan o a lo menos se avecinan y allegan mucho. Hasta ahora, a lo menos no hay certidumbre de lo contrario; porque el polo Artico que llaman Norte, no está descubierta y sabida toda la longitud de la tierra, y no faltan muchos que afirman que sobre la Florida corre la tierra larguísima al Septentrión, la cual dicen que llega hasta el mar Scytico o hasta el Germánico. Otros añaden que ha habido nao que navegando por allí, relató haber visto los Bacallaos correr hasta los

finés cuasi de Europa; pues ya sobre el cabo Mendocino en la mar del Sur, tampoco se sabe hasta dónde corre la tierra, mas de que todos dicen que es cosa inmensa lo que corre. Volviendo al otro polo del Sur, no hay hombre que sepa dónde para la tierra que esta de la otra banda del Estrecho de Magallanes. Una nao del Obispo de Plasencia, que subió del Estrecho, refirió que siempre había visto tierra, y lo mismo contaba Hernando Lamero, piloto, que por tormenta pasó dos o tres grados arriba del Estrecho. Así que ni hay razón en contrario, ni experiencia que deshaga mi imaginación u opinión, de que toda la tierra se junta y continúa en alguna parte; a lo menos se allega mucho. Si esto es verdad como en efecto me lo parece, fácil respuesta tiene la duda tan difícil que habíamos propuesto, cómo pasaron a las Indias los primeros pobladores de ellas, porque se ha de decir que pasaron no tanto navegando por mar como caminando por tierra. Y ese camino lo hicieron muy sin pensar mudando sitios y tierras su poco a poco, y unos poblando las ya halladas, otros buscando otras de nuevo, vinieron por discurso de tiempo a henchir las tierras de Indias de tantas naciones y gentes y lenguas.

En qué manera pasaron bestias y ganados a las tierras de Indias

Ayudan grandemente al parecer ya dicho los indicios que se ofrecen a los que con curiosidad examinan el modo de habitación de los indios; porque donde quiera que se halla isla muy apartada de tierra firme y también de otras islas, como es la Bermuda, hállase ser falta de hombres de todo. La razón es porque no navegaban los antiguos sino a playas cercanas y cuasi siempre a vista de tierra. A esto se alega

que en ninguna tierra de Indias se han hallado navíos grandes, cuales se requieren para pasar golfos grandes. Lo que se halla son balsas o piraguas o canoas, que todas ellas son menos que chalupas; y de tales embarcaciones solas usaban los indios, con las cuales no podían engolfarse sin manifiesto y cierto peligro de perecer, y cuando tuvieran navíos bastantes para engolfarse, no sabían de aguja ni de astrolabio, ni de cuadrante. Si estuvieran dieciocho días sin ver tierra, era imposible no perderse sin saber de sí. Vemos islas pobladísimas de indios, y sus navegaciones muy usadas; pero eran las que digo que podían hacer indios en canoas o piraguas y sin aguja de marear. Cuando los indios que moraban en Tumbes, vieron la primera vez nuestros españoles que navegaban al Pirú, y miraron la grandeza de las velas tendidas y los bajeles también grandes, quedaron atónitos; y como nunca pudieron pensar que eran navíos, por no haberlos visto jamás de aquella forma y tamaño, dicen que se dieron a entender, que debían de ser rocas y peñascos sobre la mar; y como veían que andaban y no se hundían, estuvieron como fuera de sí de espanto gran rato, hasta que mirando más, vieron unos hombres barbudos que andaban por los navíos, los cuales creyeron que debían ser algunos dioses o gente de allí del cielo. Donde se ve bien cuán ajena cosa era para los indios usar naos grandes ni tener noticia de ellas. Hay otra cosa que en gran manera persuade a la opinión dicha, y es que aquellas alimañas que dijimos no ser creíble haberlas embarcado hombres para las Indias, se hallan en lo que es tierra firme y no se hallan en las islas que disten de la tierra firme cuatro jornadas. Yo he hecho diligencia en averiguar esto, pareciéndome que era negocio de gran

momento, para determinarme en la opinión que he dicho, de que la tierra de Indias y la de Europa y Asia y Africa tienen continuación entre sí, o a lo menos se allegan mucho en alguna parte. Hay en la América y Pirú muchas fieras, como son leones, aunque éstos no igualan en grandeza y braveza, y en el mismo color rojo a los famosos leones de Africa; hay tigres muchos y muy crueles, aunque lo son más comúnmente con indios que con españoles. Hay osos, aunque no tantos; hay jabalíes; hay zorras innumerables. De todos estos géneros de animales, si quisiéramos buscarlos en la isla de Cuba o en la Española o en Jamaica, o en la Margarita o en la Dominica, no se hallará ninguno. Con esto viene que las dichas islas, con ser tan grandes y tan fértiles, no tenían antiguamente cuando a ellas aportaron españoles, de esos otros animales tampoco que son de provecho, y agora tienen innumerables manadas de caballos, de bueyes y vacas, de perros, de puercos, y es en tanto grado que los ganados de vacas no tienen ya dueños ciertos por haber tanto multiplicado, que son del primero que las desjarreta en el monte o campo. Lo cual hacen los moradores de aquellas islas para aprovecharse de los cueros para su mercancía de corambre, dejando la carne por allí sin comerla. Los perros han en tanto exceso multiplicado, que andan manadas de ellos, y hechos bravos hacen tanto mal al ganado como si fueran lobos, que es un grave daño de aquellas islas. No sólo carecen de fieras, sino también de aves y pájaros, en gran parte. Papagayos hay muchos, los cuales tienen gran vuelo y andan a bandas juntos; también tienen otros pájaros, pero pocos, como he dicho. De perdices no me acuerdo haber visto ni sabido que las tengan como las hay en el Pirú, y mucho menos los que

en el Pirú llaman guanacos y vicuñas, que son como cabras monteses, ligerísimas, en cuyos buches se hallan las piedras bezaares, que precian algunos y son a veces mayores que un huevo de gallina, tanto y medio. Tampoco tienen otro género de ganado que nosotros llamamos ovejas de las Indias, las cuales, demás de la lana y carne con que visten y mantienen los indios, sirven también de recua y jumentos para llevar cargas; llevan la mitad de la carga de una mula, y son de poco gasto a sus dueños, porque ni han menester herraduras ni albardas, ni otros, aparejos, ni cebada para su comer; todo esto les dio naturaleza sin costa queriendo favorecer a la pobre gente de los indios. De todos estos géneros de animales y de otros muchos que se dirán en su lugar, abunda la tierra firme de Indias; las islas, de todos carecen si no son los que han embarcado españoles. Verdad es que en algunas islas vido tigres un hermano nuestro, según él refería, andando en una peregrinación y naufragio trabajosísimo; mas preguntado qué tanto estarían de tierra firme aquellas islas, dijo que obra de seis u ocho leguas a lo más, el cual espacio de mar no hay duda sino que pueden pasalle a nado los tigres. De estos indicios y de otros semejantes se puede colegir que hayan pasado los indios a poblar aquella tierra, más por camino de tierra que de mar, o si hubo navegación, que fue no grande ni dificultosa, porque en efecto debe de continuarse el un orbe con el otro; o a lo menos estar en alguna parte muy cercanos entre si.

Que no pasó el linaje de indios por la isla Atlántida, cómo algunos imaginan

No faltan algunos que siguiendo el parecer de Platón, que arriba referimos, dicen que

fueron esas gentes de Europa o de Africa, a aquella famosa isla y tan cantada Atlántida, y de ella pasaron a otras y otras islas hasta llegar a la tierra firme de Indias. Porque de todo esto hace mención el Critias de Platón, en su Timeo. Porque si era la isla Atlántida tan grande como toda la Asia y Africa juntas, y aun mayor, como siente Platón, forzoso había de tomar todo el Océano Atlántico y llegar cuasi a las islas del Nuevo Orbe. Y dice más Platón, que con un terrible diluvio se anegó aquella su isla Atlántida, y por eso dejó aquel mar imposibilitado de navegarse, por los muchos bajíos de penas y arrecifes, y de mucha lama, y que así lo estaba en su tiempo. Pero que después con el tiempo, hicieron asiento las ruinas de aquella isla anegada, y en fin, dieron lugar a navegarse. Esto tratan y disputan hombres de buenos ingenios muy de veras, y son cosas tan de burla considerándose un poco, que más parecen cuentos o fábulas de Ovidio, que historia o filosofía digna de cuenta.

...

Yo, por decir verdad, no tengo tanta reverencia a Platón, por mas que le llamen divino, ni aun se me hace muy difícil de creer que pudo contar todo aquel cuento de la isla Atlántida por verdadera historia, y pudo ser con todo eso muy fina fábula. Sea como quisieren, haya escrito Platón por historia o haya escrito por alegoría, lo que para mí es llano, es que todo cuanto trata de aquella isla, comenzando en el diálogo Timeo y prosiguiendo en el dialogo Critias, no se puede contar en veras, si no es a muchachos y viejas.

...

El argumento que hacen para probar que realmente hubo isla Atlántida, de que aquel mar hoy día se nombra el mar Atlántico, es de

poca importancia, pues sabemos que en la última Mauritania está el monte Atlante, del cual siente Plinio que se la puso al mar el nombre de Atlántico. Y sin esto el mismo Plinio refiere que frontero del dicho monte está una isla llamada Atlántida, la cual dice ser muy pequeña y muy ruin.

Que es falsa la opinión de muchos que afirman venir los indios del linaje de los judíos

Ya que por la isla Atlántida no se abre camino para pasar los indios al Nuevo Mundo, pareceles a otros que debió de ser el camino el que escribe Esdras en el cuarto libro, donde dice así: "Y porque le viste que recogía así otra muchedumbre pacífica, sabrás que estos son las diez tribus que fueron llevados en cautiverio en tiempo del rey Osee, al cual llevó cautivo Salmanasar, rey de los asirios, y a éstos los pasó a la otra parte del río, y fueron trasladados a otra tierra. Ellos tuvieron entre sí acuerdo y determinación de dejar la multitud de los gentiles, y de pasarse a otra región más apartada donde nunca habitó el género humano, para guardar siquiera allí su ley, la cual no habían guardado en su tierra. Entraron pues, por unas entradas angostas del río Eufrates, porque hizo el Altísimo entonces con ellos sus maravillas, y detuvo las corrientes del río hasta que pasasen. Porque por aquella región era el camino muy largo de año y medio; y llamase aquella región Arsareth. Entonces habitaron allí hasta el último tiempo, y agora cuando comenzaron a venir, tornará el Altísimo a detener otra vez las corrientes del río para que pueda pasar; por eso viste aquella muchedumbre con paz." Esta escritura de Esdras quieren algunos acomodar a los indios, diciendo que

fueron de Dios llevados donde nunca habitó el género humano, y que la tierra en que moran es tan apartada que tiene año y medio de camino para ir a ella, y que esta gente es naturalmente pacífica. Que procedan los indios de linaje de judíos, el vulgo tiene por indicio cierto el ser medrosos y descaídos, y muy ceremoniáticos y agudos, y mentirosos. Demás deso dicen que su hábito parece el propio que usaban judíos, porque usan de una túnica o camiseta y de un manto rodeado encima, traen los pies descalzos o su calzado es unas suelas asidas por arriba, que ellos llaman ojotas. Y que este haya sido el hábito de los hebreos, dicen que consta así por sus historias como por pinturas antiguas, que los pintan vestidos en este traje; y que estos dos vestidos, que solamente traen los indios, eran lo que puso en apuesta Sansón, que la Escritura nombra tunicam & syndonem, y es lo mismo que los indios dicen camiseta y manta. Mas todas estas son conjeturas muy livianas y que tienen mucho más contra sí que por sí. Sabemos que los hebreos usaron letras. En los indios no hay rastro de ellas; los otros eran muy amigos del dinero; éstos no se les da cosa. Los judíos, si se vieran no estar circuncidados, no se tuvieran por judíos. Los indios poco ni mucho no se retajan ni han dado jamás en esa ceremonia, como muchos de los de Etiopía y del Oriente. Mas ¿qué tiene que ver, siendo los judíos tan amigos de conservar su lengua y antigüedad, y tanto que en todas partes del mundo que la y viven se diferencian de todos los demás, que en solas las Indias a ellos se les haya olvidado su linaje, su ley, sus ceremonias, su Mesías, y finalmente todo su judaísmo? Lo que dicen de ser los indios medrosos, y supersticiosos y agudos, y mentirosos; cuanto a lo primero, no es eso general a

todos ellos; hay naciones entre estos bárbaros muy ajenas de todo eso; hay naciones de indios bravísimos y atrevidísimos; hay las muy botas y groseras de ingenio. De ceremonias y supersticiones siempre los gentiles fueron amigos. El traje de sus vestidos, la causa porque es el que se refiere, es por ser el más sencillo y natural del mundo, que apenas tiene artificio, y así fue común antiguamente no sólo a hebreos, sino a otras muchas naciones; pues ya la historia de Esdras (si se ha de hacer caso de escrituras apócrifas) más contradice que ayuda su intento, porque allí se dice que las diez tribus huyeron la multitud de gentiles, por guardar sus ceremonias y ley; mas los indios son dados a todas las idolatrías del mundo; pues las entradas del río Eufrates, vean bien los que eso sienten, en qué manera pueden llegar al Nuevo Orbe, y vean si han de tornar por allí los indios, como se dice en el lugar referido. Y no séyo por qué se han de llamar éstos, gente pacífica, siendo verdad que perpetuamente se han perseguido con guerras mortales unos a otros. En conclusión, no veo que el Eufrates apócrifo de Esdras dé mejor paso a los hombres para el Nuevo Orbe, que le daba la Atlántida encantada y fabulosa de Platón.

Porqué razón no se puede averiguar bien el origen de los indios

Pero cosa es mejor de hacer desecher lo que es falso del origen de los indios, que determinar la verdad; porque ni hay escritura entre los indios ni memoriales ciertos de sus primeros fundadores, y por otra parte, en los libros de los que usaron letras tampoco hay rastro del Nuevo Mundo, pues ni hombres ni tierra, ni aún cielo les pareció a muchos de los antiguos que no había en estas partes, y así no

puede escapar de ser tenido por hombre temerario y muy arrojado, el que se atreviere a prometer lo cierto de la primera origen de los indios y de los primeros hombres que poblaron las Indias. Mas así a bulto y por discreción podemos colegir de todo el discurso arriba hecho, que el linaje de los hombres se vino pasando poco a poco hasta llegar al Nuevo Orbe, ayudando a esto la continuidad o vecindad de las tierras, y a tiempos alguna navegación, y que este fue el orden de venir y no hacer armada de propósito ni suceder algún grande naufragio, aunque también pudo haber en parte algo de esto; porque siendo aquestas regiones larguísimas y habiendo en ellas innumerables naciones, bien podemos creer que unos de una suerte y otros de otra se vinieron en fin a poblar. Mas al fin, en lo que me resumo es que el continuarse la tierra de Indias con esas otras del mundo, a lo menos estar muy cercanas, ha sido la mas principal y mas verdadera razón de poblarse las Indias; y tengo para mí que el Nuevo Orbe e Indias Occidentales, no ha muchos millares de años que las habitan hombres, y que los primeros que entraron en ellas, más eran hombres salvajes y cazadores que no gente de república y pulida; y que aquéllos aportaron al Nuevo Mundo por haberse perdido de su tierra o por hallarse estrechos y necesitados de buscar nueva tierra, y que hallándola, comenzaron poco a poco a poblarla, no teniendo más ley que un poco de luz natural, y esa muy escurecida, y cuando mucho algunas costumbres que les quedaron de su patria primera; aunque no es cosa increíble de pensar que aunque hubiesen salido de tierras de policía y bien gobernadas, se les olvidase todo con el largo tiempo y poco uso; pues es notorio, que aun en España y en Italia, se hallan manadas de

hombres que si no es el gesto y figura, no tienen otra cosa de hombres; así que por este camino vino a haber una barbaridad infinita en el Nuevo Mundo.

Qué es lo que los indios suelen contar de su origen

Saber lo que los mismos indios suelen contar de sus principios y origen, no es cosa que importa mucho; pues más parecen sueños los que refieren, que historias. Hay entre ellos comúnmente gran noticia y mucha plática del Diluvio; pero no se puede bien determinar si el diluvio que éstos refieren, es el universal que cuenta la Divina Escritura, o si fue alguno otro diluvio o inundación particular de las regiones en que ellos moran; mas de que en estas tierras, hombres expertos dicen que se ven señales claras de haber habido alguna grande inundación, yo más me llevo al parecer de los que sienten que los rastros y señales que hay de diluvio, no son del de Noé, sino de alguno otro particular como el que cuenta Platón, o el que los poetas cantan de Deucalión. Como quiera que sea, dicen que los indios que con aquel su diluvio, se ahogaron todos los hombres, y cuentan que de la gran laguna Titicaca salió un Viracocha, el cual hizo asiento en Tiaguanaco, donde se ven hoy ruinas y pedazos de edificios antiguos y muy extraños, y que de allí vinieron al Cuzco, y así tornó a multiplicarse el género humano. Muestran en la misma laguna una isleta donde fingen que se escondió y conservó el sol, y por eso antiguamente le hacían allí muchos sacrificios no sólo de ovejas, sino de hombres también. Otros cuentan que de cierta cueva, por una ventana salieron seis o no sé cuantos hombres, y que éstos dieron principio a la propagación de los hombres, y es donde

llaman Pacari Tampo por esa causa. Y así tienen por opinión que los tambos son el linaje más antiguo de los hombres. De aquí dicen que procedió Mangocapa, al cual reconocen por el fundador y cabeza de los ingas, y que de éste procedieron dos familias o linajes, uno de Hanan Cuzco, otro de Unincuzco. Refieren que los reyes ingas, cuando hacían guerra y conquistaban diversas provincias daban por razón con que justificaban la guerra, que todas las gentes les debían reconocimiento, pues de su linaje y su patria se había renovado el mundo, y así a ellos se les había revelado la verdadera religión y culto del cielo. Mas ¿de qué sirve añadir más, pues todo va lleno de mentira y ajeno de razón? Lo que hombres doctos afirman y escriben es que todo cuanto hay de memoria y relación de estos indios, llega a cuatrocientos años, y que todo lo de antes es pura confusión y tinieblas, sin poderse hallar cosa cierta. Y no es de maravillar faltándoles libros y escritura, en cuyo lugar aquella su tan especial cuenta de los quipocamayos, es harto y muy mucho que pueda dar razón de cuatrocientos años. Haciendo yo diligencia para entender de ellos, de qué tierras y de qué gente pasaron a la tierra en que viven, hállelos tan lejos de dar razón de esto que antes tenían por muy llano que ellos habían sido creados desde su primer origen en el mismo Nuevo Orbe, donde habitan, a los cuales desengañamos con nuestra fe, que nos enseña que todos los hombres proceden de un primer hombre. Hay conjeturas muy claras que por gran tiempo, no tuvieron estos hombres reyes ni república concertada, sino que vivían por behetrías, como agora los floridos y los chiriguanas, y los brasiles y otras naciones muchas, que no tienen ciertos reyes, sino conforme a la ocasión que se ofrece en guerra o paz, eligen sus

caudillos como se les antoja: Mas con el tiempo, algunos hombres que en fuerzas y habilidad se aventajaban a los demás, comenzaron a señorear y mandar, como antiguamente Nembrot, y poco a poco, creciendo, vinieron a fundar los reinos de Pirú y de México, que nuestros españoles hallaron, que aunque eran bárbaros, pero hacían grandísima ventaja a los demás indios. Así que la razón dicha persuade que se haya multiplicado y procedido el linaje de los indios por la mayor parte de hombres salvajes y fugitivos.

Y esto baste, cuanto a lo que del origen de estas gentes se ofrece tratar, dejando lo demás para cuando se traten sus historias más por extenso.

Bibliografía

A) Los fragmentos citados pertenecen al libro primero de JOSEPH DE ACOSTA. *Historia natural y moral de las Indias en que se tratan de las cosas notables, del cielo, elementos, metales, plantas y animales dellas, y los ritos y ceremonias, leyes y gobierno de las Indias*. Edición preparada por Edmundo O'Gorman. México, Fondo de Cultura Económica, Biblioteca Americana, Serie de Cronistas de Indias, Segunda Edición, primera reimpresión, 1979.

Las obras del P. José de Acosta, con un estudio preliminar del P. Francisco Mateos, están editadas en Madrid, por Ediciones Atlas, en 1954, en el n° 7 de la B.A.E.

B) Sobre el P. Acosta merecen consultarse, tanto los estudios de Edmundo O'Gorman y del P. Mateos en las ediciones que acabamos de citar como el libro de RONALD L. MEEK. *Los orígenes de la Ciencia Social*. Traducción de Eulalia Pérez Sedeño. Madrid, Siglo XXI, 1981.

Montaigne

Como nos decía Lévi-Strauss, el conocimiento de los aborígenes americanos y de sus formas de vida "otras" permitió que el europeo comenzase a poner en cuestión sus propias costumbres y sus formas de organización social. Nace entonces el salvaje como personaje cargado de mensajes ideológicos, como "mal salvaje" en comparación con el cual los europeos quedan como cultos, civilizados, científicos, conocedores de la escritura y la revelación, bien organizados y poderosos, y al mismo tiempo toma cuerpo el potente mito del "buen salvaje", la voz de la razón y la tolerancia, de la naturaleza y el sentido común, el anuncio de la declaración de los derechos del hombre y el sueño de las utopías posibles que el presente contiene en sus inexplorados pliegues. No es casual que la Utopía de Thomas More esté puesta en labios de Rafael Hithloday, un marino portugués, buen humanista por otra parte, que ha acompañado a Américo Vespucio en sus viajes, conoce raros y desconocidos pueblos y países, y sitúa en el Nuevo Mundo la soñada isla cuya descripción ocupa el grueso del célebre libro. En este mismo plano crítico, pero con las acusaciones mucho más contundentes y la reflexión sobre los caníbales cargada de emotividad directísima se mueve Michel de Montaigne, el creador de los Ensayos y la voz europea que cerrará con su escéptico e insobornable meditar esta condensada relación de las repercusiones de América en el Occidente, prefigurándonos en su hermoso texto el mensaje que Rousseau argumentará con toda su fuerza retórica en sus críticos Discursos.

En estas nuevas tierras, descubiertas en nuestros días, puras y vírgenes todavía, comparadas con las nuestras, los sacrificios humanos son generales; todos sus ídolos se abreven con sangre humana, a lo cual acompañan ejemplos de crueldad horrible, se queman vivas a las víctimas, y cuando están ya medio asadas, se las retira del fuego para arrancarles el corazón y las entrañas; a otras, aun a las mujeres, se las desuella vivas, y con su piel ensangrentada se cubre y enmascara a las demás. Y en estos horrores no faltan la resolución ni la firmeza, pues las pobres gentes destinadas a la degollina -mujeres, viejos y niños- van algunos días antes de la inmolación pidiendo limosnas para la ofrenda de su sacrificio, y se presentan a la carnicería cantando y bailando con los concurrentes.

Explicando los embajadores del rey de Méjico la grandeza de su soberano a Hernán Cortés, después de haberle dicho que contaba treinta vasallos, de los cuales cada uno podía reunir cien mil combatientes, y que residía en la ciudad más hermosa que cobijara el cielo, añadieron que sacrificaba a los dioses cincuenta mil hombres cada año. Le dijeron que el emperador hacia la guerra a los pueblos vecinos, no sólo para ejercicio de la juventud de su país, sino más bien para proveerse de víctimas con los prisioneros para ejecutar los sacrificios. En los mismos países, y en cierto lugar pequeño, para hacer a Cortés un lucido recibimiento, sacrificaron cincuenta hombres reunidos. Añadiré, además, que algunos de estos pueblos, que fueron derrotados por el conquistador, le reconocieron y solicitaron su amistad; y los mensajeros le ofrecieron tres clases de presentes, en esta forma: "Señor, aquí tienes cinco esclavos; si eres un dios altivo, que te apacien-

tas de carne y sangre, cómetelos, y te traeremos más; si eres un dios benévolo, he aquí plumas e incienso; si eres hombre, toma los pájaros y frutos que tienes ante tu vista."

...

Cuando el rey Pirro pasó a Italia, luego que hubo reconocido la organización del ejército romano que iba a batallar contra el suyo: "No sé, dijo, qué clase de bárbaros sean éstos (sabido es que los griegos llamaban así a todos los pueblos extranjeros), pero la disposición de los soldados que veo no es bárbara en modo alguno." Otro tanto dijeron los griegos de las tropas que Flaminio introdujo en su país, y Filipo, contemplando desde un cerro el orden y disposición del campamento romano, en su reino, bajo Publio Sulpicio Galba. Esto prueba que es bueno guardarse de abrazar las opiniones comunes, y que hay que juzgar por el camino de la razón y no por la voz general.

He tenido conmigo mucho tiempo un hombre que había vivido diez o doce años en ese mundo que ha sido descubierto en nuestro siglo, en el lugar en que Villegaignon tocó tierra, al cual puso por nombre Francia antártica. Este descubrimiento de un inmenso país vale bien la pena de ser tomado en consideración. Ignoro si en lo venidero tendrán lugar otros, en atención a que tintos y tantos hombres que valían más que nosotros no tenían ni siquiera presunción remota de lo que en nuestro tiempo ha acontecido. Yo recelo a veces que acaso tengamos los ojos más grandes que el vientre, y más curiosidad que capacidad. Lo abarcamos todo, pero no estrechamos sino viento.

Platón nos muestra que Solón decía haberse informado de los sacerdotes de la ciudad de Saís, en Egipto, de que en tiempos remotísimos, antes del diluvio, existía una gran isla

llamada Atlántida, a la entrada del estrecho de Gibraltar, la cual comprendía más territorio que el Asia y el Africa juntas; y que los reyes de esta región, que no sólo poseen esta isla, sino que por tierra firme extendíanse tan adentro que eran dueños de la anchura de Africa hasta Egipto, i de la longitud de Europa hasta la Toscana, quisieron llegar al Asia y subyugar todas las naciones que bordea el Mediterráneo, hasta el golfo del Mar Negro. A este fin atravesaron España, la Galia e Italia, y llegaron a Greca, donde los atenienses los rechazaron; pero que andando el tiempo, los mismos atenienses, los habitantes de la Atlántida y la isla misma, fueron sumergidos por las aguas del diluvio. Es muy probable que los destrozos que éste produjo hayan ocasionado cambios extraños en las diferentes regiones de la tierra, y algunos dicen que del diluvio data la separación de Sicilia de Italia.

...

Mas no hay probabilidad de que esta isla sea el mundo que acabamos de descubrir, pues tocaba casi con España, y habría que suponer que la inundación había ocasionado un trastorno enorme en el globo terráqueo, apartados como se encuentran los nuevos países por más de mil doscientas leguas de nosotros. Las navegaciones modernas, además, han demostrado que no se trata de una isla, sino de un continente o tierra firme con la India oriental de un lado y las tierras que están bajo los dos polos de otro, o que, de estar separada, el estrecho es tan pequeño que no merece por ello el nombre de isla.

...

El otro antiguo testimonio que pretende relacionarse con este descubrimiento lo encontramos en Aristóteles, dado que el libro de las

Maravillas lo haya compuesto el filósofo. En esta obrilla se cuenta que algunos cartagineses, navegando por el Océano atlántico, fuera del estrecho de Gibraltar, bogaron largo tiempo y acabaron por descubrir una isla fértil, poblada de bosques y bañada por ríos importantes, de profundo cauce; estaba la isla muy lejos de tierra firme, y añade el mismo libro que aquellos navegantes, y otros que los siguieron, atraídos por la bondad y fertilidad de la tierra, llevaron consigo sus mujeres e hijos y se aclimataron en el nuevo país. Viendo los señores de Cartago que su territorio se despoblaba poco a poco, prohibieron, bajo pena de muerte, que nadie emigrara a la isla, y arrojaron a los habitantes de ésta, temiendo, según se cree, que andando el tiempo alcanzaran poderío, suplantasen a Cartago y ocasionaran su ruina. Este relato de Aristóteles tampoco se refiere al novísimo descubrimiento.

El hombre de que he hablado era sencillo y rudo, condición, muy adecuada para ser verídico testimonio, pues los espíritus cultivados, si bien observan con mayor curiosidad y mayor número de cosas, suelen glosarlas, y a fin de poner de relieve la interpretación de que las acompañan, adulteran algo la relación; jamás muestran lo que ven al natural, siempre lo truecan y desfiguran conforme al aspecto bajo el cual lo han visto, de modo que para dar crédito a su testimonio y ser agradables, adulteran de buen grado la materia, alargándola o ampliándola. Precisa, pues, un hombre fiel, o tan sencillo, que no tenga para que inventar o acomodar a la verosimilitud falsas relaciones, un hombre ingenuo. Así era el mío, el cual, además, me hizo conocer en varias ocasiones marineros y comerciantes que en su viaje había visto, de suerte que a sus informes me atengo

sin confrontarlos con las relaciones de los cosmógrafos. Habríamos menester de geógrafos que nos relatasen circunstancialmente los lugares que visitaran; mas las gentes que han estado en Palestina, por ejemplo, juzgan por cuyo poder disfrutar el privilegio de damos noticia del resto del mundo. Yo quisiera que cada cual escribiese sobre aquello que conoce bien, no precisamente en materia de viajes, sino en toda suerte de cosas; pues tal puede hallarse que posea particular ciencia o experiencia de la naturaleza de un río o de una fuente, y que en lo demás sea lego en absoluto. Sin embargo, si le viene a las mientes escribir sobre el río o la fuente, englobará con ello toda la ciencia física. De este viaje surgen unos inconvenientes.

Volviendo a mi asunto, creo que nada hay de bárbaro ni de salvaje en esas naciones, según lo que se me ha referido; lo que ocurre es que cada cual llama barbarie a lo que es ajeno a sus costumbres. Como no tenemos otro punto de mira para distinguir la verdad y la razón que el ejemplo e idea de las opiniones y usos del país en que vivimos, a nuestro dictamen en él tienen su asiento la perfecta religión, el gobierno más cumplido, el más irreprochable uso de todas las cosas. Así son salvajes esos pueblos como los frutos a que aplicamos igual nombre por germinar y desarrollarse espontáneamente; en verdad creo yo que más bien debiéramos nombrar así a los que por medio de nuestro artificio hemos modificado y apartado del orden a que pertenecían; en los primeros se aguardan vigorosas y vivas las propiedades y virtudes naturales, que son las verdaderas y útiles, las cuales hemos bastardeado en los segundos para acomodarlos al placer de nuestro gusto corrompido; y, sin embargo, el sabor mismo y la delicadeza se avienen con nuestro

paladar, que encuentra excelentes, en comparación con los nuestros, diversos frutos de aquellas regiones, que se desarrollan sin cultivo. El arte no vence a la madre naturaleza, grande y poderosa. Tanto hemos recargado la belleza y riqueza de sus obras con nuestras invenciones, que la hemos ahogado; así es que por todas partes donde su belleza resplandece, la naturaleza deshonra nuestras invenciones frívolas y vanas.

...

Esas naciones me parecen, pues, solamente bárbaras, en el sentido de que en ellas ha dominado escasamente la huella del espíritu humano, y porque permanecen todavía en los confines de su ingenuidad primitiva. Las leyes naturales dirigen su existencia muy poco bastardeadas por las nuestras, de tal suerte que, a veces, lamento que no hayan tenido noticia de tales pueblos, los hombres que hubieran podido juzgarlos mejor que nosotros. Siento que Licurgo y Platón no los hayan conocido, pues se me figura que lo que por experiencia vemos en esas naciones sobrepasa no sólo las pinturas con que la poesía ha embellecido la edad de oro de la humanidad, sino que todas las invenciones que los hombres pudieran imaginar para alcanzar una vida dichosa, juntas con las condiciones mismas de la filosofía, no han logrado representarse una ingenuidad tan pura y sencilla, comparable a la que vemos en esos países, ni han podido creer tampoco que una sociedad pudiera sostenerse con artificio tan escaso, y, como si dijéramos, sin soldadura humana. Es un pueblo, diría yo a Platón, en el cual no existe ninguna especie de tráfico, ningún conocimiento de las letras, ningún conocimiento de la ciencia de los números, ningún nombre de magistrado ni de otra suerte,

que se aplique a ninguna superioridad política; tampoco hay ricos, ni pobres, ni contratos, ni sucesiones, ni particiones, ni más profesiones que las ociosas, ni más relaciones de parentesco que las comunes; las gentes van desnudas, no tienen agricultura ni metales, no beben vino ni cultivan los cereales. Las palabras mismas que significan la mentira, la traición, el disimulo, la avaricia, la envidia, la detracción, el perdón, les son desconocidas. ¡Cuán distante hallaría Platón la república que imaginó de la perfección de estos pueblos!

Viven en un lugar del país, pintoresco y tan sano que, según atestiguan los que lo vieron, es muy raro encontrar un hombre enfermo, legañoso, desdentado o encorvado por la vejez. Están situados a lo largo del Océano, defendidos del lado de la tierra por grandes y elevadas montañas, que distan del mar unas cien leguas aproximadamente. Tienen grande abundancia de carne y pescados, que en nada se asemejan a los nuestros, y que comen cocidos, sin aliño alguno. El primer hombre que vieron montado a caballo, aunque ya había tenido con ellos relaciones en anteriores viajes, les causó tanto horror en tal postura que le mataron a flechazos antes de reconocerlo. Sus edificios son muy largos, capaces de contener dos o trescientas almas; los cubren con la corteza de grandes árboles, están fijos al suelo por un extremo y se apoyan unos sobre otros por los lados, a la manera de algunas de nuestras granjas; la parte que los guarece llega hasta el suelo y les sirve de flanco. Tienen madera tan dura que la emplean para cortar, y con ella hacen espadas, y parrillas para asar la carne. Sus lechos son de un tejido de algodón, y están suspendidos del techo como los de nuestros navíos; cada cual ocupa el suyo; las mujeres duermen separadas

de sus maridos. Levántanse cuando amanece, y comen, luego de haberse levantado, para todo el día, pues hacen una sola comida; en ésta no beben, así dice Suidas que hacen algunos pueblos del Oriente; beben sí fuera de la comida varias veces al día y abundantemente; preparan el líquido con ciertas raíces, tiene el color del vino claro y no lo toman sino tibio. Este brebaje, que no se conserva más que dos o tres días, es algo picante, pero no se sube a la cabeza; es saludable al estómago y sirve de laxante a los que no tienen costumbre de beberlo, pero a los que están habituados les es muy grato. En lugar de pan comen una sustancia blanca como el cilandro azucarado; yo la he probado, y tiene el gusto dulce y algo desabrido. Pasan todo el día bailando. Los más jóvenes van a la caza de montería armados de arcos. Una parte de las mujeres se ocupa en calentar el brebaje, que es su principal oficio. Siempre hay algún anciano que por las mañanas, antes de la comida, predica a todos los que viven en una granjería, paseándose de un extremo a otro y repitiendo muchas veces la misma exhortación hasta que acaba de recorrer el recinto, el cual tiene unos cien pasos de longitud. No les recomienda sino dos cosas el anciano: el valor contra los enemigos y la buena amistad para con sus mujeres, y a esta segunda recomendación añade siempre que ellas son las que les suministran la bebida templada y en sazón. En varios lugares pueden verse, yo tengo algunos de estos objetos en mi casa, la forma de sus lechos, cordones, espadas, brazaletes de madera con que se preservan los puños en los combates, y grandes bastones con una abertura por un extremo, con el toque de los cuales sostienen la cadencia en sus danzas. Llevan el pelo cortado al rape, y se afeitan mejor que

nosotros, sin otro utensilio que una navaja de madera o piedra. Creen en la inmortalidad del alma, y que las que han merecido bien de los dioses van a reposar al lugar del cielo en que el sol nace, y las malditas al lugar en que el sol se pone.

Tienen unos sacerdotes y profetas que se presentan muy poco ante el pueblo, y que viven en las montañas. A la llegada de ellos celebrase una fiesta y asamblea solemne, en la que toman parte vanas granjas; cada una de éstas, según queda descrita, forma un pueblo, y éstos se hallan situados a una legua francesa de distancia. Los sacerdotes les hablan en público, los exhortan a la virtud y al deber, y toda su ciencia moral hállase comprendida en dos artículos, que son la proeza en la guerra y la afección a sus mujeres. Los mismos sacerdotes pronosticanles las cosas del porvenir y el resultado que deben esperar en sus empresas, encaminándolos o apartándolos de la guerra. Mas si son malos adivinos, si predicen lo contrario de lo que acontece, se los corta y tintura en mil pedazos, caso de atraparlos, como falsos profetas. Por esta razón, aquel que se equivoca una vez, desaparece luego para siempre.

La adivinación es sólo don de Dios, y por eso debiera ser castigado como impostor el que de ella abusa. Entre los escritas, cuando los adivinos se equivocaban, tendíaseles, amarrados con cadenas los pies y las manos, en carros llenos de retama, tirados por bueyes, y así se los quemaba. Los que rigen la conducta de los hombres son excusables de hacer para lograr su misión lo que pueden; pero a esos otros que nos vienen engañando con las seguridades de una facultad extraordinaria, cuyo fundamento reside fuera de los límites de nuestro conocimiento, ¿por qué no castigarlos en razón a que

no mantienen el efecto de sus promesas, al par que por lo temerario de sus imposturas?

Los pueblos de que voy hablando hacen la guerra contra las naciones que viven del otro lado de las montañas, más adentro de la tierra firme. En estas luchas todos van desnudos; no llevan otras armas que arcos, o espadas de madera afiladas por un extremo, parecido a la hoja de un venablo. Es cosa sorprendente el considerar estos combates, que siempre acababan con la matanza y derramamiento de sangre, pues la derrota y el pánico son desconocidos en aquellas tierra. Cada cual lleva como trofeo la cabeza del enemigo que ha matado y la coloca a la entrada de su vivienda. A los prisioneros, después de haberles dado buen trato algún tiempo y de haberlos favorecido con todas las comodidades que imaginan, el jefe congrega a sus amigos en una asamblea, sujeta con una cuerda uno de los brazos del cautivo, y por el extremo de ella le mantiene a algunos pasos, a fin de no ser herido; el otro brazo lo sostiene de igual modo el amigo mejor del jefe; en esta disposición, los dos que le sujetan le destrozan a espada. Hecho esto, le asan, se lo comen entre todos, y envían algunos trozos a los amigos ausentes. Y no se lo comen para alimentarse, como antiguamente hacían los escritas, sino para llevar la venganza hasta el último límite; y así es, en efecto, pues habiendo advertido que los portugueses que se unieron a sus adversario ponían en práctica otra clase de muerte contra ellos cuando los cogían, la cual consistía en enterrarlos hasta la cintura y lanzarles luego en la parte descubierta gran número de flechas para después ahorcarlos, creyeron que estas gentes del otro mundo, lo mismo que las que habían sembrado el conocimiento de muchos vicios

por los pueblos circunvecinos, que se hallaban más ejercitadas que ellos en todo género de malicia, no realizaban sin su porqué aquel género de venganza, que desde entonces fue a sus ojos más cruel que la suya; así que abandonaron su antigua práctica por la nueva de los portugueses. No dejo de reconocer la barbarie y el horror que supone el comerse al enemigo, mas sí me sorprende que comprendamos y veamos sus faltas y seamos ciegos para reconocer las nuestras. Creo que es más bárbaro comerse a un hombre vivo que comérselo muerto; desgarrar por medio de suplicios y tormentos un cuerpo todavía lleno de vida, asarlo lentamente, y echarlo luego a los perros o a los cerdos; esto, no sólo lo hemos leído, sino que lo hemos visto recientemente, y no es que tratara de antiguos enemigos, sino de vecinos y conciudadanos, con la agravante circunstancia de que para la comisión de tal horror sirvieron de pretexto la piedad y la religión. Esto es más bárbaro que asar el cuerpo de un hombre y comérselo después de muerto.

Crisipo y Zenón, maestros de la secta estoica, opinaban que no había inconveniente alguno en servirse de nuestros despojos para cualquier cosa que nos fuera útil, ni tampoco en servirse de ellos como alimento. Sitiados nuestros antepasados por César en la ciudad de Alesia, determinaron, para no morir de hambre, alimentarse con los cuerpos de los ancianos, mujeres y demás personas inútiles para el combate.

Jamás se vio en aquellos países opinión tan relajada que disculpase la traición, la deslealtad, la tiranía y la crueldad, que son nuestros pecados ordinarios. Podemos, pues, llamarlos bárbaros en presencia de los preceptos que la sana razón dicta, mas no si los compara-

mos con nosotros que los sobrepasamos en todo género de barbarie. Sus guerras con completamente nobles y generosas; son tan excusables y abundan en acciones tan hermosas como esta enfermedad humana puede cobijar. No luchan por la conquista de nuevos territorios, pues gozan todavía de la fertilidad natural que les procura sin trabajo ni fatigas cuanto les es preciso, y tan abundantemente que les sería inútil ensanchar sus límites. Encuéntrase en la situación dichosa de no codiciar sino aquello que sus naturales necesidades les ordenan; todo lo que a éstas sobrepasa es superfluo para ellos. Generalmente los de una misma edad se llaman hermanos, hijos los menores, y los ancianos se consideran como padres de todos. Estos últimos dejan a sus herederos la plena posesión de sus bienes en común, sin más títulos que el que la naturaleza da a las criaturas al echarlas al mundo. Si sus vecinos trasponen las montañas para sitiarlos y logran vencerlos, el botín del triunfo consiste únicamente en la gloria y superioridad de haberlos sobrepasado en valor y en virtud, pues de nada les servirían las riquezas de los vencidos. Regresan a sus países, donde nada de lo preciso les falta, y donde saben además acomodarse a su condición y vivir contentos con ella. Igual virtud adorna a los del bando contrario. A los prisioneros no les exigen otro rescate que la confesión y el reconocimiento de haber sido vencidos; pero no se ve ni uno solo en todo el transcurso de un siglo que no prefiera antes la muerte que mostrarse cobarde ni de palabra ni de obra; ninguno pierde un adarme de su invencible esfuerzo, ni se ve ninguno tampoco que no prefiera ser muerto y devorado antes que solicitar el no serlo. Trátanlos con entera libertad a fin de que la vida les sea más grata,

y les hablan generalmente de las amenazas de una muerte próxima, de los tormentos que sufrirán, de los preparativos que se disponen a este efecto, del magullamiento de sus miembros y del festín que se celebrará a sus expensas. De todo lo cual se echa mano con el propósito de arrancar de sus labios alguna palabra blanda o alguna bajeza, y también para hacerlos entrar en deseos de huir para de este modo poder vanagloriarse de haberlos metido miedo y quebrantado su firmeza, pues consideradas las cosas rectamente, en este solo punto consiste la victoria verdadera.

...

Volviendo a los caníbales, diré que, muy lejos de rendirse los prisioneros por las amenazas que se les hacen, ocurre lo contrario; durante los dos o tres meses que permanecen en tierra enemiga están alegres, y meten prisa a sus amos para que se apresuren a darles la muerte, desafiándolos, injuriándolos, y echándoles en cara la cobardía y el número de batallas que perdieron contra los suyos. Guardo una canción compuesta por uno de aquéllos, en que se leen los rasgos siguientes: "Que vengan resueltamente todos cuanto antes, que se reúnan para comer mi carne, y comerán al mismo tiempo la de sus padres y la de sus abuelos, que antaño sirvieron de alimento a mi cuerpo; estos músculos, estas carnes y estas venas son los vuestros, pobres locos; no reconocéis que la sustancia de los miembros de vuestros antepasados reside todavía en mi cuerpo; saboreadlos bien, y encontraréis el gusto de vuestra propia carne." En nada se asemeja esta canción a las de los salvajes. Los que los pintan moribundos y los representan cuando se los sacrifica, muestran al prisionero escupiéndole en el rostro a los que le matan y haciéndoles

gestos. Hasta que exhalan el último suspiro no cesan de desafiarlos de palabra y por obras. Son aquellos hombres, sin mentir, completamente salvajes comparados con nosotros; preciso es que lo sean a sabiendas o que lo seamos nosotros. Hay una distancia enorme entre sus maneras de ser y la nuestra.

Los varones tienen allí vanas mujeres, en tanto mayor número cuanto mayor es la fama que de valientes gozan. Es cosa hermosa y digna de notarse en los matrimonios, que en los celos de que nuestras mujeres echan mano para impedirnos comunicación y trato con las demás, las tuyas ponen cuanto está de su parte para que ocurra lo contrario. Abridando mayor interés por el honor de sus maridos que por todo lo demás, emplean la mayor solicitud de que son capaces en recabar el mayor número posible de compañeras, puesto que tal circunstancia prueba la virtud de sus esposos. Las nuestras tendrán esta costumbre por absurda, mas no lo es en modo alguno, sino más bien una buena prenda matrimonial, de la cualidad más relevante. Algunas mujeres de la Biblia: Lía, Raquel, Sara y las de Jacob, entre otras, facilitaron a sus maridos sus hermosas sirvientas. Livia secundó los deseos de Augusto en perjuicio propio. Estratonicia, esposa del rey Dejotaro, procuró a su marido no ya sólo una hermosísima camarera que la servía, sino que además educó con diligencia suma los hijos que nacieron de la unión, y los ayudó a que heredaran el trono de su marido. Y para que no vaya a creerse que esta costumbre se practica por obligación servil o por autoridad ciega del hombre, sin reflexión ni juicio, o por torpeza de alma, mostraré aquí algunos ejemplos de la inteligencia de aquellas gentes. Además de la que prueba la canción guerrera antes citada,

tengo noticia de otra amorosa, que principia así: "Detente, culebra; detente, a fin de que mi hermana copie de tus hermosos colores el modelo de un rico cordón que yo pueda ofrecer a mi amada; que tu belleza sea siempre preferida a la de todas las demás serpientes." Esta primera copla es el estribillo de la canción, y yo creo haber mantenido suficiente comercio con los poetas para juzgar de ella, que no sólo nada tiene de bárbara, sino que se asemeja a las de Anacreonte. El idioma de aquellos pueblos es dulce y agradable, y las palabras terminan de un modo semejante a las de la lengua griega.

Tres hombres de aquellos países, desconociendo lo costoso que sería un día a su tranquilidad y dicha el conocimiento de la corrupción del nuestro, y que su comercio con nosotros engendraría su ruina, como supongo que habrá ya acontecido, por la locura de haberse dejado engañar por el deseo de novedades, y por haber abandonado la dulzura de su cielo para ver el nuestro, vinieron a Ruán cuando el rey Carlos IX residía en esta ciudad. El soberano les habló largo tiempo; mostráronseles nuestras maneras, nuestros lujos, y cuantas cosas encierra una gran ciudad. Luego, alguien quiso saber la opinión que formarían, y deseando conocer lo que les había parecido más admirable, respondieron que tres cosas (de ellas olvidé una y estoy bien pesaroso, pero dos las recuerdo bien): dijeron que encontraban muy raro que tantos hombres barbudos, de elevada estatura, fuertes y bien armados como rodeaban al rey (acaso se referían a los suizos de su guardia) se sometieran a la obediencia de un muchachillo, y no eligieran mejor uno de entre ellos para que los mandara. En segundo lugar (según ellos la mitad de los hombres vale por lo menos la otra mitad), observaron que

había entre nosotros muchas personas llenas y ahítas de toda suerte de comodidades y riquezas; que los otros mendigaban a sus puertas, descarnados de hambre y miseria, y que les parecía también singular que los segundos pudieran soportar injusticia semejante y que no estrangulaban a los primeros, o no pusieran fuego a sus casas.

Yo hablé a mi vez largo tiempo con uno de ellos, pero tuve un intérprete tan torpe e inhábil para entenderme, que fue poquísimo el placer que recibí. Preguntándole qué ventajas alcanzaba de la superioridad de que se hallaba investido entre los suyos, pues era entre ellos capitán, nuestros marinos le llamaban rey, díjome que la de ir a la cabeza en la guerra. Interrogado sobre el número de hombres que le seguían, mostróme un lugar para significarme que tantos como podía contener el sitio que señalaba (cuatro o cinco mil). Habiéndole dicho si fuera de la guerra duraba aún su autoridad, contestó que gozaba del privilegio, al visitar los pueblos que dependían de su mando, de que le abriesen senderos al través de las malezas y arbustos, por donde pudiera pasar a gusto. Todo lo dicho en nada se asemeja a la insensatez ni a la barbarie. Lo que hay es que estas gentes no gastan calzones ni coletos.

Bibliografía

- A) Casi todo el fragmento transcrito pertenece al capítulo XXX titulado "Los Caníbales" de MIGUEL DE MONTAIGNE. *Ensayos seguidos de todas sus cartas conocidas hasta el día*. Traducción de Constantino Román. Edición y prólogo de Ricardo Saenz Hayes. Buenos Aires, Aguilar, Biblioteca Filosófica, volumen I, 1962, págs. 214-221. Hay otras excelentes traducciones, como la de Ed. Cátedra, o la catalana de Ed. Laia, por ejemplo.

El lector interesado por la repercusión crítico-utópica de América en el pensamiento europeo debe leer la *Utopía* de THOMAS MORE (1516). Tampoco es casual que la escrita por FRANCIS BACON se llame *La Nueva Atlántida*. (Ambas se encuentran en un volumen en la Colección Popular del Fondo de Cultura Económica. Una buena edición trilingüe (latín, inglés, castellano) de la *Utopía* de Tomás Moro se halla en la colección Erasmo de la editorial Bosch de Barcelona).